STEFANO

IMPELLITTERI



EL CIENTÍFICO DEL RÉGIMEN

THRILLER HISTÓRICO INVESTIGATIVO

EL CIENTÍFICO DEL RÉGIMEN

Stefano Impellitteri

© Copyright 2023 Stefano Impellitteri
Responsable de la publicación: Stefano Impellitteri
Libro publicado por el autor

Durante el régimen fascista en Italia, el crimen fue borrado tanto de los periódicos como de la literatura. En 1943 se impuso el secuestro de todas las novelas con crímenes que alguna vez se hubieran impreso en Italia, al considerarse una incitación a subvertir el orden establecido. Podéis comprender, por tanto, mi satisfacción al ofreceros precisamente un thriller sobre el Fascismo.

Durante la lectura encontraréis las notas históricas divididas por capítulos, fruto de un año de documentación. Las escenas de la novela citan y recorren las etapas del Fascismo, partiendo del famoso discurso de Mussolini del 10 de junio del 40 hasta la liberación de Italia.

El resto de la historia no se basa en hechos realmente ocurridos; todo elemento no citado en las notas es fruto de la fantasía, novelizando ciertos entresijos con respeto por los hechos históricos.

Estoy trabajando para ofrecer la mejor experiencia de traducción posible. Si detectas errores, tienes dudas sobre algún pasaje o deseas sugerir mejoras, tu observación sería de gran ayuda. Puedes contactar conmigo en la dirección info@stefanoimpellitteri.com

¡Gracias!

ANTECEDENTES

1940

Roma - 10 de junio de 1940

Aldo tragó saliva en medio del largo pasillo, tan imponente que casi pareció oírse el eco de su garganta. Tomó aliento, con los ojos fijos en el portón que lo separaba del mayor éxito de sus veintisiete años: conocer al Duce en persona, en el Palazzo Venezia. Una juventud de sacrificios, años encerrado estudiando como un poseso, privándose de cualquier esparcimiento, y todo para llegar a ese momento.

«¿Está listo, Camarada?», murmuró el rector a su lado, con los nudillos en alto, dispuesto a pedir audiencia.

Aldo asintió, luego vaciló.

El rostro del rector se ensombreció con una duda. «¿Ha pensado cómo empezar?»

«Claro. Cuando lo tenga delante, diré en voz alta: es un honor conocerlo, presidente Mussoli...»

«¿Presidente?» El rector alzó los ojos al cielo. La mano que estaba a punto de llamar se desplazó para cubrirse la frente. «Aldo, maldición. ¡Dux! Debe llamarlo Dux Mussolini, el régimen exige ese apelativo, no otras fórmulas.»

Aldo sintió que la sangre se le retiraba de las mejillas. «Sí, quería decir…» Se aclaró la garganta, en busca de saliva. No estaba acostumbrado a aquel lenguaje solemne y absoluto. En los contextos formales todavía tendía a refugiarse en títulos más neutros, más civiles. «Perdóneme, Camarada rector. Estoy un poco nervioso.»

«Lo entiendo. Pero eres un científico. Y de los más prometedores, dado que te han elegido para estos nuevos y misteriosos experimentos. Has pasado años estudiando y has obtenido una cualificación de prestigio antes que nadie. Así que cálmate y haz tu trabajo.»

El rector esperó unos instantes, luego recompuso una expresión austera y volvió a dirigir los nudillos hacia la puerta. «Dicho esto, Camarada Aldo, ¿está listo?»

«Sí, Camarada rector. Se lo agradezco. Puede llamar.»

Los golpes en la madera resonaron por el pasillo. Las dos hojas se abrieron a un salón adornado con columnas cubiertas de frescos; de los altos techos colgaba una araña de cristal de una magnificencia digna de reyes y emperadores.

Al fondo, dentro del enorme salón, estaba él, el hombre de la providencia. Mussolini se hallaba tras el escritorio, rodeado por diez jerarcas de uniforme de gala. A su espalda, una chimenea apagada, lo bastante grande como para albergar a un hombre adulto en posición de firme.

De una hoja de nogal apenas abierta asomó un calvo enjuto. «¡Por fin!» Soltó un largo suspiro de alivio, tan exagerado que pareció desinflarse. «Entren. El Duce está ocupado, pero quiere recibirlos cuanto antes.»

El ayudante hizo ademán de encaminarse hacia Mussolini, pero el rector lo sujetó por el hombro. «Camarada Giacomo, disculpe.» Señaló a Aldo con la cabeza. «El joven convocado está comprensiblemente nervioso. Después de todo, vamos a encontrarnos con Mussolini. ¿Puede adelantarnos algo?»

Giacomo asintió. «Ya no es un secreto lo que el Duce anunciará dentro de poco: Italia entra en guerra junto a Alemania. Nunca como ahora hace falta el apoyo de los italianos, por cualquier medio.» Se acercó a Aldo y señaló hacia el escritorio. «El hombre junto al Duce es Alessandro Pavolini, ministro de Propaganda y Cultura Popular, nombrado tras Galeazzo Ciano. Será su interlocutor. Limítese a secundarlo y a responder.»

Aldo volvió a chasquear la lengua, la saliva se negaba a acudir. Fingió un gesto seguro con la cabeza. Giacomo reanudó la marcha a través del salón.

Por las ventanas abiertas se filtraba el tumulto de la multitud reunida en Piazza Venezia, convocada por Mussolini para el anuncio. Se sabía que Italia no mantendría durante mucho tiempo la senda de la no beligerancia, solo quedaba por ver cuándo cedería. Y ese día había llegado.

La sala estaba despojada de mobiliario, salvo el escritorio de Mussolini al fondo. Imponía respeto. Una caverna de majestuosidad fascista.

Paso tras paso, las entrañas de Aldo parecían retorcerse en el vientre. Cruzar aquel enorme salón vacío lo hacía sentirse minúsculo, preparaba a los convocados para el respeto que merecía una audiencia con Mussolini. La propaganda lo tenía todo previsto.

Giacomo se detuvo a tres metros del escritorio, y el rector con él. Aldo los imitó.

El Duce sostenía una hoja, leía y negaba con la cabeza. Los miró de soslayo. En un arranque de ira estampó la hoja sobre la mesa. «¡El final no es adecuado al mensaje que hoy damos al pueblo italiano!»

Golpeó los puños contra los reposabrazos y continuó. «El resto del discurso es adecuado, pero hace falta un final más contundente.» Su mandíbula tensa palpitaba de vigor.

¡Qué gran hombre!

Pavolini señaló la hoja. «Pruebe a declamarlo, mi Dux. Haga al menos un intento.»

Mussolini se levantó de golpe y la silla chirrió al ser empujada hacia atrás. Alzó la mandíbula y clavó los puños en las caderas: sobre aquel pecho echado hacia delante se habría podido construir una pista de aterrizaje. «Escuchen: "La consigna es una sola, categórica y obligatoria para todos."» Dejó correr la mirada por el salón, como si estuviera observando a una platea rendida a su

contemplación. «"Ya sobrevuela y enciende los corazones desde los Alpes hasta el Océano Índico: ¡Combatir!"»

Pavolini disparó el brazo en saludo romano, imitado por los demás hombres de uniforme. «Magnífico, Dux. Su énfasis casa a la perfección.»

Mussolini negó con la cabeza. «No. No creo que convenga terminar con esa palabra: combatir. No quiero que al pueblo le llegue esa idea de dificultad.»

Diantres, el Duce lo pensaba todo. Elegía las palabras de sus discursos una por una. Pavolini suspiró contrariado y mostró las palmas. «Pero la propaganda lleva años empujando en esa dirección: creer, obedecer y combatir.»

«Lo sé.» Mussolini volvió a tensar la mandíbula y apretó los labios. Los movió de un lado a otro, meditabundo. «Combatir no sirve.» Clavó la mirada en los militares, y estos bajaron los ojos. Qué carisma.

Fijó los ojos en Aldo, y ahí el Duce se detuvo.

Al científico le temblaron las piernas. Bajó la mirada, como habían hecho los militares. Contó dos respiraciones y volvió a alzar la vista: el Duce seguía mirándolo a él. A él, precisamente.

¿Qué debía hacer?

Tragó saliva de nuevo, con la boca reseca. Le pareció tragarse una bola de arena. «Quizá... ¿vencer?», murmuró.

El rector a su lado se irguió como si hubiera oído una blasfemia. Aldo sintió que se desmayaba. Joder, le había hablado al Duce sin que se lo hubieran pedido. Peor aún, le había dado un consejo.

¡Él!

¡Al Duce!

Mussolini frunció el ceño y adelantó los labios. Alzó el índice y los militares a su alrededor se cuadraron, presos del pánico.

El instinto de Aldo fue echar a correr.

Mussolini se inclinó hacia él. «Tenemos que hablar.» Se volvió y se dirigió al balcón. Los jerarcas desfilaron tras él, el último de la fila

lanzó una mirada de desprecio a Aldo antes de seguir a los demás.

El rector le dio un leve codazo. «Aldo, ya que estabas, ¿no podías llamar también a Mussolini por su nombre?»

Diantres.

Aldo se abrió el cuello de la camisa, la vista se le iba nublando. El clamor de la multitud lo hizo volver en sí: el Duce estaba en el balcón y pronunciaba su discurso. La voz retumbaba en la plaza abarrotada, con una determinación sobrehumana.

«…La consigna es una sola, categórica y obligatoria para todos.»

Los rugidos del exterior eran ensordecedores, la araña parecía oscilar, o quizá era la cabeza de Aldo.

«Ya sobrevuela y enciende los corazones desde los Alpes hasta el Océano Índico: ¡Vencer!» La multitud estalló como si un mortero hubiera alcanzado la Piazza Venezia.

«¡Y VENCEREMOS! ...»

Aldo se aferró al rector: el Duce había escuchado su consejo. Había usado su sugerencia para la declaración de entrada en guerra de Italia.

Mussolini regresó al salón con las manos aún plantadas en las caderas, lanzó una mirada orgullosa a Aldo y le susurró algo a Pavolini con los labios torcidos.

Los gritos del pueblo apostado bajo el palacio casi ahogaron la voz del ministro de Propaganda, que señaló la puerta. «Todos fuera. Usted también, Camarada rector. El Duce quiere hablar a solas con el joven prodigio de la ciencia.»

Aldo tembló de la cintura a los hombros. ¿Qué quería Mussolini de él, y por qué tanto secreto? ¿Qué clase de experimentos tenían en mente?

DOSSIER

El escritorio de Mussolini estaba situado a cierta distancia de la entrada y obligaba a quien era convocado a recorrer el enorme salón de la Sala del Mappamondo, de 20 metros de largo y 13 de ancho, mientras él esperaba sentado, aparentemente concentrado en trabajar (o en fingir que trabajaba). Su función era intimidar al interlocutor antes de hablar con el Duce.

Durante el Fascismo, en Italia, el régimen impuso el uso del pronombre de cortesía *Voi* en lugar de *Lei*, cargándolo de un preciso valor ideológico. Dado que este matiz es difícilmente traducible sin su trasfondo cultural, en esta novela se ha reproducido mediante el uso deliberadamente forzado de apelativos y fórmulas de tratamiento, para conservar su tono impuesto, artificial y jerárquico.

La entrada de Italia en la Segunda Guerra Mundial fue anunciada por Mussolini el 10 de junio de 1940, con un célebre discurso desde el balcón del Palazzo Venezia.

En el código QR, el video original del discurso de Mussolini.

PARTE 1

1.1

2015

Roccaflavio (Roma) - Julio de 2015

El molesto timbre del móvil llenó la oscuridad de la habitación y le martilleó las sienes. Enzo se incorporó en la cama y se restregó los ojos. La camiseta estaba pegada al cuerpo por el sudor, y por la persiana no se colaba ni un hilo de aire. Un calor atroz. ¿No se suponía que en los pueblecitos de montaña tenía que hacer más fresco?

El móvil siguió sonando, machacón. ¡Hostia!, ¿quién coño lo llamaba a aquella hora? En el mes transcurrido desde el traslado forzoso al cuartel de Roccaflavio, no había habido ni una sola llamada nocturna a los carabinieri. Además, aquella noche Enzo ni siquiera estaba de guardia, en caso de emergencia no tendrían que haberlo llamado a él.

Miró la pantalla: Vito.

Vito lo estaba llamando a la una y media de la madrugada. Había pasado algo. «¿Sí?»

«¡Dios mío, Enzo! ¡He hecho una cagada! ¿Por qué? ¿Por qué, digo yo?» El compañero jadeaba como un desesperado, con la voz un par de tonos por encima de su registro habitual.

Enzo no tenía idea de qué estaba hablando su amigo, pero aquel tono exigía moverse deprisa. «Cálmate y dime qué ha pasado.» Se inclinó fuera de la cama y buscó los pantalones a tientas. Del auricular llegaban golpes sordos. «¿Qué estás haciendo? ¿Qué son esos golpes?»

«¡Le estoy haciendo el masaje cardíaco! ¡Lo he matado, joder, pensaba que era de verdad! Pensaba que era una pistola de verdad. ¡Dios, Dios, Dios...! ¡Es solo un chico!»

Las piezas encajaron de golpe y a Enzo se le sacudió la cabeza, se quedó inmóvil, con los pantalones a medio muslo y el móvil encajado entre la oreja y el hombro. Un chico. Vito había matado a un chico armado solo con una pistola de fogueo.

Mierda.

«Dime dónde estás. Lo solucionamos todo.»

Vito gruñó. «¿Pero qué hay que solucionar? ¡Joder! ¡He matado a un chico desarmado!» Las palabras se mezclaban con gemidos, con respiraciones desgarradas. «Enzo, tienes que ayudarme. ¡Me lo debes!»

Enzo se ciñó el cinturón y, en un espasmo de rabia, lo apretó un agujero más de lo habitual. Sabía que tarde o temprano Vito le pediría que saldara aquella deuda. Al fin y al cabo, si los dos habían sido trasladados de Milán al centro de Italia, era culpa suya.

«¡Dios mío...! ¡Late, late, joder, late! ¡Reacciona!» Del auricular seguían llegando golpes, Vito estaba intentando por todos los medios hacer que el corazón del chico volviera a ponerse en marcha.

«Dime dónde estás. ¿Has llamado a la ambu—»

«¿Tú qué crees? ¡Claro que la he llamado!» Vito exhaló en el micrófono un suspiro hondo, cargado de desesperación, y el teléfono crepitó. «Perdona, Enzo, perdona, pero estoy en pánico. Un chico, joder. ¡No puedo haber matado a un chico!»

Pobre diablo. «Dime dónde estás.»

«Estoy en Laruvio, allá arriba, entre el Botticella y los jardincillos de via Petrarca.»

¿El Botticella? Solo faltaba que Vito hubiera bebido demasiado. Después de disparar, seguro que le harían la prueba de alcoholemia. «Diez minutos y llego.»

Colgó y se quedó atontado, mirando la pantalla del Samsung. Menuda situación. Un mes, apenas un mes desde que los habían

trasladado.

Cogió las llaves del Fiat Panda de primera serie y salió del alojamiento.

¿Cómo podía manejar una cosa así?

~

Entre curvas cerradas y desniveles, Enzo casi echaba de menos el tráfico de Milán. Odiaba tener que moverse en coche y, para recorrer una distancia que en línea recta era mínima, en aquellos pueblos de montaña se tardaba una eternidad.

Una curva más y tenía que estar allí.

La luz azul de las balizas rebotaba en el reflectante de la señal, más allá de la subida, y marcaba la dirección como un faro. La ambulancia ya debía de haber llegado, pero el desnivel le impedía ver qué estaba pasando.

Enzo aceleró y la vieja Panda 4x4 superó la pendiente sin apenas esfuerzo. La furgoneta de la Cruz Roja tenía la puerta abierta, pero los socorristas bajaban la camilla con toda calma.

Demasiada calma.

No era buena señal.

Ya no había ninguna vida que salvar.

Un Punto de los carabinieri ya estaba en el lugar, quizá compañeros del cuartel de allí cerca. Aún no los conocía a todos, él y Vito llevaban demasiado poco tiempo allí.

Su amigo larguirucho apareció por detrás de la ambulancia. Se sujetaba la cabeza y caminaba de un lado a otro, recortándose bajo la luz de una farola. Gesticulaba, hablaba solo... consigo mismo o con Dios.

Ostras, cómo no darle la razón.

Enzo estacionó, echó el freno de mano y salió del vehículo. Los carabinieri hablaban con dos socorristas, inclinados sobre un cuerpo

tendido en el suelo. Vito evitaba mirar en aquella dirección. Enzo se apresuró hacia él. «¡Aquí estoy!»

Su amigo se giró y lo reconoció. El rostro, tenso, se le arrugó en una mueca, luego Vito se lo cubrió con las palmas y rompió a sollozar. «Está muerto. Muerto, joder», farfulló. Se dejó caer al suelo, en mitad de la carretera.

Qué desastre.

Enzo lo alcanzó y le apoyó las manos en los hombros, que se sacudían con sollozos sordos. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo podía ayudarlo? Optó por el silencio, porque la mayoría de las veces las palabras no están a la altura. Le hizo sentir que estaba allí a través del contacto, le apretó los hombros delgados y se los frotó.

Ante ese gesto, Vito se aferró a sus piernas, quizá ya rendido a la certeza de que no había manera de volver atrás.

Qué oficio de mierda, ser carabiniere. Proteger a los demás sin que nadie te proteja a ti. Enzo miró a los socorristas reunidos junto al cuerpo tendido en el suelo. Al fondo llegó el coche médico y se detuvo. El especialista estaba allí para certificar el fallecimiento.

A los médicos les pagan bien por la responsabilidad de lidiar con vidas humanas... ¿Y a las fuerzas del orden? Como si los policías no cargaran con la misma responsabilidad, con un dedo en el gatillo.

Vito seguía sollozando. No era el momento de hacerle preguntas. Pero, para ayudarlo, tenía que entender qué había ocurrido. Enzo le dio unas palmadas afectuosas en la espalda. «Recupérate, tienes que contármelo. Te traigo una botellita de agua, la tengo en el coche. Necesito que estés lúcido, no debes omitir nada. ¿De acuerdo?»

Con la cabeza entre las manos, su amigo asintió.

Enzo se apartó y se dirigió hacia el coche, pero un carabiniere que estaba junto al cadáver lo llamó con un gesto del brazo. Era hora de acercarse.

El cuerpo del chico en el suelo tenía las suelas vueltas hacia él. Cuanto más se acercaba, más real se volvía aquel cuerpo. Un adolescente, dieciséis, diecisiete años como mucho. Pelo rojo y pecas.

Junto a la mano derecha había una Beretta 92, sin ningún tapón rojo en el cañón. Enzo se agachó y echó un vistazo a la boca del arma, el orificio era demasiado estrecho. «Ostras, es una réplica.»

«¿Ostras?» El carabiniere se acercó y pulsó el botón del bolígrafo.

«Sí, por mi tierra se usa mucho. Venimos de Milán, nos trasladaron hace poco.»

El compañero hizo oscilar el Bic en dirección a Vito. «El señor Minopoli se ha identificado como brigadier. ¿Son ambos carabinieri?»

«Sí. Soy el maresciallo Enzo Bestetti. Estamos destinados en el cuartel de Roccaflavio desde hace un mes.»

«Ah, usted es maresciallo.» El appuntato De Rossi se llevó la mano al saludo militar. «Soy el appuntato De Rossi. Lo siento. Va a ser un problema serio lidiar con esto. ¿Sabe cómo fue el tiroteo?»

«Aún no.» Enzo señaló a Vito, sentado en el suelo, que había empezado a mecerse. «Solo sé que el compañero estaba convencido de que la pistola era de verdad. Estoy esperando a que pueda decirme algo más. Nunca lo había visto así.»

Al decirlo, la mirada se le fue al chico. La camiseta con la leyenda Dsquared estaba empapada de sangre a la altura del pecho y del abdomen, al menos dos impactos certeros. Se le hizo un nudo en la garganta ante aquella vida truncada demasiado pronto.

Un médico se acercó y chasqueó los guantes de látex sobre las muñecas que asomaban bajo la camisa de manga corta. «Debo hacer algunas comprobaciones preliminares.» Abrió un maletín y rebuscó dentro.

Una leve sensación de culpa le apretó el pecho a Enzo. Poco antes había insultado mentalmente a ese doctor sin un motivo real. Solo por envidia. Si un médico se equivoca con un chico y este muere, el doctor tiene la certeza de volver a casa. Si un carabiniere se equivoca, al apretar o no apretar el gatillo, puede morir un chico o puede morir él.

«Maresciallo.» El compañero De Rossi señaló hacia la esquina de la calle, donde el otro carabiniere examinaba el asfalto. «Allí hay más sangre, demasiado lejos del cadáver. Tenemos que hablar con su amigo.»

«¿Cómo que más sangre?»

«Sí. No podemos esperar.» Hizo un gesto hacia los bloques. Algunos curiosos se asomaban a las ventanas y otros salían de los patios a lo largo de la calzada. Una mujer corpulenta se acercó al cuerpo del chico, descompuesta, pero los socorristas la detuvieron.

No podían dar espectáculo, había que ser profesionales.

Más sangre... Enzo soltó un largo suspiro. «Iré yo a hablar con Vito, lo conozco desde hace años. Pero antes, déjenme llevarle agua.»

~

Enzo le tendió la botellita. «Vamos, bebe un poco.»

Sentado en el suelo, Vito la tomó, desenroscó el tapón y se la llevó a los labios. Fue tomando pequeños sorbos, receloso, pendiente del carabiniere que estaba junto a ellos, con un bloc de notas en una mano y un bolígrafo en la otra, listo para tomar apuntes.

No debía de ser fácil para su amigo encontrarse en ese lado del uniforme, como tampoco lo era para el agente encargado de redactar el informe que acusaría a un compañero. Enzo le tendió el brazo. «Levántate, vamos a hablar en un lugar más tranquilo.»

Vito miró la mano y luego volvió la vista hacia el chico al que había matado. Se mordió el labio y negó con la cabeza. «¿Ponerme cómodo? He matado a un chico. Déjame aquí, donde me corresponde: en el suelo.»

Necesitaba comprensión, y para animarlo tenía que hablarle como a un igual. Si Vito no se levantaba, Enzo se agacharía hasta ponerse a su altura. Se sentó a su lado. «Solo puedo imaginar lo que estás sintiendo, pero ahora necesitamos entender qué ha pasado. Allí hay más sangre.» Señaló la esquina de la calle.

«¿Más sangre? Oh, mierda. También le di al otro.»

«¿Al otro?»

«Sí, eran dos. Dos chicos.» Soltó un largo suspiro. Su aliento despedía un olor agrio, a vino pasado. Había bebido, no cabía duda, pero no parecía achispado.

«¿Te los encontraste en ese bar?»

«No, fuera. Tenía la noche libre, así que decidí ir a tomar algo, con la esperanza de charlar un rato. Pero en ese local todos eran demasiado mayores. Cuando salí, quise caminar un poco antes de ponerme al volante. Iba hacia los jardines de via Petrarca cuando oí unos pasos a mi espalda. Eran dos chicos.»

El appuntato De Rossi escribía en el portapapeles, en silencio. Vito continuó. «Esos dos me seguían y no hablaban, no se decían nada entre ellos. A los dieciséis años, ¿qué haces caminando de madrugada con un amigo para quedarte en silencio?»

«Entonces les viste la cara. ¿Puedes dar una descripción del que escapó?»

Vito asintió. «Sí, lo recuerdo.»

De Rossi levantó el bolígrafo del parte y se dio unos toques en la barbilla con el pulsador. «¿Y usted había bebido mucho?»

«Dos cervezas medianas, ligeras, nada más.»

«¿Dos medianas?» Enzo se tragó la imprecación. ¡Hostia!, ¿qué carajo se le había pasado por la cabeza a su amigo para irse a beber con la pistola reglamentaria encima? Pero se contuvo y no se lo echó en cara. No era el momento.

Vito tragó saliva y retomó el relato. «No dejaban de seguirme, estaba claro que me tenían en el punto de mira. Entonces me volví y me identifiqué como carabiniere. Fue un instante, no entendí nada.» Volvió a sollozar y se cubrió el rostro con las manos.

Estaba de verdad conmocionado, destrozado. Y eso que Enzo siempre lo había visto comportarse como un profesional, con sangre fría en las venas. En ese momento estaba hecho un trapo. Dicen que

el amor es la emoción más fuerte del hombre. Es una maldita estupidez. Nada supera a la culpa.

Vito volvió a inspirar. «Uno de los dos sacó un arma, no tenía el tapón rojo. El otro gritó: "¡Dispara! ¡Mátalo!", y ese también empuñó una pistola. Pensé que iban a disparar sin más. Lo juro, parecía de verdad. ¡De verdad, carajo!» Las lágrimas volvieron a correr.

Era inútil buscar palabras de consuelo. Enzo le frotó el hombro. Incluso el appuntato De Rossi había dejado de escribir, probablemente imaginándose en su lugar.

Vaya oficio de mierda.

«Esos momentos son confusos.» Vito se pasó los dedos por el pelo negro, echándoselo hacia atrás. La mano, empapada de lágrimas, se lo dejó pegado a la cabeza. «Disparé. Puede que incluso cerrara los ojos al hacerlo, o qué carajo sé yo. Cuando volví a mirar, un chico estaba en el suelo y el otro huía.»

«¿Y luego?»

«Luego corrí hasta allí, revisé la pistola y me di cuenta de que el cañón estaba cegado. Era una puta pistola de fogueo. ¡Solo una maldita pistola de fogueo!» Volvió a llorar, apretándose las sienes entre las palmas.

No había nada más que contar. Sus ojos, iluminados a intervalos por la luz azul, contaban el resto: la toma de conciencia, la certeza de haberle quitado la vida a un adolescente y de las consecuencias que eso acarreaba.

El appuntato cerró el bolígrafo de un clic. «Hace falta la descripción del chico que huyó, para que las patrullas puedan empezar la búsqueda. Además...» Miró la ambulancia. «Conviene que revisen a Minopoli. También hay que hacerle una prueba de alcoholemia.»

Enzo lo sabía. No había escapatoria a ciertos procedimientos. Al oír mencionar la alcoholemia, Vito se contuvo. Quizá estaba recuperando el control.

El chico, que había huido a pie, no podía haber llegado muy lejos. Lo encontrarían en unas horas. Pero en el suelo había más sangre...

Más valía rezar para que lo encontraran con vida.

~

«Tenga.» Junto al coche de servicio, De Rossi le tendió a Enzo el etilómetro. «Dada la relación que os une, conviene que la prueba se haga también en mi presencia, a pesar de su grado. Sé que puede entenderlo.»

Procedimientos, no era desconfianza. «Lo entiendo.» Si el aparato detectaba una tasa superior a la permitida, serían necesarios análisis de sangre a efectos de la investigación.

«Voy a por los formularios, mientras tanto.»

Enzo echó a andar y llegó hasta la ambulancia. Vito estaba sentado en el escalón de la puerta lateral. Tenía el rostro de cera.

«Ya verás, todo irá bien.» Enzo encajó la boquilla desechable en el etilómetro.

Él soltó un bufido. «Claro, todo irá bien. Sabes mejor que yo lo que le pasa a un militar que usa el arma reglamentaria con una tasa de alcoholemia superior a la permitida. Incluso con todos los atenuantes del caso. ¿De qué sirve repetirme que me apuntaron con un arma que parecía de verdad, si pueden reprocharme que no tenía la lucidez necesaria para valorar el riesgo?» Alargó el brazo y tomó el etilómetro, dispuesto a soplar.

«Espera, también tiene que haber otro testigo.»

Vito sorbió por la nariz, irritado. «Total, mejor vayamos directamente a la extracción. No me pasé, pero basta un puto bombón al ron para superar el límite. Cuántos permisos de conducir he retirado...»

Era verdad.

Pero no era justo. En un trabajo así, disparar antes de preguntarte si quien te encañona va en serio es lo que te permite volver a casa.

El agente De Rossi se estaba acercando. Enzo respiró hondo. La rabia le crecía en el pecho. Su amigo no merecía pagar por algo así. Y, además, si los habían trasladado, había sido precisamente porque Vito había intentado cubrirlo. También en aquella historia habían sido víctimas de una injusticia. No era justo.

No lo era.

La radio del compañero De Rossi pitó. La cogió, pero se le resbaló y cayó al suelo. Estaba cerca, pero distraído.

Nadie miraba: Enzo podía soplar en lugar de su amigo. Le arrancó el etilómetro de las manos, sopló en la boquilla abierta en vez de Vito y volvió a metérsela en la boca.

De Rossi se incorporó en ese momento y abrió la comunicación por radio. «Adelante.» Miró a Vito, con el aparato en la boca, y este, a su vez, clavaba los ojos en Enzo, incrédulo.

El altavoz de la radio crepitó, incomprensible, y De Rossi volvió a abrir el micrófono. «Repita.» El compañero ya había visto a Vito con el etilómetro entre los labios, retomó el aparato, pulsó para imprimir y el comprobante con los valores empezó a salir con un zumbido.

El compañero miró los resultados y asintió. «Parece que todo está en orden.» El altavoz de la radio portátil siseó, pastoso de palabras indescifrables. «Esta no funciona, voy a responder con la del coche, a ver si tienen novedades.» Giró sobre los talones y se dirigió hacia el Punto.

Vito estaba rígido como una losa de piedra. «¿Qué cojones has hecho?», le susurró.

«¡Cállate!»

«Pero cómo que me call...»

«¡Hostia!, baja la voz. Te lo debía. Y además no ha sido culpa tuya, no es justo que dos cervezas te arruinen la vida.»

Vito no respondió. Se quedó mirándolo, inmóvil entre la gratitud y la repulsión, y Enzo apartó la vista.

Sí, eran hombres, no seres perfectos. No debían sentirse culpables, no eran ellos quienes estaban del lado equivocado de la moral. Ya

hacían más que de sobra.

De Rossi desapareció en el interior del coche y reapareció al cabo de un minuto. Les hizo una seña con la mano para que se acercaran.

Quién sabe si habían encontrado al otro chico. Quién sabe si seguía vivo... Y quién sabe si su arma era de verdad, en lugar de una pistola de fogueo como la del amigo. La situación jurídica de Vito habría sido muy distinta. Qué absurdo: desear que le hubieran apuntado con un arma de verdad.

Enzo se levantó, pero Vito no se movía. Parecía un idiota. Había que hacerlo reaccionar: lo agarró por los hombros y le dio un sacudón. «No es culpa tuya, punto. Ahora vamos a oír qué dicen.» Echó a andar, dejándolo donde estaba. No oyó que por fin se movía hasta haber dado un par de pasos.

«Lo han encontrado.» Pero el compañero no parecía celebrar nada. Tragó saliva. «Muerto.»

¡Hostia!...

Vito estaba inmóvil en mitad de la carretera. Consternado.

Ahora los homicidios por exceso de legítima defensa eran dos. Y, sobre todo, las vidas que había quitado eran dos. Las de dos chicos.

De Rossi suspiró. «Hay algo más.» El tono era vacilante. Se acarició la nuca, parecía tan conmocionado como Vito.

«¿También sobre el segundo chico?»

«Sí.» De Rossi parpadeó un par de veces, titubeante. «Lo han encontrado muerto. Y alguien se ensañó con el cadáver. Le abrieron agujeros en la cabeza y otras cosas repugnantes.»

1.2

2015

Mismo día, 5:40 a. m.

El cuartel de Laruvio tenía la misma planta que el de Roccaflavio, adonde habían trasladado a Enzo y Vito. Los edificios formaban parte de proyectos construidos en serie a comienzos de los noventa. La única diferencia era el paisaje que se dibujaba a través de los barrotes: Roccaflavio estaba más arriba, dominaba aquel valle y recortaba el horizonte.

Como era de esperar, la investigación había sido asignada a un destacamento distinto de aquel en el que prestaban servicio. Enzo sorbió su espresso, rigurosamente sin azúcar.

Una tibieza le acarició la mejilla, cálida y agradable sobre la piel. Los rayos se filtraban por la ventana enrejada y le dibujaban una celosía de sombras sobre la camisa. Enzo se arrimó al cristal y atisbó hacia los Apeninos, pero, cegado por la luz, tuvo que entrecerrar los ojos: empezaba el espectáculo del amanecer, que ponía fin a la noche. Y la jornada sería larga.

La máquina expendedora lanzó un pitido.

Enzo se acercó al escritorio, recogió el vasito de cartón con el café humeante y fue hacia Vito.

«Toma.» Le tendió el vaso.

Su amigo lo tomó y se lo bebió de un trago, como si fuera un shot hirviendo. Gimió, acompañando el sonido con una mueca. Probablemente se había quemado la lengua. Dejó el vaso sobre el escritorio y volvió a encorvarse, con la cabeza entre las manos y los

codos apoyados en la mesa. «Dos chicos. Dos chicos, mierda...» La rodilla le temblaba con un tic histérico.

Qué situación.

También el arma del segundo chico era falsa y su cuerpo presentaba sevicias inexplicables. Un desarrollo inexplicable de los hechos, en el que Vito no tenía nada que ver. Según un primer análisis, parecía que alguien le había perforado el cráneo al joven que había logrado huir. El personal sanitario se había aventurado a decir que aquellas sevicias se habían producido post mortem, de modo que, por el momento, seguía siendo Vito quien había matado a ambos. Pero, para tener datos seguros, había que esperar a la autopsia.

¿Quién podía haberle hecho algo así a un cadáver?

Y, sobre todo, ¿por qué?

Enzo apuró el café. Había que preparar a su amigo para el largo trámite que le esperaba. Se volvió hacia él. «El magistrado ya debe de estar en contacto con el comandante del puesto. En breve sabremos cómo van a proceder contigo. Tu inscripción en el registro de investigados es una cer—»

«¿Inscripción?» Vito tenía los labios fruncidos en un rictus feroz. «Mierda, me da miedo irme a dormir, soñar con esos dos chicos, ¡qué inscripción ni qué nada! ¡He matado a dos adolescentes!»

Ostras, no se podía ver a un amigo reducido a ese estado. Vito había decidido no formar una familia ni tener hijos, precisamente por miedo a represalias a causa de su trabajo.

Siempre había sido el más sensible de los dos. Enzo envidiaba su empatía. Él, en cambio, se había casado, había tenido un hijo y había sido un fracaso tanto como marido como padre. Su hijo lo odiaba, y con razón. Hacía años que Enzo no lo veía. Ni siquiera había podido ver a su nieto, aunque quizá fuera lo mejor. Seguro que también lo habría estropeado todo como abuelo.

El carabiniere De Rossi entró con unos documentos en la mano. «Han llegado las disposiciones del magistrado.» Dudó, visiblemente

incómodo. «Vito, lo siento. Lo han inscrito en el registro de investigados y el general de brigada De Michelis ha firmado su suspensión.»

Le entregó la notificación formal y un bolígrafo para que firmara el acuse de recibo. Aquella medida era segura, pero para conocer las verdaderas consecuencias había que esperar.

Enzo echó un vistazo a los papeles. No había visto el cuerpo del segundo chico y, dejando a un lado lo que le habían hecho post mortem, para la situación de Vito era importante la balística del tiroteo.

Si alguno de los dos tenía orificios de entrada en la espalda, eso indicaría que Vito le había disparado sin que existiera un peligro real. Eso empeoraría mucho la situación. «¿Ambos chicos tienen los orificios de entrada en la parte delantera?»

El carabiniere negó con la cabeza. «No parece que haya orificios de entrada en la espalda, pero la autopsia se hará pronto.»

«¿Quién la hará?»

«Solo hay un médico autorizado en la zona: la doctora Rinaldi.»

No había mucho más que hacer. Solo quedaba esperar los resultados. Pero el hecho de que alguien se hubiera ensañado con el cuerpo del chico que había huido le martilleaba la cabeza con una insistencia obsesiva. A saber quiénes eran. «¿Han identificado a esos dos?»

Vito soltó el aire entre los dientes. «Esos dos...» repitió, irritado.

Ostras, otra vez Enzo había estado falto de tacto: esos dos eran los chicos que su amigo había matado. No lo hacía a propósito, estaba tan conmocionado como él, pero demasiado a menudo no lograba mostrar el tacto debido.

De Rossi asintió. «Sí, ya hemos identificado a los dos chicos.»

«¿Cuántos años tenían?» Vito miraba al vacío.

El carabiniere tragó saliva. «Dieciséis. Los dos. Uno es hijo de un hombre con antecedentes, ya conocido por ciertos comportamientos discutibles. Han ido a informar a las fami—»

«¿Qué mierda ha hecho esta vez?» Una mujer en pantalones cortos y camiseta pasó ante la puerta, arrastrando unos zuecos de madera. Un compañero le iba abriendo paso. Rebasaron su despacho para entrar en el contiguo.

Debía de ser la madre de uno de los dos.

Vito alzó hacia Enzo una mirada quebrada por el llanto. «Ve tú también.» Su amigo se esforzaba por controlarse, pero en sus ojos ya se había instalado una certeza destinada a calcificarse dentro de él. «Dile que ha perdido a un hijo.»

Mierda; la garganta de Enzo se cerró de golpe. La petición de Vito indicaba que habría querido cargar con esa responsabilidad, pero que no podía hacerlo. No habría sido justo comunicarle a la mujer la muerte de su hijo con su asesino delante.

Enzo asintió. «Hablaré con ella.»

Vito desvió la mirada. «En cierto modo, los dos se lo debemos.»

El estómago de Enzo se contrajo por la acidez. Se refería a que él había soplado en el alcoholímetro en su lugar, aliviando de hecho su situación. Era una carga añadida que no merecía, pero que un civil rara vez habría podido entender. Es fácil juzgar cuando uno no tiene que tratar todos los días con gente sin escrúpulos. Como el misterioso verdugo que había perforado el cráneo del segundo chico.

¿Por qué hacer algo así?

Enzo encauzó el sentimiento de culpa por haber cubierto a su amigo hacia la determinación de averiguar quién había destrozado el cadáver de aquel pobre chico y descubrir el puto motivo.

Pero antes tenía que pedirle al magistrado permiso para colaborar. Y luego, hablar con la madre de un chico asesinado.

~

La mañana siguiente.

Increíble, pero lo habían incluido en el equipo. Y eso que aquel caso ni siquiera era de su competencia territorial, además de que

existía un conflicto de intereses ligado a su relación con Vito. El magistrado le había permitido colaborar por su experiencia en la brigada de Homicidios de Milán, en aquella provincia romana de montaña acostumbrada, como mucho, a algunos alborotos nocturnos.

Enzo se detuvo con la mano aferrada al picaporte del despacho. Un solo día no bastaba para preguntarle a una madre, que acababa de enterarse de la muerte de su hijo, si alguien podía tener un motivo para ensañarse con el cadáver de aquel chico. Se llamaba Marco Aloia, apenas un muchacho de dieciséis años.

Ahora que el hijo mayor había muerto, a aquella mujer solo le quedaba el menor, al que tendría que criar también sin su marido, preso en una cárcel de la capital. El intento de robo contra Vito que acabó mal no había sido más que un torpe intento de aquel chico por llevar algo de dinero a casa, alentado además por el discutible ejemplo de su padre.

«¿Todo bien?», preguntó De Rossi.

«No. Pero no podemos hacer otra cosa.» Enzo recuperó una compostura profesional, sólida pero empática, y abrió.

La mujer estaba de espaldas. Enzo se aclaró la garganta. «Señora Lucia, soy el inspector Bestetti. Le reitero mis condolencias.»

De Rossi se sumó. «Lo sentimos, señora. Nuestras condolencias.»

La mujer alzó el rostro tenso, manchado de violáceo bajo las ojeras. Respondió con un leve gesto, sorbió por la nariz y se frotó la punta con el pañuelo. Luego soltó un suspiro.

Enzo tomó asiento frente a ella y apoyó el cuaderno de notas sobre el escritorio. «Señora Lucia, no es mi intención cargarla con un peso más. Pero alguien se ensañó con el cuerpo de su hijo, y queremos entender qué pudo haber pasado. ¿Sabe si alguien podía guardar rencor hacia él?»

La señora arrugó la nariz en una mueca de rabia. «¿Se refiere, aparte del carabiniere que me lo mató?»

Un pinchazo le cruzó el pecho. Aquella madre tenía toda la razón del mundo, desde su punto de vista. «Lo siento, ha sido una tragedia. Y mi compañero está siendo investigado, como es justo. Todo se aclarará. Si tiene responsabilidades, pagará las consecuencias.»

Los labios le hormiguearon con la sensación del alcoholímetro en la boca. Enzo se tragó la idea de estar sucio y continuó. «Nuestro objetivo, ahora, es encontrar también al responsable del ultraje cometido contra el cuerpo de Marco, su hijo.»

«Usted no es de aquí, ¿verdad? Tiene acento del norte.»

«Sí. Vengo de Milán.»

La mujer asintió. «¿Y el carabiniere que mató a mi hijo también es de Milán?»

Ostras. Aquella pregunta lo dejó paralizado. La respuesta lo habría acercado demasiado a Vito, hasta el punto de hacerla desconfiar de él. En esa posición, ya no podría ocupar el lugar de confianza que necesitaba, con una mujer que tenía todo el derecho del mundo a estar resentida con el Estado.

«Mi compañero...»

La mujer resopló. «Lo veo, sé bien cómo nos juzgan ustedes, los del norte. Lo está haciendo también ahora conmigo: soy la esposa de un preso, la madre de un delincuente buscapleitos. Vamos, júzgueme.»

Había sido un error hablarle tan pronto. No se podía intentar razonar con alguien que llevaba una herida así. Sus intenciones eran sinceras, Vito estaba tan destrozado como aquella mujer y, por si no bastara, alguien había profanado el cuerpo del chico. ¿Cómo iba a ganarse un poco de su confianza?

Lucia volvió a resoplar, irritada. «Seguro que ya se habrá informado: mi marido está preso por un atraco a un supermercado Coop. Nunca aprobé su conducta, pero dígame, con dos hijos en casa y sin trabajo, ¿de qué le sirven a un centro comercial tan grande

cuatrocientos o quinientos euros más? Mi marido no fue a robarle a la gente pobre. ¡Con ese dinero, el señor Coop se limpia el culo!»

Enzo guardó silencio. Aquella mujer no necesitaba justificaciones ni palabras, solo desahogarse.

«Por eso su compañero de Milán disparó. Porque nos juzga. Yo también desapruebo ciertos medios. Pero en Roma, en el sur, para quienes estamos en nuestra situación, a esto se le llama buscarse la vida.» Las lágrimas le surcaron las mejillas, pero conservó cierta dignidad. Una rabia contenida.

Así no iba a ninguna parte, tenía que cambiar de registro. Enzo apartó el cuaderno que se interponía entre ellos, debía demostrarle que estaban de la misma parte, que la entendía y que estaba allí por ella.

Pero aquel gesto no bastaba. La confianza había que demostrarla antes de exigirla. Y cuanto más se adentraba en lo personal, más terreno ganaba.

Sabía lo que tenía que hacer, muy distinto era reunir el valor para hacerlo. «Yo, señora, solo puedo imaginar el dolor que está sintiendo. Pero de una cosa estoy seguro: soy el último del mundo que puede juzgarlos como padres o por la manera en que sacan adelante a su familia.»

Lucia entrecerró los ojos, interesada por primera vez. Y Enzo continuó. «No puedo juzgarlos porque yo también tengo un hijo, y con él he sido un padre pésimo. Uno de los peores.»

La mujer apretó los labios. Aquello la había impresionado.

Al menos había servido, pero Enzo no iba a añadir nada más sobre su vida. Había hecho falta un chico muerto para que dijera en voz alta lo que solo se repetía en la cabeza. Se inclinó hacia delante, frenado por el escritorio. «Entiendo a su marido, y entiendo a Marco. A menudo uno acaba transigiendo con su propia moral, convencido de que existe un motivo superior. Empujado por la desesperación y por buenas intenciones. Con esas mismas buenas intenciones, ahora

solo queremos entender quién hizo esas cosas al cuerpo de su hijo y por qué. ¿Pudo ser alguien que quisiera enviar un mensaje?»

La señora Lucia sorbió por la nariz. Se frotó la punta con el pañuelo y negó con la cabeza, sin decir palabra.

«¿Ni siquiera algún otro elemento del hampa local? ¿Alguien que pudiera guardar rencor a su marido, o a su familia?»

La mujer lo fulminó con la mirada.

Enzo notó que volvía a perderla. «Tengo que preguntárselo, si quiere que encontremos a quien hizo esas cosas.»

La mujer se dejó caer contra el respaldo. «Nadie. No sabría qué responder. Mi marido cometía pequeños robos y no estaba ligado a nadie, Marco no tenía enemigos, sus faltas no eran más que chiquilladas.»

Eso descartaba muchas pistas. Si no era alguien que hubiera tenido trato con su familia, sería un poco como vagar a oscuras. Era un problema.

«Gracias, señora.» Enzo despidió a la mujer, que respondió con una media sonrisa impuesta por la educación. Lo único a lo que aquella madre podía aferrarse era a la esperanza de obtener respuestas. Y era su deber encontrarlas.

Un colega asomó a la puerta del despacho. «Inspector. Tenemos los datos de la autopsia y parece que la doctora ha encontrado detalles verdaderamente espeluznantes.»

~

Enzo se detuvo ante la placa de latón: Romina Rinaldi, anatomopatóloga. Llamó.

Nadie respondió. Decidió entrar de todos modos.

Un escritorio, una camilla de exploración y un biombo de tela, aquello parecía la consulta de un médico de cabecera. No había recepción ni secretaria. Un esqueleto humano se mantenía en pie gracias a unos brazos metálicos.

Había otra puerta en la estancia, tras el vidrio esmerilado se movía una figura.

Enzo se acercó y llamó. «¿Se puede?»

«Adelante.»

La doctora era un derroche de blanco: piel clara y ojos grises, el cabello plateado, recogido en una larga cola alta, se confundía sobre los hombros con la bata. Sonrió y le tendió la mano. «Buenos días, así que usted es el inspector...»

«Sí. Inspector Bestetti.» Se la estrechó. El dorso estaba curtido, arrugado, pero suave. El rostro, en cambio, era muy juvenil. De no ser por el pelo, parecía una mujer de cuarenta años.

El appuntato De Rossi, de los carabinieri, le había advertido que la doctora era una mujer guapa, pese a haber pasado de los sesenta. Pero Enzo no pensó que fuera para tanto. «Estoy aquí por la autopsia de Marco Aloia.»

«Lo suponía.» Señaló una cámara frigorífica que apenas podía albergar dos cuerpos. «No tenemos una larga lista que ir tachando. Aquí es raro que hagan falta autopsias ordenadas por la autoridad judicial, o casos por el estilo.»

«La verdad, también es raro para mí enfrentarme a un caso de este tipo. ¿Ha encontrado algo útil?»

Ella asintió y sonrió con una frescura desarmante.

¡Hostia!, ¿más de sesenta años ella? Imposible. De hecho, sobre la doctora corrían rumores sin parar, De Rossi le había dicho que estaba casada con un hombre quince años menor que ella. Cuando oyó aquello, Enzo no le dio importancia. Pero ahora que la había conocido, entendía por qué hablaban de ella. «Póngame al corriente. ¿Qué ha encontrado?»

La doctora abrió un archivador. El cajón, casi vacío, se deslizó por las guías, con apenas una veintena de expedientes dentro. Escogió el primero de la fila y lo abrió. «En la fase externa de la autopsia he hallado dos heridas de arma de fuego en el tórax, que luego resultaron ser la causa de la muerte.» Sacó una fotografía de la

cabeza. «Lo que, en cambio, no tiene sentido es la presencia de estos orificios en las sienes y en la calota craneal. Ocho en total. En esos puntos le rasuraron el cabello y la piel presenta quemaduras.»

«¿Y se hicieron post mortem?»

«Así parece, pero no hay certeza. El margen temporal es demasiado estrecho para establecerlo. Lo que sí sabemos es que no hay coágulos de sangre, y eso hace suponer que el chico ya estaba muerto.»

Pobre.

¿Por qué? ¿Por qué hacer algo así? Los hombres de la mafia solían cortarles la lengua a las víctimas si habían hablado, amputarles las manos a quienes robaban a afiliados intocables. ¿Pero agujeros en las sienes?

La doctora le tendió la foto, pero la soltó antes de que Enzo pudiera atraparla, y la imagen se balanceó hasta caer al suelo. «Oh, diantre. Disculpe, inspector.» Se echó a reír.

¡Hostia!, vaya risita.

Se agachó, y la bata apenas se le alzó por encima de las rodillas: piernas desnudas, sin medias, todavía tersas y firmes. Llevaba unas sandalias planas de tiras entre los dedos, con las uñas lacadas de rojo vivo. El arco del pie dibujó una curva elegante sobre la plantilla, y Enzo se la imaginó subida a unos tacones de aguja. Su punto débil, un asomo de fetichismo.

La doctora se incorporó y volvió a tenderle la fotografía. «Perdone, creía que ya la había cogido.»

Era la ampliación de uno de aquellos orificios.

Señaló la herida. «Como puede ver, primero rasuraron la zona y luego perforaron la calota. La marca en el hueso indica que la hoja con la que perforaron la cabeza era romboidal, una forma bastante extraña.»

«¿Romboidal? ¿Quiere decir que no se utilizó una hoja plana para perforar la cabeza?»

«Exacto. Parece un punzón. Quizá un instrumento hecho para eso. Durante la segunda fase de la autopsia, la interna, esperaba encontrar quemaduras también dentro de la calota craneal. No había nada.»

Enzo le devolvió la ampliación. «O sea, ¿pensaba que las quemaduras externas se hubieran propagado al interior?»

La doctora asintió. «Estos orificios y las quemaduras me hicieron pensar en electrodos activos. Como si hubieran quemado la piel al hacer pasar corriente al cerebro. Pero dentro no había rastros parecidos. Entonces, ¿para qué perforar?»

Enzo sostuvo la mirada gris de la doctora durante un par de respiraciones. «En la práctica, sospechaba que esas marcas fueran consecuencia de un experimento. Una cobaya de laboratorio a cielo abierto...»

Ella no apartó la vista, los iris parecían de vidrio, gemas del color del mar. Fue él quien bajó los ojos y fingió concentrarse en la carpeta.

¿Qué le pasaba? Si aquella mujer pasaba de los sesenta, tenía casi diez años más que él.

Rinaldi cerró el expediente y se lo ofreció. «El examen interno confirma la muerte por disparos. No tengo mucho más que añadir al respecto, todo está en el informe.»

Enzo tomó la carpeta y la apretó bajo el brazo. «Así que estas quemaduras siguen sin explicación.»

«En realidad, no solo esas. La cuestión es que eso no lo encontré yo.»

¿Qué no había encontrado ella? Enzo no entendía. «Perdone, ¿de qué habla?»

La mujer volvió al archivador y sacó una funda transparente que contenía una nota. «Mientras los socorristas metían al chico en la bolsa, la cabeza se balanceó y de la boca le salió una bolita de papel.»

Le tendió la prueba y Enzo la examinó. El papel arrugado, dentro de la funda transparente, llevaba una inscripción. «¿Una nota?»

«Sí. La policía científica todavía tiene que analizar el tipo de papel, la tinta y la caligrafía. Hay unas marcas impresas que indican que lo arrancaron de una agenda, y también parte de una imagen que resulta indescifrable. Pero basta lo que pone para dar una indicación.»

Enzo leyó lo que alguien había escrito y después había metido en la boca del chico: «Maria Fabrizi.» ¿Un nombre de mujer? «¿Y quién es?»

Ella mostró las palmas. «No tengo ni idea.»

Aquella historia estaba tomando un cariz extraño, mucho más allá del desastre que había montado Vito.

Enzo se despidió de Rinaldi y salió de su consulta.

Quien había perforado la cabeza de aquel chico había dejado un mensaje así, pero ¿para quién? ¿Para la policía? ¿Para los padres del chico?

Entró en el Panda y llamó a la central. «De Rossi, acabo de salir de lo de la doctora.»

«Sí, inspector. Nos ha llegado el correo con el informe.»

«¿Conocen a esta... Maria Fabrizi?»

De Rossi tecleó. «Es de Laruvio, vive justo en la misma calle donde intervenimos.»

Vivía justo enfrente del lugar de la intervención...

Había que ir a verla.

1.3

2015

Cuánto odiaba ir de un sitio a otro. Enzo empujó la palanca de cambios, metió tercera y la marcha rascó. Menos mal que tenía un Panda, aquellas subidas y bajadas constantes por las curvas cerradas ponían a dura prueba los coches. No era solo pereza, no había nada que le fastidiara más que viajar. Y el karma lo había mandado de Lombardía al Lacio.

Karma…

Aquel traslado también era, en parte, culpa suya.

Una vez dejado atrás el Bar Botticella, debería haber girado a la derecha. Era la calle ancha donde Vito había disparado, justo al lado de la casa de Maria Fabrizi, la mujer cuyo nombre figuraba en la nota que le habían metido en la boca al cadáver, después de abrirle agujeros en la cabeza.

Lo que le habían hecho a aquel chico quizá fuera un mensaje para esa mujer. O tal vez una invitación para los investigadores: vayan a llamar a esa puerta. Qué tenía que ver Maria Fabrizi con todo aquello estaba aún por verse.

El Botticella pasó a su lado, el coche de Vito estaba aparcado enfrente. Ostras, ¿y si su amigo estaba dentro bebiendo? Imaginarlo en el bar, destrozándose el hígado, solo… no. Ni hablar. La Fabrizi tendría que esperar.

Enzo suspiró, aflojó el acelerador y orilló el coche.

Bajó del coche y pasó junto a las jardineras invadidas por las malas hierbas de la entrada del barecito. Tres jubilados jugaban a la

brisca, la mesita estaba llena de tazas de café y vasitos tintineantes que olían a sambuca.

El viejo, de espaldas, estampó el tres de copas sobre la mesita, delante de un adversario. «Toma, ahò. No te mojes la cabeza, que se te hincha el serrín.»

El otro enseñó el dorso de una carta, coronado por el dedo medio. «Pero cállate, ahò.» Giró la mano y dejó asomar el as de copas. «¿Tú quieres jugar con un tres, né? Antes de hacer una jugada así, pon el culo en la silla y piensa.»

Estallaron en carcajadas.

No había nada que hacer, a Enzo le gustaba la cadencia romana, pero imitarla era imposible. Para su trabajo allí, en el sur, le habría venido bien.

Los jubilados lo observaron pasar, curiosos. Al fin y al cabo, iba de paisano, y el pueblo no era precisamente grande. Llevaba allí un mes y no lo conocía nadie.

El Botticella era pequeño. La barra reflejaba la luz y por el frente corría una fila de cuadraditos de vidrio, muy años sesenta.

Allí estaba: en el rincón más alejado del local, Vito estaba sentado solo, con la cabeza entre las manos. Frente a él, tres jarras de cerveza, vacías y con apenas un resto de espuma. A media mañana…

Pobre diablo, el larguirucho estaba hecho un ovillo. Ni siquiera lo había visto. Enzo siguió de largo y se arrimó a la barra.

Un hombretón con entradas y delantal se apoyó al otro lado. La barra osciló bajo el peso de aquel mastodonte. ¿Cómo podía ser tan grande aquel hombre?

«¿Qué te pongo, ahò?»

«No, gracias.»

«Mira que, si quieres beber, ¡Hostia!, tengo un par de aceitunas de acompañamiento que están de muerte. Son griegas.»

¿Cerveza y aceitunas por la mañana? Enzo señaló a Vito. «Haga una cosa, prepáreme un café doble para mi amigo. ¿Cuánto ha bebido?»

El camarero se echó a reír. «¿Quién? ¿Ese que está hecho polvo, né? Nada.»

«¿Cómo que nada?»

«No ha bebido, daje. Pide una cerveza, la mira, le habla. Luego se levanta y va a vaciarla fuera. Ya me ha tirado tres.»

Ostras. Era más grave de lo que pensaba. «Entonces no me prepare nada. Gracias.» Se apartó y se acercó a Vito.

Vito levantó la vista, lo vio y se puso rojo. Se mordió los labios para contener el llanto.

Enzo abrió los brazos. «Vito… Cuando estás así te dije que me llamaras. ¿Qué estás haciendo?»

Él señaló las jarras. «Es solo que, si la otra noche no hubiera bebido… Si hubiera estado más lúcido, ¿me habría dado cuenta de que la Beretta era falsa?»

«Joder, Vito. Yo vi cómo estabas. No estabas borracho, ni mucho menos.»

«Lo sé, pero quizá habría notado que el cañón estaba obstruido.» Empujó las jarras, que tintinearon entre sí.

«¿En un instante? ¿A oscuras, a cinco metros? Piensa, joder. Deja de machacarte con estos remordimientos.»

Vito se levantó de golpe. «¿Y quién me va a quitar de encima la culpa que cargo? ¿Piensas que para volver a quedar limpio me bastará con la sentencia del juez que me absolverá porque tú soplaste en el alcoholímetro por mí?»

Enzo también llevaba ese peso encima, pero no se arrepentía. No se había equivocado al soplar, su amigo no estaba borracho. «Hiciste lo que tenías que hacer, en la situación que tenías delante. El que delinque siempre empieza con una justificación: tenía que dar de comer a mi familia, estaba obligado… Mientras tanto llevan navajas y pistolas encima. Con esa mentalidad nacieron las mafias. El chico tenía sus responsabilidades.»

«Pero él está muerto. Ya pagó de sobra su responsabilidad. ¿Y yo?»

Enzo lo miró a los ojos. Era fácil hablar cuando no había sido él quien apretó aquel gatillo. «Escucha, tú también lo estás pagando. Los hombres, por el sentimiento de culpa, llegan a matarse pensando que así sufrirán menos. Entonces, ¿cuál es el castigo más grande? No podías saber que era falsa, punto. Hiciste lo que tenías que hacer, punto.»

Los ojos de Vito temblaban. Volvió a sentarse y a fijar la vista en la superficie de la mesa. Arqueó las cejas. «Pero tú, ¿por qué estás aquí? ¿Vas a ver a la mujer, la de la nota?»

Ostras, ¿ya lo sabía? «Sí. Voy a verla.»

Se levantó de un salto otra vez. «¡Llévame contigo!»

Joder, no. Solo faltaba eso. «Vito, estás suspendido. Sabes perfectamente que no…»

«Déjame hacer mi parte. Dame la ilusión de haber hecho algo por el chico al que maté. ¡Te lo suplico!»

Enzo tragó saliva. ¿Cómo iba a decirle que no…? En el estado en que estaba, desde luego no podía dejarlo solo. «Vamos.»

Se levantaron y se dirigieron a la salida.

El camarero gigante los estaba mirando con cara de asco, había oído toda la conversación. Vito se inclinó hacia la barra y estampó un billete de veinte. «Sí, somos de las fuerzas del orden. ¿Y qué? Maté a dos chicos armados, ¿tú qué habrías hecho?»

El hombretón se quedó en silencio y los vio alejarse. En el umbral, el tintineo de la caja registradora a sus espaldas reveló que el camarero había conseguido lo que quería.

A ellos les interesaban las respuestas, y había buenas probabilidades de que aquella mujer pudiera darles por fin alguna.

~

Apenas unos cientos de metros más allá del Botticella, Enzo bajó de la Panda y Vito lo siguió poco después. Se encaminaron hacia la dirección indicada. El arco de entrada, de piedra y cal, de un patio

de los años cincuenta daba directamente a la calle del tiroteo. Enzo señaló hacia dentro. «Aquí, por aquí.»

Vito no respondió, se había quedado más atrás mirando fijamente el asfalto, donde un halo marcaba el punto en que el primer chico había encontrado la muerte. Pobre. Desvió la mirada hacia la vuelta de la calle, por donde el segundo había huido. Habían encontrado su cuerpo, destrozado de aquel modo absurdo, ni siquiera una hora después.

Enzo esperó a su amigo.

Este suspiró y volvió a mirarlo con los ojos vidriosos.

Entraron. La gravilla del patio crujió bajo las suelas. Las paredes, surcadas de grietas, dejaban los ladrillos al descubierto allí donde el enlucido se había venido abajo. El patio se distribuía en tres plantas. En las ventanas de arriba, tendederos con ropa colgada por todas partes.

En otro tiempo debía de haber sido una casa de labranza. A pesar de las obras para transformar aquel conjunto en viviendas independientes, aún se reconocían los establos, el pajar y los cobertizos donde se guardaba la maquinaria agrícola, el origen de aquellos viejos muros.

El olor agrio del tomate machacado flotaba en el aire, salía de la persiana alzada de un garaje improvisado en lo que antaño pudo haber sido un secadero. Dentro, un bidón con la inscripción TAMOIL estaba levantado sobre unos ladrillos, encima de un hornillo de gas alimentado por una bombona. Borboteaba, lleno de salsa, mientras una mujer corpulenta preparaba los tarros para embotellarla.

Cosas así no se veían nunca en Milán.

La hilera de números los llevó hasta el 15 y Enzo señaló el nombre del timbre: Maria Fabrizi, la mujer indicada en la nota dejada en la boca del cadáver. Era importante hablar con ella antes de que aquella información llegara a la prensa.

Enzo había averiguado quién era: 58 años, separada. Sola. Figuraba como desempleada y, sin nadie que la mantuviera, para sobrevivir seguro que tenía que ingeniárselas con el arte de buscarse la vida. El mismo arte que había mencionado la madre de aquel chico. Era el único vínculo que había encontrado.

Apretó el botón y, desde el segundo piso, llegó el graznido del interfono.

«¿Qué buscan?», gritó la mujer a sus espaldas, la del garaje, afanada en remover la salsa. Un gato se le restregaba contra las pantorrillas.

Enzo la miró mejor, quizá ya la había visto la noche del tiroteo. Si no se equivocaba, estaba entre los que habían salido a curiosear. «Buenos días, buscamos a la señora Maria. Maria Fabrizi.»

«Sí, claro. Ahò, si están tocando ese timbre, ya lo había entendido.»

Enzo cruzó una mirada con Vito, que se encogió de hombros. La mujer golpeó el cucharón de madera, manchado de pulpa, contra el bidón y lo dejó apoyado en equilibrio. Se agachó sobre una cesta de plástico de frutería y sacó un tarro de cristal. «No me hagan perder el tiempo, que no estoy pasando la aspiradora por la playa. Digo, ¿qué quieren?»

Quedaba claro que la Fabrizi era ella. Bien... Enzo esperó que no hablara demasiado en dialecto cerrado. Se acercó y le enseñó la placa. «Señora Maria, buenos días. Soy Enzo Bestetti, suboficial de carabinieri.»

Vito fue tras él. «Mucho gusto, Vito. Un compañero.»

La mujer se quedó mirándolos. Destapó el tarro. «¿Han venido por los chicos muertos?»

Aunque conservaba una cadencia romana apenas insinuada, había optado por hablarles en italiano. Enzo se lo agradeció en silencio. «Sí. Estamos aquí por los hechos de hace dos días.»

La mujer dejó el tarro junto a los otros, luego dejó caer la tapa en una cesta al lado del bidón que borboteaba. «¿Y por qué me buscan a

mí?»

Enzo miró alrededor, parecía que no hubiera otros oídos. Se acercó. «¿Conocía a esos dos chicos?»

«¿Yo? ¿Qué le parezco, ¡Hostia!, una chiquilla?» Entre palabra y palabra jadeaba, quizá por culpa de un trabajo demasiado pesado para su cuerpo. «Si quieren hablar, mientras tanto, ahò, vayan moviendo las manos.» Señaló los tarros de cristal de la cesta de plástico que tenía en el suelo.

Enzo cogió uno. Giró la tapa con las muñecas, pero no cedía, parecía soldada con estaño. Ostras, cuánta fuerza hacía falta. Empujó ayudándose con los hombros hasta desenroscarla. «Entonces, señora, ¿no los conocía?»

La mujer abrió su tarro con despreocupación y volvió a separar la tapa del frasco, colocándolos en sus respectivos montoncitos. «¿Y por qué iba a conocerlos?»

«¿A qué se dedica, señora?»

«¿Qué, no lo ve? Trabajitos. Depende de la temporada. Les vendo a los del mercado tarros de salsa y verduras en aceite. A veces coso... Una se busca la vida, né.» La mujer sonrió. «Ahò, ¿quieren probar algo de lo que hago?»

Buscarse la vida. Había muchas formas de buscarse la vida en el sur, y no todas eran deshonestas. La mujer parecía sincera. No acababa de verse qué podía tener que ver con aquella vejación del cadáver. Y, sin embargo, en esa nota figuraba su nombre.

Enzo decidió poner las cartas sobre la mesa. «En el cuerpo de uno de esos chicos encontramos una nota. Llevaba escrito su nombre y su apellido, señora.»

«¿Mi nombre?» Se le quedó la mandíbula entreabierta.

Enzo asintió. «Nos preguntábamos por qué alguien habría hecho una cosa así.»

La mujer parecía una estatua de cera a punto de derretirse, había perdido todo su brío de mujer de barrio. «Pero, disculpen, ¿no mató a esos dos chicos un guardia de los suyos, mientras robaban?»

Enzo no se volvió, pero Vito había empezado a respirar más fuerte. «Sí. Pero uno se escapó. Cuando encontramos su cuerpo, llevaba esa nota en la boca: Maria Fabrizi.»

La mujer tragó saliva. Se volvió y bajó la llama bajo el bidón TAMOIL. «Díganme una cosa, ¿cómo estaba el cuerpo del chico? ¿Qué le hicieron?»

Ahí estaba la conexión. Enzo estaba seguro de que la noticia de los agujeros en la cabeza aún no había salido del cuartel. El hecho de que la mujer hiciera esa pregunta indicaba que sabía algo. «Díganoslo usted, señora.»

La mujer volvió a mirarlos. «¿Le agujerearon la cabeza? ¿Tenía quemaduras y rodales de pelo rapado?»

A Enzo se le encogió el estómago de pura tensión. Asintió. «¿Cómo lo sabe? ¿Qué tiene usted que ver con todo esto?»

Ella suspiró, abatida. «Saben que estoy sola, ¿no? Mi exmarido me dejó, se fue a Alemania hace veinte años. Y eso después de que...»

Cerró los párpados y una lágrima se soltó de su ojo vidrioso. «Hace veinticinco años mataron a mi hijo de nueve años de la misma manera.»

~

Arriba, en casa de la señora Fabrizi, Enzo dio tregua a la garganta en llamas apurando un vaso de agua mineral. Le dio un par de palmadas en la cabeza al gato gris, acurrucado en la silla de al lado. «Señora, como le decía, Vito y yo estamos aquí desde hace cerca de un mes. El dialecto romano es realmente bonito, pero le pediría que no hablara en un dialecto demasiado cerrado. Es importante que la entendamos a la perfección, dadas las circunstancias.»

Maria asintió, abrió la alacena de arriba y sacó un frasco de tomatitos en aceite. Se secó las manos con un paño y se sentó a la mesa con ellos. Una sola estancia: la cocina a un lado, el sofá al otro. La mesa en medio. «Mi hijo tenía nueve años. Salió a jugar y ya no

volvió. Lo encontraron una semana después, con esas marcas en la cabeza.»

El gato intensificó el ronroneo, y Enzo le rascó otra vez la cabeza. «¿Hace veinticinco años?»

«Sí. Ahò, me lo encontraron el 15 de septiembre del 90.» La mujer desenroscó la tapa, y el aire hizo un chasquido. Metió un tenedor dentro y dejó el frasco de tomatitos en el centro de la mesa, junto a la cesta del pan.

Enzo levantó un dedo. «Gracias, quizá después.» Se volvió hacia Vito, sentado a su lado. Este se sujetaba el estómago. Negó con la cabeza, también él más interesado en la historia de la mujer que en los tomatitos, por muy tentadores que fueran. «¿Quién llevó la investigación en aquella época?»

«El maresciallo Treccani, pero ya no está, ahò. Me parece que murió unos diez años después de jubilarse.»

Enzo anotó el nombre en las notas del móvil. «¿Y qué había descubierto?»

La mujer bufó. «Nada. Mi hijo no tuvo justicia. Ni él ni su amigo.»

«¿Amigo?»

«Sí. Ese mismo año murió otro chico de once años, también con las mismas marcas en la cabeza.»

¿Otro más? «Entonces, hace veinticinco años, dos chicos desaparecieron y luego los encontraron con el pelo rapado a parches, el cráneo perforado y marcas de quemaduras alrededor de los agujeros. ¿Y la investigación no llevó a nada?»

«Nada.» La mujer tomó un trozo de pan y lo partió. «No se sabe quién fue, ahò. Pero el maresciallo me había dicho que había encontrado algo. Estaba buscando papeles de la época de Mussolini. Pero digo yo, ¿qué tiene que ver Mussolini? ¡A mi hijo lo mataron hace veinticinco años, no durante la Segunda Guerra Mundial!»

Enzo miró a Vito, que también lo observaba con asombro. ¿Mussolini? «Señora, disculpe, pero ¿está segura de haber entendido

bien? ¿Estos chicos muertos tienen algo que ver con el periodo fascista?»

La mujer dio un manotazo sobre la mesa y el gato, que estaba sobre el cojín, salió disparado presa del pánico. «Ahò, eso tienen que decírmelo ustedes.»

Se quedó mirándolos con rabia, fruto de una paz que nunca había encontrado. «Eh, ¿cómo creen que puedo estar?» Levantó el índice. «Yo, ahò, de una sola cosa estoy segura: cuando te nace un hijo, tu vida cobra más sentido y pierde importancia.»

Esperó.

Dejó que la frase se expandiera dentro de ellos. Aspiró por la nariz y volvió a hablar. «¡Hostia!, esa frase la leí en un libro. Pero cuando se te muere un hijo de ese modo, el único sentido que tiene tu vida es vengarte. Y yo sigo esperando.»

Tanto ardor, después de todo ese tiempo. Aquella era una madre. Enzo se sintió inadecuado ante ella, él, que con su hijo Oscar no había hecho más que causarle un daño inmenso.

Volvió a pensar en aquella frase: «Cuando te nace un hijo, la vida cobra más sentido y pierde importancia». Y era verdad. Pero él lo había comprendido tarde. A esas alturas, su hijo Oscar incluso se había ido de Italia, y había hecho bien. Debería haberlo apoyado, en vez de humillarlo.

«Disculpe...» dijo Vito, levantando apenas el índice para llamar la atención. Era la primera vez que tomaba la iniciativa. «Señora Maria, lo que no entiendo es por qué hacernos venir hasta usted. ¿Por qué quien hizo esas cosas hace dos días nos señaló la conexión con esos viejos crímenes? ¿Y cómo puede ser la misma persona, si las investigaciones anteriores habían apuntado a la época fascista?»

No tenía sentido. Enzo pinchó un tomatito con el tenedor y lo dejó sobre una rebanada de pan. «Hoy acabamos de enterarnos de que hubo asesinatos similares en 1990, hace veinticinco años. Y las investigaciones de Treccani en el noventa habían apuntado al fascismo...»

La mujer asintió.

Tenía que haber, por fuerza, un cambio generacional. No estaban investigando a un solo hombre, sino a algo distinto. ¿Pero qué? Tendrían que hacerse con el expediente del maresciallo Treccani.

«Señora Fabrizi, gracias por ahora. Intentaremos darle a su hijo la justicia que merece. Mientras tanto, es mi deber advertirle que debe seguir localizable. Debería llegar un colega con unos documentos para que los firme. En cualquier caso, le aconsejo que llame a un abogado o, si hace falta, le proporcionaremos uno nosotros.»

La mujer no se inmutó. «¿Estoy acusada de algo?»

«No. Por ahora no tiene de qué preocuparse.» Enzo mordió la rebanada de pan crujiente y el tomatito le estalló en la boca, dulce y ácido en el paladar. Buenísimo.

«¿Siguiente paso?» preguntó Vito.

«Retomar el expediente de la antigua investigación de Treccani y entender qué tiene que ver el fascismo con esta historia.»

1.4

1940

10 de junio de 1940 - Palacio Venezia,
al término del discurso de Mussolini.

Aldo vio desfilar fuera de la sala al Rector, seguido por los militares y los jerarcas fascistas. Iba a quedarse a solas con el Duce y con el ministro de la propaganda, Alessandro Pavolini. La ansiedad le punzaba el vientre como finos alfileres de hielo.

A solas.

Con Mussolini.

Se le secó la saliva en la boca. Dux, debía recordar los apelativos impuestos por el Régimen. Ni cadencias dialectales ni términos extranjeros, debía hablar en italiano. Y debía hacerlo con el Duce, cuyo único propósito era engrandecer a Italia.

«¡Bien, Camarada!» Mussolini no soltaba solo palabras: tenía truenos en lugar de cuerdas vocales. Se acomodó al escritorio, sacó un expediente del cajón y extrajo una hoja. «Aquí tiene su trayectoria, Camarada Aldo Angelucci. Con apenas veintisiete años, es un ejemplo para los jóvenes italianos, que hacen de la ciencia un orgullo para la patria.» El ritmo de su dicción era irregular: aceleraba y se frenaba como en una danza. Diantre, qué orador.

El ministro Pavolini también asintió con orgullo. Qué honor. Aldo inclinó la cabeza. «Gracias, Dux.»

«Camarada Aldo, ¿sabe por qué se encuentra aquí?»

Aldo se encogió de hombros. «Me han dicho que el Duce requiere mis servicios, por la especialización que he adquirido en las ondas

cerebrales. La universidad a la que represento no espera más que ponerse al servicio del Dux...»

«¡No!» La inflexibilidad de Mussolini ni siquiera le hizo pestañear. «Nada de lo que oiga aquí deberá compartirse de ningún modo con la universidad a la que pertenece. Aldo, ¿ha oído el discurso que acabo de pronunciar?»

Asintió. El Dux lo había llamado incluso por su nombre, sin el apelativo impuesto por el Régimen, qué privilegio. «Italia entra en guerra al lado de nuestra amiga Alemania.»

«¡Exacto!» Otra respuesta tajante. Mussolini hablaba exactamente como el régimen que representaba: de forma categórica y directa, sin adornos inútiles.

El Duce suspiró y curvó la boca en un rictus duro, que asomó bajo su mandíbula esculpida. «El Fascismo está al servicio de los italianos, pero no todos los italianos están al servicio del Fascismo. Y aquí hacen falta sus conocimientos sobre el aparato del gran médico alemán Berger.»

Aldo evocó sus estudios.

En la práctica, lo habían convocado para poner los descubrimientos sobre las ondas cerebrales al servicio de la propaganda, pero ¿de qué modo? Quizá, después de haber examinado y reconstruido el electroencefalógrafo ideado por Berger en 1929, Mussolini quería usarlo para comprobar la adhesión al régimen de sus colaboradores. Una especie de máquina de la verdad. Convenía preguntar. «Dux, ¿cómo cree que mis servicios podrían serle útiles?»

Mussolini se golpeó el puño contra la palma. «El Istituto Luce, baluarte de la propaganda fascista, se ha dedicado siempre a educar las mentes del pueblo. Que los italianos escuchen con la mente y con el corazón: ¡que la mente repose!»

El mohín del Duce reapareció, acompañado de un suspiro. «La propaganda, sin embargo, se ve obligada a hacerlo con medios convencionales, que exigen recursos y un tiempo que ya no tenemos.

Nunca como ahora es necesario que la opinión pública esté alineada y cohesionada en torno a las directrices políticas que hemos tomado. Es preciso que las mentes de los opositores al Fascismo no solo sean educadas, sino también adoctrinadas por la fuerza, cuando sea necesario.»

Mussolini no quería comprobar si las ondas cerebrales podían revelar la inclinación de las personas: quería utilizarlas para cambiar su índole. Todo aquello no era viable, la petición no tenía sentido.

La espalda de Aldo se estremeció por el miedo al fracaso, y él alzó las manos en señal de rendición. «Perdóneme, Dux, pero no creo que eso sea posible.» O, en cualquier caso, no podía hacerlo él. Estaba aquel otro inventor, precisamente el que Mussolini había ensalzado cinco días antes, ese Creti. Ese sí se movía en terrenos al límite de la ciencia.

Mussolini adelantó el labio en un mohín pensativo y asintió. «Sé que pedimos mucho. Pero no estará solo. Lo acompañará otro joven genio italiano. Lo recibí hace apenas unos días: Marcello Creti. ¿Sabe de quién hablo?»

Justo el que Aldo imaginaba. «Sí, Dux. Él también ha realizado estudios sobre las ondas. Está construyendo esa máquina, el Ondógeno, con fines terapéuticos. Y está intentando otra, capaz de leer el pensamiento, dice que capta las ondas cerebrales y proyecta la imagen del pensamiento sobre pantallas.»

Pavolini asintió con un movimiento de cabeza, Mussolini sacó pecho como quien exhibe un trofeo. «Y todo esto con tan solo dieciocho años.» Se levantó del escritorio con ímpetu. «Nadie como el pueblo italiano puede contar con genios así. Como en los tiempos en que Roma tuvo a César, Virgilio y Augusto, volveremos a enorgullecernos de ambos, nuestros nuevos y jóvenes Da Vinci.»

Cada palabra del Duce, cargada de orgullo por su tierra italiana, parecía destinada a inflamar el entusiasmo de Aldo por aquel proyecto absurdo. Mussolini sí era un hombre que amaba su país, pero no bastaba el ardor para doblegar las leyes físicas. Lo que le estaba pidiendo seguía siendo inviable.

La puerta recibió unos golpes que reverberaron por todo el salón. El ayudante que los había recibido se asomó. «Disculpe, Dux, los embajadores de Alemania lo esperan.»

Mussolini chasqueó la lengua. Se acercó a Pavolini, que había permanecido en silencio todo el tiempo. «¡Alessandro!» Le dio una palmada en la espalda. «Termine usted de ocuparse del muchacho. Instrúyalo sobre lo que hay que hacer y sobre las...» Sus cejas fruncidas se quedaron fijas hacia el techo, enmarcando unos ojos absortos. «Sobre las particularidades de los experimentos que exigimos.»

Concluyó con un gesto de aprobación dirigido a Aldo, y este extendió el brazo en el saludo romano y batió los talones. ¿Qué diantre estaba haciendo? ¿Y por qué los talones? Ni que fuera militar. Había sido el carisma del Duce lo que le había enardecido el ánimo.

Mussolini llenó la sala con el eco de sus pasos. Fiero. El ministro de la propaganda desentumeció la espalda y se aclaró la voz.

Fuesen cuales fuesen aquellas particularidades de los experimentos, Aldo no le diría que no al hombre de la providencia.

~

Mussolini desapareció tras la hoja maciza de la puerta. Aldo soltó un suspiro, claro, aún estaba en presencia del ministro de Propaganda, pero este no le inspiraba la misma sumisión que el Duce.

Pavolini se sentó en el escritorio, en el lugar de Mussolini, e indicó a Aldo que ocupara la silla vacía frente a él. «Como el Duce le ha adelantado, Camarada, deberá colaborar con otro prodigio italiano: Marcello Creti.»

Aldo tomó asiento. Era cierto, las máquinas que construía Creti eran portentosas, y él seguía siendo una figura bastante misteriosa. «Nunca he tenido el placer de conocerlo, pero no puedo negar que sé quién es. ¿Quién puede decir que no conoce a Marcello Creti, sobre

todo en el ámbito académico? Y eso, a pesar de que trabaja al límite del sentido común.»

Todos sabían que su padre era espiritista, y el propio joven inventor se jactaba de tener sus intuiciones en sueños. Diantre, eran pamplinas. Resultaba increíble que una mente tan brillante como la de Creti pudiera creer semejantes tonterías.

«Bien, Aldo, pero su colaboración no implica que deba tratarlo todo con él. Marcello Creti posee una mente fuera de lo común, sin embargo, no podemos depositar en él la misma confianza que en usted, Camarada.»

Aldo trató de leer entre líneas. ¿Acaso insinuaba que Marcello no era fiel al Partido? «Explíqueme mejor...» Se mordió el interior de la mejilla, había olvidado el tratamiento impuesto. «Explíqueme mejor lo que quiere decir, Camarada Pavolini.»

«Quiero decir que, sin ánimo de ofenderle, las capacidades de Marcello Creti superan con creces las de cualquier otro científico con el que Italia cuenta actualmente. Su participación en el proyecto es indispensable. Pero ese muchacho presenta una carencia importante que lo coloca a usted, Camarada, un peldaño por encima.»

«¿Cuál?»

«Su carnet del Partido, Camarada. Su fidelidad al Duce.» Pavolini esperó a que el alcance de aquello calara. «Hemos convenido que, si Creti llegara a conocer nuestras intenciones respecto a estos experimentos, podría, de algún modo... vacilar. Y perder a Creti, ahora, para Italia, sería una pérdida insostenible.»

Aldo tragó, la saliva le había vuelto a la boca tras la salida de Mussolini. El ministro se refería al énfasis que el Duce había puesto en la particularidad de los experimentos. Aún no lo habían abordado, pero solo había una posibilidad. «¿Quiere decir que llevaremos a cabo esos experimentos directamente con cobayas humanas, Camarada Pavolini?»

Pavolini asintió. «Es un mal necesario. Hace falta una variante de su máquina de ondas, una que actúe directamente sobre el cerebro

de las personas.»

Un escalofrío recorrió las entrañas de Aldo. ¿De verdad tendría que hacer algo así? ¿A personas? Las ondas atravesaban paredes, sí, pero la caja craneal produciría interferencias y reduciría la amplitud. Los experimentos debían realizarse en contacto directo con la propia materia cerebral. «Entonces, tendría que servirme de Creti para la teoría y ocultarle las prácticas aplicadas a los sujetos.»

«Exacto.»

El sabor de la sangre le afloró a la lengua: Aldo se estaba mordiendo sin darse cuenta. ¿Cómo podía hacerle algo así a seres humanos?

Pero si el Duce pedía algo así, era por el bien de la nación. Desde luego, morirían decenas en esos experimentos. «No puedo garantizar un porcentaje de éxito. En realidad, que el experimento funcione es una posibilidad muy remota. Ni siquiera tengo idea de cuánta gente hará falta, ni de qué les ocurriría en caso de fracaso.»

«Como he dicho, es un mal necesario. Además, tratándose de experimentos con el cerebro, en caso de fracaso sería inhumano dejar a un hombre... "roto".»

Era bien sabido qué trato recibían los enfermos con discapacidades, consideradas una dolencia para la raza itálica. El ministro continuó. «Estas pérdidas razonables se verán compensadas por el éxito. Darán al Partido una solidez popular capaz de dar el bienestar y el prestigio que Italia merece. Camarada, ¿se imagina siquiera una Italia sin Mussolini?»

Diantre: no. «Mussolini es Italia.»

No podía negarse. Era necesario.

Al fin y al cabo, la ciencia exigía sacrificios.

Pavolini sonrió, debía de haber visto en él la confirmación de que su confianza estaba bien depositada. «Dígame todo lo que necesite, Camarada. Maquinaria, medios. Nuestros departamentos están a su servicio.»

Aldo respiró hondo en busca de claridad. Sin embargo, para el condicionamiento ideológico no bastaban sus conocimientos sobre ondas cerebrales. Hacían falta el material y las técnicas empleadas por la propaganda. «Sin duda hará falta la intervención del Instituto Luce. Los medios con los que han guiado hasta ahora la opinión popular.» ¿Quién mejor que el propio ministro de Propaganda para proporcionarle esa información?

Pavolini asintió. «Por supuesto. El Instituto Luce ha sido siempre meticuloso en esto. En todo aspecto público.» Se le escapó una risa. «Por ejemplo, dígame: ¿cuándo nació Mussolini?»

Aldo fijó la vista en el techo. Qué vergüenza, no sabía la fecha de nacimiento del Duce. La prensa nunca hablaba de su cumpleaños. «Estoy consternado, pero no lo sé.»

«Oh, no tiene por qué avergonzarse. ¿Sabe por qué lo ignora? Porque el pueblo no debe pensar en el cumpleaños del Duce. El Duce no envejece. El Duce no pierde ni vigor ni fuerza.»

Aldo abrió los ojos de par en par. ¡Jamás había pensado algo así! Qué genio, el Partido. No le inquietaba la idea de que Mussolini envejeciera, pero era cierto, el populacho más ignorante podría tropezar con eso.

El ministro se frotó las manos. «En cuanto al Instituto Luce, ¿le sería útil un informe sobre cuáles mensajes subliminales han tenido más éxito, Camarada?»

Inculcar pensamientos mediante la resonancia de las ondas cerebrales... Aldo imaginó unos electrodos capaces de emitir las mismas frecuencias para anular las del sujeto y añadir luego bienestar o malestar como respuesta emocional a aquello que debía inculcar.

Mensajes subliminales, repitió para sí... «Sería de gran ayuda.» Para el Fascismo sería el inicio de una nueva propaganda, y él sería su pionero. «Gracias, haré cuanto esté en mi mano.» Aldo estrechó la mano de Pavolini y ambos se dirigieron juntos hacia la salida.

En el umbral, el ministro se detuvo. «Un momento, he olvidado dar unas disposiciones en mi ministerio.»

Hizo una seña a un asistente, que acudió raudo ante Pavolini. «A sus órdenes, Camarada Pavolini.»

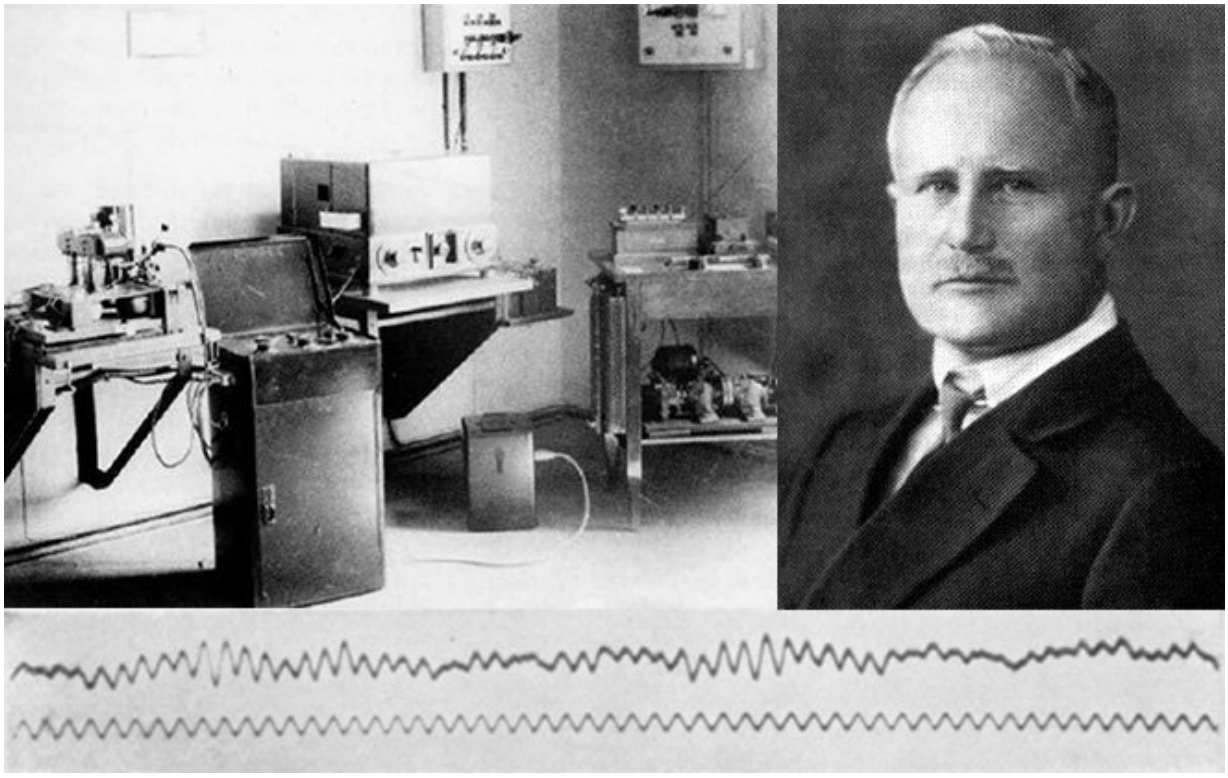
«Convoquen de inmediato a los representantes de los noticiarios de radio. Con la guerra ya avanzada, y con los éxitos de Alemania, no podemos arriesgarnos a que alguien piense que nuestro Duce ha entrado en el conflicto solo para obtener botín. La línea editorial se basará en la necesidad de la intervención y en cuánto necesitan nuestros aliados a nuestros ejércitos.»

Diantre, la maquinaria de propaganda lo tenía todo previsto. Disponía de todos los medios necesarios.

Tal vez el buen resultado de aquellos experimentos no fuera una posibilidad tan remota. ¡Qué éxito sería para él y para la ciencia! Aldo estaba impaciente por empezar.

DOSSIER

Hans Berger (Neuss, 21 de mayo de 1873 - Jena, 1 de junio de 1941) fue un médico alemán. Es conocido por haber realizado el primer registro de las ondas cerebrales y por haber inventado el electroencefalograma.



DOSSIER

Mussolini nunca celebró ni habló de su propio cumpleaños porque el pueblo no debía pensar que pudiera envejecer. La idea era mostrar una figura eterna. La noche del 10 de junio de 1940, al término del discurso de Mussolini que anunciaba la entrada en guerra, Pavolini se reunió realmente con los noticiarios radiofónicos para evitar que se pensara que el Duce, con la guerra ya avanzada y con los éxitos de Alemania, había entrado en el conflicto con el único propósito de hacer botín.

Cuando en el texto Mussolini dice: "Como en un tiempo en que Roma tenía a César, Virgilio y Augusto..." es una cita de su discurso pronunciado en Bari el 6 de septiembre de 1934. Su objetivo era beneficiarse de los éxitos del Imperio romano y apropiárselos.

DOSSIER

Marcello Creti fue efectivamente convocado al Palazzo Venezia el 5 de diciembre de 1940, y elogiado como el nuevo Leonardo italiano. En las imágenes encontrarán varios periódicos que mencionan lo sucedido.

Marcello Creti afirmaba haber construido realmente una máquina capaz de captar las ondas cerebrales y proyectar la imagen del pensamiento en pantallas. En un programa emitido en Rai3, Creti describe el instrumento con exactamente las mismas palabras recogidas en la novela. Su padre era espiritista, y el joven inventor se jactaba de tener sus intuiciones en sueños; de hecho, dormía con un cuaderno al lado de la cama.

Nell'officina «segre

del più giovane invento

d'Ita



MARCELLO CRETI NELLA SUA «OFFICINA»

Il più giovane inventore d'Italia ricevuto dal Duce

Le invenzioni saranno accolte nella produzione industriale bellica e civile

Il Duce riceve l'inventore Marcello Creti

Il telefono multiplo, una piccola automobile utilitaria e due applicazioni belliche

1.5

2015

Roma 2015 - Archivo General del Arma de Carabinieri

De Roccaflavio a Roma, el viaje le había parecido interminable. Al menos, Enzo lo había hecho en su adorada Panda. Cuánto odiaba moverse. Los trayectos eran la parte más pesada de su trabajo. Bueno, casi. Hacía poco había tenido que hablar con madres que habían perdido a un hijo.

Vito señaló un sitio libre y Enzo aparcó.

Apagó el motor. Fascismo. ¿Qué podía tener que ver el fascismo con toda aquella historia? Fabrizi los había devuelto a una investigación de veinticinco años atrás. El caso sin resolver sobre el que había investigado el suboficial Treccani había acabado en el archivo de depósito. Al cumplirse treinta años de su archivo, sería trasladado al archivo histórico.

Le hizo una seña a Vito. «Vamos, a ver qué encontramos.»

El amigo salió y cerró de un portazo tan fuerte que hizo oscilar la suspensión. ¿Qué quería hacer, destrozarle la Panda? «¡Cuidado, este coche para mí es sagrado!» Además, había dejado la ventanilla bajada.

«Perdona, es que estoy un poco nervioso.»

Claro, estaban allí investigando unos hechos que le incumbían. Enzo se mordió la lengua. Se estiró hacia la manivela y subió el cristal. Apretó el pestillo de la puerta del pasajero y salió, para cerrar la suya con llave.

Vito echó a andar hacia la entrada. «Pero tienes que explicarme una cosa: te has pasado todo el viaje mascullando que odias

moverte, ¿y luego me sueltas un sermón por el coche? No entiendo qué tiene de especial. Ni siquiera tiene elevalunas eléctricos ni cierre centralizado. Y ese violeta desvaído es horrible.»

¿Qué tenía de especial? Era lo único que le quedaba de su hijo. El permiso de circulación seguía a nombre de Oscar Bestetti. Enzo no se la había regalado, ni hablar de que por entonces pudiera pensar en un gesto así. Pero desde que Oscar se había ido al extranjero, la usaba él.

Unos pasos más adelante, Vito se había detenido y lo miraba fijamente. Un destello de comprensión se le dibujó en el rostro. «La Panda era de tu hijo, ¿verdad?»

Vaya, al final había caído. ¿De dónde le salía ahora toda aquella sensibilidad? No es que antes no la tuviera, pero desde que había disparado a los chicos se notaba aún más. Seguro que había relacionado el coche con su hijo por aquel color, poco "masculino".

Enzo se limitó a asentir.

Vito suspiró. «Entonces, ¿se fue a Holanda?»

«Sí.»

«¿Y no sabes la dirección?»

«No.» Aunque la supiera, no cambiaría nada. Holanda había sido el primer país europeo donde una pareja homosexual podía adoptar un hijo, por eso se había ido allí. Era un tema pesado. «¿Podemos entrar?»

Vito le lanzó una mirada comprensiva y reanudó el paso hacia la entrada. Enzo fue detrás de él. Su amigo había descubierto que su hijo era homosexual el día de la redada en aquella discoteca.

Lo había sorprendido en el baño con otro hombre. Junto a ellos, otra pareja follaba, y el activo esnifaba cocaína de la espalda del pasivo.

Vito había reconocido a Oscar: llevaba un porro en la boca y unos gramos de droga en el bolsillo. Lo había agarrado y apartado, lejos de los otros agentes. Lo había dejado ir a escondidas, evitando que el hijo de un amigo, el de un suboficial, acabara detenido en aquella

orgía llena de droga. Lástima que otros compañeros lo hubieran reconocido y que, al cabo de un par de años, la historia saliera a la luz. Los habían trasladado a Roma.

Y, como consecuencia, Vito había disparado a un chico.

Qué desastre. El peso de la responsabilidad se le clavó en el estómago. Enzo detuvo al amigo a pocos pasos de la puerta. «Oye, siento cómo salieron las cosas en Milán. Lo del traslado.»

Vito se aseguró de que no hubiera nadie lo bastante cerca como para oírlos. «No es culpa de nadie. Por desgracia, el ambiente en un cuartel sigue aferrado a ciertos atavismos. El mismo agente que en casa no tiene nada contra los homosexuales, delante de los compañeros no se lo piensa dos veces antes de llamarlos maricones.»

Claro, los agentes. Enzo aflojó la mano del hombro de su amigo y dejó caer el brazo. Porque él, en cambio, sí se había portado bien con su hijo.

Toleraba sus inclinaciones, más bien evitaba el tema. Pero, después de lo de la redada, y después de que Oscar le confiara que quería adoptar un hijo con su pareja, Enzo le había mostrado lo peor de sí. Lo había insultado, lo había echado de casa.

«¿Quieres hablar de ello?»

Enzo se sobresaltó. Se había quedado embobado. «No.» Total, no servía de nada: Oscar estaba en Holanda, junto a su madre, que ya era su exmujer. «Entremos en el archivo y veamos qué encontramos.»

Tomó la iniciativa y entró en el edificio. Todavía le costaba aceptar que una pareja homosexual pudiera criar a un niño, pero, al recordar aquella historia, sabía que se había equivocado. Era mejor así. Ahora que su hijo y su exmujer lo habían dejado, ya no haría más daño.

Era el momento de pensar en aquel expediente.

~

Enzo apretó los papeles y se dirigió a la sala principal, con Vito detrás. Las estanterías, altas hasta el techo, aprisionaban el aire en una mordaza claustrofóbica. Se internó por el pasillo. El agradable olor del papel viejo se alternaba con bocanadas de moho.

Llegó a la entrada del archivo y apoyó el expediente en el borde del escritorio de madera. Abrió el sobre transparente, amarillento, y sacó el contenido. El plástico crujió, como si protestara por aquel despertar tras veinticinco años.

Abrió el expediente.

En la primera página estaban las fotos de los cadáveres, los dos chicos muertos en Laruvio en los años noventa. Vito volvió la cara ante aquellas imágenes. Ostras, el tiroteo le había dejado un vacío por dentro. Nunca había tenido problemas para mirar un cuerpo, pero ahora ya no eran solo cadáveres, eran chicos como los que él había matado.

Enzo puso las fotos de los chicos boca abajo y las colocó junto a la página del informe de autopsia redactado en su momento. No llevaba la firma de la doctora Rinaldi, quizá porque por entonces no prestaba servicio en esa zona.

Vito señaló un párrafo. «¿Te has fijado? Estos chicos también presentaban agujeros en el cráneo y zonas con el pelo rasurado. Quemaduras externas, pero también internas, en el propio cerebro. En Marco Aloia por dentro no las había. Además...» Tamborileó la uña sobre una línea del informe. «Los orificios en la cabeza son redondos, indican el uso de un objeto contundente de punta cónica.»

«Nuestra víctima tiene orificios romboidales.»

Vito asintió. «Hay diferencias. Algo tienen que significar.»

Enzo revisó la lista de documentación y fue pasando las hojas del expediente, una por una. No coincidían. Faltaban documentos. «Faltan documentos.»

«¿Cómo?» Vito comprobó el expediente, luego lo miró con gesto decidido. «El Fascismo no se menciona en ninguna parte.»

En efecto, la señora Maria había dicho que la investigación de Treccani conducía hasta ahí, y entre los documentos no había nada sobre el régimen. ¿Era posible que hubieran sustraído precisamente los papeles relacionados con ese tema?

«Espera. Mira.» Vito dejó caer la mano de golpe sobre uno de aquellos documentos.

Entre dos hojas había quedado atrapada una página de bloc, medio arrancada. Encima había unas notas a lápiz medio borradas. Dos líneas. La primera: "Hablar con el cuidador del cementerio de Laruvio".

Vito resopló. «¿Entre los papeles has visto algo sobre la declaración de este tipo?»

«No hay nada.»

«Y, según tú, ¿podemos tener la suerte de que este cuidador siga vivo?»

Enzo se encogió de hombros. Veinticinco años eran muchos, no quería darle una falsa esperanza. Entrecerró los ojos, pero la segunda línea seguía siendo un arañazo ilegible. "_rgoniani Cr_t". Señaló la inicial. «¿Qué letra te parece que es esta?»

Vito se inclinó apenas. «¿Una E? ¿O quizá una A?»

«Parece una A: Argo y algo más. Luego, otras letras. Argo... Argoniani. “Argoniani cr_t...”. De la segunda palabra solo se distinguen esas pocas letras. Ostras, ¿qué coño es? ¿Y las letras “cr_t” justo después?»

Vito sacó el móvil, abrió Google, escribió Argoniani y lanzó la búsqueda. La pantalla se llenó de hombres reptil.

Entrecerró los ojos, incrédulo, y volvió a abrirlos. Sí, hombres reptil.

Pero ¿qué...?

Enzo clavó la mirada en su amigo, que ya lo observaba con expresión interrogativa. «Seguro que no es esto, ¿verdad?»

Vito resopló, incrédulo. «Creo que no...»

Volvieron a mirar aquellas imágenes, con homínidos escamosos de lengua bífida. Luego cayó un silencio incómodo.

~

Enzo firmó el enésimo documento para hacerse cargo del expediente y se dirigió a la empleada. «Tanto papeleo para entrar y salir, ¿y nadie sabe nada de quién tuvo acceso a los documentos de estas investigaciones?»

La mujer hizo oscilar el flequillo sin añadir una sola respuesta verbal y siguió mascando chicle con sonoros chasquidos.

Enzo hizo clic con el bolígrafo y lo agitó hacia la empleada. «Entonces, para usted es normal que falten papeles en este expediente.»

Ella negó con la cabeza y siguió rumiando. Solo faltaba que se pusiera a hacer globos como una adolescente. Era evidente que ya había pasado de los cuarenta y, aun así, no se molestaba en guardar la menor compostura.

Vito resopló y tomó el expediente por la abertura de la ventanilla. «Oiga, de estos papeles puede depender que unos inocentes obtengan o no justicia. Gánese el sueldo con un poco más de seriedad.»

La mujer dejó de mascar. «¿Así le habla a una señora? Pero qué, ¿está nervioso? Yo solo hago firmar los papeles. Ahò, le recomiendo una intravenosa de manzanilla.»

«Una intravenosa de ca—» Vito cortó la palabra y se acercó al cristal.

Ahora sí le saltaba encima... Enzo le plantó la palma en el pecho y le lanzó una mirada fulminante. Solo faltaba que, a raíz de aquella discusión, saliera a la luz que su amigo seguía investigando pese a la suspensión. Sonrió a la recepcionista. «Señora, el compañero solo quería decir que quizá, mientras atiende desde la ventanilla, sería

mejor que no masticara delante de la gente. Aunque no sea agente, trabaja en dependencias de los carabinieri.»

Ella hizo una mueca y se tragó el chicle. «¿Contentos? Ahò, ahora se me quedará en el estómago unos cuantos años.»

No había nada que hacer. Enzo agarró a Vito del brazo y dejó atrás a la mujer. En cuanto la perdieron de vista, volvió a oírse el masticar, se estaba cachondeando de ellos.

Salieron al estacionamiento, pero el nerviosismo seguía hirviendo. ¿Cómo podía trabajar allí una mujer tan maleducada? En Milán, una así habría durado dos días.

«¿Usted qué hace aquí?» Un hombre bajito, con unos llamativos bigotes negros, se había plantado delante de ellos.

«Perdón, ¿disculpe?» Enzo ya lo había visto, pero no recordaba dónde.

El hombre señaló a Vito con el índice. «¡Usted! ¿Qué hace aquí? Está suspendido.» Luego señaló la carpeta que su amigo llevaba bajo el brazo. «No estará investigando, ¿verdad? ¿Quizá justo su caso?»

Ostras, el general de brigada De Michelis. El mismo que había firmado la suspensión de Vito dispuesta por el magistrado.

Enzo se cuadró y saludó militarmente. «General De Michelis, buenos días.» Le tendió la mano. «Vito solo me ha acompañado porque necesitaba unos documentos.»

El general de brigada frunció el ceño y ocultó los labios hacia dentro, había entendido que no era verdad. Tomó la mano y le devolvió el apretón. «Usted, si no me equivoco, es el suboficial recién trasladado.»

«Sí. Soy el suboficial Enzo Bestetti.»

«Espero que no haya traído consigo las habladurías que motivaron su traslado.»

Enzo sintió que se le retorcían las entrañas: el general de brigada conocía la historia de su hijo Oscar. Era de esperar. «No daremos más problemas.»

De Michelis ladeó la cabeza con un gesto casi imperceptible y relajó los rasgos. Suspiró y suavizó la mirada al posarla sobre Vito. «¿Cómo está?»

Él abrió mucho los ojos. Soltó un par de respiraciones y volvió a ponerse serio, con cara de mármol. «No muy bien. Pero estoy seguro de que ciertas respuestas me harán sentir mejor.»

El general se enroscó los mostachos. Le quitó el expediente a Vito y empezó a hojearlo. Ostras, los había pillado. Vería que Vito, suspendido, andaba investigando asesinatos ligados al caso en el que estaba implicado.

Suspiró. «Puedo entender su situación. Si usted también entiende la mía, sabrá que no puedo permitirle buscar esas respuestas. Deténgase de inmediato o me veré obligado a tomar otras medidas. Y las consecuencias se agravarían para los dos.»

El tono y la expresión revelaban la obligación que había detrás de aquellas amenazas. Cerró el expediente, miró a Enzo y luego volvió a tendérselo a Vito.

A Vito. Se lo había devuelto a quien ya no debería ocuparse de aquello. Bastaba ese gesto para dar una respuesta no oficial. «¿He sido claro?» gruñó con expresión severa.

Vito parpadeó. «Claro.» Apenas lograba contener la sonrisa.

«Bien. Buen día.» De Michelis volvió a enroscarse los mostachos y se apresuró hacia la entrada del edificio.

Enzo esperó a que se alejara unos pasos y le dio un codazo a su amigo. «No debe de ser fácil tomar una decisión así. Ya tendría que haber tomado otras medidas. La pantomima del superior severo no lo librará de las consecuencias. Procuremos andar con cuidado.»

En la entrada del archivo, el general de brigada alargó una mano hacia la manija, pero la puerta se abrió. La mujer ordinaria apareció con el cigarrillo en la boca, vio a De Michelis y se cuadró. «General, buenos días. Mi suegra ha hecho unas pastitas, ¿quiere una?»

«Buenos días, Marzia. No, gracias de todos modos. Siempre tan amable.» Y desapareció dentro del cuartel.

Ella cerró la puerta, les enseñó el dedo medio y se encendió el cigarrillo. Soltó una bocanada de humo gris y volvió a rumiar.

Que se atragantara con ese chicle.

Enzo tiró de su amigo hacia el Panda. «Vamos, anda.»

«¿Y adónde?»

«Dudo que encontremos hombres lagarto para interrogarlos.» Abrió el Panda con la llave. «Pero, si tenemos suerte, el cuidador del cementerio podrá decirnos algo.»

Entró en el habitáculo y se estiró hacia el pestillo de la puerta para abrir también la del pasajero. No tenía ninguna gana de volver a ponerse en marcha y tragarse otros tantos kilómetros, pero las respuestas nunca iban a venir solas, había que salir a perseguirlas.

1.6

2015

Cementerio de Laruvio

Las ruedas del Panda aplastaban la grava con un crujido apacible. El camino de piedrecillas que llevaba al cementerio descansaba bajo la tímida sombra de la primera hora de la tarde. La hilera de cipreses corría paralela al muro de ladrillo rojo, lleno de grietas, una estructura levantada quién sabe cuántos años atrás.

Enzo se había informado: por increíble que pareciera, el cuidador era el mismo de hacía veinticinco años, el hombre al que Treccani debía de haber interrogado.

Vito miró por la ventanilla. «¿Aquí están enterrados también los dos chicos a los que disparé?»

La pregunta había surgido de improviso. Enzo se encogió de hombros. «No lo sé.» No pasaba un solo día sin que su amigo los mencionara. Con toda probabilidad, Vito recordaría aquello durante años, como una especie de aniversario.

Siete u ocho coches estaban aparcados a los lados del camino, a la altura de la entrada. Entre un Corsa y un Clio había espacio suficiente para el Panda, a pocos pasos de los bancos frente al portón. Enzo aparcó el coche y apagó el motor.

Vito subió la ventanilla con la manivela. «Después de lo que pasó en Milán, me pregunto por qué, entre todas las medidas que podían tomar, decidieron trasladarnos.»

La alusión seguía siendo a los dos chicos. De haberse quedado en Milán, nada de aquello habría sucedido. «Seguir allí ya no era un

entorno adecuado para nosotros. Y ya sabes lo que dicen: no puedes curarte en el mismo lugar en el que enfermaste.»

«Buena frase. ¿Dónde la oíste?»

«Déjalo.» Enzo no la había oído, la había buscado. Para encontrar un poco de paz, cuando su hijo se había escapado. En aquel caso, el ambiente tóxico del que Oscar había huido era obra suya.

Hizo un gesto hacia su amigo. «Vamos, salgamos. Y esperemos que el sepulturero recuerde qué fue lo que le preguntó Treccani.»

Se encaminaron hacia la entrada. La verja de hierro forjado estaba carcomida aquí y allá por manchas de óxido. Dentro, un par de ancianas deambulaban arrastrando la grava con los zuecos de madera, cargando una regadera que goteaba a cada paso bamboleante.

Un hombre de unos cuarenta años salía del cementerio en dirección opuesta a la suya. Miraba al suelo, con los ojos ocultos tras unas grandes gafas de sol y el largo pelo rubio recogido en una coleta. Alzó la cara y clavó la vista en Enzo. Por encima del borde alto de las gafas le asomaron las cejas, como si detrás de los cristales espejados hubiera abierto mucho los ojos.

¿Por qué había hecho eso? ¿Los conocía?

Enzo aflojó el paso, esperando que el rubio le dijera algo. El hombre vaciló un instante, volvió a clavar la vista en el suelo y pasó de largo sin decir nada.

Había algo que no encajaba, Enzo lo sentía. Se acercó a Vito. «Espera», le murmuró.

«¿Qué?»

«Espera un momento antes de entrar. Quiero ver adónde va ese tipo.»

Vito miró a su alrededor. «¿Quién? ¿El rubio? ¿Por qué?»

«Una corazonada.»

El hombre sacó las llaves, y un BMW respondió con un pitido y el parpadeo de los intermitentes al abrirse el cierre centralizado. Matrícula alemana. Se metió en el coche, volvió a mirarlos desde

detrás de las gafas y sacó el teléfono. Lo consultó unos segundos sin arrancar el motor.

«¿Lo ves?» Enzo hizo una seña con los ojos, sin dejar de vigilarlo de reojo. «Está avisando a alguien.»

«No significa nada. A lo mejor le está escribiendo a su novia o configurando el navegador. Pero esa matrícula...»

Enzo la memorizó. El hombre se llevó el teléfono a la oreja, asintió y arrancó el motor. Salió e hizo un cambio de sentido con el BMW, evitando pasar por delante de ellos.

No, aquello no pintaba nada bien...

Vito sacó el teléfono, abrió una nota y escribió la matrícula alemana: él también la había memorizado sin que hubieran tenido que decirse nada. Al fin y al cabo, seguían siendo carabinieri.

«Bien. Luego haremos una comprobación, ahora entremos.»

Enzo abrió camino y cruzó el portón. Una abeja zumbó frente a él, surcando el aire como una flecha, ¿dónde, si no en un cementerio, podían encontrar todas las flores que necesitaban?

En un murete bajo colgaba, de unos ganchos, una larga fila de regaderas. Un pequeño prefabricado, del tamaño de una caseta de herramientas, tenía el candado abierto colgando del aro de hierro. Un rastrillo y una escoba descansaban apoyados junto a la puerta.

Enzo señaló en esa dirección. «El cuidador está, debe de andar por aquí. Demos una vuelta entre las lápidas.»

«¿También le preguntarás por los hombres lagarto?»

A Enzo se le escapó una risita. «Empecemos por averiguar qué fue lo que le preguntó Treccani. Si es que se acuerda.»

~

Las sepulturas en tierra se sucedían entre estatuas y lápidas. De vez en cuando se cruzaban con una viejecita que llevaba un pañuelo cubriéndole la cabeza. Unos golpecitos de martillo, en algún punto no muy lejano, les llamaron la atención.

Aquel ritmo aumentó de intensidad. Al fondo del sendero, un hombre daba golpecitos a unos ladrillos huecos sobre el nicho más bajo de una hilera de nichos. Estaba sellando el cadáver en su última morada.

Se acercaron.

Enzo se aclaró la voz. «Buenos días.»

«Ahó, ¿qué pasa?» El viejecillo se volvió de golpe. Se llevó la palma al pecho y resopló más fuerte. «¡Hostia!. ¿Quiere que me dé un ataque al corazón?»

«No, disculpe.» Aquel sí que era un romano de la vieja escuela, con un romanesco cerradísimo. «Usted es el señor Lucio, imagino. El encargado.»

Se puso en pie, acompañando el esfuerzo con un: «Oplá...» Las arrugas se le marcaron en una mueca torcida. «Ese hijo de puta soy yo, ahó.» Se metió la mano en el bolsillo y hurgó un poco en el pantalón.

Estupendo... Hablar con él no iba a ser fácil. «Sí, buenos días, Lucio. Soy el maresciallo Bestetti. Quería hacerle un par de preguntas.»

«¡Un momento!» Lucio miró el murete de ladrillos en el que trabajaba. Se agachó y le dio otros dos golpes a un ladrillo hueco que había quedado fuera de eje. Se enderezó, subrayando el esfuerzo con nuevos gemidos, y lanzó el martillo dentro de un cubo lleno de herramientas. «¿Qué tienen que decirme?»

Vito se aclaró la voz e intervino. «Disculpe, señor Lucio, acabamos de llegar a Roma y aún no estamos familiarizados con su dialecto. ¿Puedo pedirle que no hable en un dialecto tan cerrado?»

El encargado lo examinó de arriba abajo, sorprendido, como si no se hubiera dado cuenta de su presencia hasta ese momento. «Ahó, pero estás tan flaco que cuando te duchas tienes que atrapar las salpicaduras. ¿Qué, tu pijama tiene una sola raya?»

Vito se quedó boquiabierto, Enzo se mordió el interior de la mejilla para no reírse. Menudo personaje aquel encargado, hablar

con él era un espectáculo, pero no estaban allí para divertirse. Por desgracia, con la edad que tenía, difícilmente recordaría el encuentro con Treccani de veinticinco años atrás.

Aun así, había que intentarlo. «Señor Lucio, tengo que hacerle una pregunta un poco extraña. ¿Recuerda, por casualidad, haber hablado con un compañero mío hace veinticinco años? El inspector Treccani.»

«¿Quién? ¿Narizotas?»

Vito se rascó la cabeza. «¿Narizotas?»

«Narizotas Treccani. Ahó, tenía una nariz tan grande que, para darle un beso en las dos mejillas, tardabas menos si le pasabas por detrás. Era rarísimo, né.»

Enzo volvió a sofocar una risa. Qué tipos los romanos. «Sí, el inspector Treccani.» Que lo recordara ya era un paso de gigante. «Si hasta le puso un apodo, debía de conocerlo bien.»

Lucio se palpó las nalgas y sacó un paquete de Marlboro. «Lo conocía. ¿Quién se olvida de ese? ¡Hostia!, con esa nariz era tan feo que, si tirabas un bumerán, se lo pensaba dos veces antes de volver, daje.»

Enzo sintió que se le escapaba la risa y se llevó una mano a la boca. ¿Cómo se las arreglaba para soltar una detrás de otra? «Nos interesaba una cuestión en particular. Hace veinticinco años, el inspector Treccani investigaba el asesinato de dos chicos: Sandro Fabrizi y Marcello Lis...»

«¿Qué, otra vez? ¿También ustedes?» Sacó un cigarrillo y se lo encajó sobre la oreja.

Enzo y Vito se miraron. «¿Cómo que "también ustedes"? ¿Alguien más ha hecho las mismas preguntas?»

Lucio asintió despacio. «Hace diez minutos. Un rubito con coleta.»

Enzo y Vito volvieron a mirarse, hablaba del tipo del BMW. «¿Qué le dijo?»

El hombre se frotó la barriga con una mueca. «Nada, le señalé las tumbas, luego dijo que no encontraba el móvil y que iba a buscarlo al auto. No volví a verlo.»

«¿Y cómo era? ¿Italiano? ¿Hablaba con acento alemán?»

Lucio volvió a frotarse la barriga. «Tienen que disculparme, pero con cada pedo que me tiro siento que el mojón ya me asoma. ¡Ahora vuelvo!» Echó a andar hacia la entrada, a pasitos rápidos y con las nalgas apretadas. «Ahó, me voy al retrete, tengo que liberar al prisionero marrón. Luego les contesto.»

Enzo contuvo otra carcajada, pero su buen humor no se debía solo a aquel encargado tan estrafalario. El rubio se había delatado. Eso sí que era un avance. Le interesaban los chicos asesinados en los años noventa, que presentaban heridas muy parecidas a las practicadas en el cuerpo de Marco pocos días antes. Y todo había empezado con el papelito que llevaba el nombre de una de aquellas madres que llevaban veinticinco años sin justicia.

Enzo y Vito intercambiaron un gesto de entendimiento y regresaron hacia la entrada, a la espera de que Lucio liberara al prisionero del culo.

~

No se contaban los crisantemos y los ciclámenes, todas las tumbas cercanas a la entrada estaban adornadas con ellos. Enzo pasó junto al cobertizo de las herramientas. El perfume dulce de las flores dejó paso a un hedor de alcantarilla y huevos podridos.

Lucio salió del baño químico masajeándose la barriga. «¡Madonna! Un poco más y me dibujaba una coma de mierda en los calzoncillos, ahó.» Se acercó al murete donde estaban las regaderas y abrió el grifo. Por lo menos, se estaba lavando las manos.

Enzo se acercó. «Decíamos, el hombre rubi...»

El timbre de una bici Graziella trinó. Una señora vivaracha agitaba los brazos hacia el encargado. «¡Eh, Lucio! ¿Te has cagado un chiquillo?»

Lucio levantó la mano y le devolvió el saludo, la siguió con la vista mientras se alejaba pedaleando. Se puso al lado de Enzo y le

dio con el codo. «Esa lleva viuda diez años. Si te lo agarra con la mano, para recuperarlo vas a necesitar un abogado, daje.»

Enzo soltó una carcajada. Increíble. Le habría hecho una estatua a aquel viejo. Pero estaba allí por asuntos demasiado serios. Se frotó los ojos y se obligó a volver a concentrarse. «Decía, ¿el hombre rubio hablaba con acento italiano?»

«Sí. Pero parecía medio tonto, ahó. No estaba muy bien de la cabeza. Tartamudeaba.»

«Ah, o sea que no le pareció muy despierto?»

Lucio asintió. Se sacó el cigarrillo de la oreja y lo encendió.

«Volvamos a Treccani. Como le decía, ¿recuerda qué le preguntó sobre la investigación de los dos chicos asesinados en los noventa?»

«Dos cosas, una más rara que la otra.» Soltó una bocanada gris. «Síganme. Se lo voy a enseñar, né.» Echó a andar.

¿Qué quería enseñarles?

Enzo lo dejó hacer y lo siguió. «¿Y qué le preguntó de tan raro?»

«Una palabra rara... "rgo", algo así.»

Enzo soltó de golpe: «¿Argonianos?» ¿De verdad Treccani estaba investigando a hombres lagarto?

Lucio dio otra calada al cigarrillo y exhaló el humo con satisfacción. «No, no era argonianos. Parecido... algo de ese estilo.»

En efecto, el apunte apenas se dejaba leer. «¿Y qué fue lo otro que le preguntó?»

«Esto. ¿Qué ven?» Lucio señaló una amplia porción del cementerio.

Enzo repasó las lápidas. Tumbas individuales, sin mausoleos ni sepulturas familiares. Todas las fotos eran en blanco y negro y las lápidas estaban cuarteadas. Entre las grietas despuntaban mechones de hierba. Los nichos parecían abandonados.

Vito acarició una de las losas de piedra. «Son todas tumbas antiguas.»

Lucio asintió. «El cementerio abre secciones año tras año, a medida que va haciendo falta sitio. Esta parte es del 41, en tiempos

del Fascismo.»

Fascismo. «Entonces murieron cuando había guerra.»

Lucio negó con la cabeza. «¿Pero lo dices en serio, ahó? Sí, estalló en el cuarenta, pero la guerra llegó a Italia después, en el 43. Dime una cosa, ¿has visto estas fotografías?»

Enzo se fijó en las imágenes: un chico de trece años y pelo oscuro, una niña de nueve con tirabuzones, otro chico de once. Chicos. Mierda, un montón de chicos.

Si el cementerio abría secciones año tras año, aquel año debieron de morir una cantidad impresionante de jóvenes. «Son todos muy jóvenes.»

Lucio volvió a expulsar humo. «Ya. Treccani también se había fijado. Y los demás cementerios de la zona son todos así.»

Vito abrió las manos hacia las lápidas. «Todos estos chicos muertos cuando en Italia la guerra todavía no había empezado.»

Lucio asintió. «Hace veinte años el inspector me hizo exhumar el cadáver de un chico. Tenía el cráneo con una decena de agujeros.»

Mierda. Agujeros en el cráneo de chicos muertos durante el Fascismo. Tres oleadas de asesinatos: una, la de pocos días antes, con un cadáver reciente que presentaba aquellas lesiones; luego, dos chicos de los noventa; y ahora, una extensión de jóvenes muertos ochenta años atrás.

En los años cuarenta, si la guerra ni siquiera había llegado aún, ¿por qué habían muerto todos aquellos chicos?

1.7

1940

Noviembre de 1940 - Roma

Hacía ya cuatro meses que Aldo colaboraba con Marcello Creti, y un primer prototipo de Ondocerebro ya estaba operativo. Un segundo también funcionaba, pero se guardaba en un laboratorio lejos de miradas indiscretas, oculto incluso a su colega. Mussolini había exigido la máxima discreción.

La máquina zumbó con electricidad. Aldo apagó el Ondocerebro y el cuerpo del conejillo se desplomó. Otro fracaso, así no llegarían a ninguna parte. Del cuerpecillo del animal se elevó un olor a pelo chamuscado y carne quemada.

Creti se acercó a la cobaya y suspiró. «Pobre bestiecilla.» Sacudió la cabeza. «Si no fuera por un bien superior, me negaría a cometer estas barbaridades.» Desprendió del pelaje ennegrecido los electrodos adheridos a la cabeza del conejo y se quedó mirándolo, con los ojos húmedos de tristeza.

Diantre, el Duce tenía razón. Si aquel muchacho de diecinueve años se conmovía por un conejo, ¿qué habría hecho si hubiera sabido que Aldo hacía cosas peores con seres humanos convertidos en cobayas? Prácticas moralmente discutibles, pero necesarias, en nombre de la ciencia y del régimen.

Había que admitir que Creti poseía una mente prodigiosa, quizá sus intuiciones nacían de alguna clase de inspiración divina. Mussolini había elegido bien: la parte del trabajo que compartía con Creti constituía los únicos avances en los experimentos.

Quizá el problema era la escasa capacidad de transmisión. Aldo tomó un electrodo y se lo tendió a Marcello. «No tienen potencia suficiente para atravesar la calota craneal. Tal vez, si actuáramos directamente en el cerebro...»

Creti arrugó la nariz, asqueado. «Pero ¿cómo puede pensar en una práctica semejante, camarada? Centrémonos, más bien, en cómo transferir las ondas sin sobrecalentar los electrodos. El Duce nos ha asignado una tarea específica, ¿o me equivoco?»

Aldo asintió: inculcar los principios fascistas directamente en el cerebro de los opositores, pero se lo guardó para sí. «Sí, el Duce quiere poner remedio a los trastornos mentales de los combatientes y llevarlos a una paz emocional.»

«¿Y cree que, perforándoles el cráneo, haríamos un favor a esta pobre gente?»

Pobre necio. Los verdaderos blancos no eran los combatientes enloquecidos por la guerra en el frente, sino los opositores al régimen. Gente que merecía aquel tratamiento. En cualquier caso, la ciencia era un bien superior y las pérdidas que exigía un descubrimiento así eran un precio que había que pagar. Una vez que el procedimiento funcionara, habría innumerables aplicaciones. No solo al servicio del régimen, también podrían salvarse personas.

«De todos modos, es culpa nuestra.» Creti metió el cuerpo de la cobaya en la caja y la cerró. «El hombre da demasiado poco valor a las cosas realmente importantes. El lado espiritual del ser humano lo explotan los religiosos, en lugar de cultivarlo al servicio de principios morales independientes. Ciencia y religión podrían convivir.»

Otra vez con sus extravagancias. Creti era un genio, eso era cierto, pero cuando se lanzaba a sus divagaciones espiritistas se volvía insoportable.

Aldo tenía que desviar la conversación, o aquel lo agotaría con sus peroratas hasta la noche. «Camarada Creti, ¿ha pensado alguna vez en ponerse a enseñar en alguna universidad? Es joven, pero preparación no le falta.»

Creti asintió. «La enseñanza es el verdadero motor para llevar a la humanidad hacia una civilización superior. Y, sin embargo, para el Estado los pilares no son los profesores, sino el sacerdote, el magistrado y el militar: el hombre que engaña, el hombre que condena y el hombre que mata.»

¿Qué diantres acababa de oír? Aldo se contuvo para que el estupor no le estallara en el rostro. ¿De verdad Creti había citado a Gaetano Salvemini, y además en voz alta? Aquel historiador figuraba entre los principales opositores de Mussolini y también había sido condenado. Según se decía, había huido a América.

Ese chico toleraba el régimen y era, precisamente, uno de los candidatos idóneos para el recondicionamiento fascista en los verdaderos experimentos en los que Aldo trabajaba. Qué ironía habría sido ver a Creti sometido, en su propio cerebro, a la misma máquina que él mismo había contribuido a desarrollar sin saberlo.

«¿Por qué se ríe, Aldo?» Marcello lo miraba fijamente. «¿Quiere compartir el chiste también conmigo?»

«No, no me haga caso, camarada. Nada que fuera a hacerle gracia.»

~

11 de diciembre de 1941 - Piazza Venezia

Una corriente helada se coló bajo el abrigo y Aldo se subió el cuello. Era un jueves por la tarde soleado, pero hacía bastante frío. Dejó atrás la basílica de San Lorenzo in Damaso, incrustada en el Palazzo della Cancelleria, y chocó con un larguirucho escuálido. Apestaba a orina.

Los combates aún no habían llegado hasta allí, pero los racionamientos empezaban a hacerse sentir entre la población. A las tres, en la basílica, se había celebrado la festividad de san Dámaso, primer sumo pontífice.

En la calle, un hombretón con camisa negra hacía girar la porra y empujaba a los fieles que salían por la pequeña entrada del corso Vittorio Emanuele II, obligándolos a avanzar hacia piazza Venezia. «¡Vamos! ¡Nuestro Duce está a punto de pronunciar un discurso, hay que llenar la plaza!»

Debía de ser uno de los jefes de sección del PNF.

La gente se apelotonaba, empleados, militares, jerarcas, comerciantes, todos encauzados para oír al Duce. Unos de paisano, otros con camisa negra, otros con el uniforme de paño pardo.

Aldo se unió a un grupo de muchachos. Los carteles los identificaban como estudiantes universitarios de los GUF. Lanzaban vivas y agitaban banderas y estandartes.

Los muchachos con los que Aldo experimentaba eran mucho más jóvenes que aquellos. Experimentar con cobayas humanas ya era penoso, hacerlo con niños era atroz. Por desgracia, cuanto más pequeños eran, mejor parecían reaccionar. Casi un setenta por ciento más que los adultos. Diantre, ¿por qué ocurría? Estaba convencido de que, si lograba entender el motivo, conseguiría culminar el experimento con éxito.

La multitud se compactó, apelotonada. Golpeaba el suelo con los pies para combatir el frío. Aldo no logró abrirse paso más hacia el palacio, pero por suerte tenía tiempo: la reunión con Mussolini estaba prevista para las cinco. Escucharía el discurso del Duce en la plaza, junto a todos los demás.

Un niño tiró del abrigo de su madre. «¡Tengo hambre!»

La madre le pasó una mano por la nuca. Hacía ya tiempo que regía el racionamiento de alimentos: desde el primero de octubre solo correspondían doscientos gramos de pan por persona, y la ración de carne se había reducido. Para el pueblo, claro, no para Aldo.

Estaban prohibidas la venta de café y la producción de carne en conserva. Mercancías preciadas para los militares. Aldo tenía que

darse prisa en obtener resultados, toda esa gente corría el riesgo de acabar retirando su apoyo al régimen.

El ventanal del balcón de Palazzo Venezia se abrió y Mussolini se asomó al parapeto, flanqueado por los embajadores alemán y japonés.

El Duce se plantó ante el parapeto, con el pecho echado hacia fuera, fiero como siempre, como correspondía a su papel. «Combatientes de tierra, de mar y del aire. Camisas negras de la revolución y de las legiones. Hombres y mujeres de Italia, del Imperio y del Reino de Albania. ¡Escuchen!»

La multitud estalló en clamores, pero el Duce la calmó con la palma de la mano. «Este es otro día de decisiones solemnes en la historia de Italia, y de acontecimientos memorables destinados...»

Cuanto más avanzaba el discurso, más se apaciguaba la multitud, cobrando conciencia del anuncio. Un nuevo enemigo, un nuevo beligerante que aumentaría el peligro y los racionamientos. Un monstruo gargantuesco como Estados Unidos. El entusiasmo inicial, al grito de «vencer», por una guerra que haría grande a Italia, se estrellaba ya contra unas consecuencias que empezaban a pagarse en la propia piel, la primera de ellas, la carestía.

«... Italianos e italianas, una vez más en pie, sean dignos de esta gran hora. ¡Venceremos!»

Mussolini había vuelto a terminar con la sugerencia que Aldo le había dado para el discurso del 10 de junio, pero la reacción fue distinta. La multitud, en lugar de estallar en vítores, respondió con tibieza.

Un hombre gritó: «Buuu.»

Era precisamente el larguirucho que apestaba a meados con el que Aldo se había topado. Una camisa negra se le acercó y le descargó la porra en el costado, enseguida se sumaron otros dos energúmenos y lo arrestaron.

Diantre, en efecto, el anuncio del Duce daba escalofríos. Y, sin embargo, el 23 de febrero, en su discurso en el Cinema Adriano,

Mussolini había sostenido públicamente que la intención de atacar a Estados Unidos era una pura mentira: «Ni Roma ni Berlín incuban fantásticos proyectos de ese tipo. Totalitarios sí lo somos y lo seremos, pero con los pies sobre la dura tierra.»

Pequeños focos de revuelta se encendieron entre la multitud que se iba dispersando. Aldo consiguió avanzar hacia la entrada de Palazzo Venezia. En breve se encontraría con el Duce. Si el régimen quería sobrevivir, tendría que conceder más fondos y más cobayas para los experimentos.

Había que hacerlo, era necesario. Por la ciencia y por el Duce. A esas alturas, Aldo ya cargaba sobre la conciencia la vida de varios muchachitos.

El umbral de la moralidad de un hombre es una frontera capaz de desplazarse, pero en una sola dirección: no se vuelve atrás.

~

Sentado en un diván del pasillo, Aldo clavó la mirada en la dirección del taconeo de las botas que se acercaban. Uno de aquellos pasos se imponía a los demás por pura prepotencia: Mussolini encabezaba un cortejo de hombres uniformados y avanzaba con ardor, guiando a sus colaboradores igual que guiaba a Italia.

Cuando estuvieron cerca, Aldo se puso en pie de un salto y lanzó el brazo en el saludo romano. «Aquí me tiene, Dux.» Los tacones golpearon el suelo con el rigor de las convenciones militares que tanto amaba el hombre de la providencia.

Mussolini alzó el mentón y la mandíbula le latió. Se volvió hacia el jerarca que tenía a su derecha. «Ciano, lleve a los demás. Pavolini y yo tenemos que hablar con este Camarada.»

La delegación siguió de largo, y el ministro de Propaganda se acercó a los dos. Pavolini inclinó la cabeza. «Entonces, Camarada, ¿en qué punto van sus experimentos? ¿Ha notado cómo la multitud

ha reaccionado con tibieza al discurso del Duce? Hace falta ánimo, hace falta saber manejar a las multitudes.»

Por desgracia, los experimentos tardaban en dar resultados prácticos. «Ministro, aún estamos lejos del éxito. Pero, gracias a las intuiciones de Creti, avanzamos. El problema es que no podemos realizar con él experimentos con los mucha...» Dudó. Era mejor medir las palabras. «No podemos realizar con él los otros experimentos. Y debo confirmar que Creti no tiene la índole adecuada para comprender lo que estamos haciendo.»

El Duce exhaló con una fuerza pulmonar semejante al bufido de un neumático gigantesco al desinflarse. «Sufro al pensar en ciertas prácticas sobre el pueblo, pero sé con certeza que son necesarias.»

Era el momento de exponer el primer problema. «A este respecto, Dux, los municipios elegidos como zona de captación de sujetos de prueba empiezan a no ser suficientes. Incluso los padres empiezan a hacerse preguntas. Han surgido supersticiones populares sobre monstruos que raptan a los jóvenes, no podemos seguir así.»

«Si me permite...», intervino Pavolini. «Dux, no fue buena idea devolver los cuerpos. Habría sido mejor que desaparecieran y basta.»

Mussolini discrepó con vigor. «Ya estoy privando a una madre de la posibilidad de criar a su hijo, por más que sea por un bien superior. Pero no le impediré enterrar el cuerpo, condenándola a una vida de esperanza mal depositada en un hallazgo imposible.» Sus ojos se volvieron luminosos y conmovidos. Aquel hombre amaba de verdad a su país.

La empatía del Duce reforzó el ánimo de Aldo. Diantre, lo que estaban haciendo era necesario. «Dux, entonces ¿nos desplazamos más al sur? Quizá hacia Avellino?»

«No. Basta de muertes italianas. Pediré al Canciller alemán una remesa procedente de sus campos de concentración. Ya que muertos serán de todos modos, que al menos sean útiles. ¿Tienen que ser necesariamente jóvenes?»

Aldo asintió. «He encontrado una mayor maleabilidad de la mente. No creo que esté ligada solo a la juventud, debe de haber algún otro motivo. Estoy seguro de que, cuando lo descubra, el experimento tendrá éxito.»

«Bien, Camarada.» El rostro del Duce se iluminó. «Tengo otro regalo para usted. ¿Qué le parecerían unas máquinas nuevas y un laboratorio nuevo? Quizá ocultos a Creti.»

¿Nuevos fondos y un laboratorio? «Dux, sería un enorme avance.»

«Bien. Prepárese para trasladarse, Camarada. Estoy construyendo un búnker cerca de Roma, en el Monte Soratte. Un refugio antiaéreo para las más altas autoridades del gobierno de Italia. Habilitaré una sección secreta para sus experimentos. Nadie lo sabrá, ni siquiera los jerarcas o los generales. Espero que me dé resultados a la altura.»

¿Un laboratorio secreto en el búnker del Monte Soratte? ¿Todo para él? El brazo de Aldo se disparó en un impulso involuntario, tenso como ordenaba el Duce. «Gracias, Dux. No le fallaré.»

Mussolini asintió, satisfecho. «Camarada, ¿le hace falta algo más?»

«Sí, Dux, solo una cosa. Necesitaría un operador experto y discreto del Istituto Luce. Tengo algunas hipótesis para que los experimentos salgan bien. También me hacen falta un proyector y varias bobinas de película.»

DOSSIER

Del diario de Ciano, acerca del discurso del 11 de diciembre de 1941, el anuncio de la declaración de guerra a Estados Unidos. “Mussolini ha hablado desde el balcón. Un discurso breve y cortante que caía sobre una plaza rebosante de gente. Sin embargo, el acto, en su conjunto, no ha sido muy caluroso: no hay que olvidar que eran las tres de la tarde, la gente tenía hambre y el día era bastante frío. Todos ellos, elementos poco adecuados para suscitar entusiasmo.”

Durante y después de la Primera Guerra Mundial, miles de soldados fueron ingresados por trastornos mentales: en los hospitales había veteranos ensimismados y mudos, que caminaban como autómatas, con los músculos rígidos. La gente los llamaba injustamente "idiotas de guerra".

Las galerías del monte Soratte conforman el complejo de búnkeres en el interior del monte Soratte, en el territorio del municipio de Sant'Oreste, situado en la ciudad metropolitana de Roma. El origen de estas galerías se remonta a los años treinta, cuando Mussolini decidió encontrar un lugar que no estuviera demasiado lejos de Roma (unos 44 kilómetros) para utilizarlo como refugio antiaéreo para los más altos cargos del Gobierno de Italia y, en particular, del Real Ejército. Inicialmente, estas galerías debían parecer fábricas de armas de Breda y, oficiosamente, eran denominadas los "Talleres Protegidos del Duce".



1.8

2015

Cementerio de Laruvio, 2015

Enzo repasó las fotos grises de aquellos muchachos, desprovistas de color, como los años en que habían vivido. Años de una dictadura silenciosa, de un régimen que vendía el amor a la nación como pretexto para arrebatar la libertad a quienes la habitaban. «Todos estos jóvenes, muertos con agujeros en la cabeza, y nadie ha explicado jamás el motivo.»

Lucio mostró las palmas. «Había una guerra, ahò. Tenían otras cosas en qué pensar.»

Vito resopló. «Hablamos del Fascismo. Lo más probable es que quienes estaban en el gobierno lo supieran y, por alguna razón, miraran hacia otro lado...»

El sol apretaba. Enzo se pasó la palma por el cuello y se encontró la mano humedecida por el sudor. Se aflojó el cuello. Tenía que seguir concentrado: el sepulturero era la mejor pista que tenían hasta ese momento. «Dígame, señor Lucio, ¿de verdad no recuerda cuál fue la segunda pregunta que le hizo Treccani? Tenemos unos apuntes arrugados y medio borrados, y nos parece haber leído algo así: argonianos.»

Lucio dio una última calada a la Marlboro y restregó la punta del cigarrillo entre el pulgar y el índice. «Era algo parecido, ahò, argonianos de Creto... Creta, quizá.»

Vito sacó el móvil. «¿Creta? En los apuntes se leían unas letras parecidas: "Cr_t"!» Tecleó en el teléfono. «Creta... entonces, en Grecia.»

Wikipedia apareció en la pantalla. «¡Argonautas! Los argonautas eran un grupo mitológico de unos cincuenta héroes que, bajo la guía de Jasón, dieron vida a una de las narraciones más conocidas y fascinantes de la mitología griega: el aventurero viaje a bordo de la nave Argo hasta las hostiles tierras de la Cólquide, para recuperar el vellocino de oro.»

Enzo se abanicó con la mano. ¿Argonautas de Creta? ¿Vellocino de oro? ¿Qué rumbo estaba tomando aquella historia? «¿Del Fascismo pasamos ahora a la antigua Grecia?»

Lucio se encogió de hombros y se guardó la colilla en el bolsillo. Conociéndolo, la habría tirado al suelo de no ser porque, como era el sepulturero, luego le habría tocado barrer.

Una gota de sudor le cosquilleó la frente a Enzo y él la apartó. Aquellos argonautas no llevaban a ninguna parte, lo mejor sería aplazar el asunto de los hombres lagarto. El rubio de la coleta había pedido ver las lápidas de los chicos asesinados en los años noventa. «¿Nos enseña las tumbas de esos dos chicos asesinados hace veinticinco años?»

El sepulturero abrió la boca, pero Vito se entrometió antes de que el viejo pudiera responder. «Perdone, Lucio, ¿aquí también están enterrados los dos chicos de hace unos días?»

El sepulturero asintió, y por su rostro arrugado pasó una seriedad que hasta entonces no había mostrado. El hecho era demasiado reciente para mirarlo con distancia y, si lo era para el viejo que los había enterrado, imagínese para Vito, que había sido el responsable.

«Vengan.» El sepulturero echó a andar hasta un pequeño patio interior. En el terreno, cuatro hileras de tumbas sencillas formaban un cuadrado, cuadros de tierra sin mármol delimitados por losas de piedra, que encerraban un poco de verde y flores. Después de la cuarta hilera, el cuadrado se quebraba y dejaba libre la mitad del espacio, lista para acoger otros cuerpos.

Los dos últimos túmulos rebosaban de coronas: jazmines, crisantemos, pero también girasoles y amapolas. Los dos chicos.

Vidas truncadas demasiado pronto, que dejaban a demasiadas personas vivas desgastándose por su ausencia.

Vito estaba tan blanco que solo le faltaba estar dentro de un ataúd. El rostro tenso hacía aún más visible el temblor de los párpados.

El sepulturero dio un codazo a Enzo y susurró. «¿Qué le pasa a tu amigo? Ahò, parece que se ha resbalado sobre una alfombra de vergas!»

Enzo se llevó el índice a la boca para intimarle que no siguiera, pero el hombre pasó por alto el gesto y alzó la voz para que Vito también lo oyera. «¿Los conocías?»

Él ignoró la pregunta y sorbió por la nariz, como si se hubiera escondido en un rincón de la mente. Lucio le dio una palmada en la espalda. «Vamos, anda. No te pongas así, daje.»

«Debo. Su peso está sobre mis hombros.»

Lucio abrió la boca, estupefacto. Los periódicos habían hablado del caso, así que debió de comprender en ese instante que Vito era el carabiniere que había apretado el gatillo en aquel feo asunto.

El sepulturero se frotó la nariz y se alisó con la palma el amago de barba descuidada. «Está bien que estés mal, es normal. Lo importante es que no olvides cuánto pesa un vaso de agua, ahò.»

¿Qué tenía que ver eso?

Vito se quedó inmóvil. «¿Cuánto... cuánto pesa un vaso de agua?»

Lucio asintió. «Depende de cuánto tiempo lo sostengas.» Esperó un par de respiraciones y siguió. «Tarde o temprano tienes que soltar ese peso, si no acabas junto a ellos, daje!» Hizo un gesto hacia los túmulos.

Vito se mordió los labios, conmovido. Se le escapó un llanto ahogado y se cubrió la cara, mostrando solo el dorso de las manos. Aquel viejecillo romano, con su zafiedad genuina, había soltado la bofetada capaz de volver a poner al amigo con los pies en la tierra.

Vito se recompuso y asintió.

La investigación tenía que continuar. Enzo le dio una palmada al amigo y se dirigió al sepulturero. «Llévenos a las tumbas de los dos

chicos de los años noventa, los mismos que el rubio quería ver.»

~

Atravesaron un patio tras otro, retrocediendo por veinticinco años de expansión del cementerio, de 2015 a 1990. A medida que dejaban atrás los bloques, las flores frescas iban disminuyendo, sustituidas por plantas de plástico que no exigían cuidados frecuentes.

«¡Ahò, Lucio!», chilló una mujercita de unos sesenta años. «¿A qué esperas para jubilarte? Daje. Un poco más y aquí dentro pasas de cuidador a inquilino.»

Quienes cuidaban las sepulturas eran sobre todo viejecitas, pocas y muy atareadas. Lucio rio y saludó abriendo y cerrando la mano. «Ahò, Rita... Ya sé que me quieres jubilado para cuidarme. Pero entonces te tocaría acompañarme al baño, porque el médico me ha dicho que no puedo levantar peso.»

La mujer estalló en carcajadas y se puso colorada. Lucio se metió la mano en el bolsillo y hurgó en los pantalones. «¡¡Hostia!, cuando veo a Rita me pongo tan excitado que me crece la nariz hasta los calzoncillos!»

Enzo rio. Ostras, aquel hombre era lo más increíble que había conocido en su vida. Parecía uno de esos personajes del cine italiano de los años ochenta.

También a Vito se le escapó una risa. Debía de haberle parecido lo bastante divertido como para levantarle el ánimo.

«Mira», Lucio señaló, en la primera fila, la parte trasera de una lápida de granito. Solo se veía el dorso, la fotografía estaba del otro lado. «Ese es Marcello Lisanti, el primer chico que encontraron con agujeros en la cabeza. Dos filas más adelante está el segundo, Sandro Fabrizi.»

La otra tumba estaba alineada del mismo modo y mostraba las vetas lisas del mármol, sin inscripción alguna. Sandro Fabrizi era el hijo de la señora Maria, cuyo nombre figuraba en el papelito hallado en la boca del chico unos días antes.

Las sepulturas de los dos chicos estaban separadas por una fila y, entre esas tumbas, una había sido colocada al revés: la lápida mostraba la foto, erguida donde en los demás sepulcros estaban los pies de los difuntos.

«¿Por qué esa tumba está orientada al contrario que las demás?»

Lucio volvió a ponerse serio. «Es la madre del primer chico. Marinella Lisanti. Se suicidó y dejó instrucciones de que la enterraran con la foto vuelta hacia su hijo.»

Las fotografías de ambas tumbas, madre e hijo, se miraban. Solo de pensarlo resultaba angustioso. Una punzada le atenazó el estómago y Enzo contuvo el ácido en la boca. «Se suicidó... ¿poco después?»

Lucio asintió. «Tenía miedo de acabar en otro patio. Quería estar cerca de él. Ahora se mirarán por toda la eternidad.» Las arrugas del romano le dibujaban en el rostro una expresión de sabiduría y respeto.

Durante todo el día, el cuidador había ido pasando de bromas sexistas y chabacanas a profundas reflexiones melancólicas. En apenas unos instantes saltaba de un extremo al otro. Aquel hombre era una metáfora de la vida.

Enzo suspiró y señaló el mármol blanco del hijo de Fabrizi. «Veamos esa tumba de cerca. El papelito hallado en la boca del chico llevaba el nombre de su madre.» Tenían que entender aquellos asesinatos para hacer justicia a todos, también a los adolescentes asesinados en tiempos del fascismo.

A pesar de los veinticinco años transcurridos desde la muerte, la tumba tenía flores frescas y el jarrón lleno de agua, señal de que la señora Fabrizi nunca había dejado de cuidarla.

Unos escalones de mármol formaban una pequeña cubeta de tierra, delimitando el punto donde se había excavado la fosa. La hierba cubría la superficie. Solo un terrón, junto a los pies, estaba removido, levantado como si allí hubiera la madriguera de algún animal.

Enzo lo señaló. «¿Es normal ese hundimiento?»

Lucio volvió a hurgar en el bolsillo del pantalón. «No. Ahora lo arreglo.» Se agachó, dejando escapar un gemido, y apisonó el terrón hasta dejarlo al ras del resto. «Hay… hay algo aquí debajo.» Hundió los dedos y sacó de la tierra una hoja metálica con grumos de sangre.

Enzo se abalanzó y le agarró la mano al cuidador. «¡Alto!»

Vito tenía los ojos muy abiertos, tan sorprendido como él. ¡El rubio! El rubio había preguntado por esas tumbas. Debía de haber enterrado él aquella hoja allí mismo, justo donde estaba sepultado el hijo de la mujer mencionada en la nota.

Enzo sacó un pañuelo y lo usó para recoger la hoja. Un punzón. El metal tenía forma romboidal, exactamente igual que los agujeros en la cabeza de la última víctima.

1.9

2015

Vito abrió la puerta del despacho de la doctora Rinaldi, la misma de la autopsia, y dejó pasar a Enzo, con el punzón envuelto en el pañuelo y el cuidado de quien sostiene una reliquia.

«Bien, aquí están.» La mujer se enfundó los guantes. Ya la habían avisado. Recibió la pieza entre las palmas y la depositó sobre una superficie metálica. Retiró el pañuelo. «Esta pieza debemos enviarla a Parma, pero nada nos impide echarle un vistazo.»

El punzón tenía restos de tierra a lo largo de la hoja y en el mango. La empuñadura ahusada era de madera teñida de rojo, con un jabalí estilizado grabado.

La doctora encendió la luz perpendicular a la mesa y bajó el brazo de muelle de una gran lupa. Se inclinó para examinarlo.

Enzo se puso a su lado, inclinado también sobre el arma, aunque sabía que no tenía los conocimientos necesarios para un análisis así. La mujer olía a almizcle. El cabello blanco, recogido en una cola alta, dejaba al descubierto el cuello, esbelto y sin arrugas, pese a la edad.

Mis respetos.

La doctora acercó el índice a unas manchas de la hoja. «La han limpiado, pero aún quedan restos de sangre. Podríamos compararla con la del chico, aunque ya puedo decir que sería casi superfluo.»

Se enderezó y, en apenas tres zancadas, alcanzó el archivador. Abrió el segundo cajón empezando por abajo sin doblar las piernas. La bata, ceñida a la cintura, le dibujaba la redondez del culo, más propia de una mujer de cuarenta que de una de sesenta.

Enzo negó con la cabeza. ¿Qué le pasaba? Hacía ya unos años que no tenía relaciones, y así estaba bien. Desde que su exmujer se marchó con su hijo, no sentía la necesidad de una mujer. ¿De verdad una mujer de sesenta podía despertarle ciertos apetitos?

«Aquí.» La doctora sacó un expediente del archivador, extrajo una fotografía y la acercó al arma que yacía sobre la mesa. En la ampliación de un orificio óseo se apreciaba la forma romboidal de la hoja que habían encontrado. «Solo un laboratorio forense especializado puede confirmarlo, pero ya puedo decir que encajan. ¿Dónde lo encontraron?»

Vito tomó la foto de manos de la doctora y alternó la mirada entre el orificio y el arma. «Estaba enterrado en la tumba del hijo de la mujer indicada en la nota. Fue víctima, en los años noventa, de las mismas marcas que el chico.»

Rinaldi se ensombreció. «No eran las mismas marcas, ya se lo dije. Si se comparan las autopsias de Marco Aloia, el chico asesinado hace unos días, con las de Sandro Fabrizi y Marcello Lisanti, asesinados en los noventa, hay diferencias sustanciales.»

Enzo se pasó los dedos por el cabello y se rastrilló el cuero cabelludo, tratando de poner orden en sus pensamientos. «Pero también hay similitudes. Aloia tiene orificios romboidales en la cabeza, en los noventa los orificios eran redondos. A Aloia le arrancaron el cabello y presenta abrasiones externas, en los noventa las abrasiones eran también internas, en el propio cerebro. Y, sobre todo, Aloia llevaba en la boca la nota con el nombre de Maria Fabrizi, la madre de ese Sandro asesinado en los noventa.»

La doctora fue hasta el teléfono fijo y levantó el inalámbrico. «Y ahora me están diciendo que quien usó ese punzón lo enterró en la sepultura de Sandro. No se puede negar que existe una relación entre los hechos.» Hizo una llamada.

Claro. La nota y el punzón enterrado en la tumba de aquel chico apuntaban a una implicación más profunda de la Fabrizi. ¿Por qué? El día que estaba preparando la salsa, ¿qué se había callado?

Vito se plantó frente a él. «Vamos a hablar con ella, ¿verdad?»

«¿A quién te refieres?»

El amigo alzó las cejas para subrayar lo obvio. Debía de haber pensado lo mismo.

«Sí, volveremos a hablar con la Fabrizi.»

«Inspector...» La doctora pulsó una tecla del inalámbrico, que emitió un pitido de fin de llamada. «Antes de que vayan a ver a la Fabrizi, estaba hablando con los laboratorios forenses. Dentro de cinco minutos me reenviarán lo que han encontrado en la nota que llevaba el nombre de esa mujer.»

~

Vito salió a fumar y dejó solos a Enzo y a la doctora. Ella se puso unas gafas y empezó a trastear con el ordenador. Se bajó la montura negra hasta la punta de la nariz, como una maestrita.

¡Hostia!.

Cruzó las piernas y la bata se le abrió de lado, dejando al descubierto los leggings ceñidos. De haber llevado unos tacones de doce centímetros en vez de aquellas Crocs brillantes, del mismo color que la montura, lo habría fulminado.

Enzo sintió que la sangre se le agolpaba entre las piernas, entre las piernas sintió subir un calor avasallador. Tenía que pensar en otra cosa.

Desvió la mirada; en la pared, un cuadro mostraba un tramo de mar embravecido. Ni barcas, ni playa, ni atardecer. Solo el mar. Agitado.

Ella pulsó con ímpetu una última tecla y se levantó. «Me encantan las olas del mar.»

«¿Qué?»

La doctora se puso a su lado. «El informe tardará unos minutos.» Señaló el cuadro. «Decía: el mar. ¿Ha probado alguna vez a dejarse mecer por las olas?»

Claro que lo había probado. ¿Quién, en un país como Italia, podría decir que nunca se ha dejado mecer por el mar? Agradable, pero no era para tanto. «No soy el más indicado para detenerme en esas cosas.»

La doctora se quitó las gafas y se las metió en el bolsillo de la bata, donde quedaron torcidas unos grados por la curva del pecho. «Claro, usted es un hombre de acción.» Le guiñó un ojo. Miró sus manos. «¿Está casado?»

Enzo tuvo el impulso de esconderlas. ¿Por qué? ¿Era posible que se sintiera vulnerable ante una mujer de sesenta? «¿Casado? Una vez. Por suerte, dejé de estarlo.» Se maldijo: el típico chiste de siempre. Lucio, en el cementerio, debía de haberle contagiado algo de su humor grosero.

La doctora se mordió el labio. «¿Quiere a toda costa aparentar que es de esos hombres que creen no tener que pedir nada nunca? No me lo creo. Si yo no estuviera felizmente casada, me dejaría invitar. Además, con usted tendría una diferencia de edad menor que la que tengo con mi marido actual.»

¿De verdad la doctora estaba flirteando con él? Los rumores que la pintaban como exuberante eran ciertos. ¿No tenía ya un marido joven? ¿No le bastaba? Aquella actitud le hizo perder varios puntos, pero ¿quién era él para juzgar?

La doctora se encogió de hombros. «Algún día, quizá, le presentaré a mi marido. Hasta podrían hacerse amigos.»

Enzo asintió por cortesía, pero no tenía la menor intención. Estaba juzgando a una mujer solo porque coqueteaba un poco, sin haber traicionado de verdad. Él, en cambio, sí lo había hecho: había traicionado la confianza de quien debería haber cuidado. Había hecho huir a su hijo hasta Holanda.

Lo último que Oscar le había dicho, mirándolo a los ojos, era que ya no lograría volver a ser feliz en el ambiente en el que había enfermado. El ambiente que Enzo había creado al no aceptarlo.

Rinaldi lo estaba observando. «¿Todo bien?»

La pregunta daba a entender que lo había visto recaer en sus sentimientos de culpa. «Sí.»

«¿Sí, dice?» La doctora torció la boca primero hacia un lado y luego hacia el otro. «A mí también me vuelven los malos recuerdos. Quiero ayudarlo. Le haré la misma pregunta que me ayudó a mí: ¿sabría decirme qué necesita para ser feliz? Tenga en cuenta que, cuanto más larga sea esa lista, más fácil es no serlo.»

Así ya se estaba pasando un poco. Pero, al fin y al cabo, era doctora, ¿quién, si no ella, iba a tener vocación para curar las heridas ajenas?

¿Para ser feliz? Le habría gustado no haber cometido aquellos errores con su hijo, pero era mejor devolver la atención al caso. «Como carabiniere, me gustaría ver a los delincuentes entre rejas y a la gente honrada prosperar.»

Ella chasqueó la lengua. «A veces el bien y el mal no están tan nítidamente separados, aunque haya quien quiera hacérnoslo creer. ¿Conoce la historia del campo de concentración liberado por los rusos?»

Enzo negó con la cabeza. «Nunca la he oído.»

«Auschwitz, el campo de concentración más famoso de la Segunda Guerra Mundial. Lo liberaron los rusos, pero la propaganda difundió que habían sido los estadounidenses. Porque los rusos seguían siendo enemigos de Estados Unidos y la propaganda no quería confundir a la gente: presentar a los comunistas como si fueran capaces de hacer el bien. Siempre hace falta señalar a un bueno y a un malo, las zonas grises y las situaciones complejas no existen.»

Resultaba curioso que sacara a relucir una anécdota así. Enzo asintió. «Interesante. La investigación nos está llevando precisamente hacia el Fascismo.»

La doctora frunció el entrecejo. «¿Fascismo? ¿Qué tiene que ver el Fascismo?»

Eso mismo, ¿qué pintaba el Fascismo en todo aquello, ochenta años después?

El móvil en el bolsillo de Rinaldi sonó con una notificación y ella miró la pantalla de reojo. «Oh, ya ha llegado el correo.» Volvió al ordenador.

Vito volvió a entrar, arrastrando consigo olor a cigarrillos. «¿Novedades?»

«Sí.» La doctora tenía las cejas aún más fruncidas que cuando oyó hablar del Fascismo. «¿Recuerda que la primera nota estaba escrita a bolígrafo en un fragmento que parecía arrancado de una agenda? En el papel había impreso un numerito por un lado y se intuía la mancha extraña de una imagen vista desde arriba, apenas un esbozo.»

Enzo asintió.

«Pues parece que la nota se arrancó de un calendario.»

«¿De un calendario?»

«Sí. De gatitos.»

~

Enzo cerró los párpados y se frotó los lagrimales con los índices. Se restregó los ojos y se pasó los dedos por los lados de la nariz, hasta la barba de varios días. Tal vez aquel era su castigo: investigar los asesinatos de hijos inocentes, reviviendo una y otra vez los errores que había cometido con el suyo.

Oscar se había ido. «Te quiero» puede convertirse en «te quise». Y no es culpa de nadie, porque todo el mundo tiene derecho a cambiar, sentimientos incluidos.

Vito se sujetaba la cabeza, no menos atormentado que él. «¿Un calendario de gatitos?» Suspiró. «¡Debe de haber millones!»

La doctora hizo clic con el ratón y la impresora empezó a imprimir el informe. «Tenemos esto, por ahora.»

Y no era poco. El hecho de que el papel hubiera sido arrancado de un calendario indicaba improvisación. Alguien había asistido a la escena y había aprovechado la ocasión. ¿Alguien que vivía cerca del lugar donde Vito había disparado? «Tiene que ser alguien que estuvo allí aquella noche y que conoce a la Fabrizi. Un vecino.»

Enzo le apretó el brazo a Vito. «¿La matrícula alemana del rubio? ¿Sabes algo?»

El amigo tensó la mandíbula, ahondando los hoyuelos de las mejillas. Negó con la cabeza. «Coche de alquiler y a nombre de testaferros. No ha llevado a ninguna parte. Ahora que hemos hecho las comprobaciones, seguro que desaparecerá de la circulación.»

¿Testaferros? ¿Y si no estaban tratando con un loco aislado, sino con una organización? No en vano las investigaciones abarcaban casi un siglo. «Pero le vimos la cara, a ese rubito. Si es vecino de la Fabrizi, sabrá de quién hablamos. Vamos a verla.»

Vito cogió los papeles de la doctora, pero el timbre de la consulta atrajo la atención. Ella fue a abrir.

El general de brigada De Michelis se erguía en el umbral, serio y turbado. «Buenos días.»

Avanzó unos pasos. «Inspector Bestetti, necesito hablar con usted. Y con usted también, Minopoli.» Su mirada se ensombreció todavía más al reparar en las hojas del informe entre las manos de Vito.

El general ya había dado muestras de cierta tolerancia, así que no debía de ser un problema. Cuando se habían encontrado en el archivo general, había dejado entrever que, pese a la suspensión, toleraría la colaboración de Vito.

De Michelis se acercó a los dos y cruzó los brazos. «Lo siento, pero Minopoli debe dejar de acompañar al inspector en las pesquisas desde este mismo momento. El fiscal se ha enterado. Si yo no hubiera intervenido, se habrían metido en un lío monumental. No pueden seguir. Ya no.»

Enzo se mordió por dentro la mejilla, menudo desastre. «¿Quién le ha hablado al fiscal de Vito? ¿Qué ha pasado?»

«Ha pasado que la doctora Rinaldi ha hecho bien su trabajo.» El general se aclaró la voz. «¿Se preocuparon de advertirle que no era el caso de dejar por escrito en el informe que el punzón lo recibía de manos de Vito Minopoli?»

Rinaldi se llevó las manos al pecho. «Yo... ¿he hecho algo mal? ¿No debía escribir en el informe que me lo habían entregado ustedes?»

De Michelis levantó la palma. «En absoluto, doctora. Faltaría más. Aunque entiendo el afán de redención que puede tener un agente que se encontró en el lugar equivocado en el momento equivocado, a partir de ahora ya no es tolerable. Minopoli, váyase a casa. Y quédese allí.» En su tono rezumaba la autoridad de quien había vivido en primera línea, desgarrado entre lo que uno querría y lo que debe hacer.

El general se apartó a un lado y le indicó la puerta a Vito con un brazo. «Lo escoltaré yo. Personalmente.» Delató su nerviosismo al retorcer el mostacho con la otra mano.

Vito se encorvó, vencido por la resignación. Echó a andar hacia la salida como si lo condujeran al patíbulo. Una parte de él había muerto el día en que apretó el gatillo contra esos chicos, y desde entonces ya ni siquiera podía investigar por qué alguien había jugado con aquel cuerpo.

De Michelis fulminó a Enzo con la mirada. «Haga lo mejor que pueda, pero no se tolerarán más errores en los procedimientos. ¿Está claro?»

Enzo asintió.

Tal vez en eso consistía ser un buen líder: darles a todos alguien a quien odiar. Pero De Michelis tenía razón, si el hallazgo del punzón también hubiera llevado la firma de Vito, podría haber arruinado un eventual proceso. A la ley le importan un carajo las coincidencias.

Cuando se quedaron solos, Rinaldi se acercó. «Lo siento. Yo... no lo sabía.»

No era culpa suya. «No ha hecho más que lo que debía.»

La doctora se mordió el labio. «Oiga, Enzo. Si lo he dejado sin compañero, puedo intentar ayudarlo yo.»

«No creo que sea buena idea.»

«Puedo ir como consultora. Al fin y al cabo, he sido yo quien se ha encargado de la autopsia y quien se coordina con los laboratorios que analizaron la nota. Haré lo mismo con el arma. Si va a ver a la Fabrizi para hablar de estas cosas, soy la persona más indicada para acompañarlo. ¿No le parece?» Sonrió.

Ostras, hasta la sonrisa parecía la de una treintañera. «Está bien. Vamos a ver a la Fabrizi.»

1.10

1943

6 de febrero de 1943 - Instituto Nacional LUCE (ROMA)

La pesada maleta le pesaba en la mano, pero Aldo había llegado. El edificio blanco y redondeado reverberaba bajo los rayos de aquel hermoso día soleado, una arquitectura acorde con la sede del instituto bautizado LUCE, luz. Daba la impresión de ser luminoso por sí mismo. A ambos lados del cuerpo central, dos estructuras más bajas se proyectaban hacia la entrada, como dos brazos que estrecharan a quien cruzaba el patio.

El Topolino azul oscuro de Creti no estaba, el chófer aún no debía de haberlo traído. Perfecto, Aldo estaría solo en el laboratorio durante un rato. Atravesó el pórtico que unía las dos alas de los edificios exteriores con el edificio central, en dirección a las dependencias de acceso restringido donde colaboraba con Creti.

Los militares de guardia lo reconocieron y lo dejaron pasar hasta el despacho. Entró, se acercó al escritorio y, con un último esfuerzo, dejó caer el pesado equipaje sobre la mesa, el grupo Ondocerebro, la variante del Ondógeno inventado por Creti. La espalda se lo agradeció.

Abrió el estuche y extrajo el aparato. Le había llevado una jornada entera de trabajo reproducir, en su copia del aparato custodiada en el laboratorio secreto del Búnker Soratte, las modificaciones de Creti. Era el instrumento que se usaba con otras clases de sujetos de prueba. Por suerte, el pequeño genio refractario al Fascismo aún no había llegado al despacho, no se habría dado cuen...

«Disculpe. Buenos días, camarada Angelucci, ¿por qué el grupo Ondocerebro está sobre su escritorio?»

Diantre, ¿tenía que llegar justo en ese momento? «Buenos días, Marcello. Nada.» Señaló con la barbilla la maleta abierta. «Estaba comprobando si teníamos algo lo bastante espacioso como para contener el aparato.»

El joven de veintiún años, atónito, se puso a mordisquearse el labio. «Perdóneme, camarada, pero ¿para qué iba a servirnos una maleta? En caso de traslado habría que mover muchas otras cosas, el proyector, las películas.» Torció la boca en una mueca de disgusto al mirar los casquetes erizados de púas, colgados de la pared por las correas de cuero. «Sin contar todos esos instrumentos aberrantes que usamos con los conejos.»

Ya... con los conejos. «Marcello, trabajar con sujetos de prueba es necesario.»

«¿Necesario, dice? Yo ya no puedo más. Estoy considerando seriamente interrumpir esta colaboración.»

No podía permitir que todo se viniera abajo. Aldo tenía que retenerlo hasta obtener resultados concretos. Por desgracia, el deber fascista no bastaba para hacerlo entrar en razón.

Pero había algo que los unía, el impulso primordial del propio Aldo. «La ciencia. Lo que hacemos, perforando la cabeza de esos pobres conejos, es necesario para salvar muchas más vidas en el futuro. Las aplicaciones serán múltiples.» Y también las de los muchachos.

Creti lo miró de reojo, pero asintió. Volvió a fijar los ojos en la maleta y la duda le asomó en la mirada. Se desabrochó el abrigo de botonadura simple y lo colgó en el perchero. «¿Y se pone a buscar maletas nada más poner un pie en el laboratorio, aún con el gabán puesto? Sí que le urgía esa comprobación.»

Diantre, el gabán desmontaba su excusa. Aquel muchacho era demasiado listo, no lograría engañarlo mucho más tiempo. Aldo dejó morir la excusa y se quitó el gabán. Todo intento de justificarse

era un arma de doble filo. Gestionar dos laboratorios, uno a espaldas de su colaborador más importante, resultaba frustrante. No faltaba mucho para que Creti lo arrinconara de verdad.

Más allá de la puerta de cristal que daba al pasillo, el trasiego aumentó. Al otro lado del umbral cerrado, los pasos se mezclaban con murmullos y voces apagadas, señales de la llegada de noticias importantes, en plena guerra. ¿Qué diantre había ocurrido? Esa ala del edificio estaba reservada a unos pocos, los hombres de mayor confianza del régimen.

Aldo se acercó a la persiana veneciana de aluminio que cubría el cristal esmerilado de la puerta y apartó una de las lamas para echar un vistazo. Dos nudillos golpearon el cristal, justo delante de su rostro, y dio un salto hacia atrás.

«¿Angelucci? ¿Todo bien?» Marcello estiró el cuello hacia la entrada, con la misma curiosidad.

Volvieron a llamar, con más fuerza.

«Sí, bien.» Aldo abrió. «Veamos qué ha pasado.»

Un armario de casi dos metros, con traje oscuro, esperaba con una carta en la mano. «Doctor Angelucci.» Alzó el brazo en el saludo fascista. «¿Puedo hablar con usted, camarada? ¿Aquí fuera?» La expresión férrea, desprovista de humanidad, no dejaba margen a una negativa.

Desde el escritorio, a poca distancia, Marcello, blanco de cara, tragó saliva, petrificado. «¿También me buscan a mí?»

«No», soltó el bruto.

Ninguna explicación. Ningún añadido.

Aldo asintió. La inflexibilidad del energúmeno rezumaba Fascismo, y él no tenía nada que temer. Se volvió hacia Creti. «Vuelvo enseguida.» Cruzó la puerta y la cerró tras de sí.

El hombrón hizo un gesto a un cómplice al comienzo del pasillo, este asintió y desvió el trasiego de personas. Otro gesto hacia el otro extremo y el pasillo quedó libre de oídos indiscretos. «Angelucci, soy un agente de la OVRA. Esto es para usted.» Le tendió la carta.

La OVRA, los servicios secretos de Mussolini. Diantre, allí no había lugar para bromas.

Aldo tomó la carta y el hombre continuó, bajando dos tonos la voz. «El Duce ha decidido el mayor reajuste de gobierno de los últimos veinte años. Pavolini ya no es ministro de Propaganda. En su lugar ha sido nombrado Gaetano Polverelli, pero él no sabrá nada de su trabajo.»

Las piernas de Aldo vacilaron, pero se esforzó por no darlo a ver. Abrió la carta, había nuevos fondos, recomendaciones personales escritas en italiano y en alemán, la orden de confidencialidad absoluta sobre la sección secreta que le había sido confiada en el búnker y el mandato categórico de apartarse definitivamente de Creti.

Un reflujo ácido le subió por la garganta, pero logró hacerlo bajar de nuevo. «Pero, con tanto secreto, ¿cómo gestionaré a los... los sujetos de prueba?»

«Seguiremos proporcionándole sujetos de prueba y hombres armados con fusiles que no harán preguntas. Y usted no debe dar explicaciones sobre lo que está buscando.»

«¿Y a quién deberé informar de los progresos o elevar solicitudes?»

«Al Duce en persona. A nadie más. ¿Está capacitado para ello?»

¿Capacitado? ¿Él solo, sin Creti?

Diantre, aquel chico prodigio había avanzado a pasos agigantados en el proyecto. Pero en esa fase la experimentación exigía llegar hasta sujetos de prueba humanos, y en esos procedimientos Creti no estaba llamado a intervenir. Es más, para Aldo sería mejor, ya no tendría que callarse ni medir las palabras. «Seré capaz. Pero ¿cómo prescindo del muchacho? Tiene numerosos apuntes y posee las patentes de otras tantas soluciones ya experimentadas.»

«Su padre siente una extraña inclinación por el espiritismo. Desde hace tiempo está empeñado en comprar un monasterio en Sutri. Usted se ofrecerá como avalista de la compra, cubriendo una parte

con los fondos que el Duce le ha concedido. A cambio, les dejará todo el material que tiene en su poder y obtendrán su salida del proyecto. La conversación que estamos manteniendo en este momento versa sobre una gran herencia que usted, doctor Angelucci, acaba de recibir. Yo soy el notario que le ha traído el testamento de su rico tío, fallecido, en paz descanse, fiel al Fascismo.»

Aldo cerró la carta. No cabía negarse, y además estaba tan cerca del éxito... La ciencia merecía aquellos descubrimientos. Y, más importante aún, los sujetos de prueba que ya habían muerto no debían haber muerto en vano. Tenía que continuar hasta obtener resultados. Asintió.

«Bien.» El agente saludó con el brazo en alto en el saludo fascista y batió los talones. «Viva el Duce.» Se alejó, resuelto.

Aldo guardó la carta en el bolsillo de la chaqueta.

Aturdido, volvió al despacho, donde Creti esperaba ansioso por entender algo, con los ojos muy abiertos y la mandíbula caída.

«Oiga, camarada Marcello. He tenido noticias y he pensado en una propuesta para usted. Así dejará de sentirse molesto por lo que hacemos con esas máquinas a esos pobres conejos.»

Y a los adolescentes.

DOSSIER

La sede del Instituto Nacional LUCE, inaugurada en 1937 en la zona del Quadraro —en la actual plaza Cinecittà—, es un edificio de forma semicilíndrica, rodeado de otros inmuebles. Los cuerpos salientes albergaban las salas de sincronización y los departamentos fotográficos; el edificio central, los laboratorios técnicos y las oficinas de la dirección general, la presidencia y los almacenes de depósito de películas.

Gravemente dañado por los bombardeos al final del conflicto, a pesar de su profundo vínculo con la fase culminante del régimen, se optó por su conservación desde una perspectiva histórica antes que política, introduciendo en él algunas modificaciones. Hoy es la sede del Municipio VII de Roma.

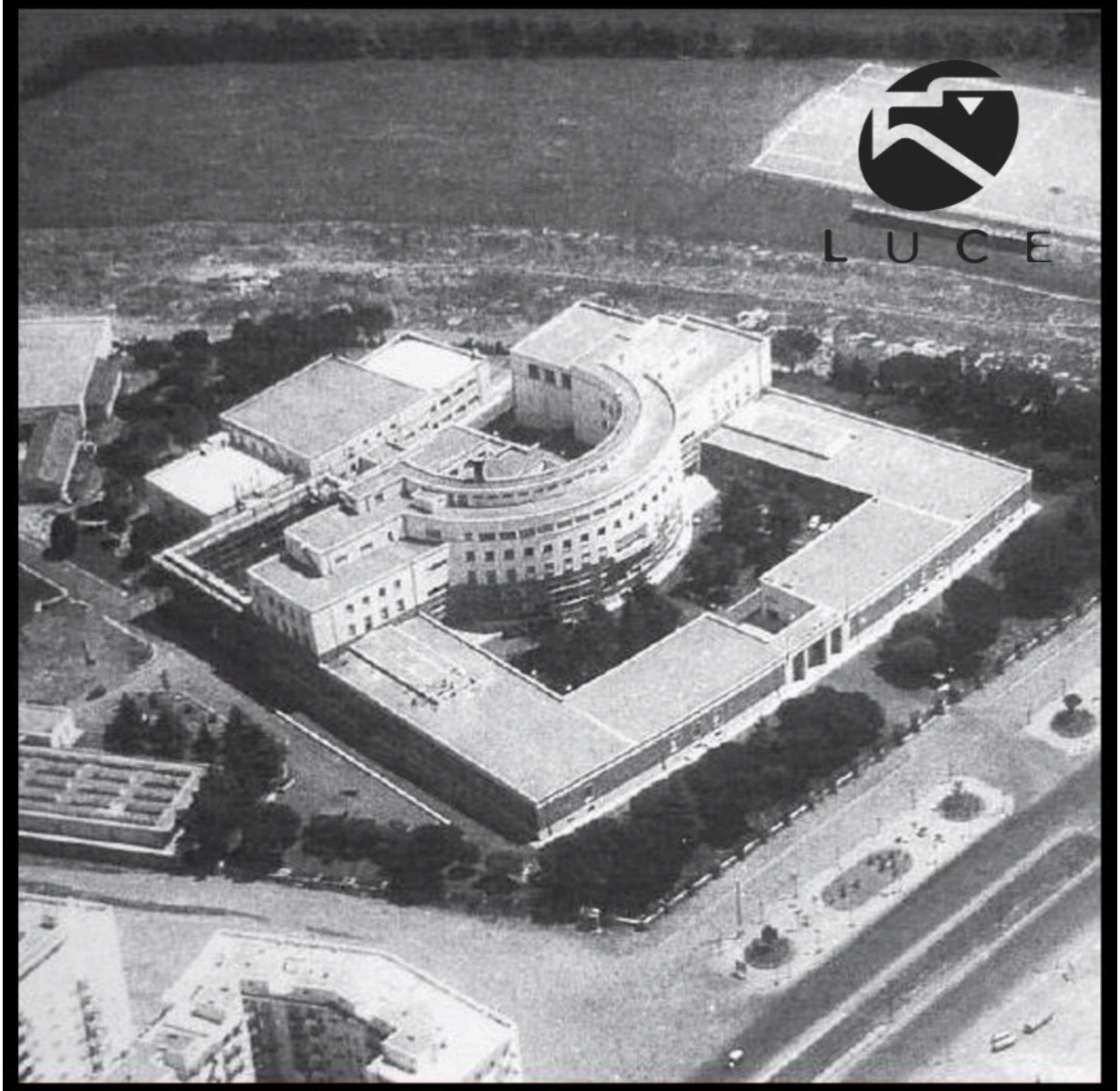
La OVRA (sigla de: Obra Voluntaria de Represión Antifascista) fue la policía secreta de la Italia fascista desde 1927 hasta 1943, y en la República Social Italiana desde 1943 hasta 1945.

El 6 de febrero de 1943, Mussolini llevó a cabo la reorganización gubernamental más profunda de sus veintiún años de poder fascista. Casi todos los ministros fueron sustituidos: las figuras más importantes en caer fueron Galeazzo Ciano, el yerno del Duce; Dino Grandi; Giuseppe Bottai; Guido Buffarini Guidi; Alessandro Pavolini.

Con el fin de simplificar la trama, hay una pequeña discrepancia histórica sobre la compra del monasterio por parte de la familia Creti. En los años cincuenta adquiere las ruinas del monasterio benedictino de San Luca para establecer allí el Centro Romano de Experimentos Técnico-Industriales, y solo en 1983 comprará el de San Giacomo en Sutri. En la ficción de la novela, adquiere desde el principio este último, sede del actual museo que le está dedicado, para simplificar la comprensión de la trama.


ISTITUTO NAZIONALE LUCE


LA CINEMATOGRAFIA E' L'ARMA PIU' FORTE
LUCE


LUCE

~

5 meses después
11 de julio de 1943 - Búnker en el Monte Soratte

Aldo se detuvo a mitad de la galería, a contemplar el búnker principal. A partir de entonces trabajaría solo allí. La nave era impresionante, once metros de alto por ocho de ancho. Trescientos metros de profundidad excavados en el granito de aquella montaña. Orgullo italiano de la ingeniería militar. No cabía duda de que el Fascismo sabía construir con el mismo vigor viril y poderoso que exigía a sus principios.

El eco de las botas llegó desde la entrada, hasta que aparecieron unos militares marchando. Aldo se aplastó contra la pared y dejó pasar a un contingente de soldados que transportaba cajas hacia las entrañas de la montaña. Se estaban preparando. Aquella mañana la radio había crepitado con la noticia de que los Aliados habían desembarcado en Sicilia durante la noche del 10.

Diantre, corrían rumores de que la isla se perdería antes de que terminara agosto, y era seguro que el objetivo era, precisamente, Roma.

Si tan solo Aldo lograra culminar el reacondicionamiento... Esa era la razón por la que el Duce le había proporcionado tantos medios. Su descubrimiento alteraría el desenlace del conflicto.

El último soldado pasó de largo y él se apartó de la pared. El olor acre del hormigón se le había quedado encima, pegado a las manos. La placa sobre su cabeza ordenaba: «Silencio, aquí el aire es precioso». Solo la superaba la que había junto a la entrada: «¡Mantengan la calma, desde aquí ya están a salvo!».

Quién sabe qué se ocultaba en la zona más profunda y protegida del complejo subterráneo. Aldo no tenía permiso para internarse allí,

igual que los demás no podían acceder a su laboratorio. Ni siquiera sabían que existía.

Entró en su alojamiento y se encerró. Se colocó junto al armario metálico y accionó el desbloqueo oculto. Empujó con todo su peso, haciendo deslizar el mueble sobre raíles enterrados: el acceso secreto a su laboratorio.

Según las disposiciones del Duce, en caso de invasión los servicios secretos de la OVRA debían volar esa conexión con el búnker principal, dejando como único acceso al laboratorio el túnel exterior, separado y desconocido para todos, en el flanco de la montaña. Teniendo en cuenta el desembarco en Sicilia, harían saltar la conexión con el búnker aquel mismo día.

Cerró el pasadizo secreto. Ya no volvería a entrar en el búnker principal. Aldo viviría, dormiría y trabajaría en el único lugar que le quedaba: el laboratorio. Recorrió el largo pasillo y cruzó el umbral.

En el suelo yacía el saco con la última cobaya que había perdido. Una niña de trece años.

Era necesario.

Desde que le suministraban cobayas procedentes de los campos de concentración alemanes, al menos no entendía ni una palabra de las súplicas que le dirigían. Además, ya no había madres reclamando justicia por sus hijos, aquellas mujeres habían acabado en los hornos.

Aldo les estaba haciendo un favor a aquellos chicos: se habían quedado solos y, en manos de los nazis, no les habría ido mejor. Al menos, gracias a aquellos experimentos, su muerte tenía un propósito: el progreso, la ciencia. Diantre, era necesario.

Miró el reloj: marcaba las diez de la mañana. Bien, dentro de poco vendrían a llevarse aquel cuerpo. Si lo dejaba un día más en aquel espacio angosto, el aire viciado se impregnaría del hedor del cadáver en putrefacción. Fuera uno, adelante el siguiente.

Abrió el portón emplomado y subió por la larga rampa que conducía al exterior. Salió, y el aire fresco le devolvió el vigor.

Cuatro curvas más abajo se alzaba una nubecilla de polvo, eran ellos. Cuando llegara el vehículo, los hombres de los servicios bajarían al laboratorio la nueva cobaya, la sujetarían a la silla con las muñequeras de cuero y retirarían el cadáver. Y comenzaría una nueva semana de reacondicionamiento, aumentando la amplitud hasta la onda máxima. Con la esperanza de lograr, por fin, el éxito.

Desde el camino de tierra apareció el Fiat Dovunque 33, nada de camioneta, era la primera vez que utilizaban el famoso camión todoterreno para una simple entrega. El vehículo devoró la última subida, haciendo saltar piedras, y se detuvo junto a la entrada, oculta bajo la red de camuflaje. Del asiento del copiloto emergió el gigante de los servicios secretos con el que se había topado el día del relevo ministerial, que, sobre el estribo del vehículo, parecía una montaña tan grande como el Soratte. ¿Qué diantre había ido a hacer allí?

Saltó al suelo y tendió el brazo en un diligente saludo romano, gritando: «Viva el Duce». El gigante no esperó respuesta. Hizo girar el índice delante del subordinado que bajaba del asiento del conductor. «¡Rápido! Descarguen. Coloquen la carga. Detonen. Y hagan el intercambio.»

El militar se cuadró de inmediato. La compuerta trasera del camión cayó de golpe sobre los topes. Otros dos soldados bajaron con una caja de dinamita.

Tal como sospechaba, de verdad iban a volar la conexión con el búnker central.

La sombra del gigantón le tapó el sol, y Aldo tuvo que alzar un poco la cabeza. «Por desgracia, el chico de la semana pasada tampoco ha sobrevivido...»

«Camarada Angelucci. La judía que le dejamos hoy necesitará un tratamiento más rápido. Dentro de seis días vendré a buscarlo, y para entonces ya debe haber terminado con ella.»

«¿Vendrá a buscarme?»

«Sí.» El agente de los servicios se volvió. Desde la caja del camión llegaban gemidos y quejidos. Una muchacha reducida a un

esqueleto era arrastrada fuera del vehículo. Iba vendada y tenía la cabeza rapada. Los pocos harapos fétidos que llevaba encima olían a orina.

El hombretón resopló hacia los soldados. «¡Después! ¡Después tienen que traer a la judía! ¿Quieren matarla con la detonación? ¿Y luego con qué va a trabajar el científico?»

El soldado abrió los ojos, aterrado por la reprimenda. «Perdón. Perdóneme.» Tiró de la muchacha por el brazo y el hombro esquelético, bien visible bajo la piel, se le salió de sitio con un chasquido.

La pobre dejó escapar un grito sin fuerza, un tenue hilo agudo de aire, y se desplomó en el suelo.

El soldado que la sujetaba gruñó: «¡Mierda! Vamos, levántate.» Tiró de ella precisamente del brazo dislocado, con el húmero casi empujado hacia el cuello y la protuberancia de la articulación donde debería estar la axila.

Esta vez el grito de la muchacha fue estridente.

Diantre, daba pena. Aldo intentaría reacondicionarla, hacerle olvidar todo. Sí, lo que estaba haciendo era por el bien de todos. Por la ciencia.

El hombre de los servicios volvió a resoplar y soltó una risita. «Por suerte le hace falta la cabeza, no el resto. Decía... dentro de seis días vendré a buscarlo. El Duce quiere un informe detallado de lo que consigue, o no consigue, hacer con sus máquinas. Los tiempos necesarios y todo lo demás.»

Aquel encuentro no prometía nada bueno. Seguía muy lejos de lograrlo. Sin Creti, los avances se habían detenido.

«Camarada, en cuanto estemos en el Palazzo Venez...»

«No. El encuentro será cerca de Belluno. El día 19, el Duce tiene una reunión con el Canciller alemán. Prepárese para cualquier eventualidad: quién sabe si tendrá que explicarle sus estudios también a Herr Hitler.»

Desde la montaña estalló un estruendo, casi como si enmarcara el nombre que hacía estremecer a Europa. Habían volado y aislado el corredor que conectaba su laboratorio con el búnker principal.

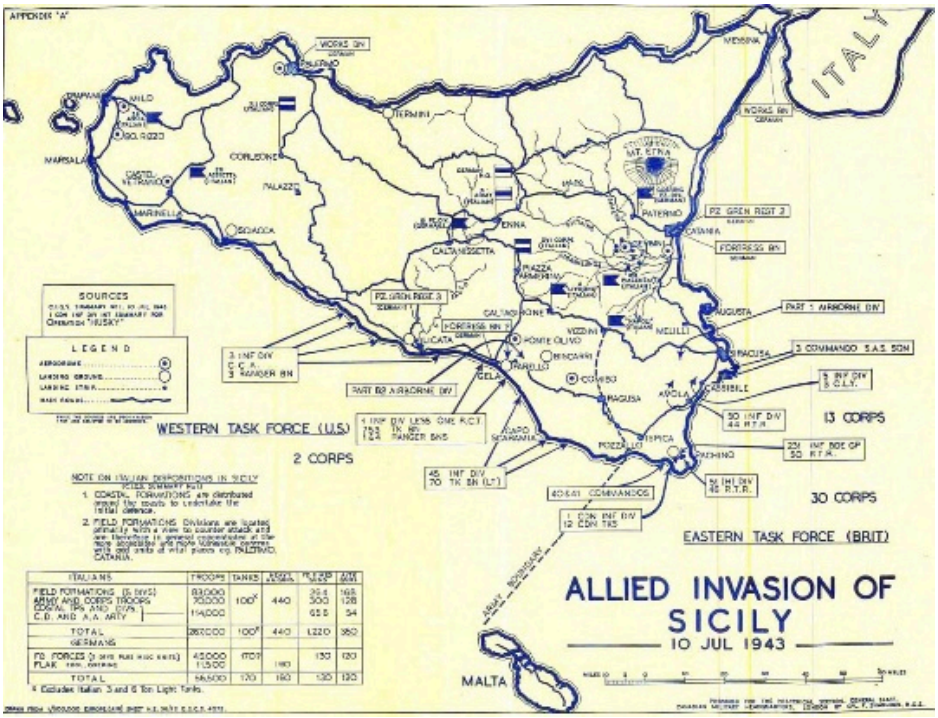
Esperó que sus máquinas no hubieran sufrido daños, porque, seis días después, Aldo tendría que dar cuenta de sus progresos ante Mussolini y Hitler juntos.


TACI!
IL NEMICO TI ASCOLTA!


SILENZIO!
QUI L'ARIA E' PREZIOSA

DOSSIER

La noche del 10 de julio de 1943, los Aliados desembarcaron en Sicilia (en la imagen, un mapa de la Operación Husky con los puntos de desembarco en Gela, Licata y Siracusa). En los primeros días, parecía que los italianos podían defender la isla, pero muy pronto quedó claro que Sicilia se perdería. El 16 de julio, Giuseppe Bastianini fue al Palacio Venecia, sede del Gobierno, para mostrar a Mussolini un telegrama que debía enviarse a Hitler, en el que reprochaba a los alemanes no haber enviado refuerzos.



El Fiat-SPA Dovunque 33



1.11

2015

Laruvio

Enzo metió tercera y el Panda rugió, devorando los casi veinte grados de pendiente. Desde que habían arrancado, la doctora no había soltado ni un instante el asidero del techo. Tal vez a ella también le molestaba desplazarse, en coche o en transporte público.

En cuanto la carretera volvió a ser llana, Rinaldi soltó un suspiro y se dejó caer contra el respaldo. Se sujetó la coleta alta con una mano y tiró de la goma con la otra. «No habría dado ni dos liras por este cochecito. Y, sin embargo... ¡quién se lo iba a imaginar!»

Ostras, cuánto tiempo hacía que Enzo no oía la expresión «dos liras». Aquella expresión anticuada le recordó la edad de Rinaldi. Y aun así volvió a mirarle las piernas de reojo, que asomaban por debajo del vestido ceñido, cruzadas y oblicuas para adaptarse al escaso espacio del coche. Pero ¿cómo demonios podían ser tan largas aquellas piernas? «Yo odio conducir y desplazarme, pero tengo que admitir que el Panda es un pequeño orgullo italiano.»

«¿De qué año es?»

«No lo recuerdo con exactitud. En cualquier caso, es un Panda de la primera serie.» Por la ventanilla bajada del lado de Rinaldi se veía el bar Botticella, con los jubilados de siempre sentados fuera, jugando a las cartas. Ella los vio y sonrió.

Se inclinó sobre la guantera y la abrió. «¿Puedo echar un vistazo al permiso de circulación del coche?»

Leería el nombre de su hijo en el encabezado, pero no era un problema. Si le preguntaba quién era Oscar, respondería solo: «Un pariente». «Claro, adelante.»

Rinaldi cogió el permiso, se quitó las gafas de sol y fue recorriendo con el índice el papel, en busca de los datos. El aire que entraba por la ventanilla le hacía ondular la coleta alta con una frescura de muchacha. «Según la fecha de matriculación, este coche tiene veinticinco años. No está nada mal.»

«Como le he dicho, odio conducir. La idea de quedarme tirado es todavía peor, pero tengo que admitir que este Panda nunca me ha decepcionado.»

La doctora volvió a dejar el permiso en su sitio. Por suerte no se había fijado en el nombre del titular ni había pedido explicaciones. «Los que decepcionan son los hombres, no los coches.» Su rostro se contrajo en una leve mueca triste.

Ya. Esa sí que era una palabra enorme, decepcionar.

La doctora se mordía el labio, quizá también cautivada por la fuerza de aquella palabra. «Inspector, ¿alguna vez lo ha decepcionado alguien?»

Más bien era él quien había decepcionado. De todos modos, resultaba increíble con qué facilidad la doctora conseguía llevarlo al terreno personal. Enzo suspiró. «¿Quién puede decir que nunca ha pasado por eso?»

Ella asintió. «Sí. La decepción es la vara de medir del amor: se sufre tanto como se ama. Y en ambos bandos hay derrotados.»

La decepción es la vara de medir del amor. Enzo levantó el pie del acelerador y el Panda siguió avanzando por inercia. Se sufre tanto como se ama...

La decepción.

«¿Va más despacio? ¿Hemos llegado?»

La última curva se acercaba. «Sí, hemos llegado. Giramos y aparcamos. La señora Maria Fabrizi vive dentro del patio, nada más entrar, a la derecha.» Enzo se mordió el interior de la mejilla. Basta de martirizarse por su hijo. Oscar estaba lejos, feliz, y ya no volvería a sentir decepción por el cavernícola de su padre. ¿Llamarlo? ¿Qué sentido tenía? Era mejor dejar las cosas como estaban.

Se apartó a un lado y aparcó. La doctora subió el cristal de la ventanilla como si estuviera acostumbrada a un coche tan viejo como aquel. Viejo como ella.

La verdadera razón por la que debía dejar de mirarle las piernas no era la edad de ella, sino todos los líos que él ya había armado. Ahora tenía que conseguir resolver al menos uno.

Suspiró, buscando un poco de lucidez. «Veamos si la señora Fabrizi puede decirnos algo sobre algún vecino con el pelo rubio.»

~

El patio interior estaba inundado de sol. Ropa tendida en los balcones, alguna antena parabólica y un vocerío difuso. Aromas de romero, salvia e hinojo: Italia. Enzo se acercó a los geranios asomados a una ventana del otro lado del patio, y a través de unas cortinas tan finas que no concedían la menor intimidad se colaba un

episodio del programa Forum. Dentro, una ancianita estaba sentada en un sofá envuelto en celofán.

El garaje donde la Fabrizi cocinaba la salsa estaba vacío. El bidón de Tamoil había sido lavado, apoyado contra la pared, boca abajo y ladeado para escurrir.

Si la señora Maria no estaba arriba, en casa, habrían ido en vano. Enzo acercó la yema del dedo al botón del interfono y vaciló. Quizá no había sido la mejor idea haber traído consigo a la Rinaldi. «Doctora, deje que hable yo. Si necesitara alguna precisión sobre sus análisis, se la pediré yo mismo.»

«Claro.» Ella hizo rodar los ojos un instante. «Pero hagamos una cosa, de ahora en adelante llámeme Romina.» Clavó en él sus iris grises, fríos en el color pero intensos en su presencia.

Se le apagó la respiración. Ostras... Enzo, cálmate. Pulsó el botón y desde el segundo piso llegó un chisporroteo eléctrico.

«¡Un momento, ahò!» El grito de la Fabrizi rugió desde arriba, sonoro como tantos vozarrones romanos. Daba que pensar si en aquellos sitios llegaban a usar alguna vez el interfono...

Se asomó serena, los vio y el rostro se le endureció con desconfianza. «Ah, inspector.» Alternó la mirada entre él y la doctora. «Suban, que les abro.»

Enzo subió los peldaños surcados de grietas, y en el rellano había baldosas arrancadas de cuajo. La puerta ya estaba abierta, Radio Italia entonaba un jingle a volumen contenido.

«Pasen.» La señora no aparecía.

Más allá del umbral fluía un espeso aroma a alcachofas, tan intenso que golpeaba las sienes. Cerraron la puerta a sus espaldas y se asomaron a la primera estancia a la derecha del pasillo.

En la cocina, la señora Maria pelaba las hojas exteriores de una alcachofita, sobre la mesa, los tallos limpios estaban separados de los trozos que aún quedaban por pelar. Frente a ella, una palangana con limones cortados y pan a remojo en el agua.

Enzo le sonrió. «Buenos días, señora Maria, le presento a la doctora Rinaldi.»

La Fabrizi inclinó la barbilla hacia las sillas que tenía delante. «Siéntense.» Terminó de limpiar la alcachofa y la lanzó a la palangana. Cogió otra.

Enzo apartó la silla de debajo de la mesa y dejó al descubierto al gato, hecho un ovillo sobre el cojín, que levantó la cabeza y arrancó a ronronear. Le dio un toquecito en el trasero y el animal saltó al suelo, maullando su desaprobación.

«¿Quieren algo?» preguntó Maria.

La Rinaldi señaló una botella de agua sobre la encimera. «¿La tiene también con gas?» La Fabrizi negó con la cabeza, así que la doctora añadió: «Entonces nada, gracias.»

La dueña de la casa se encogió de hombros y se volvió hacia él. «¿Hay novedades?» Reanudó la tarea con la alcachofa. «¿Han descubierto algo sobre mi hijo, o sobre el chico de la semana pasada?»

Enzo no pensaba revelarle lo del arma hallada precisamente en la tumba de su hijo, no antes de lograr que dejara ver un poco más. Estaba seguro de que la Fabrizi no había contado todo lo que sabía. «Antes querría hacerle unas preguntas.»

«Sirve para mantenerlos blancos.»

«¿Qué?» Enzo cruzó la mirada con la doctora, también ella confundida.

La Fabrizi agitó la palangana. «El pan y los limones hacen que las alcachofas en aceite queden blancas y un poquito menos ácidas, ahò. ¿Era eso lo que quería preguntarme?»

Era evidente que la Fabrizi no había malinterpretado nada, los estaba provocando. Su actitud dejaba entrever una falta de confianza en la policía. Y era comprensible, dado que su hijo no había obtenido justicia en veinte años.

La Rinaldi señaló los ingredientes sobre la mesa. «¿Luego las hierve en vinagre con sal gorda?»

«Claro. ¿Hay otra forma?»

La doctora miró los distintos utensilios sobre la encimera. «Sí. Pruebe a usar papel para hornear.»

La Fabrizi asintió. Sobre la mesa no había papel para hornear, debía de ser un truco que no conocía. «Bueno, ¿qué es lo que tienen que decirme?»

Enzo sacó la libreta y el bolígrafo. «¿Tiene algún vecino de pelo rubio?»

Maria lo pensó apenas un instante. «No.» Cogió la última alcachofita que quedaba y empezó a arrancarle las hojas exteriores.

«Y, hace veinte años, ¿está segura de que su hijo no tuvo algún roce con un rubio?»

La señora dudó. «Una rubia, quizá. Pero no lo recuerdo bien, quizá no fue más que una discusión.»

¿Una mujer? En el cementerio Enzo había visto a un rubio. Pero llevaba el pelo largo, quizá veinte años antes podían haberlo confundido fácilmente con una mujer. Pero ¿por qué la Fabrizi no había mencionado ese detalle desde el principio?

«Señora Maria, ¿no cree que tendría que haber contado desde el principio que recordaba un roce entre su hijo y una rubia?»

Ella cortó el tallo. «No lo recordaba. Han pasado veinte años.» Tiró la alcachofa a la palangana.

«¿Y hay algo más que podría no haber recordado?»

La mujer dejó el cuchillo y se secó las manos en un paño. Sus ojos no mostraban la menor voluntad de colaborar.

Enzo tenía que dejar ver sus buenas intenciones. «Estamos aquí por su hijo, para hacerle justicia.» Volcó toda la convicción de aquella frase en los ojos y la miró fijamente.

Si la Fabrizi no colaboraba ni siquiera ante aquellas motivaciones sinceras, como último recurso le revelaría el hallazgo del punzón en la sepultura de su hijo.

Ella apretó los labios contra los dientes. «Tengo una caja con sus recuerdos. ¿Quieren verla?»

Quizá de allí saliera algo. «Claro.»

La mujer se levantó y cruzó el pasillo.

Desde el pasillo llegaron el chirrido de una puertecilla y el rascar de cachivaches removidos. Regresó con una caja de cartón que dejó junto a Enzo y abrió.

La caja contenía cochecitos, figuritas, una gorra de la AS Roma... Objetos coherentes con el hijo de la Fabrizi, que por entonces tendría unos diez años.

Enzo metió la mano en la caja y revolvió el contenido. Había una decena de cintas VHS piratas o duplicadas, con títulos de películas que un chico de esa edad podía desear: Star Wars, RoboCop, Regreso al futuro. Otras cintas llevaban etiquetas con títulos que Enzo no conocía: Demolition Man, SUPERDOSE, Tremors...

Hurgó otra vez, entre robots gigantes y dinosaurios de plástico. No había ningún diario que hojear, nada que pudiera proporcionarle pistas sobre las que investigar. «Señora Fabrizi, aquí no creo que encuentre nada útil.»

La mujer cerró la caja. «¡Es todo lo que tengo!» La alzó con un gemido y golpeó la mesa. Un par de tallos de alcachofa cayeron al suelo, junto con el cuchillo. «Madre mía, cómo duele. ¿Me los recoge, por favor?» Echó a andar de nuevo por el pasillo.

Nada, de la señora no había sacado nada.

Enzo se agachó bajo la mesa, el gato lo observaba con curiosidad. Recogió la verdura y el cuchillo. Volvió a sentarse y dejó los tallos a un lado y el cuchillo al otro. La Rinaldi abrió los ojos de par en par y clavó la mirada en la mesa. Señaló.

El cuchillo que acababa de recoger, el que usaba la mujer, tenía el mango rojo. Un jabalí estilizado estaba grabado en la empuñadura. El mismo que habían encontrado.

La Fabrizi volvió y agarró el cuchillo de golpe. «No, este ya no vale. Ahora estará lleno de pelos de gato, ¡Hostia!.» Lo tiró al fregadero. «¡Cojo otro!»

Se acercó al aparador y atrajo hacia sí un bloque de cuchillos, todos iguales, con el mango rojo y el jabalí grabado. Solo dos ranuras estaban vacías: una vertical, la del cuchillo de las alcachofas, y otra más pequeña, de forma romboidal.

Un punzón.

El punzón que le había perforado el cráneo a aquel chico era de la Fabrizi. Ella sacó del bloque un cuchillo enorme y se volvió hacia ellos.

1.12

1943

19 de julio de 1943
Villa Gaggia, a 20 km de Feltre.

Aldo apoyó los codos en el pilón para pájaros y, con la punta de los dedos, rizó la superficie del agua. Qué parque. Qué villa tan maravillosa. Un lujo semejante era legítimo, allí iban a reunirse los dueños del mundo, los dos jefes de Estado, baluartes de la inflexibilidad y del nacionalismo.

Soldados alemanes en cada esquina, con las botas relucientes y perros pastores sujetos con la correa, inmóviles como las estatuas del recinto. Nada se dejaba al azar.

Se le escapó un bostezo. Había llegado la noche anterior y la agitación del encuentro le había hecho pasar la noche en blanco. Al amanecer decidió levantarse, disfrutar de aquellos jardines a la francesa antes de tener que volver a atrincherarse en el laboratorio-búnker.

El parque se extendía a lo largo de hectáreas, con largos paseos de carpes, grutas artificiales y parterres en flor. Un pequeño anfiteatro de piedra estaba rodeado de estanques y puentecillos, e incluso había un laberinto de setos. A aquellas alturas ya lo conocía a la perfección. Llevaba dos horas deambulando y todavía le quedaría al menos una más: la llegada del Duce y del Führer estaba prevista para las once.

«¿Qué?» gritó un soldado. «¿No nos vais a dejar hacer el piquete de honor?» Vociferaba junto con otros cinco compañeros ante un nutrido grupo de soldados alemanes a la entrada de la villa. «¡Somos

Alpini, hemos combatido en la campaña de Rusia! ¿Cómo os atrevéis a tratarnos así? ¡Partimos mil ochocientos y volvimos ciento diecisiete!»

Los nazis gruñeron algo en su idioma, y Aldo no entendió nada. Uno de ellos agitó el cuello, hundido en el alzacuello rematado con el emblema de las SS, frente a los italianos. El tono categórico era inequívoco, y señaló a los Alpini para que se apartaran del edificio.

Por encima de las cabezas de los alemanes, un hombre se asomó a la ventana de la casa principal, cerca de las dos triforas que coronaban la puerta de entrada. «¡Eh, chaval! ¡Los últimos muebles ya los han subido arriba!» Señaló el alto frontón del tejado.

El oficial de las SS dejó a los Alpini, alzó la vista y gritó algo, abriendo los brazos.

Desde la ventana, el italiano abofeteó el aire. «¡Vete a la mierda tú y esa vaca de tu madre! ¡No entiendo nada! Camarada, ¡ha ordenado cambiar todos los muebles! ¡Aquí ya no entra nada más!»

El oficial se enfureció y volvió a ladrar órdenes incomprensibles.

Aldo recordó que, por miedo a atentados, los soldados alemanes habían llegado incluso a cambiar todo el mobiliario de las estancias que albergarían el encuentro. También impedían a los soldados italianos formar parte del servicio de seguridad... en territorio italiano.

Diantre, se ponían a mandar en nuestra propia casa.

Si Aldo hubiera obtenido resultados decentes con la máquina Ondocerebro, el Duce ya les habría enseñado a esos alemanes de qué pasta estaba hecho. ¿Qué se pensaban, que unos Alpini iban a atentar contra Mussolini y contra nuestro aliado?

Los nazis volvieron los ojos hacia la carretera.

Aldo los imitó. Los rayos del sol le punzaban los ojos, así que se protegió con el dorso de la mano. Una nube de polvo se alzaba en el horizonte. ¿Sería de verdad la columna de vehículos de los jefes de Estado?

Se desplazó bajo el pórtico del ala rústica lateral, sostenido por una hilera de pilares almohadillados, y escrutó con más atención. El follaje velaba el recorrido, quizá para sustraer la caravana de vehículos a los cazas enemigos. Sin embargo, la polvareda estaba cada vez más cerca.

Los coches de lujo asomaron por la entrada de la villa.

Sí, eran ellos: los dueños del mundo.

El aparcamiento se llenó en un instante de hombres de uniforme, todos rígidos en posición de firmes. El coche de los jefes de Estado se detuvo.

Hitler bajó primero del coche descubierto, y detrás de él Mussolini llevaba unas gafas oscuras. Diantre, ¿desde cuándo llevaba gafas el Duce? ¿Por qué taparse aquellos ojos fieros?

Acto seguido, Mussolini bajó del Alfa y se alisó el uniforme con las palmas. Se ajustó en la cabeza el fez de los Bersaglieri. La tela gris del uniforme parecía negra, tal era la blancura de su rostro. ¿Qué le pasaba?

La delegación desfiló hacia la entrada de la villa.

Cuando pasaron a su lado, Mussolini reparó en él. Se le animó el rostro y se acercó.

Aldo disparó el brazo en saludo romano. «¡Dux!»

Mussolini alzó el brazo con desgana. «Entonces, Camarada, ¿funciona? ¿La máquina está operativa?»

Las entrañas de Aldo se le encogieron en un nudo. ¿Cómo iba a hablarle del fracaso? «Dux, por desgracia...»

Mussolini descargó el puño en la palma de la mano y no le dejó ni siquiera terminar la frase. Diantre, qué vergüenza...

Hitler los observaba, altivo, desde debajo del bigotillo. El Duce se encogió sobre sí mismo. «Luego me pondrá al corriente, Camarada.» Giró sobre los talones, dio la espalda a Aldo y volvió junto al Canciller, que entretanto negaba con la cabeza en señal de desacuerdo. El río humano reanudó su fluir hacia la villa, y Aldo se sumó al cortejo. El encuentro estaba a punto de comenzar.

~

Aldo descruzó las piernas y las cruzó al revés para evitar que se le adormeciera el pie. El sofá, junto a la sala de la reunión, era cómodo, pero llevaba casi dos horas sentado en él, esperando a que terminaran las conversaciones.

Por el portón cerrado solo se filtraba la voz del Führer... ¿Era posible que Mussolini todavía no hubiera abierto la boca? Las hojas eran de nogal italiano macizo, de al menos cinco centímetros de grosor, y aun así las palabras alemanas de Hitler se colaban igualmente. No hablaba, gritaba, desde dentro de aquella sala.

«Dios, Dios, Dios...» El secretario de Mussolini llegó corriendo al vestíbulo, con una hoja en la mano. Se detuvo ante el portón tras el que se encontraba el Duce y se quedó un instante jadeando, tratando de recomponerse.

Aldo se deslizó hasta el borde del asiento para acercarse. «Camarada, ¿qué ocurre?»

«¡Están bombardeando Roma, Camarada!» El secretario se echó el pelo hacia atrás con ambas manos. «Más de trescientos bombarderos pesados B-17 y B-24, y otros tantos bombarderos medios, escoltados por cazas Lightning. Han salido de Túnez. Están lanzando sobre la capital bombas de racimo, como si llovieran.»

La garganta de Aldo ardió de golpe. Roma.

También era culpa suya. Si hubiera conseguido hacer funcionar el grupo Ondocerebro, la situación habría sido completamente distinta.

El secretario se arregló la chaqueta, llamó y abrió la puerta del salón. Mussolini estaba sentado con las manos entrelazadas sobre las piernas cruzadas: incómodo, sufriente, mientras frente a él Hitler se cernía de pie, con el rostro congestionado.

Era como Aldo sospechaba: durante dos horas el hombre de la Providencia italiana debía de haberse mostrado renuente a tomar la palabra, indeciso sobre si responder a las largas peroratas del otro, cargadas de críticas y asperezas.

El secretario de Mussolini entró en la sala y le entregó la hoja. El Duce miró la página, cada vez más consternado. Sin las gafas que se los velaban, los ojos se le salían redondos, extraviados. Tradujo el contenido al alemán en voz alta.

Hitler farfulló algo y enseguida volvió al tono áspero y acusador, arrojando aquellas palabras contra Mussolini.

El secretario retrocedió sin volverse hasta el umbral. Ya de nuevo en el pasillo, cerró el portón para sustraer la sala a las miradas indiscretas.

Hizo ademán de marcharse, pero Aldo lo detuvo. «Camarada, ¿qué ha dicho el Führer en alemán?»

«Camarada, al enterarse del ataque en curso sobre Roma, dice que lo pagarán caro.»

~

Concluido el encuentro, los dos jefes de gobierno regresaban a sus palacios. En el aeropuerto, el trimotor Junkers de Hitler estaba listo para rodar hacia la zona de despegue. Ante los italianos formados junto a la pista, Mussolini alzó el brazo en saludo romano hacia el Führer que partía.

Aldo lo imitó, mezclado entre los demás jerarcas.

El estruendo de los motores del avión alemán no lograba borrar el recuerdo de los gritos de los dos jefes del régimen durante el almuerzo, cuando Hitler descargaba manotazos sobre la mesa, haciendo tintinear la vajilla. Pero el sonido que de verdad no abandonaba la cabeza de Aldo era aquel «Duze, so geht es nicht!», escupido por el canciller alemán en la cara de Mussolini. «Dux, así no va.»

Una humareda negra se elevó de los escapes del trimotor y las hélices empezaron a girar con mayor rapidez. El avión pasó frente a los militares italianos formados, con Mussolini al frente de todos, rindiendo homenaje con el brazo en alto. El tren de aterrizaje se

despegó del asfalto y la cola del aparato fue empequeñeciéndose en la distancia.

Aldo bajó el brazo dolorido. Mussolini, en cambio, seguía allí, con el brazo extendido, rígido como una estatua. ¿Qué diantre hacía? ¿A quién seguía dirigiendo el saludo romano?

El secretario se ajustó el cinturón de la sahariana y se aclaró la voz. Dio dos pasos al frente y se colocó al lado de Mussolini. «Dux, deberíamos irnos.»

Él se sobresaltó y bajó el brazo. «Sí. Volver a Roma.» Desorientado, miró a los hombres formados con los ojos cargados de vergüenza. Se acercó al secretario. «No querría que los romanos pensaran que me he alejado de la capital para sustraerme a las bombas.»

El secretario asintió. «Me encargaré de difundir un comunicado sobre la reunión de hoy.» Extendió la palma hacia el avión italiano. «El Savoia-Marchetti está listo.» Con la otra mano, animó al Duce a encaminarse hacia el aeroplano.

Debían quedarse tres días en Villa Gaggia, pero Mussolini había interrumpido la reunión después del almuerzo. Ya no era él mismo. Aldo no había tenido ocasión de hablar de su trabajo. Se acercó al secretario, que se había quedado rezagado. «Perdone, Camarada, el Duce quería que le habl—»

«Ah, sí, Camarada. Venga con nosotros. Volaremos hasta Roma y, si tiene ocasión, Mussolini conferirá con usted.»

¿En el avión del Duce? Aldo se mordió la lengua. Diantre, ¿no sería mejor no inmiscuirse? Se ahorraría la vergüenza de sus propios fracasos, que no habían hecho sino agravar los del jefe de gobierno. No es que Mussolini pareciera interesado en su informe.

Subieron al avión.

El aeroplano se arrancó del suelo al despegar. Sentado en la parte trasera, Aldo observaba la espalda del Duce, a mitad del aparato. Ya no parecía un compendio de furia y nacionalismo, sino un hombre quebrado.

¿Y si hacía detener los experimentos? Aldo se estremeció hasta las entrañas. La ciencia necesitaba esos conocimientos, y él les estaba dedicando la vida, todo cuanto lo movía. Por aquella máquina había estado dispuesto a sacrificar su moral.

Mussolini se levantó del asiento.

¿Iba hacia él para hablarle? Aldo trató de reunir valor, pero parecía haberlo perdido. Por fortuna, el Duce se dirigió a la cabina. Golpeó y abrió la puerta antes de recibir respuesta. «Me gustaría pilotar hasta Roma.»

El piloto le cedió el puesto y ocupó el lugar de copiloto, dejando los mandos a Mussolini. Por el estado mental en que se encontraba el Duce, Aldo rezó para que no estrellara deliberadamente el avión contra el suelo, matándolos a todos.

Por la ventanilla, unas nubes grises presagiaban mal tiempo. Aldo miró mejor: no eran nubes, sino columnas de humo que se alzaban desde la capital.

Roma herida.

La Ciudad Eterna, amenazada con acabar bajo las bombas aliadas. Los barrios orientales eran un desastre, un entramado de muros desgarrados y escombros.

El avión dio un sacudón y Aldo se aferró al respaldo de delante. Por suerte, la sacudida duró solo un instante.

Desde la puerta abierta de la cabina apenas se distinguía el hombro de Mussolini. Aldo no podía verle la cara, pero, por el temblor que le recorría la espalda, tuvo la clara impresión de que el Duce estaba llorando.

~

Seis días después, 25 de julio de 1943
Laboratorio secreto del búnker Soratte

Aldo apagó el proyector y la gruta se sumió en la sombra, tan oscura como su ánimo. Alzó la palanca del interruptor y restableció

el circuito de la luz, que chisporroteó.

La bombilla centelleó y la radio retomó a media estrofa, crepitando «Tu che mi hai preso il cuor», de Musiani. La canción acalló el molesto chisporroteo del sujeto de prueba.

Otro fracaso. Aldo se frotó la nariz en el vano intento de arrancarse también el hedor a carne de caza asada. Del cuerpo sin vida del judío atado a la silla se elevaban finas hebras de humo, justo de los orificios de la calota craneal por donde los electrodos penetraban directamente en el cerebro.

Diantre, se lo habían traído aquella mañana y no había durado ni un día. Tendría que haberlo tratado poco a poco, como a las otras cobayas. Quizá habría encontrado la película adecuada para ponerle durante el recondicionamiento.

Aldo había tenido demasiada prisa por poner a prueba la intuición del día anterior, que resultó errónea. Ahora tendría que llamar al grandullón de la OVRA para que le trajera otro.

Se acercó al cadáver y le aflojó las correas de las muñecas esqueléticas. Al debatirse durante el tratamiento, se había desgarrado los tejidos. Las heridas eran profundas, aunque el prisionero apenas tenía carne pegada a los huesos.

Comprender cómo volver indoloro el tratamiento era secundario frente al éxito. No podía perder tiempo en eso, no hasta lograr el adoctrinamiento.

Aldo se situó frente al judío, le levantó la barbilla y desabrochó la correa bajo el mentón que le ceñía el casco. Nada, era imposible hacer funcionar aquella máquina. Pero no se rendiría.

Le alzó el casco y los pinchos se deslizaron fuera de los sesos con una succión blanda y húmeda. Libre del casco, la cabeza del muchacho judío cayó hacia delante y golpeó a Aldo en la nariz. ¡Mierda!

El sabor ferroso de la sangre le humedeció los labios. Aldo se enjugó la sangre con el pañuelo. Diantre, lo había herido un cadáver.

Era culpa suya, de aquellas cobayas judías. Tal vez Hitler tenía razón al considerarlos inferiores. Cuando había trabajado con cobayas italianas, los progresos eran mucho más rápidos. Claro, también estaba Creti elaborando la teoría, pero Aldo no era menos inteligente que aquel muchacho excéntrico.

¡La culpa era, sin duda, de aquellas cobayas! «¡Diantre, colabora!» Alzó el brazo y abofeteó al judío atado a la silla. La cabeza giró y le salpicó la cara con jirones de cerebro chamuscado.

¡Qué asco!

La radio interrumpió la música de fondo. Un cronista tomó la palabra. «Noticia importante para el pueblo italiano. Hoy, 25 de julio, el Gran Consejo del Fascismo destituye a Benito Mussolini y encarga al mariscal Pietro Badoglio la formación de un nuevo gobierno.»

¿Qué?

¿Habían arrestado al Duce?

El pómulo le picaba. Aldo se lo pellizcó y encontró adherido a él un trozo de materia cerebral. Hubo un tiempo en que el estómago le habría lanzado descargas de jugos ácidos. Había cambiado. Pero era necesario. La ciencia debía seguir adelante.

Arrojó el fragmento de cerebro sobre el cuerpo del que había salido.

Con el arresto de Mussolini, ¿qué sería de él y de sus experimentos? ¿Quién le traería nuevas cobayas? Si los comunistas se hacían con el gobierno y descubrían lo que había hecho y las cintas que usaba, lo condenarían a la pena capital.

Por suerte, nadie salvo el Duce sabía lo que Aldo estaba haciendo. Además, la entrada al laboratorio estaba separada del resto del complejo del búnker. Aquel túnel solo lo conocían él y el agente de la policía secreta, pero aquel tenía otras cosas en que pensar.

Quizá, si Aldo conseguía procurarse las cobayas él solo, podría continuar con los experimentos.

DOSSIER

El 19 de julio, en la villa del senador Achille Gaggia, tuvo lugar el encuentro de Feltre entre Hitler y Mussolini. La delegación alemana estaba llena de generales, pero faltaban Goering y von Ribbentrop.



Ese día, un grupo de Alpini, veteranos de la campaña de Rusia, había planeado un atentado para eliminar a los dos dictadores, pero una contraorden, que según se sostiene procedía del Vaticano, dejó en manos de los Aliados y del Comité de Liberación Nacional la tarea de liberar Italia dos años después.

Las dos primeras horas del encuentro estuvieron ocupadas por el habitual monólogo de Hitler, que culpaba a los italianos de su flojo rendimiento militar y pedía que se aplicaran medidas draconianas: Mussolini fue incluso incapaz de articular palabra. La reunión se interrumpió de forma repentina cuando un consejero italiano entró en la sala y comunicó a Mussolini que, en ese mismo momento, los Aliados estaban bombardeando Roma por primera vez.

Después del almuerzo, Mussolini interrumpió el encuentro, que debía haber durado tres días, porque ya no conseguía encontrar las fuerzas -físicas y psíquicas- para proseguir las conversaciones. Las delegaciones regresaron a Belluno en tren y, después de despedirse de Hitler, Mussolini volvió a Roma por la tarde pilotando su avión personal: desde el aire pudo ver los barrios orientales de Roma que aún seguían ardiendo. El 25 de julio, Mussolini se dirigió a Villa Savoia y fue arrestado.





1.13

1943

Un mes y medio después del arresto de Mussolini.
9 de septiembre de 1943 - Sant'Oreste
Pueblo que servía de punto avanzado de acceso al Búnker Soratte

Aldo se tragó el último bocado del bocadillo de jamón tostado. Diantre, parecía azúcar. Acostumbrado a las latas y al rancho de los soldados, cada vez que bajaba al pueblo aprovechaba la ocasión.

Al aire libre, a aquellas primeras horas de la mañana, la mesita metálica del bar estaba helada. Para el mediodía, el sol la volvería abrasadora.

Sus experimentos llevaban demasiado tiempo estancados y, sin más cobayas, estaba bloqueado. ¿Cómo iba a seguir trabajando en el Ondocerebro? La única solución era procurarse nuevas cobayas por su cuenta. Quién sabía si en el pueblo habría alguien a quien pudiera secuestrar...

Aldo pasó revista a los alrededores. De las cinco mesas exteriores del bar, además de la suya, solo había otra ocupada, por unos viejos que sorbían aguardiente mientras jugaban al tressette. No eran tiempos en que la gente tuviera mucho dinero para gastar. Además, por desgracia, hacían falta cobayas jóvenes.

Aquel pueblecito sobrevivía gracias al búnker, que daba trabajo a mucha gente para su construcción y mantenimiento.

Necesitaba muchachos. Luego, una vez encontrada la vía adecuada, el tratamiento podría extenderse a los adultos. En tiempos de guerra, los jóvenes de catorce o quince años eran mercancía escasa. ¿Dónde iba a encontrarlos?

Unos niños jugaban a la rayuela, saltando sobre una cuadrícula trazada con un palo en la tierra polvorienta. Demasiado pequeños. Quizá aparecería un hermano mayor para llevarse a uno. Podría seguirlo...

Un hombre apoyado contra la pared, al otro lado de la calle, lo estaba mirando fijamente. Llevaba un jubón y un abrigo color camello.

Al darse cuenta de que Aldo lo había visto, apartó la mirada con un leve estremecimiento. Tenía unos rasgos ya vistos.

¿Un agente de los servicios?

¿Un partisano que lo seguía?

El entrometido se metió las manos en los bolsillos y giró sobre los talones hacia un Fiat Topolino azul oscuro aparcado junto a la calle. También el coche le resultaba familiar.

La revelación fulminó a Aldo. Aquel hombre era el chófer de Creti. ¿Qué diantre hacía allí? ¿Andaba buscando su laboratorio secreto?

Aldo se levantó de la mesa. Lo encararía sin miramientos. ¿Qué tenía que perder? Sacó la cartera para dejar un billete, pero del local llegaron gritos excitados. «¡Se acabó! ¡La guerra se ha acabado!»

¿Se acabó? ¿Qué más había pasado?

El tabernero salió del local agitando el paño por encima de la cabeza. Desde las casas, otros se asomaban a los balcones o se volcaban a la calle: una multitud de presas potenciales para secuestrar.

Uno de los ancianos que jugaban al tressette se levantó de golpe y volcó la mesa con todas las cartas. «¿Qué ocurre?»

El tabernero lo sacudió por los hombros. «¡Acabo de poner el informativo de la radio! ¡Badoglio firmó anoche la rendición con los Aliados! ¡La guerra se ha acabado, Italia ya no está en guerra!»

No había terminado. ¡Se habían rendido!

La marabunta de gente volcada en la calle le tapó la vista del Topolino de Creti. Aldo lo había perdido de vista. Poco importaba.

Italia y Mussolini habían tomado caminos distintos, los experimentos habían terminado. Todo estaba perdido.

Aldo le propinó una patada a la mesa y se alejó del bar sin pagar, total, nadie reparaba en él. Volvería a su laboratorio, cargaría en su 508 todo lo que pudiera y haría estallar el resto. Disponía de unos días antes de que descubrieran la entrada oculta. Siempre y cuando el chófer de Creti no la hubiera localizado ya.

Subió al coche, agarró el tirador de arranque y tiró de él hacia sí. El vehículo arrancó a la primera. El motor apenas borboteó unos instantes. Luego, las sirenas de la alarma antiaérea cubrieron cualquier sonido, incluso los gritos de celebración.

¿La alarma antiaérea? ¿No se había acabado la guerra?

Bajó del vehículo. La gente había pasado del júbilo a una espera desconcertada. La multitud se abrió y dejó paso a una camioneta descubierta, cargada de militares italianos, que subía desde el valle.

El hombre de pie sobre el asiento del pasajero agitaba los brazos, ordenando a todos que se metieran en casa. «¡A casa! ¡Los alemanes... el mando supremo alemán del Sur viene a instalarse en el Soratte! ¡No tenemos ninguna posibilidad de plantarles cara! ¡Dentro de un par de días toda la zona estará ocupada! ¡El mariscal de campo Kesselring lo arrasará todo!»

~

4 días después, 13 de septiembre de 1943
Sant'Oreste

Habían colgado un nuevo aviso. Aldo se acercó al bar y arrancó de la puerta el bando de diez puntos firmado por el mariscal de campo Albert Kesselring. Todo Sant'Oreste estaba empapelado con aquellas hojas, a la espera de la llegada de los alemanes. Se garantizaban trabajo y ausencia de violencia a los civiles dispuestos a colaborar: Italia era oficialmente territorio ocupado por los nazis.

Desde el valle avanzaba la larga serpiente de vehículos militares. Dos motos aparecieron por la cuesta, en avanzadilla. En el sidecar iba montada una ametralladora. Se colocaron a ambos lados de la plaza.

Era verdad. Estaba ocurriendo.

Tras unos instantes de espera llegaron dos camiones de transporte de tropas. El olor a gasóleo quemado se volvía sofocante con cada humareda negra. Detrás llegaron otros vehículos, algunos con morteros remolcados, camiones cubiertos con lona y equipos.

Llegó un Mercedes negro con la capota bajada. En el asiento del pasajero iba sentado el coloso humano de la policía secreta del Duce. Aldo apretó los puños en un gesto de victoria. Diantre, si él estaba allí, no todo estaba perdido.

El vehículo se detuvo al otro lado de la plaza, con el flujo de tropas separándolo de Aldo. El agente de la OVRA bajó y mantuvo abierta la portezuela para un hombre con entradas, enfundado en el uniforme de gala de la Luftwaffe. Debía de ser el mariscal de campo Albert Kesselring.

Aldo agitó los brazos hacia aquella montaña humana que, alzándose por encima de hombres y vehículos, lo vio sin demasiada dificultad. El agente se acercó al oficial alemán y señaló a Aldo. Él intentó leerle los labios, pero la infantería que llenaba la plaza y seguía avanzando hacia el búnker le tapaba la vista.

Dijeran lo que dijeran, el mariscal alzó el índice hacia Aldo y lo curvó como un gancho, invitándolo a acercarse.

Aldo echó a correr. Quizá podría continuar con los experimentos. El corazón le daba coces en el pecho. Cruzó la plaza entre soldados que olían a orina y a huevos podridos y el polvo que le escocía en los ojos. Alzó el brazo hacia el oficial y cuadró los talones. «Mariscal de campo, soy el Camarada Aldo Angelucci, fiel al Dux.»

El hombre, inflexible, con el uniforme y el afeitado impecables, asintió apenas. «Bien», dijo con fuerte acento alemán. «Sé que trabajaba para el régimen fascista.»

«Sí, mariscal de campo.»

«La rendición italiana demuestra que son un pueblo flojo, hecho de ineptos.» Se volvió hacia el Camarada de los servicios secretos. «Pero incluso entre ustedes hay excepciones. ¿Puedo otorgarle la misma confianza?»

Aldo alzó de nuevo el brazo. «Soy y seguiré siendo fiel.»

Kesselring le dedicó otro leve asentimiento. «Sé que llevaba a cabo experimentos muy particulares para la causa del Dux Mussolini. Espero que siga con la misma diligencia al servicio de nuestro Führer, mientras aguardamos el regreso del Dux.»

¿El regreso del Dux? «Mariscal de campo, hasta donde yo sabía, nuestro Dux había sido arrestado. En este momento está recluido.»

«No. Le comunico que la operación Eiche ha sido un éxito. El Dux Mussolini pronto estará junto al Führer y recibirá instrucciones para retomar Italia.»

Era una noticia extraordinaria. Aldo apretó los puños contra el pecho: los experimentos continuarían. Lo lograría, lo conseguiría. «Gracias, mariscal de campo.» Seguía en pie el problema de las cobayas. «Necesitaré más... materia prima. Muchachos sacrificables sobre los que probar mis experimentos.»

El mariscal resopló y agitó una mano en el aire. «De esos tenemos cuantos quiera, Camarada. Judíos, partisanos, invertidos, gitanos... No se preocupe, no faltarán.» Se volvió hacia el Camarada de los servicios, pero para mirarlo a la cara tuvo que inclinar la cabeza hacia arriba. «Ocúpense ustedes. Tengo que inspeccionar la línea Gustav y otras nueve líneas defensivas. ¡Los Aliados no tomarán jamás este territorio!»

El gigantón alzó el brazo en el saludo romano y Aldo lo imitó. El mariscal subió al Mercedes y el coche arrancó de nuevo. Las tropas seguían llegando, cientos, miles de hombres, con una eficiencia que ni siquiera parecía humana. Sí, Alemania ganaría, sin duda.

El agente de la OVRA agarró a Aldo por el hombro. El apretón parecía el de una pinza hidráulica. «Camarada científico, venga.

Vamos a recoger su materia prima.»

DOSSIER

El 3 de septiembre, el gobierno Badoglio firmó con los Aliados el armisticio de Cassibile, que se hizo público el 8 de septiembre de 1943. Ese mismo 8 de septiembre, Hitler, a las 19:50, pocos minutos después de concluir el anuncio, transmitió a todos los mandos subordinados la palabra en clave ("Achse"), que daba inicio a las medidas agresivas alemanas contra las fuerzas armadas italianas en todos los teatros bélicos del Mediterráneo.

Cuando en Frascati fue bombardeado el mando supremo alemán del Sur, el mariscal de campo Albert Kesselring (en la foto), que estaba al frente del mismo, dispuso trasladar su sede al Soratte, utilizado en 1943-1944 como cuartel general de las fuerzas de ocupación alemanas de la Wehrmacht y como residencia del jefe del Estado Mayor, el general mariscal de campo Albert Kesselring, quien instaló allí el Oberbefehlshaber Südwest (en forma abreviada OB West), el comandante en jefe de la Wehrmacht para todo el frente occidental.



El 11 de septiembre de 1943, tres días después del armisticio, los habitantes de Sant'Oreste, un pequeño pueblo cercano al búnker que aportó la mayor parte de la mano de obra, encontraron fijada una ordenanza en diez puntos firmada por el mariscal de campo Albert Kesselring que anunciaba la ocupación. Pocos días después, comenzaba el traslado del Oberkommando alemán para el sur de Europa, encabezado por el propio Kesselring, a los túneles del Soratte. A los aterrorizados obreros italianos se les impuso continuar trabajando en las galerías.

Operación Roble (en alemán: Unternehmen Eiche) fue el nombre en clave de una misión militar llevada a cabo durante la Segunda Guerra Mundial y completada el 12 de septiembre de 1943 por los paracaidistas alemanes de la 2.ª Fallschirmjäger-Division y por algunos miembros de las SS del Sicherheitsdienst. Su objetivo era la liberación de Benito Mussolini, encarcelado en Campo Imperatore, en el Gran Sasso.

~

4 meses después - 22 de enero de 1944
Búnker Soratte

Aldo apagó el motor del 508 en el amplio descampado frente a la entrada oficial del búnker. Bajó y apoyó los codos en la balaustrada que se abría al valle. Ante él, solo una enorme mancha negra. Y pensar que, de día, con el tiempo propicio, desde allí se alcanzaba a ver hasta el mar. Durante la noche, las luces estaban prohibidas, ni siquiera en el pueblo: cuantos menos puntos de referencia se le ofrecieran al enemigo, menos podría bombardear desde el cielo.

Los alemanes le habían ordenado ir de noche a elegir las cobayas para los experimentos, para no llamar tanto la atención. Los cadáveres italianos ya no se devolvían a las familias, cosa a la que el Duce daba importancia. Eso le fastidiaba un poco. Paciencia.

Se volvió hacia los cuarteles adosados a la montaña. Los prisioneros entre los que elegía a sus cobayas estaban encerrados en los edificios exteriores, no había motivo para protegerlos dentro de la montaña. Y si los Aliados los hacían volar en un bombardeo, bueno, tanto mejor.

Aldo se encaminó hacia los caserones y se le escapó una sonrisa: por fin había logrado un pequeño avance. Había logrado poner en resonancia las ondas cerebrales de las cobayas. Por desgracia, los valores no eran perfectos y aquellos infelices no pasaban de volverse unos imbéciles dóciles a la causa. Pero, diantres, era el paso más grande que había dado.

El soldado alemán a la entrada del barracón extendió el brazo. «¡Heil Hitler!» Luego entró y le fue abriendo camino, tal como indicaban las órdenes.

Aldo iba a llevarse una nueva cobaya. Era el tercer muchacho que los alemanes le concedían en cuatro meses. Por fin la materia prima duraba un poco más.

Al llegar a los calabozos, el hedor a podredumbre y a heces era nauseabundo. Esqueletos amontonados unos sobre otros, voces de lamentos y balbuceos. Qué asco. Casi les hacía un favor matándolos.

El soldado alemán apuntó con la linterna a la primera celda y los homúnculos se taparon los ojos. Siete ocupantes, todos hombres. Cuatro viejos, dos jovenzuelos y un chico.

Ese era perfecto. Aldo lo señaló con el dedo. «Tú. Nombre.»

El chico encogió la cabeza entre los hombros. «My name? Arthur», balbuceó.

Diantres, un inglés. No servía. Para moldearle el carácter y el pensamiento, tenía que hablar y pensar en italiano. Aldo siguió adelante, seguido por el militar alemán.

Otra celda: nueve ocupantes. Dos chicos sin un pelo de barba. De no estar tan cubiertos de mugre, la tez le habría ayudado a Aldo a adivinar la raza. Sin embargo, uno de los dos tenía los ojos más vivos que el otro. «Tú, nombre.»

Desde un rincón, uno de los dos levantó la cabeza. «Rocco. ¡Y soy partisano!» Escupió hacia los barrotes, pero el amago de saliva solo le resbaló por la camisa arrugada.

Perfecto. Italiano, joven, lúcido y débil como un junco. Aldo hizo una leve seña de asentimiento al militar alemán y le volvió la espalda. Al día siguiente entregarían al partisano al agente de la OVRA, que se lo traería.

Salió del barracón y tomó una profunda bocanada de aire ante el valle oscuro y apagado, oxígeno fresco antes de volver a encerrarse en su angosto laboratorio. Los faros de dos vehículos aparecieron en la subida: el Mercedes del mariscal de campo y la escolta.

Kesselring saltó del coche y se puso a agitar los brazos hacia los militares que acudían a recibirlo. «¡Anzio! ¡Los estadounidenses y los ingleses quieren establecer una cabeza de puente más allá de la línea Gustav!»

El agente de la OVRA bajó detrás de él. Aldo hizo ademán de hablar, pero aquel le plantó la palma de la mano ante la cara y se

dirigió al mariscal de campo. «Camarada mariscal de campo, hace falta reaccionar en el acto con la intrépida diligencia propia del régimen.»

No le dedicaron al científico ni un ápice de atención y se precipitaron dentro del barracón, absorbidos por sus asuntos. Con aquellos nuevos problemas por resolver, quizá al día siguiente no le llevarían su cobaya.

Esperó que no tardaran más de tres o cuatro días en entregarle al partisano. Como si no bastara, la guerra también retrasaba sus experimentos. Pero ¿aquellos oficiales comprendían que, si él tenía éxito, podrían condicionar las mentes del mundo?

Resopló y subió al FIAT. Puso el motor en marcha. Si los Aliados habían desembarcado cerca de Roma, cada vez le quedaba menos tiempo. En cuanto le entregaran a aquel muchacho, tendría que emplear mano dura, métodos acordes con el rigor correctivo fascista.

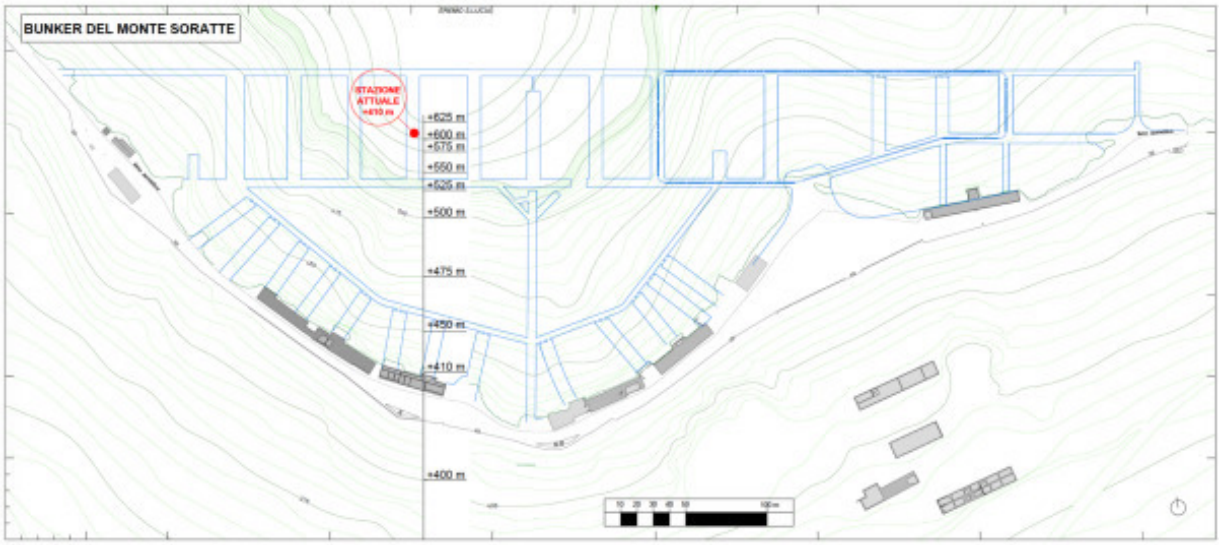
DOSSIER

El 22 de enero de 1944 tuvo lugar el desembarco de Anzio. El objetivo de esta maniobra era la creación de una cabeza de puente en Anzio, más allá del despliegue alemán en la línea Gustav, de modo que pudiera ser rodeada. Las fuerzas alemanas, bajo el mando del mariscal de campo Kesselring, lograron bloquear el avance inicial, lo que puso en serias dificultades a los angloamericanos y les costó cuantiosas pérdidas.

En las imágenes, Albert Kesselring en los barracones exteriores del Soratte, y una planimetría técnica del búnker con la red de túneles o galerías interiores, útil para mostrar la disposición, los niveles y los accesos del complejo subterráneo.



Bundesarchiv, Bild 1011-305-0662-11
Foto: Engel | 1943


BUNKER DEL MONTE SORATTE
STAZIONE ATTUALE +410 m
+625 m
+600 m
+575 m
+550 m
+525 m
+500 m
+475 m
+450 m
+410 m
+400 m

1.14

2015

Laruvio
Casa de Maria Fabrizi

Sentado junto a la doctora, Enzo tragó saliva.

Así que el punzón era de la Fabrizi. Demonios, aquel mango rojo, con el jabalí grabado, daba casi más miedo que la hoja que la mujer empuñaba. Una prueba que daba la vuelta a la situación, un vuelco inexplicable del caso. ¿Cómo era posible que el punzón usado para perforar la cabeza del chico perteneciera precisamente a aquella mujer?

La Fabrizi metió el cuchillo en el barreño con agua y alcachofas y removió con la hoja. Miró a Enzo de reojo. «Qué, ¿te has quedado embobado, ahó?»

«¿Cómo?»

«No, digo, te has quedado alelado con las alcachofas. ¿Qué pasa?»

«No, nada.» Enzo sacó el teléfono. Había que hacer una lista de prioridades. La Fabrizi estaba armada con un cuchillo, pero no sabía que ellos habían encontrado en la tumba de su hijo el punzón que, a esas alturas, tenía que haber colocado ella.

Había que mantener ocupada a la mujer. «¿Qué especias le añade?»

«Le pongo pimienta, y también una pizca de...»

Enzo no oyó el resto. Lo primero era poner a salvo a la doctora, avisar al cuartel y desarmar a la Fabrizi. La prueba del juego de cuchillos ya no era un simple indicio. Se puso en pie y miró el móvil con ostentación. «Doctora, no me había dado cuenta de la hora.»

La Rinaldi estaba inmóvil, desorientada. Había reconocido aquel mango, idéntico al arma recuperada por la policía científica. «Ah, la hora. Sí, se ha hecho tarde.»

Enzo tendió el brazo y la ayudó a incorporarse. «Yo, en cambio, aquí aún no he terminado. Doctora, ¿quiere irse y dejarme otros cinco minutos con la señora?» Se volvió hacia la Fabrizi. «Si no molesto.»

Ella se encogió de hombros. «Como quieran.» Los acompañó hasta la puerta de entrada sin soltar el cuchillo.

Estaba a sus espaldas.

Mal.

La Rinaldi salió al rellano, Enzo le lanzó una mirada y le guiñó un ojo dos veces. «Siga usted, y de paso avise a sus amigos de que se nos ha hecho tarde.»

La doctora asintió. «Sí, los llamo de camino. Gracias, inspector. Y... adiós, señora Fabrizi.»

«Adiós, adiós.»

Bien.

La Fabrizi no parecía peligrosa. Ahora Enzo solo tenía que ganar tiempo y mantenerla tranquila. «Señora, antes de seguir, ¿puedo ir un momento al baño?»

«Claro.» La mujer fue delante y le señaló una puerta.

«Gracias, será un momento.» Enzo entró y cerró la puerta tras de sí. Era evidente que la doctora había entendido que tenía que llamar a la central, pero aun así convenía mandar también un mensaje rápido.

Le envió a De Rossi la información esencial, tiró de la cadena y abrió la ventana, para no levantar sospechas. Desde allí arriba, la vista se le fue a una cinta junto a un arbusto, de las que se usan para acordonar las escenas del crimen. Marcas de pintura blanca en el suelo, era el arbusto donde habían encontrado a Marco Aloia, el chico con los agujeros romboidales en la cabeza.

Otra pieza. Las acusaciones contra la Fabrizi se volvían cada vez más concretas. Debía de haber visto al chico desplomarse sobre aquel arbusto, después de salir con vida del tiroteo con Vito. Luego la señora había cogido el punzón y le había abierto agujeros en la cabeza, como los que le habían infligido a su hijo. ¿Por qué?

Se lavó las manos y volvió a la cocina.

La Fabrizi tenía una alcachofa en la mano. «Ya has terminado, né?» La partió por la mitad y, con un cuchillo de pelar, le quitó la pelusa del centro.

«Sí, gracias. Mucho mejor.»

«Bien. ¿Qué más me tienen que preguntar?»

Por qué había hecho esos agujeros en la cabeza de un cadáver, eso se lo preguntaría dentro de poco. «Solo tenía curiosidad por esa mujer rubia que, años atrás, había discutido con su hijo.» Controlar físicamente a aquella señora no habría sido difícil, pero todas aquellas precauciones servían para proteger a la propia Fabrizi de un forcejeo. «Lo cierto es que sospechamos de un rubio. Me lo crucé en el cementerio.»

La alcachofa se le cayó de las manos. «¿Tienen... un sospechoso? ¿En el cementerio?»

«Sí. Un tipo raro. Un coche con matrícula alemana.»

La Fabrizi se quedó con el cuchillo de pelar en la mano, pero ya ni se ocupaba de las alcachofas. «Y... ¿por qué es sospechoso? ¿Se lo cruzaron en el cementerio de Laruvio?»

«Disculpe, señora, pero las preguntas tendría que hacerlas yo.» Enzo se levantó y se acercó. «Y voy a pedirle que deje el cuchillo de pelar sobre la mesa y mantenga las manos a la vista.»

Ella abrió la mano y soltó el cuchillo de pelar. «Sí, claro, pero dígame lo del sospechoso. ¿Lo han atrapado?» No se había alterado en absoluto ante la amenaza del arresto. Solo pensaba en el rubio, y, sin embargo, era evidente que había sido ella quien le había hecho los agujeros en la cabeza al chico.

Llamaron a la puerta.

Enzo le aferró las muñecas. «¡Entren, todo está bien!», gritó.

Dos carabinieri irrumpieron dentro, con la doctora detrás. La Rinaldi lo miró y dejó escapar un suspiro de alivio. Sacó de su bolso una fotografía impresa. Se arrimó al aparador y abrió las dos primeras puertas, luego las siguientes. En la tercera se detuvo. «¡Aquí está!»

Descolgó el calendario que pendía de la puerta, en el borde inferior, la imagen de un gatito jugando con un ovillo estaba rasgada. La Rinaldi acercó la foto del papel encontrado en la boca de la víctima para compararla, los bordes coincidían. «A ver, ¿nos explica esto?»

~

El colega tomó las esposas, pero Enzo lo detuvo con la palma de la mano. No eran necesarias, por ahora. Hacían falta respuestas. «Entonces, señora, planteemos algunas hipótesis. Usted oyó los disparos y se asomó por la ventana del baño. Vio al chico esconderse en el arbusto. Quizá aún con vida, o agonizando. Arrancó la primera hoja del calendario que tenía a mano, escribió el nombre de su hijo y bajó. ¿Estaba vivo?»

La mujer miraba al suelo. No respondió.

«En cualquier caso, cuando llegó hasta el chico, le hizo lo mismo que le habían hecho a su hijo.»

«Similares, no las mismas», puntualizó la doctora.

Enzo asintió. «Pero ¿por qué, por qué lo hizo? ¿Fue venganza? ¿Un desquite? ¿Tenía ese chico algo que ver?»

«No fue así.» La Fabrizi cerró los ojos, dejó escapar una lágrima y mantuvo la mirada baja.

Suspiró. «Bajé una primera vez para ayudarlo. El chico ya estaba muerto, pobrecito. Entonces subí, tomé lo que necesitaba e hice el resto. Nunca lo habría hecho si el chico hubiera estado vivo, ¿por quién me toma?» Solo entonces alzó la vista. «Sigo siendo madre.»

Aquella última frase pesaba toneladas. «Entonces, explíquenos.»

Ella sostuvo la mirada, temblando. Dejó caer otras dos lágrimas y suspiró. «Primero, déjenme terminar.» Señaló la palangana sobre la mesa.

¿Terminar qué? Enzo miró las alcachofas y luego, de nuevo, a la mujer. No era factible. «Señora, me expli—»

«¿De qué tienen miedo? He vivido toda mi vida en la miseria. En mi casa no se tira nada. Déjenme terminar las alcachofas, ¿qué les cuesta?»

De algún modo, podía complacerla. «Pero el cuchillo lo uso yo.» Enzo se apartó para dejarle libre el acceso a la mesa.

La mujer asintió, tomó la alcachofa que había dejado a medio hacer y retiró la pelusilla central. «Todas las noches sueño con las cicatrices en la cabeza de mi hijo. Las reproduje en la cabeza de ese pobrecito, no pensé que el punzón no era redondo.»

Enzo sacó otra de la palangana, la partió por la mitad y se la entregó. «Y fue usted quien enterró el punzón en la tumba de su hijo.»

«Sí.»

«¿Por qué?»

La Fabrizi lo miró fijamente. «Porque me costó mucho. Y lo hice por él. Ya no había nadie investigando lo de mi hijo, nadie que se ocupara de él. No. Yo no podía aceptarlo. Tenía que reavivar el interés por el caso de mi hijo.»

Era la pieza que faltaba, había recreado el asesinato de su hijo para reabrir el caso. ¿Cuánta angustia cabía en un gesto así? «Así que pensó que, si le hacía a ese chico los mismos agujeros, las mismas quemaduras y todo lo demás que le hicieron a su hijo, reabriríamos el caso. Y, para no dejarnos dudas, añadió el nombre de su hijo, para orientarnos.»

La mujer asintió y dejó caer más lágrimas. «El muchachito estaba muerto. Lo siento, pero quería encontrar a esos infames.» Quitó el último filamento de la alcachofa. «No fue fácil hacerle esos agujeros,

créame. Y si encontré esa fuerza, puede entender el dolor de una madre que busca respuestas.»

Enzo aspiró profundamente el olor de las alcachofas. Lo que la Fabrizi había hecho era horrible, pero para ella era aún más insoportable que su hijo no hubiera tenido justicia. «El asesinato de su hijo, sin embargo, ocurrió hace veinte años. ¿Qué le hace pensar que los responsables siguen vivos o en libertad?»

El rostro de la mujer se iluminó. «Ah, pero en eso sí que acerté, ¿eh? Abra ese cajón un momento.» Señaló con el índice hacia un mueble.

Un carabiniere abrió el cajón. Con cuidado, sin quitarse los guantes, tomó una hoja doblada en cuatro y la desplegó delante de Enzo.

Letras recortadas de un periódico componían una frase: Basta. Haz que cierren la investigación.

La mujer señaló el papel. «Entraron en mi casa y me lo dejaron. Quien mató a mi hijo no solo está vivo, sino que además sigue este caso. ¿Sabe por qué hasta hoy les dije que quizá mi hijo se había peleado con una rubia? ¡Mire el pegamento que mantiene unidas las letras!»

Debajo de dos letras había quedado pegado un largo cabello rubio, atrapado en el adhesivo. La longitud habría hecho pensar en una mujer, si Enzo no se hubiera cruzado con aquel tipo de matrícula alemana, justo en el cementerio donde estaba enterrado el hijo de la señora.

El rubio no había llegado a las sepulturas. El cuidador había dicho que volvía al coche a buscar el teléfono. Los vio y salió huyendo.

«Disculpe, inspector.» Un colega se acercó. «Tenemos que llevar a la señora Fabrizi a comisaría.»

Ella se sobresaltó. «¡No! Las alcachofas hay que hacerlas a la plancha y luego meterlas en aceite.»

El carabiniere frunció el ceño y negó con la cabeza. «Lo siento.»

No podían dejar que la Fabrizi cocinara como si nada. Pero tampoco podían dejarla en ese estado: la angustia por su hijo había sido tal que la había llevado a clavar un punzón en la cabeza de un chico.

Enzo miró a la doctora, tan pálida y tensa como él. Había permanecido en silencio todo el tiempo. Volvió a mirar a la Fabrizi y suspiró. «Señora, tiene que ir a comisaría, pero le prometo que termino yo. No dejaré las alcachofas a medias. Tampoco dejaré este caso a medias. Encontraremos a ese hombre rubio y haremos justicia a esos chicos.»

1.15

1944

1 de abril de 1944

Al volante, Aldo frotó el parabrisas del 508 con el dorso de la mano. El halo empañado del cristal se abrió como una ventana a la oscuridad del camino de mulas. Tenía que andarse con cuidado para no salirse del camino. ¡Diantre, ahora también se había puesto a granizar! Los guijarros de hielo golpeaban el techo como ráfagas de metralleta.

Tal vez el aire fresco disiparía algo de la condensación: bajó la ventanilla un dedo. Desde que los alemanes habían ocupado el búnker, habían pasado tres meses inútiles, sin avances en los experimentos. Y ahora Aldo necesitaba seleccionar una cobaya más.

Con aquel tiempo infernal, no le apetecía moverse del laboratorio, pero para elegir la materia prima en las prisiones del búnker tenía que bajar hasta Sant'Oreste y luego volver a subir.

Dejó atrás el camino de mulas y llegó por fin a la entrada del pueblo. Al menos había dejado de granizar, aunque la lluvia continuaba. Giró hacia la plaza principal y se detuvo: una columna de tres camiones de las SS estaba alineada en la subida hacia el Soratte. Los goterones golpeaban las lonas impermeables con golpes sordos, mientras nubes de humedad pasaban por los conos amarillentos de los faros. La escoltaban tres vehículos todoterreno Kübelwagen y otras tantas motos con sidecar.

Algunos militares gritaron en alemán. Dos hombres se abalanzaron a los lados del FIAT de Aldo y le apuntaron con las

metralletas.

Aldo alzó las manos, bien visibles, dentro del habitáculo y acercó los labios a la rendija de la ventanilla. «Camarada, estoy autorizado por el mariscal de campo Kesselring.»

Un oficial se acercó, iluminó con la linterna el lado del conductor y escrutó el interior. Luego rodeó el coche y miró la matrícula. «¡Radio!», gritó.

Uno de los hombres acudió corriendo y se colocó delante de él, dándole la espalda. Llevaba un equipo de radio a modo de mochila, con la antena oscilando sobre su cabeza. El oficial comunicó la matrícula, la radio crepitó y, tras asentir, hizo un gesto a los hombres, que se retiraron y le dejaron pasar.

La columna reanudó la marcha y Aldo se colocó detrás.

Los camiones y la escolta se alinearon frente a la entrada principal. Aldo orilló y apagó el motor. El patio bullía de soldados. Corrían levantando salpicaduras de los charcos con las botas, bajaron los laterales de los vehículos y comenzaron a descargar cajas.

Desde la plataforma de un camión empujaron hasta el borde un baúl de madera, seguido de otros en fila. Dos soldados tomaron una caja, uno frente al otro, y la sacaron por el lateral abatido. El peso se les escapó de las manos a pocos centímetros del suelo, y ambos chocaron con los cascos.

¿Qué diantre había ahí dentro que pesara tanto?

Decenas de baúles y cajas eran transportados a mano hacia los recovecos del búnker. Un militar se acercó a una más pequeña y, con aire fanfarrón, trató de abarcarla él solo para arrastrarla fuera del camión. La caja cayó al suelo y la madera se abrió con un crujido. Lingotes de oro se esparcieron por el barro.

¡Lingotes!

Un oficial se acercó gruñendo al pobre diablo que los recogía, le gritó algo y miró alrededor. A Aldo se le cerró la garganta en una tenaza: había visto lo que guardaban aquellas cajas, y todo tenía pinta de ser de la máxima confidencialidad. Se agazapó de golpe

dentro del habitáculo. Los nazis no se lo pensarían dos veces antes de eliminar a alguien con información tan "valiosa".

Esperó a que el alboroto amainara, abrió la puerta y se deslizó fuera hasta colocarse detrás del coche. La lluvia fina apenas molestaba, tenue como niebla. Agachado, llegó hasta el barracón de las celdas y entró. En el búnker había poco personal y no debían de haberlo visto.

Una explosión rugió desde las entrañas de la montaña: los nazis, sin duda, habían volado el acceso al almacén donde habían amontonado las cajas. Iban muy en serio.

Una vez escogida la nueva cobaya, Aldo volvería enseguida al laboratorio, sin levantar la cabeza.

~

Con aquellos lingotes aún rondándole la cabeza, Aldo salió del barracón: había dejado de llover. Diantre, el intercambio de prisioneros llevado a cabo por las SS el día anterior había reducido a la mitad el número de italianos recluidos por los nazis. Con tan poca materia prima entre la que elegir, había tenido que conformarse con un muchacho polaco. Al fin y al cabo, mejor eso que nada. La guerra no estaba tomando el rumbo previsto. Si ganaban los Aliados, los experimentos se interrumpirían y él sería juzgado.

En el patio frente a los barracones, la columna de camiones ya no estaba. Solo quedaban las rodadas en el barro.

Aldo se acercó a la entrada del búnker. La enorme puerta de metal estaba cerrada, todo en silencio. Mejor así.

Se dispuso a volver al FIAT. El pie se le hundió un palmo en un charco y golpeó una piedra en el fondo, torciéndose el tobillo.

¡Diantre, qué dolor! El entramado de huellas de neumáticos se extendía a su alrededor: ¡aquellos putos camiones pesados! El lugar donde había tropezado parecía justo el mismo donde también había caído el militar con la caja…

Un pensamiento le cruzó la mente. Hundió la mano en el charco. La piedra del fondo era lisa, trabajada. Y había otra más. No podía ser…

Las sacó, y del agua emergieron dos lingotes.

¡Dos lingotes de oro puro!

Sin levantarse, se los metió bajo el abrigo.

Cómo pesaban.

Caminó inclinado hacia adelante hasta el coche. No había nadie alrededor, todos debían de estar en el barracón o en los puestos de guardia, escrutando el cielo.

Aldo cerró la puerta y dejó resbalar el oro sobre sus muslos: en uno de los lingotes había un sello con la inscripción "Banca d'Italia".

Aquellos alemanes de mierda habían robado el oro italiano. ¿Cómo se habían atrevido? ¿Y esa gente se declaraba aliada de Mussolini y del Régimen italiano?

Entonces un destello de lucidez le atravesó la mente: aquel metal que pesaba sobre sus piernas era la solución a todos sus problemas. Valía una fortuna, suficiente para financiar los experimentos incluso si la guerra tomaba un rumbo desfavorable. Dinero del Régimen para financiar los proyectos del Duce.

Pero no le proporcionaba sujetos para los experimentos.

Ya pensaría en ello más tarde. Por ahora, metió los lingotes bajo el asiento y partió hacia Sant'Oreste. Qué golpe de suerte.

Desandando el camino de ida, llegó a la plaza y giró hacia el camino de mulas, que ascendía por la ladera.

Unas luces se filtraban desde detrás de la colina. ¿Alguien se había salido del camino? Si seguía vivo, a lo mejor Aldo tenía la suerte de encontrar justo allí al sujeto que le faltaba y resolver en una sola noche ambos problemas.

Orilló, apagó los faros y el motor y bajó del vehículo. Continuó a pie por la loma y se asomó. Los tres camiones que habían transportado el oro estaban detenidos en un apartadero al borde de la carretera de tierra. Los faros iluminaban a una veintena de

hombres con uniforme alemán, vendados. Uno llevaba la chaqueta cubierta de barro: era el militar que había dejado caer la caja allá arriba, en el búnker.

Cuatro oficiales empuñaban las metralletas.

Alzaron los cañones y dispararon en abanico sobre los desgraciados. Los disparos le retumbaron en el pecho; el miedo atenazó a Aldo, que se lanzó al suelo.

Así que ese era el motivo de que en el búnker hubiera tan pocos hombres: el escondite del oro debía ser visto por el menor número posible de testigos. Los oficiales cargaron los cuerpos de los soldados fusilados en los camiones y partieron hacia el valle.

Qué riesgo.

Era hora de marcharse. Agachado, volvió al 508, lo arrancó y regresó al laboratorio. Tenía dos lingotes de oro bajo el asiento, la garantía para seguir con sus experimentos.

DOSSIER

Pocos días después del Armisticio del 8 de septiembre, las tropas nazis ocuparon Roma. El principal objetivo económico pasó a ser inmediatamente la cámara acorazada del Banco de Italia en via Nazionale. El ultimátum se produjo el 20 de septiembre. Por orden llegada directamente desde Berlín, los militares alemanes, dirigidos por el teniente coronel de las SS Herbert Kappler, se presentaron en la sede central del Banco de Italia exigiendo la entrega de toda la reserva de oro del país.

A los alemanes de Kappler se les entregaron 119.251,967 kg de oro en cajas de lingotes y 543 sacos de monedas. Ocho días después, todo estaba en Milán. En 1945, los estadounidenses devolvieron 22,941 kg de oro y 55 sacos de monedas; por lo tanto, faltaban 94 toneladas, y posteriormente se recuperaron otras 23 toneladas. Al final de la guerra había desaparecido gran parte del oro del Banco de Italia.



DOSSIER

Mirando hacia atrás, antes del descubrimiento del oro desaparecido, el 1 y el 2 de abril de 1944, varios camiones alemanes con 18 hombres de escolta transitaron por la vía Flaminia y, tras un rápido control en un puesto de bloqueo alemán, se les permitió continuar para llegar poco después al Búnker Soratte. Allí se descargaron 79 cajas de madera muy pesadas y fueron transportadas a mano y depositadas en una galería oculta. Una vez terminado el trabajo, los soldados fueron brutalmente eliminados. Varias minas, colocadas previamente, fueron detonadas para hacer desaparecer todo rastro.

El rumor del tesoro fue tomado tan en serio que, a partir de los años cincuenta y después de nuevo en las décadas posteriores, el Estado italiano autorizó excavaciones oficiales.

De aquí nace la leyenda del oro escondido y nunca encontrado en el búnker Soratte. En el museo situado en el interior del búnker hay una representación de este misterio histórico.





~

Un mes después - 12 de mayo de 1944

La alarma antiaérea dejó de ulular.

Al poco rato, los bombarderos estarían sobre ellos. Aldo se lanzó entre los pilares, bajo el arquitrabe. El portón de metal estaba cerrado a cal y canto y el protocolo de protección contra bombardeos se había seguido al pie de la letra.

El primer estampido hizo temblar la montaña, y del techo cayeron cascotes en una lluvia de polvo.

Diantre, si moría allí abajo, nadie lo sabría jamás. Llevaba dos semanas esperando que el agente de la OVRA le enviara una nueva cobaya. Tal vez el agente también hubiera muerto. Si así era, Aldo sería el único en conocer la existencia del laboratorio-búnker, aparte del Duce.

Otro estampido, luego otro más, y otro, uno tras otro.

La tierra temblaba y el aire del búnker se volvía cada vez más abrasador. Si los aliados estaban bombardeando con esa intensidad, lo hacían con la intención de asaltar el Soratte en los días siguientes. Aldo no podía quedarse allí. En cuanto cesara el bombardeo, se marcharía.

Un estruendo comparable a un trueno llegó desde la galería que subía a la superficie: algún artefacto debía de haber estallado cerca de la entrada. La 508 era, sin duda, un amasijo de chatarra. Para salir de allí tendría que huir a pie.

El proyector, las películas, el grupo Ondocerebro, todos los papeles, las notas... No podría llevarse nada. Paciencia.

Tenía los dos lingotes, reconstruiría todo y aún más.

Gotas de sudor empezaron a correrle por la frente: la temperatura allí abajo seguía subiendo. El aire, cada vez más ardiente, olía a napalm. Maldito el americano que lo había inventado, Louis Fieser.

Si los bombarderos lanzaban bombas incendiarias, querían asfixiarlos dentro de la montaña. Pobres estúpidos. El búnker era un baluarte de la técnica fascista: tenía doble ventilación. No lo lograrían.

Siempre que el sistema aguantara.

Aquellos estampidos eran como puñetazos en las sienes. Uno, más fuerte, le hizo perder el equilibrio y le silbaron los oídos durante unos segundos.

Sí, debía marcharse en cuanto cesara el bombardeo. Haría volar la entrada del laboratorio y, con el oro robado, retoMaria los experimentos. Ya encontraría cobayas por su cuenta, de un modo u otro.

¿Secuestrar él mismo a unos niños? Había que hacerlo.

La ciencia, el descubrimiento, no debían detenerse por ninguna razón del mundo, ni siquiera por una estúpida moral.

El estampido que siguió pareció casi una desaprobación divina ante ese pensamiento, pero el único Dios ante el que Aldo se prosternaría era el proyecto por el que había vendido su alma.

DOSSIER

El 12 de mayo de 1944 tuvo lugar sobre el búnker de Soratte un bombardeo llevado a cabo por dos escuadrillas de B-17 aliadas, que partieron expresamente desde Foggia para destruirlo. Fue un bombardeo incendiario destinado a asfixiar, pero en el interior sobrevivieron gracias a la doble ventilación. La operación, que alcanzó muchas casas de la cercana Sant'Oreste, causó un centenar de víctimas entre los 980 militares alemanes presentes en la localidad. Sin embargo, para marcharse, las tropas de la Wehrmacht esperaron hasta el 5 de junio, cuando los carros de combate ingleses y estadounidenses entraron en Roma. Antes de partir inundaron las galerías con gasolina y les prendieron fuego. Para entrar, los británicos tuvieron que esperar a que el incendio se extinguiera por sí solo, cinco días más tarde.



Bundesarchiv, Bild 101I-305-0697-28
Foto: Lüthge | 1943





PARTE 2

2.1

2015

Laruvio
Casa de los Fabrizi, inmediatamente después de su arresto

La última alcachofa chisporroteaba sobre la plancha. Enzo la pinchó con el tenedor y la giró en el fondo de cocción, el aroma le hacía la boca agua. La metió en el tarro de conserva, añadió pimienta en grano, laurel y bayas de enebro, tal como le había indicado la señora Fabrizi.

Llenó el frasco hasta el borde con aceite de oliva virgen extra y enroscó la tapa. Sus compañeros romanos lo miraban cocinar con una mezcla de diversión y gula, aquellas alcachofitas también les abrían el apetito.

La primera parte de la promesa que le había hecho estaba cumplida: dejar listas las alcachofitas en aceite, cinco frascos en total. La segunda era más difícil: resolver unos asesinatos de veinte años atrás, que se remontaban hasta la época del fascismo.

La doctora Rinaldi se acercó y se quitó los guantes de látex, haciéndolos chasquear. «Hemos terminado, hemos recogido todo lo que necesitábamos. Que la Fabrizi intentara reproducir los asesinatos de los años noventa explica esas diferencias. Los orificios romboidales en lugar de redondos, las quemaduras solo por fuera...»

Enzo asintió. Pobre mujer. ¿Hasta dónde había llegado para descubrir quién había matado a su hijo? «Volvamos al cuartel. Necesito revisar con usted los asesinatos de los años noventa. Quizá, ahora que nos ha dicho la verdad, pueda revelarnos algún detalle más. ¿Quiere que la acerque?»

«Sí, gracias.» Rinaldi se colgó el bolso al hombro. «Como progenitora, sin embargo, entiendo a la señora.»

«Doctora, no sabía que tuviera hijos.»

«Ante todo, le pedí que me llamara Romina.» Tenía el rostro tenso. «Tenía una hija. Por desgracia, la perdí hace años.»

Había perdido una hija... «Lo siento.» Enzo apretó los labios. No se sentía capaz de profundizar y el rostro de Rinaldi dejaba entrever que ella tampoco tenía ganas de hablar de eso. Tomó un tarro de alcachofitas y abrió la puerta, deteniéndose en el umbral con un gesto de galantería hacia la doctora.

Romina bajó hasta el patio y se volvió hacia él. «Como decía, por un lado entiendo a la señora. Que un progenitor haría cualquier cosa por un hijo es algo que se sabe desde los tiempos de Eugene Cernan.»

«¿Quién?»

«Eugene Cernan. El astronauta. El hombre más odiado por los padres.»

Salieron del patio. Al otro lado de la calle estaba aparcado el Panda. Enzo sacó las llaves del bolsillo del pantalón. «No tengo ni idea de quién es ese Eugene Cernan, ni mucho menos de por qué tendría que ser el más odiado por los padres.»

Romina se echó a reír. «Porque le regaló a su hija algo que ningún otro padre podría igualar jamás. Es el último hombre que abandonó la Luna y, antes de irse, escribió las iniciales de su hija sobre la superficie lunar. ¿Te das cuenta?»

Ostras, eso sí que era un regalo imposible de igualar.

Enzo se rió. Además, Romina lo había tuteado. «Bueno, ahora entiendo por qué es el padre más odiado por los demás padres. Un gesto así es difícil de superar.» Él, en cambio, podía ser el padre más odiado por su hijo, y con toda razón.

«O sea, esas iniciales siguen ahí arriba de verdad. Piensa en lo que siente su hija cada vez que mira la Luna.» Romina le guiñó un ojo y se acercó hasta rozarlo. «O cuando un noviecito haya intentado

besarla bajo las estrellas. La pobre habrá tenido la sensación de estar siempre bajo la mirada de su padre.»

Enzo volvió a reír, aunque tener a la doctora tan cerca le provocaba cierta tensión. Se apartó apenas de ella y cruzó la calle. Le atraía su exuberancia, pero Rinaldi era una mujer casada, y mayor que él. Basta de líos.

Acercó las llaves al Panda. A través del cristal del lado del pasajero vio la guantera abierta. La pestaña del seguro de la puerta estaba levantada. Alguien había forzado el coche.

Enzo se lanzó al interior: los documentos estaban desparramados sobre la alfombrilla, estaban todos, no faltaba nada. Además, allí dentro no había nada interesante que robar.

«¿Qué pasa?» Romina señaló la guantera. «¿La dejé abierta yo?»

«No ha sido usted. Alguien entró mientras estábamos en casa de la Fabrizi.»

«¿En tu coche? ¿Se llevaron algo?»

«No falta nada y no tengo ni idea de qué buscaba. Pero tengo la sensación de que fue un rubio de pelo largo y de que nos está observando.»

~

Enzo entró en el cuartel y saludó con un gesto al appuntato De Rossi en la garita. Romina caminaba detrás de él.

Los gritos de la Fabrizi estallaron desde la sala de interrogatorios y se desparramaron por todo el pasillo. Ostras, ¿qué pasaba?

De Rossi suspiró, malhumorado. «La señora se puso como loca en cuanto la registramos. Está encerrada ahí dentro, sola.»

Golpes de muebles contra el suelo. ¿Se había puesto a arrojar las sillas por la habitación?

Enzo dejó el tarro de alcachofitas sobre el mostrador de recepción y corrió hacia la puerta. La abrió: la Fabrizi cojeaba junto a la reja de

la ventana, la mesa y las sillas estaban volcadas en medio de la sala. «Señora, ¿qué hace?»

«Ahó, me están tomando por el culo. ¡Ya me he dado cuenta, sabe!»

«¿Pero qué está diciendo?»

La mujer se plantó con las manos en las caderas. «¿Cómo es que en veinte años no encontraron nada sobre mi hijo y, conmigo, en poquísimo tiempo lo aclararon todo y me arrestaron? ¡Esto es una tomadura de pelo!»

Le había vuelto a brotar la frustración por unas investigaciones que nunca habían llegado a nada. De Rossi asomó la cabeza. «Señora, cálmese o nos veremos obligados a esposarla. Seguro que en aquel entonces hicieron todo lo posi—»

«¿Todo lo posible? Ahó, tú mejor lárgate», ladró. «¿Se dan cuenta de lo que significa para una madre perforarle la cabeza a un chiquillo, por muy muerto que esté, solo para conseguir que reabran la investigación? Eso es hacer todo lo posible. ¿Y ustedes?»

La escena histérica de la mujer debía de estar alimentada por el sentimiento de culpa. Se avergonzaba, se sentía mal por lo que le había hecho al chico de trece años y trataba de justificarse ante el horror al que se había rebajado. A una tigre no se le toca la cría.

Enzo agarró la mesa y la enderezó. «Yo no estaba aquí hace veinte años, y entonces los medios de investigación no eran los de hoy.»

La Fabrizi rechinó los dientes y cruzó los brazos. «¡Estás diciendo pura mierda! Son excusas, ¡Hostia!, son excusas.»

«Enzo...» Romina, en la puerta, alzó el tarro de alcachofitas delante del rostro.

No era mala idea.

Enzo lo tomó y se lo mostró a la Fabrizi. «Como ve, he cumplido mi promesa. También cumpliré la otra, encontraré a quien mató a esos chicos hace veinte años, haya sido ese rubio o cualquier otro. Pero tiene que ayudarme. Necesito que se esfuerce por recordar lo que Treccani le dijo durante sus investigaciones.»

La mujer se quedó en silencio, con el gruñido todavía dibujado en el rostro.

La cuestión no era la escena histérica, sino la culpa que la movía. Enzo lo había entendido, al fin y al cabo él también se atormentaba por cuestiones parecidas y opuestas. Era el momento de decírselo.

Bajó el tarro. «Yo, como padre, he cometido muchísimos errores, de los que me avergüenzo. Usted, a diferencia de mí, ha sido una madre dispuesta a todo por su hijo. Cuando se tocan ciertas fibras, juzgar se vuelve difícil. Yo no la juzgo. Pero quisiera sentar en el banquillo a quien hizo esas cosas a chicos vivos. A su hijo. Para lograrlo, necesito su ayuda.»

La Fabrizi mantuvo el rostro impasible, a diferencia de los ojos, que se le iluminaron de emoción. Arrugó la nariz en una mueca de disgusto, muy probablemente dirigida hacia sí misma. «Les ayudaré. Pero antes llévenme a saludar al chico al que le hice esas cosas. Le debo unas disculpas.»

Enzo asintió. «Está enterrado justo aquí, en Laruvio.»

La mujer se encorvó, rendida. «Así podré despedirme de mi hijo antes de que también me encierren por lo que he hecho.» Dejó caer las lágrimas sin perder del todo la compostura. Después de ponerlo todo patas arriba, solo le quedaban el cansancio y la resignación.

En el cementerio también estaba Lucio, el cuidador, y ambos habían tratado con Treccani precisamente por aquellas investigaciones. Esos dos, juntos, podían sacar algo nuevo. Por desgracia para Enzo, con su dialecto romano también podían volverlo loco.

~

Cementerio de Laruvio

El portón estaba entornado: el cementerio había cerrado hacía alrededor de media hora. Llevar a la Fabrizi hasta la tumba de los

chicos para hacerla colaborar era aceptable, pero hacerlo en horario de apertura no resultaba aconsejable.

El coche de los Carabinieri aparcó cerca de la entrada. Enzo se puso a su lado con el Panda y apagó el motor. La Rinaldi hizo girar la manivela para subir la ventanilla y el pecho se le estremeció al ritmo del gesto. Una buena talla de sujetador, y un cuerpo que, para su edad, todavía despertaba envidia.

Le había pedido ir con él, y no había sabido decirle que no. Para bajar del coche, se alzó apenas el vestido ceñido. Vaya, sí que estaba intentando seducirlo.

«Ahò, buenas tardes, inspector.» Lucio se acercó al coche empujando una Graziella oxidada. «A ver si nos damos prisa, que tengo otros asuntos dándome por culo.»

Menudo comienzo. Enzo se rio, aunque no estaba acostumbrado a tonos tan vocingleros. «Buenas tardes, Lucio. Haremos lo posible.»

El cuidador vio a la doctora de espaldas y la radiografió de la cabeza a los pies. Al llegar a los glúteos, guiñó un ojo, se metió la mano en el bolsillo y rebuscó, divertido. «Bah, sí, aunque se nos haga tarde, no pasa nada. La compañía es buena, né.»

«Ahò, Lucio!» La Fabrizi salió del coche de los Carabinieri. Sin esposas, pero con los compañeros pegados a los costados.

El cuidador detuvo la mano dentro del pantalón y abrió los ojos de par en par, sorprendido. «Mari', ¿qué coño haces dentro de ese coche?»

La mujer se puso rígida: los dos se conocían.

Era seguro que tarde o temprano correría la voz de lo que había hecho, pero en aquel momento lo echaría todo a perder. La vergüenza de la mujer podía interferir con el esfuerzo de memoria necesario para encontrar pistas sobre la vieja investigación.

Enzo le dio una palmada al cuidador. «Nada, Lucio, la señora Maria está aquí solo para intentar recordar algún elemento del caso Treccani.»

«Ah, el inspector Narizotas.» Lucio sacó la mano del bolsillo y se frotó la incipiente barriga cervecera que asomaba en su cuerpo enjuto. «Ese, si nadaba de espaldas, parecía un tiburón.»

Enzo sofocó una risa entre dientes.

Profesional, tenía que seguir siendo profesional. «Lucio, quizá, junto con la señora Maria, podrían recordar algún detalle más del caso Treccani.»

La Fabrizi resopló. «¿Recordar?» Alzó la palma hacia el cuidador y reavivó una sonrisa tímida. «¿Él? ¿Pero qué va a recordar este retrasado? ¡Me encantaría pasar cinco minutos dentro de su cabeza para descansar un poco!»

Lucio enseñó los dientes, divertido. «Ya te gustaría, Marì. Pero tú no espabilas ni aunque te filmen con una cámara.»

Enzo se frotó la cara en busca de compostura. Había pasado, y era maravilloso. Si ya era difícil manejar a un romano bronco, dos lanzándose pullas el uno al otro resultaban incontrolables.

Abrió la libreta. «Volvamos a hablar en serio, hay bastantes cosas del expediente Treccani que no nos cuadran.» Levantó un dedo. «El período fascista. En aquellos años aparecen los primeros cadáveres de chicos con marcas parecidas a las de los años noventa, y no entendemos por qué. ¿Recuerdan si Treccani había mencionado algún detalle que ahora les venga a la cabeza?»

Los dos romanos se miraron, serios de nuevo. Ambos negaron con la cabeza. Mal.

Enzo levantó un segundo dedo. «Hemos encontrado unas notas a las que no conseguimos dar explicación. Están parcialmente borradas, parece que pone "_rgoniani Cr_t",» alzó la barbilla hacia el cuidador, «y Lucio recordaba algo como Argonautas de Creta.»

«¿Argo qué?» Maria se dio una palmadita en la frente. «¡¡Hostia!, ya se lo había dicho, que Lucio tiene el cráneo deshabitado!»

Enzo le lanzó una mirada fulminante. «Entonces, ¿sí sabe lo que ponía? ¿Treccani le había hablado de esto?»

«No, si no, ya se lo habría dicho. Pero aquí cerca hay un viejo monasterio famoso. En Sutri, a hora y media de aquí.»

¿Un monasterio? «¿Y qué tiene que ver con los Argonautas?»

«¿Qué Argonautas ni qué nada? Allí había un científico famoso que había empezado de joven, en tiempos de Mussolini. Marcello Creti. Incluso estuvo invitado en el programa de Costanzo y en otro del Canal Cuatro, Report. Justo en los años noventa, si no me equivoco.»

Enzo cerró la libreta: Creti coincidía con las notas medio borradas y, según la Fabrizi, era un científico precisamente de la época fascista. «¿Y qué tiene que ver el monasterio?»

La Fabrizi alzó las palmas. «Porque allí había fundado una cosa rara, como una especie de orden de la que se hablaba en el pueblo. Se llamaban Ergoniani. Restauró el monasterio y montó allí un museo, algo así...»

Enzo tragó saliva, con la garganta reseca: "_rgoniani Cr_t" era "Ergoniani Creti", Marcello Creti. Era la pieza mal interpretada del expediente Treccani, y también una vía nueva por la que nunca habían ido.

«¿Qué te pasa, Mari'?» En los ojos de Lucio había una seriedad opuesta a su índole vocinglera.

La Fabrizi estaba tan seria como él. En pocos instantes, la atmósfera había pasado de la ligereza a la gravedad. «Nada. Solo espero que ahora el inspector cumpla su promesa. Y además, ahora tengo a dos chicos a los que ir a ver.»

Indicó el cementerio con la barbilla.

Enzo estaba seguro de que la situación se tensaría todavía más ante la tumba de los dos chicos. Y era lógico. Lo afrontaría. Al día siguiente pondría en marcha las pesquisas sobre aquel monasterio y sobre aquel personaje extraño llamado Marcello Creti.

DOSSIER

Marcello Creti fue efectivamente invitado de Costanzo y del programa Report, cuyas grabaciones aún pueden encontrarse. (es posible ver el reportaje en YouTube; más adelante en la historia pondré el código QR) Creti describe el instrumento con las mismas palabras exactas recogidas en la novela. Su padre era espiritista, y el joven inventor presumía de tener sus intuiciones en sueños; de hecho, dormía con una libreta al lado de la cama.

En las colinas de Sutri (Viterbo), en un antiguo monasterio, se alza un lugar llamado “Sapientia”. Aquí vive la comunidad de los Ergonianos, nacida en 1936 en torno a la figura del inventor Marcello Creti con la idea de perseguir la evolución y el incremento del conocimiento. Su nombre deriva del acrónimo "ERGOS - Energía Radiante Gobernante de Toda Ciencia".



2.2

1950

Abril de 1950 - Sutri

Afuera del restaurante, Aldo apartó la silla de la mesita y se sentó. Dirigió la mirada hacia la colina sobre la que se alzaba el monasterio en ruinas que Creti había comprado. Aquel hombre era un enigma. Tras el breve período en que habían colaborado, el Régimen, para quitarse a Creti de encima y poner a salvo los derechos sobre su parte, le había entregado una buena suma de dinero y un documento de garantía para futuras inversiones. Marcello, ya con veintiocho años, había despilfarrado ese dinero en aquella mole decrépita, abandonada a su suerte.

Diantre, aquello era un problema.

Desde que el Fascismo había perdido la guerra, Aldo había logrado mantenerse en la sombra. El Duce había dicho la verdad: ningún papel, ningún informe, ninguna prueba de aquellos experimentos. Nadie había encontrado el laboratorio del búnker y nadie sospechaba de su colaboración con el régimen.

Ahora, sin embargo, con ese documento a su nombre usado como garantía para la compra del monasterio, saldrían a la luz papeles que lo vinculaban con Creti. Aquel traidor al Fascismo conservaba un sinfín de papeles sobre experimentos en los límites de la física, material capaz de despertar curiosidades más celosas de la cuenta.

Además, ¿quién podía asegurar que Marcello no hubiera conservado algún papel de los tiempos en que trabajaban juntos? No en vano Aldo había visto al chófer de Creti rondar por Sant'Oreste ya en los años de los experimentos con seres humanos, posibles

gracias a la colaboración alemana. Si el chófer estaba allí, era porque Creti se lo había ordenado.

¿Lo vigilaba? ¿Había descubierto algo?

Un camarero se acercó. «Buenos días. ¿Desea pedir un aperitivo?»

Se había dirigido a él sin llamarlo Camarada. Diantre, el Fascismo había terminado de verdad. Aldo lo miró de reojo. «Sí, ¿qué tienen?»

«Tal vez un Cynar. ¿O prefiere algo más fuerte? ¿Puedo ofrecerle un Fernet?»

Oh, Dux: lo trataba de usted, pero no lo llamaba Camarada. Qué fastidio. Pero no podía señalarlo, los nostálgicos del Fascismo no estaban bien vistos. Es más, Aldo tendría que adaptarse, por mucho que le pesara. «Preferiría algo con gas. Agua de Seltz o algo por el estilo.»

El camarero anotó la orden. Desde el interior del local, el golpe seco de una palmada sobre la barra atrajo su atención: una mujer apuntaba con el índice al cajero. «¿Cómo puede costar semejante suma una simple copita de aguardiente?»

El hombre alzó las manos. «Señorita, el precio del whisky está bien visible en la carta que le...»

La mujer resopló. «Aguardiente, no whisky. Carta, no menú. ¡Hablen italiano, no una lengua de inmigrantes! ¡Y llámeme Camarada, maleducado!» La joven, rubia y altísima, llevaba una chaqueta gris impecable y una sobria falda negra por debajo de la rodilla. Un ejemplo perfecto de estilo fascista.

Era reconfortante no ser el único que añoraba el gobierno ya destituido. Aldo se levantó y fue hasta ella. «Camarada, encantado. Soy Aldo Angelucci. ¿Me permite invitarla a ese aguardiente y, si no le desagrada, también a mi compañía, a cambio de unas palabras de melancolía por los días pasados?»

La mujer lo midió durante un par de parpadeos. «Se lo agradezco, con mucho gusto.» Lo había entendido al vuelo.

Aldo hizo una seña al cajero para que añadiera la orden a su cuenta, luego la precedió hasta la mesita y le ofreció una silla.

«Pienso como usted, Camarada. Italia se arrepentirá de haberse puesto del lado de extranjeros carentes de sentido nacional.» Esperó a que se acomodara y ocupó su asiento. «¿Puedo preguntarle de dónde es?»

La mujer sonrió. «Vivo a una hora escasa de aquí. Cerca de Laruvio. Si es de la zona, debería conocerlo.»

«No me suena.» Aldo le devolvió la sonrisa, dejando ver los dientes. Interesante: Laruvio. Aún no era el momento, pero aquel pueblito podía ser el lugar indicado para reanudar sus experimentos. «Camarada, ¿cómo se llama?»

«Vittoria.»

Diantre, aquella muchacha era fascista hasta en el nombre. Debía de venirle de familia. «Camarada Vittoria, ¿puedo ofrecerle algo más de beber?»

Tenía que cortejarla sin falta. En cuanto las aguas se calmaran, y quizá con una compañera complaciente que le sirviera de coartada, Laruvio podía convertirse en el territorio ideal para reanudar sus experimentos.

~

Unos años después
San Martino, aldea de Laruvio

Aldo apagó el cigarrillo y volvió al interior del viejo negocio de los padres de su esposa, Vittoria. La puerta de la tienda se deslizó sobre los goznes y se cerró con un golpe seco. El taller textil estaba abandonado. En otro tiempo allí se confeccionaban uniformes para el Fascismo, fez y accesorios. Los padres de Vittoria habían muerto de pena tras la caída del régimen, y desde entonces ella alimentaba el rencor y la sed de venganza.

Buenos tiempos, los de Mussolini. Pero la verdadera obsesión de Aldo no era esa. Era la ciencia. Sus experimentos. Llevaba

demasiados años parado y, aun así, le faltaba muy poco para hacer funcionar aquella máquina. De eso estaba seguro.

Desde el baño, el ruido de la cisterna anunció que Vittoria había terminado. Salió con una taza llena de orina hasta dos tercios y una expresión de asco en el rostro. «¿Seguro que va a funcionar?»

«Soy un científico. Es solo una primera prueba: la lejía debería detectar la gonadotropina coriónica humana, la hormona del embarazo presente en la orina. Si chisporrotea o se vuelve rosa, podrías estar embarazada.»

Abrió la lejía y vertió el tercio restante en la taza, cuidando de no inhalar sus efluvios químicos.

La reacción química no tardó. La espuma burbujeante le desbarató los planes: Aldo iba a tener un hijo con Vittoria.

Sus miradas se cruzaron. En los ojos de Vittoria brillaba una luz de orgullo. Sí, sería sin duda un varón, su legado, y tendría el cabello rubio de su madre. Su esposa lo criaría con rigor fascista, y él le inculcaría la pasión por la ciencia, costara lo que costara.

Una vez que naciera, y después de darle su apellido, Aldo fingiría su propia muerte y haría desaparecer cualquier papel relacionado con él. Nadie volvería a asociarlo con el Fascismo ni con los viejos experimentos, pero los descubrimientos futuros seguirían llevando la firma Angelucci.

Cuando su hijo fuera lo bastante mayor, el oro del Soratte financiaría un nuevo ciclo de experimentos, y la sangre de su sangre completaría aquella investigación.

Podía ir más allá de la simple propaganda de Mussolini, podía modelar la mente tomando como ejemplo a las mayores inteligencias del siglo.

La ciencia lo necesitaba.

Él lo necesitaba.

Hasta entonces, Aldo no debía llamar la atención. También debía mantener bajo control a ese excéntrico de Marcello Creti, el único testigo. En su monasterio había documentos que podían sacar a la

luz un pasado capaz de aniquilar todos esos proyectos. No podía permitirlo.

DOSSIER

Los hechos de la novela, en este punto, se apartan de las citas históricas. En efecto, en los años cincuenta Creti adquiere las ruinas del monasterio benedictino de San Luca para establecer allí el Centro Romano de Experimentos Técnico-Industriales (C.R.E.T.I.), donde, entre otras actividades, imparte clases gratuitas a los jóvenes con menos recursos. El monasterio de San Giacomo en Sutri, en cambio, pasó a manos de Creti más tarde, en 1983, y sigue siendo hoy sede de asociaciones y museos. En la novela relato la existencia de un único monasterio, y los hechos que giran en torno a él citan acontecimientos entre la ficción y la realidad con el único propósito de entretener a medida que avanza la historia. Me habría gustado visitar los lugares en persona antes de la redacción de la novela, pero lamentablemente no me fue posible.



Las pruebas de embarazo caseras aparecen en los años 70. Antes, se dice que las abuelas solían mezclar la orina con lejía para obtener una reacción química. Si esta efervescía y se volvía de color rosa o rojo, entonces quería decir que había un embarazo en curso. Los defensores de este método consideran que la lejía puede detectar la gonadotropina coriónica humana (hCG), la hormona del embarazo presente en la orina. Esta es una hormona que el cuerpo produce solo durante el embarazo y que puede detectarse en la sangre y en la orina de una mujer durante el primer trimestre. Esta prueba casera no es fiable porque la lejía no está diseñada

para detectar la hormona del embarazo, y además es un método peligroso debido al producto químico.

2.3

2015

Sutri

Enzo le dio la espalda al Fiat Panda y echó a andar hacia el bar. En lo alto de la colinita, más allá de las mesitas exteriores del café, la fachada del monasterio brillaba anaranjada bajo el sol, entre ladrillos de terracota y líneas rústicas.

No parecía un edificio de más de un siglo. Era evidente que se habían hecho obras de restauración. Creti debía de haber sentido un gran apego por aquel lugar, que luego pasó a manos de la asociación que llevaba su nombre. Enzo había investigado un poco, y aquel personaje rayaba en lo increíble. Incluso la fecha de su muerte resultaba fascinante: 1 de enero de 2000.

La doctora lo adelantó y lanzó una mirada de reojo al monasterio, con los brazos cruzados. «No sé, no me convence. ¿Has leído que era espiritista? ¿Y luego, masón? A mí no me parecen comportamientos propios de un hombre de ciencia.»

No se le podía quitar la razón, pero sus patentes hablaban por él. «Sigue siendo el hombre que inventó el manos libres y el primer modelo de teléfono móvil, nada menos que en 1940. Por no hablar del luxómetro, el medidor de intensidad luminosa que se usa en fotografía y con el que hoy los smartphones ajustan la luminosidad de la pantalla. Piensa que se concibió para determinar la distancia entre dos buques de guerra y que también se aplicó a situaciones...»

Delante de él, sin detenerse, Romina se volvió casi hasta apoyar la barbilla en el hombro y lo miró con las cejas enarcadas.

Enzo le mostró las palmas. «¿Qué?»

«Alguien ha hecho los deberes.» Cerró dos veces el ojo gris, guiñándole.

Así, cómplice, era todavía más guapa.

Claro que Enzo se había documentado, no iba a ir allí desprevenido. Se encogió de hombros. «Es mi trabajo.»

Y tenía promesas que cumplir.

Romina volvió a darle la espalda y retomó el camino hacia el barcito, la falda-pantalón que, a cada paso, le esculpía la línea de los muslos. Ostras, aquella mujer no podía tener sesenta años. Llevaba días repitiéndoselo.

La siguió hasta la terraza acristalada del bar.

Una parejita, sentada en la mesita de fuera, mojaba los cruasanes en el capuchino espumoso espolvoreado con cacao. El chico le dio un mordisco y se quedó con un bigote blanco bajo la nariz, la chica hundió el índice en aquella espuma blanca y se lo escondió entre los labios. Los dos estallaron en carcajadas.

Bonito. Y también un poco como para dar envidia.

La situación amorosa de Enzo, en cambio, se reducía a esto: sentirse atraído por una mujer casada de sesenta años.

Dentro del local, el aire acondicionado le picó detrás del cuello. El calvo de la barra les dedicó una sonrisa: clientes nuevos.

Romina señaló un pasillo. «Voy un momento al baño.»

Enzo asintió. Se acercó a una mesa y tomó el menú plastificado. El móvil vibró en el bolsillo: Vito. Pobre diablo, no poder seguir con ellos en la investigación le había dado la puntilla. Lo llamaba todos los días.

Siempre era difícil consolar a un amigo. No en vano, al amigo de verdad se lo ve en el momento de necesidad. Respondió. «Hola, tranquilo, ya hemos llegado. Haré un par de preguntas por aquí y luego subiremos al monasterio.»

«¿Me avisas en cuanto sepas algo?» Aunque había salido a la luz que había sido la Fabrizi quien le había hecho esas cosas al chico, Vito seguía cargando con el mismo sentimiento de culpa de antes.

«Claro. Te aviso.» El camarero se acercó, y Enzo empujó el menú hacia él, señalando con el índice la palabra capuchino. Tal vez la escena de fuera lo había tentado.

«Cuento con ello.» Graznó Vito antes de colgar.

El calvo volvió a la barra. La doctora salió del pasillo, pasó frente a la mesa y se acercó al camarero.

Enzo se obligó a no mirarle el culo.

Ella señaló algo en el cartoncillo impreso, luego regresó y se sentó. Cruzó las piernas, y la falda-pantalón le envolvió las caderas, realzándolas. «¿Qué has pedido?»

Pedido. Solo esa palabra le encendió al instante la fantasía.

Enzo la imaginó vestida de látex, con las manos esposadas a la espalda, gimiéndole: «¿Qué ordena, amo?»

La sangre se le fue a la entrepierna. «He pedido un simple capuchino. En realidad, no estamos en el bar por el desayuno, sino por otro motivo.»

«¿Cuál?»

«Si hay un sitio donde escuchar los cotilleos sobre ese monasterio, que no estén ya escritos en Google...» Hizo un gesto hacia el calvo de la barra, ocupado preparando la consumición. «Diría que es este.»

~

El camarero apoyó la bandeja en el borde de la mesa. Tomó la taza y el vaso y los colocó delante de Romina. «Café cortado con leche entera y canela, y un vaso de agua.» Acercó el capuchino a Enzo. «Y este es el suyo. ¿Quiere cacao o canela, como la señora?»

«No, gracias, así está bien.» Enzo sacó de la billetera un billete de diez, dejando bien visible el distintivo. «¿Puedo hacerle un par de preguntas?»

Los ojos del camarero se posaron en el distintivo metálico, y la sonrisa de circunstancia reservada a los clientes se resquebrajó con una sombra de inquietud. «Claro, dígame.»

«¿Qué puede decirme del monasterio?»

«Que alberga un museo sobre los minerales y sobre Marcello Creti. Pertenece a una asociación, pero hace tiempo que no se reúnen. El científico murió hace quince años.»

«¿Y se puede visitar?»

El camarero sacó unas monedas del bolsillo y sustituyó el billete por el cambio. «No lo sé. De vez en cuando viene gente a preguntar, Creti despierta la curiosidad de muchos, era una persona bastante... excéntrica. Y, sin embargo, un genio. ¿Sabe que inventó el contestador automático, el cambiadiscos automático para los viejos jukebox y un montón de cosas más?»

Ya lo sabía, pero Enzo necesitaba los rumores que solo se recogen sobre el terreno. «¿Usted lo conoció?»

«Lo vi un par de veces de niño, cuando el bar lo llevaba mi padre. Estamos hablando de hace veinte años.»

«Especifique lo de "excéntrico".»

El hombre se frotó el cuero cabelludo lampiño. «Bueno... aquí, en Sutri, era toda una personalidad. En vida fundó el Centro Romano de Experimentos Técnico-Industriales: C.R.E.T.I.» El camarero soltó una risita. «¿Le ve la gracia? Luego se reunía con otra gente, se hacían llamar Ergo-no-sé-qué.»

«¡Ergonianos!»

El calvo asintió. «Sí, eso. Quería crear una especie de superhombres. En los años noventa se reunían a menudo, ahora ya no.»

Enzo sintió un estremecimiento en las entrañas, podía ser la pista buena. Las reuniones tenían lugar precisamente en los noventa, en la época de los asesinatos. «¿Superhombres? ¿Hacía experimentos con seres humanos?»

El camarero negó con la cabeza. «¡Qué va! Creti era una persona decente. Excéntrica, pero decente. Estaba totalmente en contra de ciertas prácticas. Por lo que sé, hacía mucha beneficencia, además de

costear estudios a quien no podía permitírselos. Era muy querido, solo un poco chiflado.»

Pero quién podía decir que la beneficencia no hubiera sido solo una fachada... Poca información, pero era un comienzo. «De acuerdo, gracias.»

El camarero volvió a la barra.

De nuevo solos, Romina suspiró. «Desde que el camarero trajo la consumición, ya había entendido que no descubriríamos nada hablando con él.» Alzó el vaso de agua natural. «Le había pedido, y además se lo había subrayado, agua con gas, no natural. ¿Qué se puede esperar de alguien que ni siquiera escucha los pedidos?»

Enzo se encogió de hombros. «Lo hemos intentado.» Tomó un sorbo del capuchino y dejó la taza. Bajo la nariz le quedó una huella húmeda de espuma.

Se pasó el pulgar y se lo encontró cubierto de espuma. Imaginó a Romina inclinándose hacia él y chupándole el dedo, pero ella iba tomando sorbitos de la taza y miraba el monasterio a través de la puerta de cristal.

Él, a través de la puerta de cristal, volvió a quedarse embobado mirando a los dos chicos, que ahora coqueteaban tan cerca que casi se rozaban con la punta de la nariz.

~

De nuevo en el coche para llegar al monasterio: viajes, desplazamientos, kilómetros y más kilómetros. ¡Cómo odiaba todo aquello!

Al final de la subida, llegaron a un aparcamiento de tierra delimitado por setos de un metro de altura. Enzo aparcó. Un sendero conducía hasta la verja de hierro forjado, moteada de óxido. En una placa de latón se leía «Asociación Marcello Creti». Debajo había un interfono con un solo botón. Enzo lo pulsó.

Nada.

Romina parecía tensa, atisbaba más allá de los barrotes del cercado. Era comprensible, una doctora no debía de estar acostumbrada al trabajo de investigación sobre el terreno. Al tener que tratar con hombres de ciencia, había que admitir que su presencia podía ser de ayuda. Aunque, más que ciencia, el material recopilado recordaba a la ciencia ficción.

Enzo llamó otra vez. Otra vez, nada.

Romina dio unos pasos atrás. «Para mí no hay nadie. Vámonos.»

Parecía deseosa de salir corriendo. ¿Tenía miedo? Enzo contuvo una sonrisa, lo había entendido bien. «No podemos irnos. Tenemos que encontrar algún contacto. Esperemos. Si no se presenta nadie, iremos al ayuntamiento o al cuartel, a ver a los compañeros de la zona.» Pulsó otra vez el botón.

El altavoz empezó a zumbar. «¿Sí?»

Enzo se acercó a la rejilla, el hedor del óxido se le metió en la boca y se le pegó a la lengua. «Buenos días, soy el inspector Bestetti. Nos gustaría hablar con algún responsable, si es posible.»

Siguió unos instantes de silencio, de esos que cualquier agente conoce después de identificarse por el interfono como miembro de las fuerzas del orden. «¿Es inspector?», graznó una voz vacilante.

«Sí. Carabinieri.»

«¿Y traen una orden judicial?»

¿Por qué se había planteado siquiera ese problema? Sería imposible conseguirla, nadie la firMaria, teniendo en cuenta que estaban allí por unos apuntes incompletos que mencionaban a los Ergonianos. «Solo necesitamos alguna información. Pero, si quiere, me haré con documentación oficial, y así todo quedará recogido en acta.»

Otro silencio pensativo. «Ahora voy, hablaremos en la verja.» El altavoz cambió de zumbido. Y no había abierto.

¿Por qué tantos secretos?

Romina se mordía el labio, replegada sobre sí misma, con los brazos cruzados. Estaba tan blanca como sus cabellos, recogidos en

la misma coleta alta de siempre.

Enzo le rozó el brazo. «Tranquila. ¿Qué te preocupa?»

Ella negó con la cabeza y esbozó una sonrisa de circunstancias. La última vez que lo había acompañado en una investigación, había acabado en casa de quien le había abierto agujeros en el cráneo a un chico, nada menos que con un cuchillo en la mano, aunque Fabrizi no tenía la menor intención de usarlo con alguien que siguiera vivo.

El crujido de las piedrecillas bajo las suelas anunció la llegada de un anciano. El pelo gris, corto, apenas formaba una corona a ambos lados de la cabeza. Se detuvo a un palmo de los barrotes. «Buenos días, soy el cuidador. Arturo.» Se quedó allí, hablando a través de la verja.

Así que de verdad ni siquiera pensaba abrir. «Encantado, inspector Bestetti. Ella es la doctora Rinaldi.» Enzo tendió la mano sin invadir la propiedad.

El anciano metió el brazo por una rendija y se la estrechó. Luego apoyó el brazo colgante en una barra horizontal. «Díganme.»

Llamar desconfiado a aquel hombre se quedaba corto. «Queríamos información sobre unos encuentros que tenían lugar en los años noventa, los de los Ergonianos.»

«Ya, me lo imaginaba.» Arturo retiró el brazo y se volvió hacia el sendero por el que había llegado. «Adiós, inspector.»

«¿Por qué se va?»

El viejo se volvió de golpe. «Porque no es usted el primero que viene aquí a burlarse de la memoria de un gran hombre. Después de los Ergonianos, ¿también me preguntará por el Cronovisor? Marcello era excéntrico, pero tenía buen corazón y grandes intuiciones.»

Marcello… «¡Usted lo conocía!»

«Claro. Yo era su colaborador de mayor confianza. Así que, si viene a insultar a un genio solo porque era un gran soñador, consígase algo que me obligue a hacerle caso.» Les dio otra vez la espalda y echó a andar. «¡Son unos conspiracionistas!»

El anciano solo estaba defendiendo la memoria de un amigo. De hecho, el propio Enzo también se había burlado para sus adentros de ciertas cosas de Creti. «Los conspiracionistas nacen cuando la credulidad se encuentra con el miedo, y yo no tengo ni lo uno ni lo otro.»

El viejo se detuvo. Resopló y dio otro paso para marcharse. Enzo apretó los barrotes de la verja, tenía una promesa que cumplir. «Estamos aquí por unos asesinatos de los años noventa. Unos chicos con agujeros en la cabeza.»

Arturo se quedó plantado, sin volverse.

Debía de saber algo, era el momento de apremiarlo. Enzo imprimió firmeza a la voz. «Veo que sabe de qué hablo. ¿El profesor Creti le había dicho algo?»

El anciano se volvió. «Profesor Creti...» En sus ojos había un destello de emoción. «En los últimos años lo llamaban loco, no profesor.»

El anciano se sentía en deuda con Creti, había que tocar esa fibra. Enzo aflojó la presión de las manos sobre los barrotes. «Y apuesto a que usted fue de los últimos a quienes el profesor pagó los estudios.»

Arturo asintió. «Sí, lo hizo. Pero yo nunca tuve su carisma. No fui capaz de defender su memoria. De ser considerado un orgullo italiano, ahora para todos no es más que un loco estrafalario.»

Enzo tragó saliva, estaba cerca. «Yo no lo conocí y no tengo prejuicios. Pero creo que el profesor Creti debió de hablarle de algo relacionado con esos asesinatos. Si lo hizo, y si, como dice usted, era una persona de buen corazón, ayudarnos a desentrañar esa madeja es una forma de honrar su memoria.»

El hombre vaciló unos segundos. Metió la mano en el bolsillo y la sacó con un tintineo de llaves. «Pasen.»

2.4

2015

Sutri - Monasterio de Creti

La grava cedió paso a la tierra apisonada. Enzo echó a andar cuesta arriba detrás del custodio. La maleza se abría en dos surcos excavados por los neumáticos. Aquel Arturo conservaba una agilidad envidiable, pese a la edad. Romina no se quedaba atrás, sus piernas largas y torneadas devoraban la pendiente como el viejo Panda 4x4 de Oscar.

La subida trazaba una curva, la dejaron atrás hasta llegar a la entrada del monasterio. Las molduras de ladrillo enmarcaban la fachada color crema, con alguna mancha de cemento al descubierto donde el enlucido se había desprendido. Un pequeño estanque ocupaba un lado de la explanada, un bosquecillo el otro.

Arturo extendió el brazo hacia el edificio. «Este es el antiguo monasterio. En el interior hay una sección dedicada a las patentes del profesor Creti, una muestra de minerales recogidos durante sus viajes y sus antiguos laboratorios.»

Romina se alisó la falda pantalón sobre las caderas con las palmas. ¡Hostia!, cuánto le habría gustado arrimar la mano y ayudarla.

Se ajustó también la blusa, carraspeó llevándose el puño a la boca y se dirigió al custodio. «Antes mencionó el "Cronovisor"... ¿qué puede decirme al respecto?»

Aquella era su jugada, debía de haberse arreglado la ropa para parecer más profesional. Pero ¿de qué estaban hablando? Enzo se pasó el dorso de la mano por la frente y lo notó empapado. «¿Cronovisor? ¿Qué es eso?»

«Solo una leyenda, útil para burlarse del profesor. Un aparato capaz de captar una particular estela energética, visual y sonora, dejada por los hombres a lo largo de los siglos. Ese tipo de energía no se destruye, se transforma y vaga por el éter. El Cronovisor lograba percibirla y, una vez convertida en imágenes a través de un monitor especial, ofrecía a los espectadores la posibilidad de ver en directo acontecimientos de épocas remotas. Imágenes en blanco y negro procedentes del pasado.»

Enzo se quedó mirándolo, escéptico. «Pero... esa máquina no existe... de verdad, quiero decir.»

El custodio tragó en seco. «No lo sé. Yo ni siquiera había nacido. Pero quienes hablan de estas cosas no mencionan solo al profesor Creti, sino también a Enrico Fermi y Ettore Majorana, al científico alemán Wernher von Braun, inventor del cohete V2, y a un premio Nobel, el japonés Hideki Yukawa, descubridor del mesón nuclear, el pión, además de estudioso de la emisión y la absorción de fotones por parte de partículas cargadas.»

¡Hostia!. Aquello ya no era ciencia, sino ciencia ficción. Era todavía más disparatado que la secta de los Ergonianos. Pero no estaban allí por eso. «Arturo, ¿por qué se sobresaltó cuando le hablé de los asesinatos? ¿Creti le contó algo?»

El viejo bufó y se acarició la corona de canas. «Sí. Recuerdo bien aquellos días. Hace veinte años, una mañana, el profesor regresó particularmente turbado, con unos periódicos bajo el brazo. Aquellos artículos hablaban del asesinato de dos chicos, me parece que uno se llamaba Fabrizio.»

«No, Fabrizi. Era el apellido de uno de los chicos asesinados.»

Arturo asintió. «Exacto, Fabrizi. En cualquier caso, el profesor estaba muy turbado. Recuerdo que repetía una y otra vez: "Es imposible que sea él, es imposible..."»

«¿Él quién?»

«Se lo pregunté. Temía que fuera un colega con el que había trabajado en tiempos del fascismo. No le gustaba hablar de aquella

época, aunque él solo hacía su trabajo y no tenía nada que ver con Mussolini. En cualquier caso, decía que las señales que presentaban aquellos chicos le recordaban algunos estudios realizados con conejos en tiempos del fascismo, pero que, por lo que él sabía, ese colega en cuestión había muerto.»

Enzo cerró la mano en un puño. Iban por buen camino. «¿Y le dijo cómo se llamaba ese colega?»

«No.»

«¿Y no hay algún papel... algún apunte?»

Arturo se encogió de hombros. «Nada. Conozco cada rincón del monasterio y conozco bien los escritos del profesor. No hay documentos que hablen de esto.» Suspiró. «Fíjese, he encontrado apuntes sobre el Cronovisor, pero sobre experimentos con conejos de la época del fascismo, nada.»

¡Hostia!, qué mal. El móvil vibró en el bolsillo, pero Enzo lo ignoró. «¿Puede enseñarnos de todos modos los documentos de aquella época?»

Arturo asintió y, con las llaves tintineando, se acercó a la cerradura del monasterio.

El móvil seguía insistiendo. Enzo lo sacó y miró la pantalla: era la central operativa. «Diga.»

«Inspector, hemos encontrado el BMW de matrícula alemana que nos facilitó.»

El coche del rubio. «¿Dónde?»

«Estaba aparcado cerca del aeropuerto.»

¡Hostia!, solo faltaba que hubiera cogido un avión y se hubiera largado al extranjero. «¿Tenemos imágenes que muestren adónde ha ido?»

«No, porque lo dejó fuera del aparcamiento. Estamos revisando las cámaras de la zona, pero lo dudo.»

Mierda. Si lo hubieran grabado, habrían podido rastrear el billete y la identidad. «Revisen igualmente las cámaras interiores del aeropuerto. Seguro que se ha camuflado, pero, si no lo ha hecho,

anoten a todos los hombres rubios de pelo largo. No creo que el aeropuerto esté lleno de ellos.»

Colgó. Arturo lo esperaba con el enorme portón abierto, Romina, en cambio, lo miraba con interés. «¿Novedades?»

Era inútil decírselo. «Nada concreto. Entremos, a ver si encontramos algo entre esos documentos.»

~

En el monasterio, el largo corredor de mayólica daba a numerosas habitaciones laterales. El corredor, fresco y desnudo, devolvía el eco de los pasos bajo el alto techo.

Enzo cerró los ojos e inspiró hondo: el olor a madera añeja y papel viejo lo envolvió. Los lugares antiguos siempre lo habían fascinado, pero no estaba allí por placer. Debía aprovechar cada instante de la colaboración del custodio. «Entonces, ¿usted sabe qué les hicieron a esos chicos hace veinte años?»

Arturo asintió. «Sé que tenían orificios en el cráneo, con quemaduras por descarga eléctrica. No en vano el profesor Creti estaba turbado porque, como le decía, aquello le recordaba los experimentos realizados con conejos en la época fascista. Un período particularmente oscuro.»

«¿Y en qué consistían esos experimentos?»

«Lo siento, no lo sé. No le gustaba hablar de ese pasado. Figúrese que en el monasterio organizó un parque naturalístico, ni siquiera puedo imaginar cuánto debió de sufrir al verse obligado a usar animales como cobayas. Por desgracia, eran años en los que no se le podía decir que no al régimen.»

Lo que decía Arturo era cierto, pero aun así había que sopesarlo. El custodio sentía una especie de sumisión hacia Creti, una deferencia que quizá lo llevaba a defenderlo pasara lo que pasara. «¿Y por qué, en su opinión, el régimen eligió precisamente al profesor para esos experimentos?»

«Solo puedo suponer que fue por sus conocimientos», dijo Arturo. «¿Dónde tenían esos agujeros con quemaduras eléctricas?»

«En la cabeza.»

«Dado que esas marcas le recordaban experimentos del Fascismo, cualquier cosa que intentaran hacer debía de estar relacionada con el cerebro. El profesor estaba especialmente versado y fascinado por la mente, pensaba que existía una relación entre pensamientos, emociones y ondas. En el cuarenta y dos construyó un aparato médico llamado Ondógeno, un generador de ondas electromagnéticas ultracortas para aplicaciones terapéuticas.»

Enzo no entendía nada. Miró de reojo a la doctora que los seguía y encontró en ella el mismo desconcierto, la misma turbación. «Arturo, discúlpeme, pero ¿qué tienen que ver las ondas con los pensamientos y las emociones?»

El custodio se detuvo en medio del corredor. «Desde siempre, el hombre se ha dedicado a numerosas formas de arte. Pero ¿qué es lo que nos emociona? ¿Qué forma de arte le gusta a usted?»

¿Arte? ¿Qué tenía que ver? «No sabría decir, muchas cosas... Una es la música.»

Arturo asintió. «Ondas sonoras. Si me hubiera respondido la pintura, le habría dicho esto: los colores son longitudes de onda de la luz. ¿Y cómo reacciona el cerebro a los estímulos, si no es con ondas cerebrales?»

Enzo se frotó la cara. El rumbo que estaban tomando las investigaciones iba más allá de sus conocimientos. «En resumen, ¿usted supone que intentaban actuar sobre la mente a través de ondas dirigidas al cerebro? ¿Cree que esos chicos fueron utilizados como cobayas de laboratorio y que el origen de estos experimentos está en el Fascismo?»

El custodio reanudó la marcha por el corredor. «Del Fascismo, y del científico al que el profesor Creti ayudaba. Cuando encontró los artículos en los años noventa, decía que aquel científico había muerto, y se repetía a sí mismo que estaba feliz de haber

abandonado esos experimentos al cabo de pocos meses. Había cedido toda participación en ese proyecto, todas sus notas.»

«¿Pero experimentos para qué? ¿Qué propósito tenían?»

Arturo se detuvo ante un portón de nogal de doble hoja. Lo abrió: una enorme sala lucía, a lo largo de las paredes, espadas, armaduras y animales disecados. «Este era el refectorio del monasterio. Ahora es la antesala del museo que alberga las patentes del profesor. En cuanto a lo que los fascistas intentaban, solo puedo formular hipótesis.»

«Ayúdeme a entenderlo yo también, porque no estoy entendiendo nada.»

Él cruzó los brazos. «Condicionamiento y control mental.»

¿Qué? Enzo se rio. Aquella teoría superaba cualquier límite del sentido común.

«¿Le parece divertido?» El custodio lo miró de reojo, irritado. «Escuche esta vieja historia: ¡no piensen en un elefante!»

La figura, con trompa y orejas incluidas, apareció en su mente. Enzo dejó escapar un bufido: Arturo quería demostrarle precisamente hasta qué punto su petición era imposible. «La sola conciencia de la palabra "elefante" obliga a pensar en ello.»

«Exacto.» El custodio se volvió, en dirección a la puerta del otro lado. «Inducción del pensamiento. El Fascismo se centraba en la propaganda. Si estudiaban cómo las ondas podían influir en el cerebro de animales de laboratorio, supongo que lo hacían para aplicar esos estudios a los seres humanos.»

«¿Inducción del pensamiento? ¿Con una máquina que mete ondas en el cerebro?»

«Son solo hipótesis. Piense en las risas enlatadas de las series de televisión: todos saben que son falsas y, aun así, los productores siguen usándolas. ¿Por qué? Porque funcionan. Resonancia. Tal vez los fascistas intentaban hacer lo mismo, inducir una resonancia en las ondas cerebrales, con el objetivo de manipular la mente.»

Enzo tragó saliva. Era escalofriante. Incluso la doctora parecía conmocionada. «Romina, ¿todo bien?»

Ella se obligó a esbozar una tímida sonrisa, claramente forzada. «¿Cómo ha conseguido relacionar todo esto?»

Arturo se detuvo ante el portón e hizo tintinear de nuevo el manojo de llaves. «Desde que murió el profesor le doy vueltas a esto. Por lo poco que pude conocerlo, me pareció que se entregaba tanto a los demás como si sintiera que debía hacerse perdonar algo.» Suspiró. «Pero eran otros tiempos. En aquellos años el electrochoque era un procedimiento médico aceptado en seres humanos, él solo había hecho pruebas con conejos, obligado por un régimen al que no se podía oponer.»

Al pensar en aquellas prácticas, Enzo contuvo una arcada. Para disipar cualquier sospecha sobre Creti, había llegado el momento de sembrar la duda en el custodio. «¿Y usted está realmente tan seguro de que la colaboración del profesor se limitó a tan poco?»

Arturo metió una llave en la cerradura y la hizo girar dos veces. «Juzguen ustedes. Aquí dentro está la vida entera de Marcello Creti.»

~

Las máquinas, las vitrinas y las condecoraciones llenaban toda la sala. Enzo avanzó junto a la pared tapizada de certificados. Una vitrina mural exhibía una cruz dorada, y justo debajo una placa de latón llevaba grabada la inscripción: 1947, la croce d'oro lateranense e la nomina dal supremi scaligeri nobiliaris ac militaris equitum concordiae ordinis.

Más adelante colgaba un diploma de la Academia Mundial de Profesionales: Nombramiento como vicepresidente de la clase de invenciones, 1950.

Y luego, cuadros con recortes de periódico a montones...

Otra placa: La Galería del Inventor le confiere el Diploma de Mérito con Medalla de Oro por la invención del Generador de

Corriente Autoexcitante para Moléculas de Gases Enrarecidos.

Pero ¿cuántas cosas había hecho aquCreti?

Las máquinas expuestas estaban llenas de válvulas y remaches, la vanguardia tecnológica de un siglo atrás. Un armario acristalado contenía teléfonos, radios y transistores, una estampa de un pasado fascinante. Enzo se palpó el teléfono en el bolsillo. Quién sabía si, en aquel tiempo, habrían podido imaginar un progreso así.

Tubos de neón, cámaras fotográficas, acumuladores eléctricos... ¡Hostia!, si había un superhombre, era ese científico...

Entre los demás cuadros, había enmarcada la foto de un automóvil. «Disculpe, Arturo, pero ¿también construía autos?»

El custodio se echó a reír. «Ese es el automóvil Autarchica. Se trata de un utilitario que permitía un gran ahorro de combustible, con un litro de gasolina recorría 48 kilómetros, me parece. El modelo presentado al Duce en febrero de 1940 fue expuesto en Palazzo Venezia. Por entonces, el profesor tenía solo dieciocho años.»

Era solo un muchacho... Increíble.

Marcello Creti parecía casi inhumano, surgido del período más oscuro del mundo. No por casualidad, al lado de la imagen del automóvil, un cuadro enmarcaba un artículo de periódico fechado en 1943. El título mencionaba los bombardeos ocurridos en Soratte, y la foto en blanco y negro de un enorme avión en vuelo estaba rodeada por el texto del artículo.

Enzo lo señaló. «¿Y esto?»

«Es un B-17», dijo Romina, que se había detenido a su lado. «Un bombardero aliado de la Segunda Guerra Mundial.»

¿Cómo podía saber hasta el modelo? «¿Pero has estudiado historia o medicina?»

Ella se encogió de hombros, y Arturo los alcanzó. «Sí, también por eso confío plenamente en el profesor. Ese cuadro lo colgó él mismo. ¿Se han fijado en que hay una anotación a lápiz al final del artículo?»

Enzo aguzó la vista: el trazo de grafito rezaba «el fin de una pesadilla», firmado por Marcello Creti. «Entonces no era partidario

del régimen.»

«En absoluto. Lo padecía, como todos por entonces.»

«Pero el fascismo cayó en el cuarenta y cinco, no en el cuarenta y tres.» Enzo se echó el cabello hacia atrás. «¿Por qué colgó precisamente este artículo, y no el que anunciaba el fin de Mussolini?»

El custodio abrió las palmas. «Solo sé que le tenía un apego especial a ese cuadrito.»

Enzo suspiró. Aquel cuadrito... no le cuadraba. Y si Creti había escrito en el anverso del artículo... «¿Puedo descolgarlo? Querría ver si hay algo más escrito dentro.»

Arturo negó con vehemencia. «Absolutamente no. Podría estropearse. ¡Esto es un museo!»

Y era una fuente de respuestas para madres que exigían justicia. Solo había una manera de convencerlo. «¿Usted lo ha hecho alguna vez? Me refiero a mirar el artículo original entero.»

«No.»

«¿Y no le gustaría saber si el profesor Creti escribió otras notas por el lado interior? Tal vez podría encontrar alguna información más, la respuesta a aquello que tanto le costaba revelarle sobre aquel período oscuro.»

El custodio frunció el ceño. Había cedido. «¡Ah!», bufó. «Lo hago yo.» Tomó el cuadrito de la pared y lo llevó a un escritorio. Se puso unos guantes y giró los cierres de la parte trasera.

Detrás había una hoja amarillenta, doblada en cuatro. Arturo abrió los ojos de par en par y tragó saliva. Con la punta de los dedos sacó la hoja y la dejó a un lado. Con sumo cuidado desplegó la reliquia, revelando un mapa.

«¡Es el monte Soratte!», chilló el custodio. «¡El mismo del bombardeo de ese artículo! Hay un búnker de la Segunda Guerra Mundial ahí debajo.»

Una «x» marcaba una ladera de la montaña, y debajo había otra anotación: «Guido dice aquí. ¿Laboratorio?»

Enzo señaló el nombre sin tocar el papel. «¿Quién es Guido?»

Arturo se acarició la corona de pelo gris. «Por lo que sé, era el viejo chofer del profesor.»

«En el artículo, el profesor escribió que era el fin de una pesadilla, y detrás hay un mapa de la zona de aquel bombardeo con una x que señala un posible laboratorio.»

Los tres intercambiaron miradas incrédulas. Enzo sacó el teléfono y llamó a la central. «Tenemos que organizar una búsqueda bien grande. Creo que hemos descubierto un viejo laboratorio fascista donde se hacían experimentos humanos.»

DOSSIER

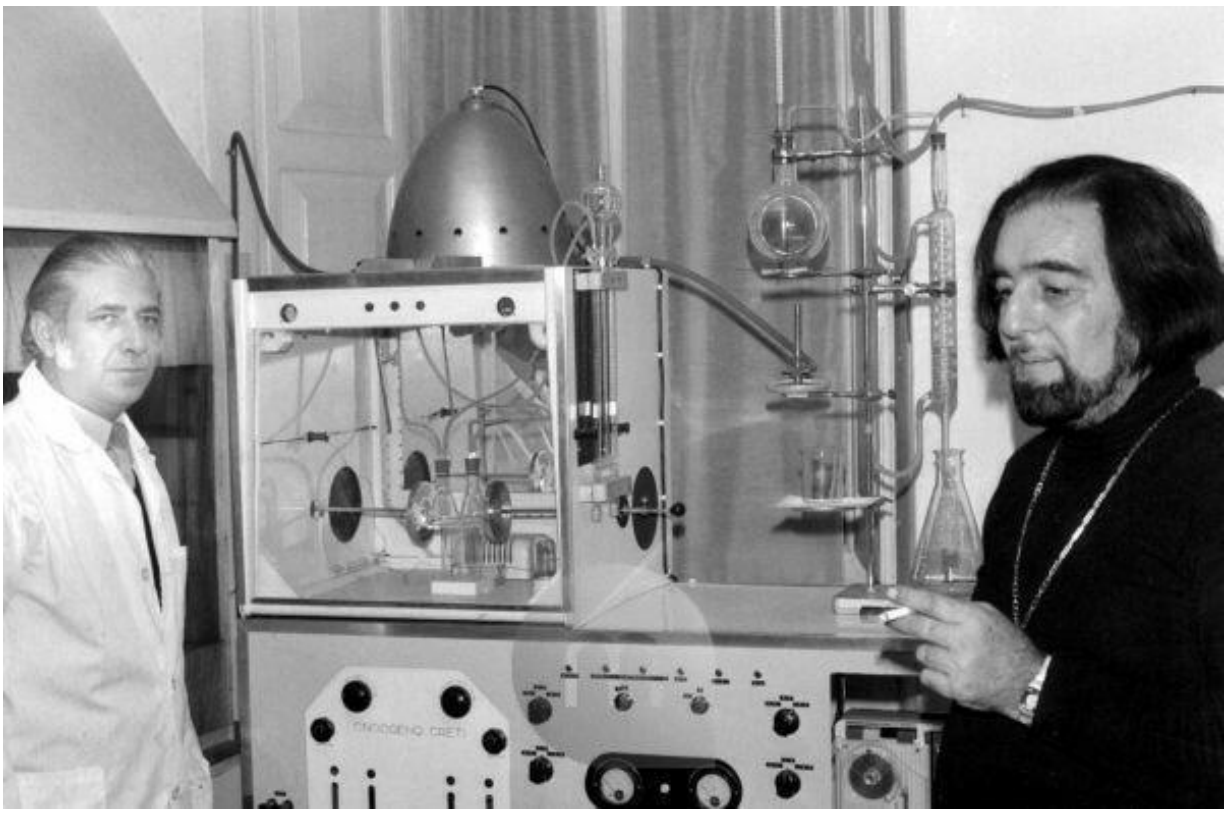
Al escanear este código QR se abrirá un vídeo de YouTube con un reportaje televisivo grabado en el monasterio, en el que Marcello Creti muestra algunos de sus inventos.

Sobre el cronovisor no existen confirmaciones fiables. Algunos relatos cuentan que Creti participó activamente, junto con los científicos italianos Enrico Fermi y Ettore Majorana, el científico alemán Wernher von Braun (ya inventor de las V2 y director de la NASA) y el japonés Hideki Yukawa (premio Nobel de Física en 1949 y descubridor del mesón nuclear opión, además de estudioso de la emisión y absorción de fotones por parte de partículas cargadas), en la realización del "Cronovisor". Pero no hay nada oficial.



Ondógeno inventado por Creti en 1942. La introducción de las ondas electromagnéticas de corta longitud de onda en las aplicaciones terapéuticas constituyó un logro positivo de la ciencia médica. Marcello Creti, en 1942, perfeccionó la Marconiterapia con su Ondógeno, que, por la utilidad de su mejor aplicación, fue puesto de inmediato en el mercado y utilizado en los hospitales, con elogiosas declaraciones de numerosos clínicos como el prof. Filippo Saraceni, jefe de radiología del Hospital San Giovanni; el prof. Mario Serena; el prof. Luigi Parola, jefe de radiología del Ospedale Maggiore de Milán; y el Gran Oficial Stuckold, colaborador científico del Vaticano y asistente médico de la Universidad de Berlín.

Las condecoraciones de Marcello Creti mencionadas son reales. Al igual que sus inventos y patentes. https://www.marcellocreti.it/



2.5

2015

Unos días después
Soratte

En la Panda, aparcada en un apartadero del camino de mulas, Enzo contó el octavo tono de llamada: la doctora no contestaba. ¿Dónde se había metido?

Ruidos de excavación llegaban desde más arriba, justo en dirección a la X marcada en el mapa de Creti. Los obreros llevaban días trabajando, y el director de la obra había avisado de que pronto romperían la última capa que impedía el acceso a aquel laboratorio secreto…

Sin duda, Romina habría querido presenciar el hallazgo, pero no contestaba. Enzo se guardó el teléfono en el bolsillo, metió primera y arrancó, volvería a intentar invitarla cuando llegara.

Otra vez un trayecto cuesta arriba por curvas de herradura, y el fastidio de tantos desplazamientos le fermentaba en el estómago. La Panda, en cambio, parecía estar en su hábitat, el motor aullaba de alegría al trepar por el camino de mulas. Enzo apretó el volante con las manos a las diez y diez, inclinado hacia delante, hacia el parabrisas. Cada bache desbocaba las suspensiones y le sacudía las lumbares.

La pequeña Panda se movía a sus anchas en aquel terreno, menuda, perfecta para los estrechos senderos de montaña italianos e imparable al devorar sus pendientes. Lástima que él odiara todo aquello.

Un badén le tapaba la vista, Enzo hizo subir la aguja del cuentarrevoluciones y soltó el embrague sin brusquedad. La Panda superó el obstáculo con brío, pese a los años. Despierta, como pocas viejecitas saben ser. Ante aquella idea, las caderas de Romina se dibujaron en la imaginación de Enzo, la única mujer tan voraz como aquel coche, pese a la edad.

Ostras, si hasta la Panda le recordaba a la doctora, de verdad estaba en apuros.

Una nube de polvo se colaba entre las hayas y bajaba hacia el valle, la excavación estaba cerca. Aquel camino de mulas no llevaba a ninguna parte, se interrumpía a media montaña, y muchos se habían preguntado para qué servía. Había hecho falta encontrar el mapa para entender que, para hallar la respuesta, había que excavar.

Enzo tomó la curva y salió a una explanada. Una docena de obreros con cascos amarillos trabajaba alrededor de una gruta, una miniexcavadora sacaba escombros y unos hombres empujaban un carro cargado de puntales hacia el interior de la montaña.

Apagó el motor de aquel pequeño orgullo italiano, salió y cerró la puerta. También esa vez, el cacharro no lo había dejado tirado. Acarició el techo. «Buena chica. Me haces un poco más llevaderos todos estos odiosos desplazamientos.» Le soltó dos palmaditas a la chapa como si le hubiera dado a su novia un par de azotes dulces y coquetos.

Entre los cascos amarillos que trabajaban, uno, de espaldas, tenía el culo de Rinaldi. Ostras, ¿ahora hasta los hombres le provocaban aquellas visiones?

El obrero se volvió, y era ella: vestida con un chaleco amarillo reflectante y botas de seguridad. ¿Qué hacía ya allí?

Se le acercó. «¿Romina?»

Ella se volvió, seria. Meneó la cabeza como si tratara de despertarse de un sueño. «Hola, Enzo.»

«¿Pero qué haces aquí?»

«Quería estar presente.» Sonrió.

Parecía importarle de verdad, una confirmación más de que era una mujer atenta y cumplidora.

Un tipo con casco blanco y un portapapeles en la mano se les acercó. «La doctora vino también ayer a supervisar los trabajos, en vano, porque no conseguimos abrir el paso. Pero hoy deberíamos lograr entrar. Si no me equivoco, usted es el inspector Bestetti. Soy Franco, el director de la obra.» Le tendió la mano.

«Mucho gusto.» Enzo se la estrechó. «¿Cuál es el procedimiento una vez despejada la entrada?»

«Bueno, este es un sitio histórico y hay que trabajar con cuidado. De todos modos, estamos hablando de un búnker concebido para resistir bombardeos, así que es difícil causar daños. Una vez comprobado que la zona es segura, y bajo la supervisión de Patrimonio Cultural, podremos entrar.»

Enzo soltó un bufido, la burocracia italiana siempre era un obstáculo para las investigaciones. «Quiero dejar constancia de que ese laboratorio está bajo investigación por varios homicidios. Antes de ser considerados hallazgos históricos, los materiales del interior son pruebas.»

Romina se aclaró la voz y se frotó una bota contra la pantorrilla. «Yo soy la médica forense encargada, y para mí es importante hacer desde el primer momento una inspección ocular a fin de revisar la maquinaria del laboratorio y los tipos de traumatismos que podría infligir a un cuerpo.»

El director levantó la palma. «Claro, claro. En cuanto...»

«¡Cuidado!» Un estruendo de rocas llegó desde la gruta y la entrada vomitó una bocanada de polvo.

Una pausa, seguida de voces agitadas. «Todo bien, todo bien. ¡Hay un corredor! Baja hacia el interior de la montaña y el paso está despejado!»

Enzo le hizo una seña a la doctora: por fin podían entrar. Echó a andar hacia la entrada.

«¡Espere!» El director le tendió un casco. «¡Es necesario!»

Él lo tomó, se echó el pelo hacia atrás con los dedos a modo de peine y se lo puso. Apenas dio unos pasos, cuando de la entrada de la gruta salió un obrero. «Director, ¡hay algo raro!»

«¿Qué?»

«El paso que hemos abierto da a un corredor en bajada, con una hilera de lámparas de pared a lo largo del recorrido.»

El director se encogió de hombros y ladeó la cabeza. «¿Y qué?»

El obrero tragó saliva. «Bueno... Las luces están encendidas.»

~

La hilera de lámparas de pared, protegidas por rejillas metálicas, despedía una luz amarillenta y temblorosa. Enzo quitó el seguro a la Beretta, tiró de la corredera y dejó un cartucho en la recámara. Se volvió hacia Romina. «Espera aquí.»

Ella bufó. «¡Ni lo sueñes! Voy contigo.»

El director de obra apuntó la linterna a lo largo de los cables que unían los plafones. «¿No sería mejor esperar a que llegaran más refuerzos?»

Enzo agitó una mano. «Entro y punto. Solo faltaba que alguien haya entrado por otro acceso y esté destruyendo todas las pruebas. ¿Puede explicarme cómo pueden seguir encendidas esas luces después de ochenta años?»

El director se rascó bajo el casco. «Ahora mismo el museo del Búnker Soratte está abierto a las visitas. Si esta bajada lleva a una sección aparte, quizá estén encendidas solo porque reciben corriente del módulo principal.»

¿Era posible que en todos aquellos años no hubieran descubierto nunca aquella sala? «¿Cómo puede ser que quienes se ocupan del sitio no se hayan dado cuenta jamás?»

El director encogió la cabeza entre los hombros y adoptó un aire inocente. «También corren otras leyendas sobre este búnker. Se dice que esconde en algún lugar el oro del Banco de Italia robado por los nazis. Hay testimonios que aseguran que lo trajeron de noche y que

asesinaron a todos los conductores. Lo buscaron, pero nadie ha encontrado nunca nada.»

La doctora encendió una linterna y la apuntó hacia los recovecos del pasadizo. «Yo estoy lista.»

¡Hostia!, para impedir que bajara tendría que atarla. Enzo asintió y abrió camino. Lo siguieron Romina, el director de obra y un par de obreros más. Sabía que debería esperar pero, con cada segundo que pasaba, alguien podía estar destruyendo pruebas importantes.

Cuanto más descendían, más intenso se volvía el frescor. El pasillo tenía aproximadamente un metro de ancho y un par de metros de alto. Las paredes eran de hormigón. El techo abovedado, también. Estaban rodeados de cemento, y quién sabía de qué grosor.

Caminaron entre el polvo, haciendo crujir los guijarros bajo las suelas. Cinco minutos de bajada, con numerosas curvas en ángulo recto, una solución empleada en la guerra para quebrar las ondas expansivas de un bombardeo exterior.

Al final del recorrido, una puerta de plomo. Sin cerradura, solo una barra. Enzo la agarró y alzó la voz. «¡Carabinieri!» Apretó, pero no se abrió.

Hizo más fuerza, pero parecía petrificada. «¡Carabinieri, si hay alguien ahí, que abra!»

Nada.

«Espere, déjeme a mí.» Un obrero lo rebasó en el angosto pasillo, otro se agachó y hizo palanca con el hombro sobre la barra, mientras el primero tiraba desde arriba. «¡Uno, dos, tres!»

La barra gimió con un chirrido de metal contra metal y tronó al llegar al tope con un estrépito seco. Tiraron, y las bisagras chirriaron. La puerta se abrió, y el hedor a cadáver podrido, óxido y moho invadió la galería.

La estancia al otro lado de la puerta no estaba iluminada. Enzo alzó la Beretta, alineándose con la mira. Las linternas a su espalda movían los círculos de luz de un lado a otro del cuarto, revelando retazos del pasado.

Entró.

Todo era blanco, cubierto por una capa de cal de un dedo de espesor, ya convertida en polvo. Una cama, un escritorio. Un cuadro eléctrico y ninguna otra entrada, en una estancia de unos diez metros de largo.

No había nadie.

La Beretta volvió a la funda. «¡No toquen nada!»

Era como un viaje en el tiempo. Tarros con etiquetas de curvas redondeadas, propias de otra época, radios y aparatos electrónicos de válvulas, toscos y cargados de metal y madera. El plástico parecía un material desconocido.

Y luego, en medio, una silla macabra, cubierta de correas...

Fue precisamente esa, en el centro del laboratorio, la que atrajo la atención de todos: tenía correas en los reposabrazos, en los pies, incluso en el respaldo. Al lado, en el suelo, algo parecido a un cuenco. Enzo se acercó: era un casco, y de la cúpula sobresalían puntas afiladas orientadas hacia el interior, como una virgen de hierro.

Qué asco.

De la cúpula del casco de tortura salía una serie de cables eléctricos. Siguió su recorrido hasta un viejo proyector, junto a una tela encogida sobre un caballete. Unas bobinas quemadas yacían en el suelo. No había cuerpos y, aun así, el hedor a sangre y podredumbre flotaba por todas partes.

La náusea lo asaltó.

Quién sabe cuántos chicos habían matado allí dentro...

Romina estaba horrorizada, como si estuviera bajo el efecto de estupefacientes. Miraba a su alrededor con el terror en los ojos. Pobre. Y eso que llevaba toda la vida haciendo autopsias, reconstruyendo la brutalidad de la violencia infligida a las víctimas.

Pero aquella silla... era la síntesis del mal.

Enzo se acercó, tenía que entenderla, descifrarla, darle sentido a todo aquello. Examinó las correas. A pesar del polvo, en el cuero se

apreciaba el desgaste de tirones repetidos. Quién sabe durante cuánto tiempo quien había estado sujeto allí se había retorcido de dolor, bajo la tortura, en un inútil intento de supervivencia.

Qué asco.

Qué asco da el ser humano.

En realidad, quien había hecho todo aquello no podía ser un hombre. Ni siquiera merecía ser comparado con un animal. No era, y punto.

Enzo contuvo una vez más la arcada. «No toquen nada. La policía científica llegará enseguida.»

~

Lo angosto del espacio limitaba el trabajo de los técnicos. Solo dos figuras enfundadas en monos blancos estaban catalogando el material. La doctora estaba inclinada sobre las bobinas destruidas, con las latas redondas abiertas y desparramadas por el suelo.

Enzo se separó de la pared. «¿Has encontrado algo?»

Romina se sobresaltó. «No, nada. Las filmaciones están todas destruidas. Quien dejó este lugar se ocupó muy bien de borrar el material.»

Joder. «¡Es imposible que, con todo lo que hay aquí, no haya nada útil!»

Romina señaló un hueco bajo el proyector. «Los cables del casco llegan hasta ahí, pero el aparato no está. Debía de estar conectado al proyector, pero se lo llevaron.» Señaló las bobinas reducidas a jirones en el suelo. «Fuera lo que fuese lo que estaba impreso en esas películas, lo quemaron.» Suspiró. «Lo único que tenemos es un casco con electrodos, pero eso ya lo habíamos supuesto, no nos dice nada nuevo.»

¡Hostia!. ¿Podía un hallazgo así convertirse en la tumba de la investigación? ¿Qué tenían que ver un proyector y unas películas con aquellos experimentos? ¿El científico se grababa mientras

torturaba a los chicos? ¿Les enseñaba filmaciones que ensalzaban a Mussolini y al régimen fascista?

La película estaba reducida a una bola de celulosa quemada. Había una treintena de latas abiertas. ¿Significaban treinta experimentos?

Un hombre enfundado en un mono blanco asomó por la puerta de plomo. «Doctora Rinaldi. Aún no me ha firmado el viejo informe sobre el punzón octogonal.»

Romina se acercó a él. «Hola, Salvo. Sí, tienes razón.» Giró el índice, abarcando todo el perímetro de la estancia. «Por favor, coordinémonos también con este material y con las autopsias que te envié. Aunque dudo que encontremos algo interesante.»

Enzo se mordió el labio. No podía aceptarlo. Treinta latas, treinta torturas. Treinta. Solo en aquella puta sala de la muerte.

Bajo el polvo, en la lata más cercana, asomaban una mancha negra y una etiqueta amarillenta. Sin tocar nada, Enzo sopló sobre ella. Ponía algo: SUPERDOSE.

SUPERDOSE... ¿Dónde lo había leído?

Una intuición le despertó el recuerdo. Sonrió.

Quizá no tuvieran solo una silla, unas correas y unas latas inútiles, aquellos discos de hojalata acababan de darles una pista. Se levantó del suelo y miró el proyector. La sonrisa le tensó todavía más los rasgos. «Romina...»

Ella se volvió.

«En una lata pone "SUPERDOSE". Tú no la viste, pero entre los trastos de su hijo que me enseñó la señora Fabrizi había un montón de videocintas de películas viejas, Tremors, Nightmare... Una tenía la misma etiqueta, SUPERDOSE. Pensé que era una película que no conocía, pero ahora, teniendo en cuenta que ese chico sufrió el mismo tratamiento reservado a quienes pasaban por aquí, me pregunto si no sería una de estas filmaciones, entregada al chico precisamente por su verdugo.»

Romina abrió los ojos de par en par y Enzo decidió darle el golpe de gracia. «Además, mira.» Señaló el proyector: en la bobina de recogida más grande todavía quedaba película dentro.

Romina se sobresaltó, incrédula. Quien había huido del laboratorio a toda prisa había destruido las filmaciones, sí, pero se había olvidado de sacar la película del proyector.

Sí, no todo estaba perdido. Enzo esbozó una sonrisa torcida. «Llévense la maquinaria a sus laboratorios, pero esa película vendrá conmigo, a ver a un especialista.»

2.6

2015

Laruvio

En la sala de interrogatorios, debidamente equipada, Enzo alzó la tapa del videograbador y vio su iris reflejado en los cabezales brillantes del compartimento. Recordó cuántas veces había curioseado dentro de un aparato parecido, cuando él también tenía uno. Retiró el dedo y el resorte volvió a cerrar la ranura.

Los recuerdos de los primeros años noventa se le impusieron en la mente, cuando duplicaba las videocintas de dibujos animados para su hijo. Ese hijo. El que luego descubriría que era homosexual. Y al que había insultado, como buen italiano medio dado a moralizar.

Enzo había sido un mojigato, tanto como los mismos fascistas a los que perseguía en aquellas pesquisas. La película recuperada en el búnker estaba siendo examinada por un experto, mientras que el resto de la maquinaria había sido incautado por la policía científica. Quedaba por ver, junto con la Fabrizi, la videocinta de su hijo, etiquetada con el mismo nombre que las grabaciones encontradas en el Soratte: SUPERDOSE.

Romina entró en la sala. «La señora Fabrizi está llegando, están estacionando ahora mismo.»

Bien. «Según tú, ¿por qué "SUPERDOSE"?»

Ella suspiró. «Para una grabación, no sabría decir.» Agarró el elástico y tiró de él hacia la nuca, apretándose la coleta. «Por definición podía ser ese extra que necesitaban para sus fines, como

una dosis más de su medicina. Al final, se trataba de experimentos, de intentos.»

Ya. Con unos críos.

Desde el pasillo, la cerradura automática de la entrada del cuartel saltó con un zumbido eléctrico y el burlete rozó el suelo. «¡Ahò, appuntato De Rossi! ¡Buenos días!» La voz inconfundible de la Fabrizi confirmaba su llegada.

«¿Cómo está, señora Maria?» Más allá de la esquina, De Rossi la estaba recibiendo.

«¿Y cómo quiere que esté, ahò? ¡Estoy bajo arresto domiciliario! Pero mi abuelo decía: mejor el culo helado que un helado en el culo.»

Sí. Era la Fabrizi. Desde que la había visto junto a Lucio, aquella mujer se parecía cada vez más a él, como una matrona romana. Que hubiera salido a la luz la verdad debía de haberla liberado.

Escoltada por el appuntato, llegó a la sala e hizo un gesto con el mentón. «Inspector, buenos días, né.» Las ojeras azuladas y el rostro pálido no casaban con aquel aire jovial, y revelaban que estaba intentando mostrarse más fuerte de lo que en realidad era.

Enzo echó los hombros hacia atrás, orgulloso de aquel pequeño paso adelante. «Señora Maria, como le prometí, las investigaciones empiezan a desbloquearse.»

Ella asintió con una sonrisa que esta vez parecía sincera. Vio a Romina y la boca se le cerró de golpe en una línea dura. «Ah, está ella. Inspector, ¿dónde está tu amigo el flaco?»

«¿Quién?»

«Pero sí, ese que, si se tira un pedo, despega. Daje, estaba con usted cuando nos vimos por primera vez.»

Se refería a Vito. «Hoy no vendrá. Solo veremos la cinta nosotros, con la doctora Rinaldi.»

«Ah.» La Fabrizi hizo una mueca de desprecio al mirar a Romina, no le gustaba en absoluto. «Bueno, dado que yo parezco una salchicha con brazos, ahò, sin tu amigo el flaco querrá decir que no pareceremos el Gordo y el Flaco.»

Enzo sintió que se le curvaban los labios. Menudo personaje era aquella mujer. De verdad parecía estar oyendo a Lucio, pero en femenino. «De Rossi, ¿la cinta?»

«Aquí está.» La alzó a la altura del rostro. Fue hasta el televisor y lo encendió.

Enzo acercó dos sillas a la pantalla e invitó a la Fabrizi a sentarse. «¿Sabe por casualidad quién, cuándo o cómo llegó esa videocinta a manos de su hijo?»

Ella negó con la cabeza y se sentó. «Pero he pensado una cosa, né. Cuando fueron a mi casa a dejarme la nota, estaban buscando esa cinta. Pero no la encontraron.»

El rubio había dejado un pelo aquella vez. «¿Quiere decir que su casa estaba patas arriba?»

«Sí.»

Era probable que la estuvieran buscando.

De Rossi la metió en el videograbador. «¿Le doy, inspector?»

Enzo miró a la Fabrizi, que asintió. Luego buscó el visto bueno en los ojos de Romina, que también asintió. «Veamos la grabación.»

~

Enzo se sentó y apoyó los codos en las rodillas. «Señora Maria, si nota algo, avísenos.»

Ella asintió y De Rossi puso en marcha la videocinta.

La pantalla tembló y dibujó un hormiguero de puntos blancos y negros, que se volvieron líneas y acabaron llenándose de color. Sin audio. En subjetiva, una acera llena de grietas se deslizaba bajo el objetivo, y el zoom, demasiado cerrado, no dejaba entrever nada del entorno.

Al terminar la proyección volverían a mirar la grabación a cámara lenta, quizá así afloraría algún detalle.

La acera seguía deslizándose y la cámara continuaba apuntando al asfalto. Quien la llevara cruzó la calle y el zoom retrocedió. La pintura blanca de un STOP llenaba el asfalto.

«¡Para un momento, ahò!», gritó la Fabrizi. De Rossi pulsó el botón del videograbador y la imagen quedó congelada sobre un trozo de asfalto y pintura blanca.

La mujer señaló la pantalla. «¡Esa es via Appennini tal como era hace veinte años, detrás de mi casa!»

«¿Y cómo la ha reconocido?»

«Por las marcas en el suelo, né. ¡Ponía STPO en vez de STOP! Esa pintada siguió así hasta hace diez años.»

Tenían un lugar, pero no sabían quién sostenía aquella cámara. Podía ser el hijo de la Fabrizi quien grabara, como cualquier otro.

Enzo hizo un gesto y la cinta volvió a arrancar.

Más pasos, el asfalto se convirtió en grava y luego en césped. Las patas de un columpio cruzaron el encuadre, quien sostuviera la cámara estaba en el parque. Siempre apuntando hacia abajo, se detuvo frente a un interlocutor, encuadrando unas Converse.

«¡Para, De Rossi!», ordenó Enzo, y de nuevo el fotograma quedó congelado. Luego se volvió hacia la Fabrizi. «¿Recuerda si su hijo tenía esas zapatillas?»

Ella parecía de cera. «Sí, las recuerdo bien.» Las lágrimas le surcaron los pómulos carnosos. «Porque cuando encontraron el cuerpo y me lo devolvieron después de la autopsia, estaban en la caja con sus cosas. ¡Las llevaba puestas cuando me lo mataron!»

Pobre mujer, obligada a revivir aquellos recuerdos veinte años después. Al menos ya sabían que quien filmaba no era el chico. Por lo tanto, era muy probable que fuese el asesino, y bien podía tratarse del rubio al que estaban buscando, solo mucho más joven.

El vídeo siguió.

Quien grababa y el chico de las Converse seguían allí, uno frente al otro. Tal vez hablaban, pero no había audio. El hecho de que el encuadre apuntara siempre hacia abajo hacía pensar que la cámara estaba oculta. Era probable que Sandro Fabrizi no supiera que lo estaban grabando.

«¡Cien mil liras!» Los altavoces del televisor tronaron con la voz de un muchacho y volvieron a quedar mudos. Las liras eran la moneda anterior al euro, y aquello confirmaba que la grabación databa de los años noventa.

La Fabrizi soltó un grito. «¡La voz de Sandro! ¡Su voz!»

Más sonidos salieron del televisor. «¡Cien mil liras o no se hace!» De nuevo la voz del chico, seguida por un corte de audio. El vídeo había sido manipulado para ocultar las respuestas de quien grababa. Solo habían borrado el audio del interlocutor.

Enzo levantó la palma. «¡Para! ¿Cuánto valen cien mil liras?» De Rossi la detuvo. «Poco más de cincuenta euros.»

La Fabrizi sollozaba con la cabeza entre las manos. Lloraba, las lágrimas y los mocos se le mezclaban en el rostro. Había oído la voz de su hijo en la cinta que lo había condenado a muerte.

A Enzo le dolía el corazón en el pecho. «Señora, ¿quiere que paremos?»

La pobre mujer cogió un pañuelo, se secó y se sonó la nariz. «No, sigamos. ¡Solo espero que no me hagan verlo morir!»

Enzo sintió un escalofrío. A fin de cuentas, aquella videocinta había estado en manos del muchacho. Era imposible que su muerte estuviera grabada allí. El asesino se la había entregado por algún motivo. Por lo tanto, su muerte no podía estar registrada en la cinta.

De Rossi la puso de nuevo en marcha.

La grabación temblaba, siempre con las Converse de Sandro en el encuadre. La cámara giró y el césped volvió a pasar bajo el objetivo, el asesino se estaba marchando. Un gato blanco y negro, sujeto por el pescuezo, apareció en una mano enguantada de cuero negro.

La Fabrizi se estremeció. «¡Silvestro! ¡Mi gato, el que había desaparecido!»

El gato agitaba las garras. El asfalto volvió al encuadre y el hombre se detuvo, cogió una jaulita junto a la rueda de un coche. Metió al gato dentro y la imagen se precipitó en el hormiguero de puntos blancos caóticos, igual que al principio.

¿Eso era todo?

Se cruzaron una mirada. Enzo abrió la boca, pero la televisión volvió a temblar con líneas blancas y lanzó a la pantalla un encuadre fijo.

Una habitación invadida por luz roja, en la parte baja de la pantalla se veía una porción de mesa de operaciones. La jaulita con Silvestro fue depositada sobre la mesa por una mano enguantada, luego entró en escena un segundo gato, completamente blanco y suelto. Se acercó por un lado y fue a olfatear a Silvestro, encerrado en la jaula.

Al fondo, un anciano en silla de ruedas entró en el encuadre. La empujaba el rubio, que allí parecía jovencísimo, apenas pasados los veinte.

¿Y si aquel anciano era el científico del que hablaba Creti y el rubio su ayudante? ¿Quizá padre e hijo?

El viejo gesticuló, la boca se le torció en una sucesión de muecas. Sus piernas largas y huesudas, abandonadas sobre los reposapiés de la silla, hacían que las rodillas le quedaran más altas que el asiento, aquel hombre debía de ser muy alto.

El rubio daba la espalda al encuadre y se comunicaba con él, luego volvió hacia la cámara sin dejar de mover los labios.

«¡Para!» Enzo se disparó hacia la pantalla. «Retrocede un poco, déjame leerle los labios.»

De Rossi rebobinó unos segundos de cinta y reprodujo la secuencia otra vez.

Enzo, a un palmo de la pantalla, se concentró en los labios del rubio. «A... Aldo. Dice: “Claro, Aldo”.» Si aquel viejo era el científico, tenía que llamarse Aldo.

El rubio llegó hasta la mesa de operaciones y sacó algo de debajo del mostrador. Volvió a erguirse y el encuadre lo cortó del cuello hacia abajo. Agarró al gato blanco por el cuello y lo aplastó contra el suelo, justo al lado de la jaulita de Silvestro.

Atrapado en aquella mano, el gato bufó directo hacia el objetivo y los altavoces del televisor lanzaron el audio a todo volumen.

Un martillo cayó sobre el hocico del animal, lanzando salpicaduras de rojo oscuro contra el objetivo. Los dientes del animal saltaron, la nariz quedó destrozada.

Seguía vivo. Las patas, con las uñas desplegadas, se retorcían, y otro golpe le destrozó las garras.

El martillo volvió a caer, la patita quedó doblada en dos, hecha añicos. Luego otro martillazo en el cráneo, la cabeza ya no era redonda y las patas se rindieron, inertes. Muerto, al lado de la jaulita de Silvestro.

El rubio siguió ensañándose, un golpe, dos, tres, cuatro. Arrojó el martillo sobre la mesa, alargó la mano y la grabación se convirtió en una pantalla negra que devolvía el reflejo de sus siluetas petrificadas mirándola.

¿Qué habían visto?

¿Qué era aquello?

Un golpe seco en la habitación los hizo saltar, Romina se había desplomado al suelo, inconsciente.

~

Enzo le tendió el té caliente a la doctora. «¿Mejor?»

Ella asintió. Metió los dedos finos en el asa y dio dos sorbos. «¿Qué me dices de la grabación?»

No era fácil recomponer las piezas, pero Enzo lo intentó. «Grabaron al hijo mientras les vendía el gato, luego se filmaron torturando a un animal al lado de Silvestro y le devolvieron la videocinta.»

Un chorro de ácido le subió a la boca. Enzo tragó con dificultad para no vomitar. «Creo que chantajearon al chico amenazándolo con machacar a martillazos a Silvestro, que él les había vendido. Quizá para llevarlo a alguna parte, o vaya uno a saber. Debieron darle la cinta con la amenaza de contárselo todo a la madre, y él debió

seguirles el juego. Tal vez para secuestrarlo y llevarlo a un lugar apartado. Luego lo usaron para sus experimentos.»

Romina dio otro sorbo, impasible. Quizá se avergonzaba de haberse desmayado por aquel vídeo, ella que hacía autopsias a cuerpos humanos. «¿Y cómo es que aquella cinta llevaba en la etiqueta el mismo nombre que la bobina encontrada en el búnker? ¿SUPERDOSE?»

Buena pregunta. La película hallada en el búnker quizá se la enseñaban a las víctimas durante los experimentos. «Tal vez la videocinta que le dieron al chico llevaba la misma etiqueta porque la habían regrabado sobre una de las que usaban en los experimentos.»

Romina asintió y dio un sorbo. «Quién sabe.»

El móvil de Enzo sonó. Desbloqueó la pantalla. «Nos lo dirá el experto. Acaba de escribirme que ya ha terminado con la bobina del búnker. También dice que el vídeo grabado en esas cintas es bastante espeluznante.»

2.7

2015

Roma

Enzo cruzó la calle y subió a la acera. Un par de metros más adelante, de la puerta del restaurante salía el tintineo de platos y vajilla, y aquello le despertó el apetito. El aroma del cacio e pepe, cada vez más denso a cada paso, era una tentación difícil de ignorar. El reloj de pulsera marcaba la una y media de la tarde, el negocio del especialista en películas seguía abierto solo por él, de modo que no podía detenerse a aplacar la punzada de hambre que le habían avivado los aromas de la cocina romana.

Romina lo adelantó. «¿Qué haces, te retrasas? ¡El técnico nos está esperando!» Pasó de largo ante el restaurante como si no necesitara comer para sobrevivir. Estaba completamente absorbida por toda aquella historia.

Enzo aceleró el paso. «Es culpa del olor.»

«Resiste, no pienses en eso. Quiero saber qué ha descubierto sobre esa película.»

Dejaron atrás tres calles laterales y se detuvieron ante una vitrina oscurecida por pesadas cortinas color púrpura. El adhesivo con la silueta de un proyector no dejaba lugar a dudas: era la tienda del técnico.

Entraron.

La radio entonaba canciones en dialecto romano. Ostras, si el experto también se ponía a hablar en dialecto cerrado, Enzo se pegaría un tiro en la cabeza. No es que no le gustara aquella cadencia, pero le costaba concentrarse.

Detrás del mostrador, una cortina de cuentas de madera cubría la puerta de la trastienda. Se abrió y apareció un hombre de unos sesenta años. «Estamos cerrados, lo siento, solo estoy esperando a unas visitas.»

Menos mal, el querido y reconfortante italiano. Enzo mostró la placa. «Nos está esperando a nosotros. Soy el inspector Bestetti.»

El viejo le tendió la mano. «Ahò, buenos días, inspector. Soy Ercole.»

Pero qué diablos. Enzo se la estrechó. «Buenos días.» ¿Cómo era posible que, en cuanto un romano se daba cuenta de que hablaba con un policía, sacara el dialecto?

«Mucho gusto, soy la doctora Rinaldi.»

Ercole los llamó con la mano. «Síganme, detrás del mostrador. Por aquí, ¿eh?» Desapareció tras la cortina, dejándola castañetear.

Al menos la cadencia del viejecillo era suave, quizá aquel hombre no se pondría a hurgarse los bolsillos como el bueno de Lucio. Al pensar en el conserje, a Enzo se le escapó una sonrisa. Qué tipos los romanos de pura cepa.

En la trastienda, las ventanas estaban cubiertas con telas negras, una elección más que lógica, dado que allí se manipulaban rollos de película. Cinco o seis proyectores ocupaban un rincón, junto a dos mesas de trabajo, y al otro lado había un escritorio con una computadora.

Ercole les hizo señas para que se acercaran a una mesa con una lupa enorme. «Debo decirles una cosa: en toda mi carrera jamás me había topado con una filmación así. Estos efectos especiales van mucho más allá de lo que podía hacerse en la época del celuloide, ¡Hostia!.»

«¿Efectos especiales?» Enzo se mordió el labio.

«No me dirán que torturaban a personas de verdad, ¿no?»

Torturar a personas de verdad. La única respuesta que se le ocurrió a Enzo fue el silencio. La cinta VHS de Fabrizi mostraba

violencia contra un gato, pero en las películas del búnker la violencia recaía sobre seres humanos.

La doctora tenía el terror en los ojos, una cosa era abrir un cadáver con fines científicos, otra muy distinta presenciar aquellas prácticas sobre un hombre consciente.

Ercole alternó la mirada entre ambos, y la expresión cortés de circunstancia se le heló en la cara. «Ahò, mierda, ¿de verdad? ¿Personas de verdad? Sabía que era un trabajo para los Carabinieri, pero creí que sería algo de Cinecittà, algún rodaje viejo.»

Enzo asintió. «Las filmaciones no son fruto de efectos especiales. Así que ya comprende por qué es importante cada detalle que haya encontrado.»

«Claro, claro. Entonces, esta es la película que encontraron en el Soratte.» Ercole cargó la bobina en un soporte, tomó el extremo y lo hizo pasar por una base rematada por una manivela. «Para empezar, el formato: 35 milímetros, el estándar, a diferencia del 16. La filmación probablemente se hizo con una cámara al hombro. Tal vez una Paillard Bolex. Está rodada a cincuenta fotogramas por segundo, como indica la cola del rollo. El estándar suele ser veinticuatro, pero la Paillard permitía estas variaciones artísticas.»

Pulsó un botón del mostrador y la base se iluminó con una luz blanca. Colocó la lupa sobre la película y giró la manivela hasta detenerse en el primer fotograma impreso. En la lente se agrandó el símbolo del águila del Istituto Luce. «Como ven, es posible fechar la película solo con el primer fotograma: período fascista. Pero, si queremos afinar más, basta con mirar estos dos símbolos.» Señaló una cruz y un cuadrado negro justo debajo de las perforaciones de la película, seguidos de letras y de algunos números.

Ercole dio unos golpecitos en el cristal de la lupa, a la altura de la A de la inscripción. «El punto negro sobre esa letra indica que la película fue fabricada en Canadá. Son los símbolos internacionales usados por Kodak. Para fechar las películas, la empresa utilizaba un código de figuras geométricas.» Descolgó de la pared un cuadrito

con una tabla plastificada. «La cruz y el cuadrado indican que el positivo se imprimió en 1935.»

Desplazó el índice hacia los otros numeritos. «Estos aparecen cada 64 fotogramas: es lo que se llama número de metraje. Pueden estar impresos con tinta o como imagen latente, visible solo después del revelado. Sirven para varias cosas: como referencia unívoca de los fotogramas, pero también para identificar el tipo de emulsión y el lote de fabricación. Sin embargo, puedo decirle desde ya que no llegará a nada con estos números: es demasiado antiguo, el laboratorio de origen ya no existe.»

Ostras, ¿todo esto con solo analizar la película? «Es muy interesante, pero ¿y la filmación?»

Ercole tragó saliva. «Sí, ahora se la enseño en la computadora, ya la he digitalizado.» Se acercó al otro escritorio y encendió la computadora. «Como les decía, la película está registrada a 50 fotogramas por segundo, pero creo que se proyectaba a otra velocidad. Luego les explico por qué.» Desplazó el ratón hasta una carpeta llamada Carabinieri y vaciló. «Tengo que advertirles: no es un espectáculo agradable. Sobre todo ahora que me han dicho que eran personas de verdad.»

Romina se humedeció los labios y asintió.

Enzo le acercó la silla por si volvía a sentirse mal. «Póngalo.»

Ercole suspiró e hizo clic en el video.

~

Una ráfaga de flashes blancos estalló en la pantalla. Luego el plano se abrió al laboratorio del búnker Soratte, con el techo abovedado y los apliques de pared. El gris del cemento parecía aún más opresivo en aquellas imágenes en blanco y negro. Un niño esquelético estaba atado a la silla de tortura. Le nacían regueros de sangre en la cabeza y le corrían por la cara.

¡Hostia!, qué flaco estaba.

Se revolvió entre las correas y gritó, pero no había audio. Una cuchilla apareció en plano subjetivo, empuñada por quien filmaba. Se acercó a la cobaya, a la altura de los ojos. El chico giró la cabeza, con la boca contraída por el terror.

Una ráfaga de destellos blancos y negros inundó la pantalla, luego se abrió a un prado. La cámara se elevó hacia el sol que despuntaba desde un valle, un paisaje muy parecido al panorama que se divisaba desde el Soratte. Bellísimo. Un conejito correteaba entre los arbustos. La cámara se acercó. Una mano entró en cuadro, apartó las frondas y dejó al descubierto una camada escondida bajo la madre.

Pantallas blancas intermitentes. Un martillo cayó sobre los conejitos y les destrozó la cabeza. La madre se interpuso con el cuerpo, como un escudo. Fogonazos blancos disparados en la pantalla. Una muñeca estaba sujeta al reposabrazos de una silla por correas de cuero. Una cuchilla se hundió y le abrió el antebrazo de arriba abajo. La sangre salió a borbotones. Una mano en perspectiva metió los dedos en el corte y abrió la carne, mostrando el hueso vivo, sobre el que la cámara hizo zoom.

Más flashes. Una margarita. Una abeja se posó en la flor y empezó a polinizarla. Pantalla blanca. Un muslo con un corte cerca de la rodilla. Un gancho se enganchó a los tendones y tiró. El encuadre subió hasta el rostro de una niña que gritaba. Una correa le forzaba la boca abierta, otra le sujetaba la frente. Zoom sobre el ojo. Una mano entró en escena y le clavó agujas alrededor del globo ocular, mientras el pulgar y el índice le presionaban los lados en un intento de arrancárselo.

Pantallas blancas y negras, la sonrisa de una niña, un flash, la niña ya no tenía dientes, tenía la boca cuajada de vísceras y una mano le embutió en la garganta la cabeza cercenada de un conejito. Flash.

Un pene aprisionado entre dos ladrillos, apretado por mordazas que giraron hasta que la carne se puso amoratada y estalló...

«¡Dios mío! ¡Paren esa cosa!» Enzo se volvió y se cubrió la boca para sofocar una arcada. Gente de verdad... ¡Niños! ¿Qué había visto?

Con un clic, el video se detuvo. Romina permanecía inmóvil, con el rostro vacío. Al menos no se había desmayado, quizá se había preparado mentalmente.

Enzo tragó en seco. «¿Puedo tener un poco de agua?»

Ercole abrió un cajón y sacó una botellita todavía sellada. «Se lo dije. Yo creía que era ficción. Muy bien hecha, pero ficción.»

«¿Pero es todo así?»

«Prácticamente sí. Se alternan imágenes splatter con atardeceres, violencia con animalitos tiernos. Con una imaginación sádica digna de mención, ahò, eso también hay que decirlo. Y aquí aparece el primer error anacrónico.»

«¿Qué error?»

«Que las primeras técnicas subliminales sobre película las utilizó oficialmente James Vicary, un publicista estadounidense, recién en 1957. Y, sin embargo, aquí todo el metraje es un fotomontaje hecho con ese fin.»

Enzo dio un trago de agua. «¿Imágenes subliminales? ¿Cuáles? ¿Qué pretende todo esto?»

«Emocionar, horrorizar. Cada veinticuatro fotogramas insertaron tres a mano, intercalándolos entre los originales, para dar continuidad al metraje. La secuencia con el video de la tortura queda así: fotograma de tortura, imagen bella, tortura, mensaje subliminal, tortura, imagen bella, y vuelta a empezar.»

«¿Y el fotograma subliminal qué representa?»

Ercole se quedó petrificado. Suspiró y volvió al mostrador con la lupa. «Ahora se lo enseño.»

Giró la manivela e hizo avanzar la película. Cada fotograma sangriento en blanco y negro se agrandaba bajo la lente. Se detuvo en el fotograma de Mussolini, con el pecho al descubierto y una pose altiva. «Aquí. Todas las imágenes subliminales son del Duce. Símbolos fascistas, con un fotograma dulce y pacífico antes y otro después. ¿Recuerdan que al principio de la película estaba el águila

del símbolo del Istituto Luce? ¿La vieron en el video reproducido en la computadora?»

Enzo negó con la cabeza. No la había visto.

Ercole apoyó la palma en la bobina. «Estaba entre los flashes blancos del principio del video. Creen que no la vieron, pero en realidad su cerebro sí la leyó. Igual que todas estas imágenes de Mussolini. Son mensajes subliminales en toda regla.»

Las pesquisas acababan de abrirse a un proyecto mucho más vasto de lo que habían imaginado. Enzo se llevó la botellita a la boca y volvió a beber, tragándose el ácido del horror que aquel video le había grabado en la cabeza. «¿Pero funciona? ¿Qué efecto puede causar en una persona presenciar esas imágenes?»

«No son solo las imágenes. Creo que no manipularon solo las dos filmaciones. También debieron de manipular el proyector con el que las reprodujeron.»

«¿Las dos? ¿Hay dos filmaciones?»

«En la misma bobina.» Ercole abrió un cajón del escritorio y sacó una carpeta. «La película más antigua tiene al Duce en las imágenes subliminales, y todos lo conocemos. Pero después venía otra, más reciente, cuyos fotomontajes parecen hechos deprisa.» Abrió la carpeta y extrajo una fotografía. «En lugar de las imágenes de Mussolini, estaba este hombre.»

En la fotografía aparecía el mismo viejecillo que se había visto al fondo de la VHS del gato asesinado a martillazos, con bata y en la misma pose altiva del fotograma de Mussolini. Solo que allí tenía cuarenta años menos.

~

La impresora acabó de sacar la hoja, y Ercole se la tendió. Enzo la cogió y, mientras la giraba entre las manos, observó la imagen impresa del fotograma: Aldo, el viejo en silla de ruedas del video del gato, pero allí mucho más joven. Se la mostró a Romina. «Es el

mismo de la Fabrizi, no cabe duda. Aquel que, por el movimiento de labios del rubito, creemos que se llama Aldo.»

Ella no dijo nada, se limitó a asentir.

Ercole suspiró. «Las imágenes subliminales sirven para adoctrinar las mentes. Para el fascismo es fácil encontrar una explicación, el régimen siempre se ha sostenido en la propaganda. Pero ¿por qué el científico? ¿Qué quería obtener con imágenes subliminales de sí mismo?»

Romina se humedeció los labios y se acercó al técnico. «¿Qué quiso decir cuando dijo que el proyector debía de haber sido manipulado?»

Él los invitó a acercarse con un gesto de la mano, giró la manivela para hacer avanzar los fotogramas y apuntó la lente al borde. «¿Ven los orificios a lo largo de los bordes de la película? Gracias a esos agujeros avanza el metraje: unos mecanismos, llamados cruces de Malta, hacen correr los fotogramas por el alojamiento del proyector para que los alcancen los haces de luz. ¿Han notado que, en esta película, en algunas secciones concretas, hay perforaciones adicionales?»

Enzo se acercó a la lupa. En un tramo breve corrían unos agujeros paralelos, más hacia dentro, que luego se interrumpían de golpe. «¿Y para qué sirven?»

«Esos agujeros coinciden justamente con las imágenes subliminales. Creo que el proyector utilizado para esta película tenía un segundo par de cruces de Malta que, al encontrarse con esas perforaciones adicionales, activaba un segundo mecanismo.»

En la práctica, el proyector se sincronizaba con otra máquina justo en las imágenes que debían meterse en la mente, quizá desencadenando descargas eléctricas a través del cráneo perforado. «Dos filmaciones con imágenes subliminales, una con Mussolini y otra con este científico. Además, la película fue adaptada a un proyector hecho a medida, capaz de coordinarse con esas imágenes.»

Ercole asintió.

Romina negó con la cabeza. «Dios mío. ¿Y ahora?»

Enzo sacó el teléfono. «¡Ahora tenemos el proyector! Ercole, ¿puede venir a nuestro almacén a revisar esa máquina?» Llamó a la central.

El técnico cogió las llaves de la tienda, las alzó y las hizo tintinear, listo para seguirlos.

«Carabinieri Laruvio.»

«Hola, De Rossi, soy Bestetti. Tienes que organi—»

«Inspector, justo iba a llamarlo. Tenemos un problema.»

¡Hostia!. ¿Otra vez?

«Falta una pieza entre el material incautado en el búnker Soratte. El proyector figura como desaparecido.»

2.8

2015

Roccaflavio - La mañana siguiente

Lo bueno de estar en Roma era que bastaba tirar una piedra en cualquier parte y escarbar para encontrar algún vestigio romano. Lo bueno de vivir en Italia era algo parecido: bastaba señalar un punto en el mapa para dar con un producto típico. Enzo se acercó la gran bandeja envuelta a la nariz y el aroma dulce de los maritozzi con nata lo despabiló más que un café.

En la tienda se los habían vendido de maravilla: dulce típico romano, tan tentador que hasta se había ganado su propio día, el 7 de diciembre.

Enzo vaciló ante la puerta del apartamento de Vito. Mejor no arriesgarse a sostener aquellas delicias con una sola mano. Llamó al timbre con el codo.

Su amigo abrió. Enzo le guiñó un ojo y le tendió la bandeja. «¡El desayuno de los campeones! Esta maravilla romana encierra un festival de texturas y sabores, palabra del Pastificio Proietti!»

Vito soltó una risa ahogada. Hinchó las mejillas, simulando tener la boca llena. «¿Y para quién es todo esto?» Se hizo a un lado. Llevaba una barba desordenada de al menos una semana.

«Para ti.» Enzo cruzó el umbral. «Así los romanos dejarán de tomarte el pelo diciendo que estás en los huesos.» El apartamento estaba en penumbra y el olor a cerrado barrió de golpe todo recuerdo del aroma de los maritozzi con nata. «Pero ¿en verano duermes con las ventanas cerradas?»

«Me molestan los ruidos. Aunque esto sea un pueblito, los niños gritan, los jóvenes pasan zumbando en sus motos y los viejecitos, que oyen poco, tienen la tele a volúmenes absurdos toda la noche.»

En la cocina, una pila de cajas de pizza estaba abandonada junto a la ventana. La mesa, con el mantel puesto, estaba llena de migas y manchas de salsa. Vida de deprimido. No quería ni oír hablar de recomponerse después de haber disparado a aquellos chicos.

Enzo hizo un gesto hacia el desorden. «¡Hostia!, no puedes seguir así.»

Vito fue hasta la ventana y la abrió. «Mejor, ponme al día de la investigación.» Con la pierna golpeó la pila de cajas, que cayó y desparramó cortezas de pizza enmohecidas por el suelo. Maldijo entre dientes y se agachó a recogerlas.

Enzo dejó la bandeja sobre la mesa y se acercó a ayudarlo. «La doctora Rinaldi tiene contactos en la policía científica. Está haciendo unas comprobaciones para entender cómo es posible que el proyector desapareciera.»

«¿Desaparecido? Di mejor que se lo llevaron. Y dime de ese Aldo que salía en el vídeo.» Vito abrió un cajón y desenrolló una bolsa negra. «¿Qué has averiguado sobre él?»

«Nada.» No era cuestión de alarmar a su amigo hablándole de la investigación. A decir verdad, ni siquiera debería contarle ciertas cosas, aunque, en teoría, tampoco podía llevarse a Romina a todas partes. «Y a ti, ¿te han avisado ya para el juicio? Cuanto antes te quites esto de la cabeza, mejor.»

«Esta tarde tengo la reunión en Roma con el abogado por la audiencia preliminar.»

«¿Esta tarde?» Enzo dejó caer la última caja en la bolsa negra. «¿Y no me dices nada? ¿Qué haces todavía aquí, y en este estado? ¡Tienes que pensar en el juicio!»

Vito descargó un puñetazo contra el armario alto de la cocina. «¡A la mierda el juicio, joder!» Tenía la mano cerrada en un puño tan

apretado que le temblaba por el esfuerzo. «¡He matado a dos chicos!»

La boca se le había crispado casi hasta la nariz, en un gruñido. Jadeaba, como si necesitara llenarse de aire antes de una pelea. Se dejó caer, abatido, al suelo y se apretó la cabeza entre las manos. «Disparé convencido de que me defendía, pero al apretar aquel gatillo me maté a mí mismo.»

Rompió a llorar.

Pobre diablo.

Estaba luchando con su sentimiento de culpa. Enzo tenía que ayudarlo. Se agachó y le apoyó una mano en la pierna extendida. «¿Qué puedo hacer por ti?»

Vito sollozó. «Cierra esa historia. Cierra ese caso. He matado a dos chicos por un accidente. Ese científico los mataba sin escrúpulos. Averigua quién era. Dales paz a esos pobres chicos.»

Enzo asintió.

Se puso en pie, fue hasta la mesa y tomó la bandeja de dulces. Volvió junto a él y se sentó en el suelo a su lado, con la espalda apoyada en la bolsa llena de cajas de pizza.

Rasgó el papel del envoltorio: diez maritozzi con nata, tan rellenos que parecían a punto de estallar. El aroma de la piel de naranja lo tapó todo.

Sí, Enzo resolvería aquel caso.

El técnico del filme había subrayado hasta qué punto aquella película trataba por todos los medios de emocionar y horrorizar hasta lo inverosímil. Otro, Arturo, el custodio del monasterio de Creti, había mencionado la capacidad de las emociones para estimular el cerebro.

En silencio, sentado junto a su amigo, Enzo le pasó un maritozzo. Tomó uno para sí, le dio un mordisco y le estalló en la boca una dulzura harinosa.

Cuando terminara el desayuno y ayudara a Vito a volver a estar presentable, regresaría a aquel monasterio.

Dio otro mordisco, con la otra mano en forma de cuenco para que la nata no le cayera encima. Con aquella dulzura otra vez en la lengua, agradeció mentalmente al pastelero.

~

Sutri

Enzo pulsó el interfono del monasterio y esperó. Arturo no había sido avisado. Mejor así. La rejilla del altavoz crepitó. «¿Quién es?»

«Buenos días, señor Arturo, soy el inspector Bestetti. ¿Estaba almorzando? Espero no haberlo molestado.»

La típica pausa para asimilar que un poli venía a meter las narices. Por alguna razón, hasta la gente honrada dudaba antes de abrirle a un carabiniere. «Buenos días, inspector. Dígame.»

En el encuentro anterior, el custodio había colaborado, no había motivo para pensar que no lo haría también esta vez. «Quisiera intercambiar un par de palabras más, si no es un problema.» El móvil le vibró en el bolsillo.

«Claro. Le diré más, en realidad quería ponerme en contacto con usted. Voy a abrirle.» Dio por terminada la comunicación.

¿Quería ponerse en contacto con él?

¿Habría descubierto algo? Enzo miró el registro de llamadas: la llamada perdida era de Romina. No quería volver a meterla en esto. La doctora había quedado conmocionada al ver los vídeos. Pero quizá hubiera averiguado algo sobre el proyector robado.

Justo en ese momento, el móvil volvió a iluminarse con su nombre en la pantalla. Insistía en ponerse en contacto con él. Tenía que responder. «Hola, Romina. ¿Tienes novedades sobre el proyector?»

Ella sopló contra el micrófono. «Hola, lo siento, pero nada. Figura en el inventario, pero en el almacén no está. Lo intenté», masculló.

No era culpa suya. Y se lo estaba tomando en serio. «Está bien, también resolveremos esto. Haré que abran una investigación a fondo.»

«¿Dónde estás?»

Enzo tragó saliva. ¿Debía decírselo? «Estoy en el monasterio de Creti.» Había respondido incluso antes de tomar una decisión. Claro que la quería allí con él. Le gustaba.

«Voy para allá.»

«N—». Se habría mentido a sí mismo fingiendo que intentaba decirle que no viniera. Además, los dos sabían que vendría de todos modos. Suspiró. «Está bien.»

Desde la bajada llegó el sonido de los pasos de Arturo. Apareció al doblar la curva con la llave lista entre el índice y el pulgar. «Buenos días, inspector.»

Enzo le sonrió, colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo. Esperó a que el custodio abriera. La forma en que Arturo había empezado hacía presagiar novedades. «¿Por qué quería ponerse en contacto conmigo? ¿Ha descubierto algo?»

«En cierto sentido. Me enteré de que en el búnker encontraron unas películas y eso me hizo pensar en un trabajo del profesor Creti. Así que me puse a rebuscar en sus investigaciones con estos nuevos elementos en mente, y salió algo. Subamos, así puedo enseñárselo.»

No podía esperar nada mejor. Enzo cruzó el portón. «También está a punto de llegar la doctora Rinaldi, si no es un problema.»

Arturo se encogió de hombros. Arrimó el portón sin echar la llave. «Así podrá alcanzarnos sin que tenga que ir y venir.» Reanudó la subida. «Cuénteme algo más sobre lo que encontraron en el búnker Soratte.»

Era mejor evitar hablar del proyector desaparecido. Tenía que ganarse su confianza, y no venía al caso destapar los agujeros de las instituciones. «Las dos películas son bastante... interesantes. Encontré un respaldo a su razonamiento sobre las emociones: contenían imágenes con el claro propósito de trastornar al espectador. Probablemente se coordinaban con la máquina conectada a las mentes de las víctimas.»

Arturo asintió. «Los electrodos en el cráneo. ¿Pero con qué propósito se usaban esos vídeos?»

«Para ocultar fotogramas subliminales. Uno giraba en torno a Mussolini, el otro mostraba al propio científico.»

Arturo se detuvo en mitad del camino de tierra. «¿El científico? ¿Por qué creó imágenes subliminales de sí mismo? ¿Con qué fin?»

«Ayúdeme a entenderlo. ¿Qué encontró en los apuntes de Creti?»

Arturo siguió hacia la puerta de entrada. «Entre los apuntes del profesor había una sección dedicada al estudio de las ondas aplicadas a su aparato de tratamiento médico, llamado Ondógeno, que se experimentó precisamente en tiempos del fascismo. Entre las citas, había una de Maxwell Maltz.»

Entró y siguió por el pasillo, hacia un tramo de escaleras. «Maltz decía: "nuestra mente no distingue una experiencia vívidamente imaginada de una experiencia realmente vivida". ¿Sabe qué significa?»

«Dígamelo usted.»

«Que es posible crear recuerdos.»

Difícil de creer. Enzo lo siguió escalera arriba y se pasó una mano por la cabeza, masajeándose el cuero cabelludo. La frase le volvió a la mente. «En la práctica, es la confirmación de que aquellos experimentos podían funcionar de verdad.»

«Por lo que escribía el profesor Creti, eso parece. Ahora vayamos al detalle: ¿sabe qué es una onda?»

Enzo dibujó con la mano un «más o menos».

«En física, es una perturbación que nace de una fuente y se propaga en el tiempo y en el espacio, transportando energía o cantidad de movimiento sin desplazar la materia. Lo subrayo: sin desplazar la materia. Así es como unas ondas cerebrales podrían pasar de una mente a otra.»

Subieron al primer piso. Arturo tomó otro pasillo. «En los años noventa, poco antes de los asesinatos de aquellos chicos, el profesor Creti estaba profundizando en el trabajo de otro científico italiano:

Piergiorgio Merli, nacido en el 43, que en 1974 llevó a cabo el experimento de la doble rendija. Sin embargo, de forma inesperada, se declaró un incendio en el monasterio y el profesor Creti tuvo que interrumpir.»

Todo era muy interesante, pero Enzo no entendía qué tenía que ver. Si aquel científico era del 43, no podía tener relación con el búnker Soratte. «¿Por qué me habla del interés de Creti por ese Piergiorgio Merli? Nosotros buscamos a un científico nacido mucho antes del 43, que se llama Aldo.»

Arturo se detuvo ante una puerta ennegrecida por halos de hollín. «Porque, si ese Aldo hizo funcionar su máquina, o si nunca dejó de intentarlo, tuvo que informarse sobre el experimento de Merli, igual que estaba haciendo el profesor Creti.»

Era una pista un poco endeble. «Sigo sin ver una pista válida.»

«Porque aún no le he dicho una última cosa.» El custodio señaló con el pulgar la puerta chamuscada. «El incendio que obligó al profesor a interrumpir esas investigaciones estalló precisamente en la sala donde se guardaban esos apuntes. Los bomberos que intervinieron sostienen que fue intencionado.»

¡Hostia!, el custodio le estaba diciendo que Aldo había prendido fuego a aquellas investigaciones. «¿Y se destruyó todo?»

«No. Se salvó un prototipo que el profesor Creti estaba construyendo. Se quedó en el ala del monasterio dañada por el incendio porque pesa muchísimo. A juzgar por su aspecto, parece casi un proyector.»

Como el desaparecido. «Repítalo.»

Arturo vaciló. Luego habló. «Es un prototipo, muy parecido a un proyector.»

DOSSIER

En los años noventa, el monasterio de Marcello Creti fue realmente víctima de un incendio provocado. Se cree que fue con el fin de ocultar el robo de obras de valor.

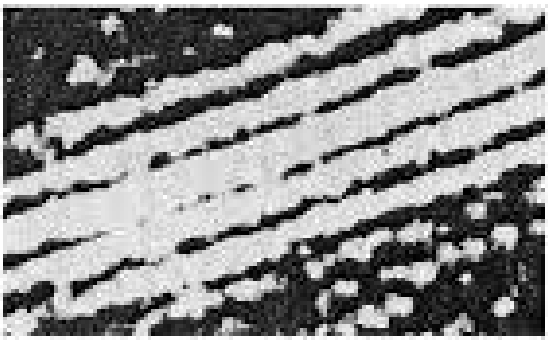
El experimento de la doble rendija utilizando un haz de electrones fue realizado por primera vez por Claus Jönsson, de la Universidad de Tubinga, en 1961. Posteriormente fue repetido en 1974 en Bolonia por Pier Giorgio Merli, Gianfranco Missiroli y Giulio Pozzi (en la foto), enviando un electrón cada vez sobre la placa fotográfica. La idea de Merli y de sus colaboradores fue utilizar un microscopio electrónico tanto como interferómetro como fuente de electrones, haciéndolos pasar a través de un biprisma electrónico, tal como había sido concebido originalmente por Gottfried Möllenstedt. Los resultados del experimento de 1974, a pesar de haber sido publicados y de que incluso se realizara un documental al respecto, fueron prácticamente ignorados. Cuando en 1989 Akira Tonomura y sus colaboradores repitieron el experimento, fueron considerados erróneamente los primeros en haber verificado este resultado, previsto por la mecánica cuántica. En 2002, la versión con un solo electrón del experimento fue votada como "el experimento más bello de todos los tiempos" por los lectores de la revista de divulgación Physics World.



Interferenza con elettroni

in cui un elettrone alla volta è inviato alle fenditure,
cioè l'onda del singolo elettrone interferisce con sé stessa!

1974
Merli, Missiroli e Pozzi



P. G. Merli, G. F. Missiroli, and G. Pozzi, "On the statistical aspect of electron interference phenomena," American Journal of Physics 44 (1976), 306–307.

1989
Tonomura, Endo, Matsuda, Kawasaki, Ezawa



Akira Tonomura et al., "Demonstration of single-electron buildup of an interference pattern," American Journal of Physics 57 (1989), 117.

2.9

1990

Laruvio, 1990

Aldo tosió: la garganta le gorgoteó de flema y le devolvió un poco a la boca. El bolo gomoso le empastó el paladar con un regusto ácido. Suspiró y destrabó los frenos de la silla de ruedas.

Empujó las ruedas: las manos deformadas por la artritis le dolían, y con ellas los hombros escuálidos y la espalda entumecida.

Diantre, qué asco la vejez.

No sabía si maldecir el haber llegado a vivir tanto, con todos los achaques de un octogenario maltrecho, o agradecer haber tenido tanto tiempo para intentar hacer funcionar su máquina.

Lástima que su máquina no funcionara.

Pino entró en el sótano habilitado como laboratorio, con las garrafas de gasolina bajo el brazo.

Bajó el último escalón, y el largo pelo rubio se le pegó a la frente.

Diantre, con lo retrasado que era, con el pelo tapándole los ojos iba a acabar estampándose contra la mesa de operaciones. «¡Cui—!»

Pino chocó de lleno contra la mesa y dejó caer una garrafa, que rodó por el suelo, por suerte, el tapón resistió.

Aldo descargó una manotada sobre los reposabrazos. «¡Cretino, ten cuidado!»

«Ehm, uhm, pe-perdón, Aldo.»

Otra vez se estaba olvidando del apelativo... ¿Cuántas veces tenía que repetírselo? Aldo resopló. «Sabes que, cuando estamos entre

nosotros, quiero el respeto fascista. Tienes que llamarme Camarada Aldo, ¿entendido?»

«Ehm, sí, perdón, Aldo.» Pino dio un respingo. «Camarada Aldo... qu-quería de-decir perdón, Camarada Aldo.»

No había nada que hacer. «¿Y cuántas veces te he dicho que te ates el pelo en una coleta? ¡Si lo llevas suelto, se te ven las cicatrices del cuero cabelludo!»

Pino se lo echó hacia atrás, y entre los mechones dorados afloraron las cicatrices dejadas por las púas del Ondocerebro.

No debía gritarle así. Aldo tenía su parte de responsabilidad en aquel retraso mental, el experimento con Pino le había frito el cerebro. El intento de transmitirle sus capacidades, de convertirlo en su sucesor, había fracasado miserablemente. Al menos no había muerto.

Aldo apartó el batín, pero encontró resistencia: se había quedado atrapado bajo las ruedas de la silla. «Qué asco la vejez, el opuesto exacto del vigor fascista.» Pavolini hacía bien en no hablar del cumpleaños del Duce, como le había dicho en persona años antes.

Tiró con más fuerza del batín hasta que los faldones se abrieron. Metió la mano en el bolsillo, sacó las fotos del aparato que Creti estaba construyendo y resopló. Diantre, aquel cabrón de comunista había tenido la intuición que Aldo llevaba años buscando, y todo gracias a los experimentos de otro italiano, un boloñés: Pier Giorgio Merli.

No debía tratar las ondas cerebrales solo como una magnitud de onda. Merli había innovado el experimento del dualismo onda-partícula, y ese era el enfoque correcto para el análisis del cerebro.

Pino por fin se ató el pelo, como se le había ordenado, y las cicatrices quedaron bien ocultas. Levantó la garrafa de gasolina. «En-en-tonces, ehm, ¿tengo que quemar el ehm Mo-monasterio?»

«¡Sí!» Aldo le agitó delante las fotos tomadas en el monasterio. «¿Te acuerdas de la habitación donde hiciste estas fotos? Marcello va lanzado como un cohete. Tengo lo que me hace falta pero, si quiero

adelantarme, debo destruir su trabajo. Es verdad, parece que está logrando crear una máquina que no necesita pinchos eléctricos en el cráneo, ¡pero no puedo permitir que me robe el trabajo de toda una vida!»

«En-en-tonces tengo que quemar, ehm, ¿esa ha-habitación?»

Aldo asintió. «Esa, y las habitaciones contiguas. Roba también algo. No necesito dinero, todavía tengo un lingote entero del Soratte, pero esos robos harán pasar el incendio por un intento de ocultar las huellas de un atraco. Total, Creti me cree muerto. No pensará en el proyector.» Una mueca de satisfacción le arrugó la cara.

«¿Y dónde en-encuentro el, ehm, lingote?»

Aldo resopló. «¡El lingote lo tengo yo!» Nada que hacer... Luego tendría que explicárselo como a un niño de primaria. «Ya hablaremos de eso después, ahora ve a buscar el gato del chico.»

Volvió a mirar la foto. Por suerte, gracias a aquella intuición, aún tenía una posibilidad de transmitir su legado. Aldo convertiría en su sucesor a la sangre de su sangre. Primero haría una prueba con esos dos chicos a los que les había echado el ojo, el Fabrizi y el Lisanti. Probaría la máquina actualizada, llevándola al límite con ellos dos. Luego transforMaria en un digno sucesor al fruto de sus lomos con Vittoria. Aldo se volvería inmortal, no solo por la fama, sino en el sentido físico del término: no moriría jamás.

Pino volvió con la jaulita del gato que le había comprado al chico. «¿Te-tenemos que grabarlo todo?»

«Obvio, si no, ¿cómo vamos a chantajear al Fabrizi? Deja la jaula sobre la mesa de operaciones y agarra el otro gato.» Siempre había que decírselo todo. «Cuando el chico que nos vendió el gato vea lo que amenazamos con hacerle a su animal, seguro que no querrá darle semejante disgusto a su madre. Así lo atraeremos y lo secuestraremos sin riesgos.»

«Claro, Camarada Aldo.» Pino colocó la videocámara, se agachó y abrió la caja de herramientas: arriba estaba el martillo. A un lado, un gato al que iban a matar.

2.10

2015

Sutri 2015

La maciza hoja de la puerta cerrada, ennegrecida por las manchas de quemado, se avenía con el olor a ceniza del pasillo. El olor aún punzaba después de tantos años.

El custodio introdujo una llave en la cerradura y la hizo girar. «Esta es el ala del monasterio que fue víctima del incendio provocado. Tres habitaciones, solo en el primer piso. Desaparecieron algunos objetos de valor y las fuerzas del orden consideraron que el fuego había sido prendido para ocultar las pruebas del robo. Ahora que me ha contado lo de los hallazgos en el búnker, empiezo a sospechar que el verdadero objetivo era destruir las investigaciones del profesor sobre la doble rendija.» Entró.

Enzo lo siguió. «¿Doble rendija?» Las paredes estaban ennegrecidas, con trozos de yeso desprendidos. El polvo cubría el suelo y las persianas permanecían cerradas. Allí dentro, el olor a brasa y a moho se percibía con nitidez.

«Sí. El profesor Creti había quedado fascinado por las mediciones de Pier Giorgio Merli sobre el dualismo onda-partícula. En pocas palabras, imagine dos túneles. Si lanza una pelota hacia ellos, puede atravesar uno o el otro, no ambos. Ese es el comportamiento de una partícula. ¿Le queda claro?»

Enzo asintió.

«Ahora imagine que los dos túneles están a ras del agua y que una onda se dirige hacia ellos. La onda los atravesará a ambos al mismo tiempo. ¿Me sigue?»

Enzo volvió a asentir. La física parecía sencilla, y resultaba interesante ver adónde quería llegar Arturo.

El custodio siguió avanzando por el pasillo hacia la puerta del fondo, que destacaba por lo inmaculada que estaba, completamente nueva. La original debía de haber sido devorada por el fuego y sustituida. «En el experimento de Merli, partículas individuales, electrones, se hicieron pasar por unas rendijas para comprobar el espectro que se generaba al otro lado. Resultado: las partículas se comportaban como partículas, atravesaban una rendija cada vez.»

El custodio se detuvo y rebuscó en el manojo de llaves. «Luego repitieron el experimento, disparando partículas individuales hacia dos rendijas. Resultado: las partículas se comportaban como ondas, atravesaban ambas sin poder dividirse.»

«En pocas palabras, se comportaban de forma distinta.»

«Sí. Como no era posible que la partícula se dividiera, colocaron un sensor para ver por cuál de las dos rendijas pasaba, disparando siempre una sola partícula cada vez. Resultado: la partícula volvió a comportarse como una partícula, solo porque los científicos la estaban observando.»

¿Cómo era posible? Enzo se rascó la cabeza. La explicación empezaba a complicarse. «En resumen, cuando no miraban, la partícula se comportaba como una onda. Cuando miraban, se comportaba como una partícula.»

«Sí.»

Enzo frunció los labios, no tenía sentido. «Pero un electrón no tiene conciencia, ¿cómo puede saber que está siendo observado?»

«Es la misma pregunta que se hicieron los científicos. La ejecución de este experimento arroja un resultado perturbador para las mentes no habituadas a tratar con la mecánica cuántica. Usando detectores, es posible descubrir de forma inequívoca por cuál rendija pasa cada electrón. Pero, en el momento en que se usan los detectores y se observa su comportamiento, el electrón pierde su naturaleza ondulatoria. Como si, una vez observado, decidiera

espontáneamente cambiar de naturaleza. Como si el propio acto de observar la materia cambiara la materia misma.»

Era fascinante. «¿Pero qué tiene que ver eso con el intento de moldear las mentes de las personas?»

Arturo hizo saltar la cerradura con la llave, pero no abrió la puerta. «La mente sigue siendo un misterio para el ser humano. Un órgano material capaz de generar conceptos espirituales. Un dualismo similar al de onda-partícula. No se puede juzgar lo que no se conoce con lo que sí se conoce. Es como describir un color a un ciego.»

«Póngame un ejemplo.»

«A un ciego le describiría el rojo como un color cálido, pero esa es una asociación que hacen los videntes, solo porque el sol es amarillo o porque ven que el metal incandescente se vuelve rojo. Un ciego no tiene esas asociaciones. No se le pueden explicar los colores a quien no los conoce mediante comparaciones que no puede comprender. Lo mismo vale para la física cuántica: es un mundo que no nos pertenece.»

Enzo sintió que se le descolgaba la mandíbula, absorto en aquel discurso. La parte más hermosa de su trabajo era investigar, descubrir... Y los científicos no se quedaban atrás.

«No solo...» Arturo le apuntó con el índice. «Lo que para usted es rojo, para mí también es rojo, pero no necesariamente vemos lo mismo. Más bien, solo le damos la misma interpretación.» Abrió la puerta.

La habitación, en penumbra, iluminada apenas por la poca luz que se filtraba entre las persianas, estaba vacía. Salvo por una única y enorme máquina en mitad de la estancia. Las paredes encaladas estaban ennegrecidas por vetas oscuras.

«Volviendo al cerebro, nuestro pensamiento es medible. Las ondas Delta, caracterizadas por una frecuencia de entre 0,1 y 3,9 hercios, se generan durante las fases de sueño profundo. Las Alfa son típicas de la vigilia con los ojos cerrados y de los instantes

previos al sueño. La actividad Beta se registra en un sujeto en estado de vigilia, durante una intensa actividad mental... Y así sucesivamente. Cinco frecuencias de onda medibles, comunes a todos los cerebros. Y las ondas están sujetas a resonancia.»

Enzo se frotó los ojos y observó la máquina: tubos, cables de cobre al descubierto y paneles repletos de botones. «Entonces, ¿de verdad es posible implantar pensamientos en las personas?»

Arturo abrió de par en par la ventana y la persiana. El haz de luz invadió el destartalado laboratorio. «Sí, pero, así como no se puede valorar lo que desconocemos usando lo que ya conocemos, tampoco podemos interpretar las ondas cerebrales solo como valores de onda. Aun así, en teoría, no solo es posible inducir un pensamiento o un recuerdo... sino, quizá, incluso duplicar una mente.»

Transferir una conciencia... moldear una mente a su antojo... Era ciencia ficción. «¿Pero qué tienen que ver los videos con esas imágenes espeluznantes?»

Arturo esbozó una sonrisa. «¿Recuerda dónde estaba el día del atentado a las Torres Gemelas, el 11 de septiembre?»

Enzo volvió a ver en su mente el restaurante donde aquel día había comido, con el televisor, colgado cerca del techo, transmitiendo las imágenes de las torres en llamas. Había pedido un filete empanado. «Sí, lo recuerdo.»

«Y, sin embargo, estamos en Italia, usted lo vivió con cierta distancia y solo a través de una pantalla. Y, sin embargo, cualquiera que viviera aquel trágico acontecimiento en directo recuerda perfectamente qué estaba haciendo. ¿Sabe por qué algunos recuerdos se nos graban más que otros? Está ligado a las emociones, a vibraciones con una cresta más alta. Las emociones vuelven fértil un terreno en el que implantar conceptos estériles.»

Fascinante. Enzo suspiró. Los dos videos recuperados en el búnker diferían en sus mensajes subliminales. El más antiguo incluía mensajes referidos a Mussolini, el otro mostraba imágenes del científico en su juventud: Aldo. «¿Estos experimentos empezaron con el Fascismo?»

Arturo se encogió de hombros. «Sin duda, estaban muy centrados en la propaganda. ¿Cómo se llamaba el organismo encargado de la divulgación del Fascismo?»

«Istituto Luce.»

El custodio señaló la ventana por la que entraba el sol. «¿Y qué es la luz sino un haz, un conjunto de partículas?»

A Enzo empezó a darle vueltas la cabeza por el vértigo y se llevó una mano a la frente. Si en el primer video el régimen pretendía atraerse a la gente, sometiéndola a una especie de lavado de cerebro, ¿qué quería conseguir el científico con la segunda película?

El teléfono vibró en su bolsillo.

Enzo lo sacó: era Romina. Respondió. «¿Sí?»

«Perdona, Enzo, la verja estaba abierta y he entrado. Estoy en la entrada del monasterio, pero no sé adónde tengo que ir.»

«Estamos en la planta superior. Ahora bajamos.» Enzo colgó y se acercó a Arturo. El custodio estaba inclinado, manipulando la máquina en el centro de la sala. «¿Puede repararla?»

Él bufó. «Lo dudo. De Marcello Creti solo hubo uno. Pero quizá logremos entender algo más.» Volvió a sumergirse en aquel amasijo de válvulas y tubos.

Enzo se mordió el labio. Ahora que el custodio se había puesto a trabajar en aquella máquina, no quería interrumpirlo. «Discúlpeme, ha llegado la doctora Rinaldi y no sabe cómo llegar hasta nosotros. ¿Puedo bajar a buscarla?»

«Claro.»

Enzo giró sobre los talones y repasó mentalmente el plano del edificio. Bajó la escalinata.

Romina miraba a su alrededor. Lo vio y le lanzó una sonrisa. «Oh, aquí estás. ¿Novedades?»

Vaya si las había. «Tenemos una máquina similar a la que construía el científico.»

«¿De verdad? ¿Funciona?»

Enzo le hizo un gesto para que lo siguiera. «Está dañada por un viejo incendio, pero el custodio está intentando repararla. Teniendo en cuenta que fue el aprendiz de Creti, es la persona más indicada para intentar arreglarla.»

Llegaron al pasillo que conducía al ala incendiada. Enzo señaló la habitación del fondo y Romina aceleró el paso con sus largas piernas ceñidas por el vestido ajustado, adelantándolo. Debía de estar impaciente por ver aquella sala.

En el bolsillo de Enzo volvió a vibrar el móvil. ¿Es que todo el mundo lo estaba buscando? Era Vito. Quizá hubiese novedades del juicio. «Perdona, Romina, contesto un momento y enseguida voy. La máquina está en la habitación del fondo, la de la puerta nueva.»

Ella asintió y apretó aún más el paso. La coleta alta se balanceaba al ritmo de su zancada. Desapareció tras la puerta, dejando entrever a Arturo, aún inclinado sobre la máquina.

«¿Sí, Vito?»

«Hola, Enzo, ¿te molesto?»

Más o menos. Pero no era cuestión de decirlo. «No. Estoy en el monasterio de Creti. Hemos encon—»

Una explosión arrancó la puerta del laboratorio de sus bisagras. La habitación estaba llena de humo; desde dentro llegaban crujidos de escombros y caía una lluvia de cascotes.

Enzo cambió el móvil por la Beretta y montó la corredera. Quitó el seguro y se lanzó hacia la habitación.

Arturo estaba en el suelo: el pecho desgarrado dejaba a la vista los órganos internos. Boqueó y vomitó sangre. Los ojos se le pusieron en blanco.

Bajo aquel cuerpo ensangrentado, la doctora forcejeó hasta escurrirse de debajo del peso del custodio. También tenía sangre en la cara, con los ojos desorbitados.

Romina se palpó el cuerpo. Parecía entera, quizá protegida por el custodio. Señaló la ventana abierta. «¡Desde fuera! ¡Alguien ha

lanzado un explosivo desde fuera! ¡Ha dado de lleno en la máquina!»

En el suelo, tornillos y válvulas se mezclaban con el charco de sangre que se extendía desde Arturo. Tuberías y acoples se habían clavado como proyectiles en el cuerpo destrozado del pobre hombre.

Enzo corrió hacia la ventana: en el jardín, el rubio con coleta lo miraba.

~

Enzo apuntó con la Beretta. «¡Alto!»

El rubio se sobresaltó de miedo y echó a correr hacia la bajada que llevaba al portón. ¡Mierda!

Enzo se volvió para comprobar cómo estaba Romina. Estaba de pie, con el teléfono en la mano, llamando a emergencias. Bien. Se asomó: junto a la ventana, el canalón ofrecía un buen asidero. Guardó la Beretta en la funda, se subió a la cornisa, se aferró al canalón y apoyó los pies en los anclajes del muro.

Ya no tenía edad para esas cosas, pero no iba a dejarlo escapar, estaba apenas un piso más abajo. Se deslizó por el canalón, que devolvió un estrépito metálico, y, tras un par de metros, soltó la presa y aterrizó sobre la hierba.

Amortiguó el golpe con los muslos y acabó de culo con un golpe sordo, el moretón era seguro, pero las piernas seguían enteras y listas para correr.

Desenfundó la Beretta y arrancó en su persecución.

El rubio le llevaba una buena ventaja, pero Enzo tenía que intentarlo. Corrió hacia la esquina del monasterio y tomó la bajada que llevaba al gran portón.

Entonces oyó el chapoteo del agua y un grito.

Enzo dobló la esquina y salió al jardín delantero: el rubio había caído torpemente en el estanque que había frente al monasterio.

Qué torpe. El rubio había matado a Arturo ante sus ojos. Enzo se detuvo, adoptó la postura adecuada para apuntar y alzó la Beretta al cielo: disparó dos veces y encuadró al rubio en el punto de mira. Ahora el protocolo lo autorizaba a disparar. «Alto, los siguientes darán en el blanco.»

El rubio corría torpemente, con la ropa empapada, a la que se le pegaba el polvo del camino de tierra. Trastabilló y cayó al suelo. Alzó las manos y lo miró, parecía un niño asustado.

¿Uno así podía haber lanzado explosivos por iniciativa propia?

Enzo se acercó con cautela, sin dejar de encañonarlo. «Quieto, mantén las manos a la vista.»

El rubio temblaba. «Yo, ehm, de-debía hacerlo. Él me lo o-ordenó. Uhm.» Tartamudeaba, tal como había notado Lucio, el enterrador, cuando se habían encontrado ante la tumba de los chicos.

«¿Él quién? ¿Quién te lo ordenó? ¿Eres el hijo de Aldo? ¿Del científico fascista?»

«Ehm...» Al oír ese nombre, el rubio tembló aún más. «Sí, Aldo. Él me lo o-ordenó. Tengo que o-obedecerle.»

¿Pero qué estaba diciendo? A esas alturas, aquel hombre tenía que llevar muerto muchísimo tiempo, tendría más de ciento diez años. De todos modos, era evidente que el rubio no estaba del todo en sus cabales. «¿Estás diciendo que te lo ordenó antes de morir? ¿Que estás ejecutando sus planes?»

Él negó con la cabeza. «N-no. Aldo está vivo. Nunca mo-morirá. ¡No puede morir!»

¿Vivo? No cabía duda, estaba loco. El rubio debía de tener una voz en la cabeza que le hacía imaginar al científico. Enzo tanteó las esposas en el cinturón. A esas alturas, ya lo había atrapado.

Un golpe en la cabeza, tremendo.

Enzo se desplomó al suelo. Una piedra manchada de sangre yacía a un paso de él. ¿Quién lo había golpeado? No podía haber sido el rubio, Enzo le tenía las manos bajo control y aquel no se había movido.

Todo sonaba amortiguado.

Le llegaron ruidos de pasos desde el camino de tierra.

En la oscuridad detrás de los párpados le retumbó una voz deformada, gutural. «Diantre. ¡Incompetente!»

En respuesta, el rubio tartamudeó. «Disculpe, Aldo. Ehm... quería decir, di-disculpe, camarada Aldo. V-vámonos.»

~

Un silbido fino le atravesó el cráneo. Luego llegó el dolor, sordo, palpitante, como si alguien le estuviera martillando dentro de la cabeza. Enzo entreabrió los ojos con esfuerzo.

Sobre él oscilaban siluetas rojas, rostros borrosos, manos que se movían deprisa. El olor acre de la sangre se le mezcló en la garganta con el sabor a hierro. Estaba tendido en el suelo, rodeado por los socorristas de la Cruz Roja.

Tragó saliva. «¿Qué... cuánto tiempo ha pasado?»

«Hace cinco minutos que estamos aquí.» Un chico con chaleco reflectante naranja le tendió una botellita de agua ya abierta. «Soy Federico, ha sufrido un traumatismo craneal, pero está bien.» Del cuello le colgaba un muñequito LEGO de Darth Vader. «No se mueva. ¿Le duele algo más?»

Sí, claro, un traumatismo craneal. «No, estoy bien.» La cabeza le latía. Alguien lo había golpeado con una piedra. La roca yacía a su lado, manchada de rojo.

No había sido el rubio: Enzo lo tenía encañonado y no se había movido. Sí que había alguien con él, pero ¿quién? Fuera quien fuese, se hacía pasar por el científico centenario.

Romina le vino de golpe a la mente. «¡La doctora Rinaldi! ¿Cómo está?»

Federico asintió. «¿La mujer? La están curando, pero no es grave. Está en la sala donde ocurrió la explosión, la llevarán al hospital para

hacerle una revisión completa.» Su rostro se ensombreció. «El otro hombre, en cambio, ha muerto.»

Claro, muerto. Enzo lo había visto con el pecho desgarrado y las vísceras a la vista. Debía de haber hecho de escudo para salvar a Romina.

Luego Enzo había perseguido al rubio, lo había atrapado y lo tenía encuadrado en la mira. Pero no estaba solo. Había tartamudeado: «Aldo está vivo. Nunca mo-morirá. ¡No puede morir!». ¿Quién podía hacerse pasar por aquel científico?

Sintió que se le encogían las tripas. Enzo se agarró el vientre. ¿Y si aquel fascista de verdad hubiera logrado hacer algo con aquella máquina y sus experimentos?

2.11

2015

Tres días después
Tribunal de Roma - Fecha del juicio de Vito

El abogado de Vito gesticulaba, abaniqueando las mangas de la toga. El fiscal se había recogido la larga toga sobre las rodillas para cruzar las piernas, y el juez jugueteaba con las borlas doradas. La indumentaria judicial era, por decir lo menos, ridícula, y aquellos hombres la exhibían con orgullo.

Enzo se aflojó la corbata, a él le bastaba con eso para sentirse incómodo. Los alegatos y la discusión no habían sido más que un telón de fondo de palabras, no había seguido nada de lo que se había dicho. En la cabeza solo le resonaban la explosión en el monasterio y la voz gutural de Aldo, y ante los ojos, la imagen del pecho desgarrado del custodio.

Había, sin embargo, un tiempo para cada cosa, y aquel era el momento de la primera audiencia de Vito. Se acomodó el sombrero que cubría la gasa del vendaje, por suerte no era nada grave, ni para él ni para Romina.

El solo pensamiento de haber podido perderla le apretó la garganta y le retorció las entrañas. Tal vez ya no podía seguir fingiendo, tenía que ser sincero con ella y decírselo. De un modo u otro. Y aunque por un lado deseaba que Romina dejara a su marido por él, por otro se sintió sucio por haberse creído con derecho a desear algo así. Después de todo, solo se vive una vez.

El martillo retumbó en la sala. Enzo lanzó la mano bajo la chaqueta, pero la funda de la Beretta no estaba allí.

Debía mantener la calma, todo iba bien, todo estaba bajo control. Los presentes se pusieron de pie. Vito sonrió a su abogado y luego al fiscal. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido en la sala unos minutos antes, debía de haber salido bien.

El abogado de Vito recogió el maletín y los expedientes y se encaminó hacia la salida. Enzo quería darle las gracias y ponerse a su disposición para lo que hiciera falta. Se abrió paso entre los presentes y lo alcanzó. «Abogado. Soy el inspector Bestetti. Quería darle las gracias, considéreme a su disposición para cualquier cosa.» El hombre entrecano asintió. «Sí, claro. No faltaba más.» Enzo lanzó una mirada hacia Vito. Parecía mucho más sereno que en los días anteriores. «Gracias también por cómo está apoyando a mi amigo. Hasta hace pocos días estaba destrozado.» «¿Destrozado?» El abogado arqueó las cejas con expresión interrogante. «En realidad, el señor Vito ha estado tranquilo desde el primer encuentro. No he visto en él la menor vacilación.» «Ah...» Diablos, no era verdad. «Gracias otra vez.» Enzo le estrechó la mano al abogado, que ignoraba las crisis emocionales de Vito. No era bueno que el hombre que debía defenderlo no supiera cómo estaban realmente las cosas.

Se despidió y se dirigió hacia su amigo. ¿Por qué ocultarle algo así a su abogado?

Vito recogía sus cosas, se echó la bandolera al hombro, lo vio y cambió la expresión serena de hacía un momento por otra más sombría. «Vamos, hoy ha salido bien.»

Enzo no tenía ni idea, ni entendía por qué su amigo solo se hacía la víctima con él. «¿Por qué no le dijiste nada?» «¿Qué?» «A tu abogado. Está convencido de que lo tienes todo bajo control. ¿Por qué no mostraste lo que de verdad sientes?» «Yo...» Dudó. «No podía.» «¿Y por qué?» Vito se mordió el labio y suspiró. «Oye... ¿Podemos hablar de eso en otro momento?»

El comportamiento de su amigo era muy extraño. ¿Le estaba ocultando algo? «Sabes que puedes decírmelo todo, ¿verdad?» «Claro que lo sé. Solo... no es el momento.» Hizo un gesto hacia el martillo apoyado sobre el estrado del juez. «No aguantaría más.»

En efecto, para él había sido un día crucial.

Enzo asintió. «Está bien, esperaré. Hablamos mañana.» Le dio una palmada en el hombro y se encaminó hacia la salida. Al día siguiente volvería a sacar el tema. Estaba preocupado por él, y sin embargo no era el único que ocupaba sus pensamientos.

Romina.

Cuánto habría querido estar con ella...

Romina estaba convaleciente en casa y ya tenía un marido dispuesto a cuidarla, un marido que Enzo envidiaba. Ir a verla podía ser la excusa para conocerlo.

Buscó en los bolsillos las llaves del Panda. No sería difícil conseguir la dirección de Romina y plantarse en su casa, con marido o sin marido. El estómago de Enzo protestó con un gorgoteo.

No, no era el momento de ponerla en un aprieto ni de añadirle más problemas. Por suerte, Enzo todavía conservaba suficiente sentido de culpa por sus líos del pasado como para decidir no hacerlo.

Solo había una solución para no pensar en Romina: concentrarse en el trabajo. Haría otra inspección en el monasterio precintado. Si recordaba bien, en ese momento debía de estar trabajando allí la policía científica.

~

Enzo se agachó y pasó por debajo de las cintas que acordonaban la propiedad. Por poco perdió el sombrero que le cubría el vendaje de la cabeza, y se lo sujetó con una mano.

El furgón de los RIS de Roma estaba parado en la subida que llevaba al monasterio, con los portones traseros abiertos. Mal, así habrían echado a perder las huellas de los neumáticos. ¿No se les había ocurrido que el rubio podía haber entrado con el coche?

Subió la pendiente a duras penas y le latieron las sienes. Les había dicho a todos que estaba bien para reincorporarse al servicio, pero

no era exactamente cierto.

Delante del portón del monasterio, un larguirucho de traje y corbata se le echó encima, con la carpeta apretada contra el brazo. «Disculpe, busco a un responsable.»

Enzo levantó el ala del sombrero para que no le tapara la visual. El tipo era realmente alto. «¿Un responsable de qué?»

«Soy el secretario del notario Orsini, que tiene a su cargo la gestión del testamento de Marcello Creti. Con la muerte del señor Arturo han dejado de existir las personas jurídicas que habían...»

¡Hostia!, burocracia. Enzo le plantó una mano en el pecho. «Mire, disculpe, pero tengo otras cosas en la cabeza. Pruebe a llamar a la comandancia, o al magistrado que firmó la orden de incautación. Lo siento.» Entró en el monasterio y tomó la escalinata hacia el primer piso.

En el pasillo, dos hombres con trajes blancos transportaban una caja. Enzo maldijo llevar tan poco tiempo en Roma. No conocía a nadie entre los colegas, no tenía contactos. «Disculpen, soy el inspector Bestetti, llevo este caso. ¿Quién está dirigiendo las operaciones?»

Los dos dejaron la caja en el suelo y se miraron. «El general De Michelis ha dado orden de no compartir información. Parece que quiere trasladar la investigación.»

¡Hostia!, no De Michelis, ya estaba demasiado en deuda con él. Por desgracia, era de esperar. Enzo estaba demasiado implicado.

Los dos volvieron a levantar la caja y uno señaló el pasillo por el que había llegado. «Así que tengo que pedirle que se aparte. De todos modos, no lo dejarán entrar en la habitación.»

No podían apartarlo así. «¿Y la maquinaria? ¿Son capaces de ponerla de nuevo en funcionamiento? ¿Y las huellas de los neumáticos?...»

«Inspector.» El colega, impaciente, hizo un gesto con la barbilla hacia la salida. «Ahò, venga, ya. No insista.»

Enzo les leyó la mirada. No iba a sacar nada de allí.

Si también él tuviera la cadencia romana y algún contacto, quizá habría podido arrancarles alguna información en confianza. Cuánto echaba de menos Milán.

Giró sobre los talones y desanduvo la escalinata. Quizá podía preguntarle a Romina. Ella era amiga de los de la policía científica.

Atravesó las hojas abiertas de la puerta y el secretario del notario volvió a echársele encima. «Disculpe, he oído que usted es inspector.»

¡Hostia!, otra vez. «Sí, pero si ha oído eso, también habrá oído que ya no tengo nada que ver con este caso.»

El larguirucho resopló. «El problema es que también tengo que denunciar la desaparición de estos papeles. Para poder tramitar los actos notariales tuve que revisar el archivo histórico del monasterio, y faltan varios documentos relativos al garante que pagó unas cuotas hace casi cien años. Un tal doctor Aldo Angelucci.»

«¿Cómo dice, perdón? ¿Aldo?»

«Sí, Aldo Angelucci. Alguien ha sustraído parte de su documentación.»

Aldo Angelucci.

El científico asesino de la época fascista, el que según el rubio era inmortal, tenía nombre y apellido.

~

Enzo se lanzó dentro de la Panda. Nombre y apellido. Con aquello podía tirar de un montón de hilos. Lástima que lo hubieran apartado de la investigación...

No importa.

Además, aún no había recibido ninguna comunicación oficial del General. Tenía algo de tiempo antes de que entrara en vigor la obligación formal, y cualquier ayuda le vendría más que bien.

Sacó el móvil y abrió la mensajería: «El nombre del científico es Aldo Angelucci. Busca todo lo que encuentres sobre él.» Se lo envió

a Romina y a Vito, los únicos que podían ayudarlo.

Arrancó la Panda y salió. Tenía que consultar los archivos universitarios, averiguar a quién podía remitir aquel nombre en el ámbito científico, reconstruir una identidad completa. Herederos, matrimonios, todo.

Cinco minutos después, el teléfono vibró: Romina.

¿Ya tenía algo? Descolgó. «¿Sí—?»

«¡Estoy aquí! ¡Estoy encerrada en el baño!» gritó ella al otro lado.

«¿Quién? ¿Qué?»

«¡El rubio se ha metido en mi casa poco después de tu mensaje! ¡Tienen los teléfonos controlados! ¡Debía de estar apostado cerca de casa! ¡Ha matado a mi marido, estoy encerrada en el baño!» De fondo resonaron golpes secos.

¡Mierda! «¡La dirección, no sé dónde vives!»

«Via Mon—». Un estruendo, un grito atroz, y la llamada se cortó.

¡Mierda!

¡Mierda, mierda, mierda!

Quizá también habían ido a por Vito.

¿Tenían los teléfonos controlados? ¿Cuántos eran? ¿No era un loco solitario, sino toda una organización?

El teléfono volvió a vibrar y en la pantalla parpadeó el contacto de Romina. «¿Sí?»

«Enzo...» Era la misma voz gutural que había oído después del golpe en la cabeza. «Tenemos a la doctora. Tenemos controlados los teléfonos y las comunicaciones por radio. Lo sabremos en cuanto contactes con alguien. Via Primo Maggio 15, en San Martino, pedanía de Laruvio. Desde el monasterio se tarda una hora. Te esperamos dentro de cuarenta y cinco minutos. Si las fuerzas del orden se enteran, nosotros también.»

La llamada se cortó.

Los subentendidos estaban claros.

Cuarenta y cinco minutos.

Si contactaba con alguien, la matarían.

Si iba solo, los matarían a los dos.

Decía tener controladas a las fuerzas del orden, y la desaparición de algunas pruebas parecía darle la razón. ¿Era una organización? ¿En quién podía confiar?

En Roma no conocía a nadie salvo a Vito, el único de quien estaba seguro de que no era un topo, pero no podía contactarlo por teléfono y no tenía tiempo de ir en persona. Y, además, siendo dos, ¿en qué habría cambiado la situación?

Cuarenta y cuatro minutos.

Mientras intentaba decidir, metió via Primo Maggio 15, San Martino, en el navegador y arrancó.

¿Qué debía hacer?

2.12

2015

Cuarenta y tres minutos para llegar, y ninguna opción válida. Enzo actualizó el navegador con la dirección que los secuestradores le habían impuesto, iba con un par de minutos de adelanto. ¿De qué le servían dos minutos? El desenlace de la debacle era seguro. Iría a la cita, y no había razón en el mundo para que no los mataran a los dos, a él y a Romina, quizá clavándoles electrodos afilados en el cerebro.

Si había un topo, a la central operativa no debían avisarla antes de que él llegara a via Primo Maggio. Además, si moría, Enzo tenía que dejar rastros útiles para la investigación, el nombre de Aldo Angelucci, la dirección a la que le habían dicho que fuera. Parecía una burla que un grupo de fascistas le hubiera ordenado presentarse en via Primo Maggio.

Enzo redujo una marcha y la Panda rugió, rabiosa como él. Un poco más adelante terminaba Sutri, a la derecha había un banco. Ostras, si había un banco, quizá también hubiera un guardia de seguridad. Los fascistas controlaban las comunicaciones con las fuerzas del orden, pero aquello era seguridad privada armada, no podían controlar también eso.

Junto a la entrada del banco, un energúmeno con uniforme negro caminaba pegado a la pared de ladrillo visto. Enzo clavó el freno y las ruedas chirriaron.

«Ahò, ¿pero qué pasa?» El guardia llevó la mano a la funda, alerta por la conducción temeraria.

Enzo sacó la cartera, abrió la puerta y le plantó la placa delante de los ojos. «Soy inspector de los Carabinieri. Tengo pocos minutos, tiene que tomar nota.»

El hombre retrocedió, desorientado. «¿Inspector? ¿Qué está diciendo?»

Ostras, cada instante era importante. Habría querido agarrarlo por los hombros y sacudirlo, pero aquel pobre hombre habría pensado de verdad que era un atraco.

Enzo mantuvo bien visible la palma vacía de una mano y la placa en la otra. «Tiene que escucharme. Soy el inspector Bestetti. Llame a su central operativa y pida que envíen a cuantos hombres tengan disponibles. Solo su central, a la policía la avisarán dentro de media hora, porque monitorizan las llamadas. Via Primo Maggio 15, San Martino. Repita la dirección.»

El guardia volvió a mirar la placa y entrecerró los ojos.

«¡Repita la dirección!»

El guardia asintió. «Via Primo Maggio 15, San Martino.»

Enzo suspiró. El hombre estaba colaborando. «¿Qué tiene que hacer?»

«Avisar solo a mi central para pedir refuerzos, a la policía dentro de media hora.»

«Bien. Dentro de media hora yo estaré allí. Dentro de media hora llamará y avisará también a los Carabinieri, no antes. Tienen un rehén y existe la posibilidad de que estén escuchando las comunicaciones. El responsable es Aldo Angelucci. Podrían hacerle daño antes de tiempo, y ahora debemos retrasar al máximo ese desenlace. Via Primo Maggio 15, San Martino, Aldo Angelucci, dentro de media hora avisar a los Carabinieri. Repita.»

El hombre asintió. «Via Primo Maggio 15, San Martino, Aldo Angelucci, dentro de media hora avisar a los Carabinieri.» Cogió la radio.

Bien. «Una última cosa.» Enzo sacó el teléfono y abrió los datos de Vito. No tenía tiempo de buscar cómo darle el número. Se acercó al

muro y frotó la placa contra los ladrillos. Grabó el número de teléfono con arañazos blancos.

«Después de la central, avise también a este número. Es un compañero, se llama Vito. Bestetti pide refuerzos, Via Primo Maggio 15, San Martino, Aldo Angelucci, dentro de media hora avisar a los Carabinieri y a Vito.»

El guardia asintió. «Bestetti pide refuerzos, Via Primo Maggio 15, San Martino, Aldo Angelucci, dentro de media hora avisar a los Carabinieri y a Vito.» Encendió la radio, que crepitó por el altavoz.

«Bien. Consígame tantos hombres como pueda, y haga correr la voz también entre otras empresas de vigilancia privada.»

El guardia pulsó el botón de la radio. «Central, tengo delante de mí al inspector de los Carabinieri Bestetti, me ha dado instrucciones. Cambio.»

Enzo cerró la puerta de un golpe, metió primera y arrancó, haciendo chirriar otra vez las ruedas. Cuarenta minutos. No podía hacer más.

Quizá.

Pero ya había decidido qué hacer.

~

Via Primo Maggio 15 era un caserón de techo plano, viejo y abandonado. Más allá de la verja abierta y corroída por el óxido, el edificio cuadrado mostraba en la fachada unos escaparates cerrados con persianas de reja. En otro tiempo debió de haber sido una tienda.

La puerta central apenas estaba entornada, y delante había una furgoneta Mercedes blanca aparcada.

Enzo había llegado a la hora exacta. Si el guardia había respetado las instrucciones, a esas alturas Vito y la central ya estarían avisados. Además, la vigilancia privada ya debía de haber enviado hombres y medios a la dirección. Ahora solo quedaba administrar lo mejor

posible los tiempos y evitar un derramamiento de sangre, siempre que Romina siguiera viva.

Se llevó la mano bajo la chaqueta y rozó la pistola. Entrar armado no tenía sentido, lo estaban esperando y estaba solo.

Entraría de todos modos.

Pero fingiría ir desarmado. La simulación le regalaría unos minutos de desconcierto, tendrían que registrarlo y él tendría una ocasión de atraer a uno hacia sí. Cada minuto era tiempo de más para los refuerzos.

Cruzó la verja, alzó las manos y caminó hacia la entrada. «Estoy a tiempo. Entro.»

La puerta era blindada y de fabricación reciente. La empujó con el codo. «Estoy a punto de entrar, estoy solo, como me dijeron. No he llamado a nadie. Ustedes también saben que no he llamado a la central, dado que interceptan las comunicaciones.»

Nada. Ninguna respuesta.

Enzo atravesó la entrada. Había equipos cubiertos con lonas, parecían hiladoras. Tres máquinas de coser en un rincón, perchas y mesas de dibujo. Debía de ser una vieja sastrería.

Dos puertas, una al fondo, entornada, de la que salía una franja de luz. Otra a la derecha, cerrada. De la del fondo llegaban quejidos de mujer.

Enzo tragó saliva. «Estoy aquí. ¿Qué tengo que hacer? ¿Dónde está la doctora?»

Nada.

Los quejidos de la puerta del fondo se hicieron más fuertes. Estaba claro, la doctora estaba allí detrás. Como había dos puertas, esperaban que Enzo se dirigiera hacia la entornada de enfrente, atraído por los quejidos, para que los secuestradores salieran por la lateral y lo atraparan por la espalda.

Tenía que anticiparse. A lo largo del perímetro no había obstáculos. Recorrería la distancia entre las dos puertas en seis zancadas. Podía intentarlo.

Se detuvo junto a la puerta entornada de la habitación donde estaba la doctora, listo para lanzarse hacia el lado del que estaba seguro que saldrían para echarle mano. Empujó la madera, que chirrió sobre las bisagras, revelando en el interior a Romina, amordazada y atada a una silla.

«¡Romina, estoy aquí!» Enzo no esperó respuesta. Sacó la Beretta y arrancó con paso sigiloso hacia la puerta lateral.

Se estaba abriendo, había acertado.

Se mantuvo pegado a la pared, fuera de la vista. El rubio salió empuñando una pistola. Enzo atisbó el interior, un baño vacío, con la cerámica de los sanitarios llena de grietas. No había nadie más.

Y le había quedado a la espalda.

Cargó el brazo y le descargó la culata de la pistola en la nuca. El hombre braceó hacia delante y se desplomó en el suelo.

Enzo le asestó una patada entre las piernas. Lo rebasó y le arrancó la pistola de las manos.

Prioridad: la vida de Romina. Mantuvo al rubio en el suelo, encañonado, y retrocedió hacia la habitación donde la doctora estaba atada.

Ella gemía, con un pañuelo apretado entre los dientes. Sollozaba, sacudida por un llanto histérico.

«Tranquila, Romina. Está en el suelo. Lo tengo encañonado.» La liberaría, así podría escapar. Luego esposaría al rubio. Ostras, lo había conseguido. Estaban a salvo.

Caminando hacia atrás, rozó el marco de la habitación donde Romina estaba encerrada.

Un disparo a su espalda, justo desde la habitación de Romina. La pierna cedió, atravesada por una punzada de dolor, y Enzo se fue al suelo.

«¡Diantre, Pino, siempre tengo que hacerlo todo yo!» La voz gutural venía de junto a la doctora.

Quienquiera que se hiciera pasar por Aldo debía de haberse escondido allí. Qué estúpido, Enzo no había revisado esa habitación.

Se puso a cuatro patas. Un bastonazo le cayó justo donde la cabeza ya estaba vendada.

La vista se le tiñó de rojo, la sangre le corría sobre los ojos.

Romina se inclinó sobre él. La mordaza le colgaba del cuello. En una mano tenía una pistola, en la otra, un palo de madera. «Sí, Enzo, soy yo, Aldo Angelucci.» La voz gutural le nacía de un esfuerzo en la garganta.

¿Ella?

Imposible.

Le sostuvo la mirada y abrió la boca para replicar algo, para hacerle preguntas, pero la sangre le cayó sobre los ojos, caliente y viscosa, borrando los contornos. El dolor estalló y luego se retiró de golpe, dejándolo suspendido en un vacío espeso, sin aire y sin sonido. Después, las sombras le arrancaron la razón.

2.13

2015

Un olor acre y punzante se le clavaba en el tabique nasal. Enzo abrió los ojos: Romina le agitaba bajo la nariz una bolita de algodón empapada en algo. «Diantre.» Otra vez con aquel tono gutural y forzado. «¡Despierta, Camarada!»

¿Camarada? El último recuerdo de Enzo lo arrojó de golpe a la plena conciencia: la doctora armada que decía ser Aldo. No. No podía ser. Las sienes le martilleaban, todo le daba vueltas, pero estaba sentado.

Tenía que reaccionar. Se lanzó hacia delante, pero las correas de cuero le tiraron de las muñecas y lo ciñeron por la cintura en un abrazo que no tenía nada de afectuoso. La pierna le lanzó punzadas de dolor. Estaba vendada. Claro: le habían disparado.

«Calma, Diantre.» Romina le tomó la cabeza y la examinó. «Menos mal, temía haberte golpeado demasiado fuerte en el lóbulo parietal, y te necesito sano. Tengo que admitirlo, eres un buen policía. La seguridad privada estuvo a punto de atraparnos. Habría bastado un minuto más. Por suerte conseguimos escapar. Aquí, en mi laboratorio, nadie nos molestará.»

Enzo se zafó de las manos ahusadas de Rinaldi. ¿Dónde estaba? Parecía un sótano, inundado por una luz roja tenue, sin ventanas. En medio, una mesa de operaciones. Era la habitación del gato asesinado a martillazos. La silla metálica tenía reposabrazos de cuero, como la que habían encontrado en el búnker Soratte. En un rincón, un proyector y unos cascos.

Romina iba a perforarle y freírle el cerebro.

Lo agarró por la barbilla. «No pongas esa cara, ya se me da bien esto. Sé lo que hago, soy un verdadero hombre de ciencia.» Hablaba de sí misma en masculino.

Desde los escalones llegaron unos pasos. El rubio apareció con una caja estrecha, casi tan alta como él, apoyada en el hombro.

Romina lo señaló con la palma. «Te dije que tarde o temprano te presentaría a mi marido, mucho más joven que yo.»

Romina se echó a reír y continuó. «Una de las ventajas, cuando por fuera eres mujer y no quieres que te reconozcan, es que al casarte puedes tomar su apellido. Nadie tiene nada que decir si a partir de ese momento dejas de firmar como Romina Angelucci y empiezas a firmar Rinaldi. Incluso con la placa en la puerta de la consulta.»

«¿Angelucci?» Enzo estaba convencido de que el rubio era el hijo de Aldo. De hecho, en la grabación de los martillazos al gato, por el movimiento de los labios había deducido que el rubio se dirigía al viejo por su nombre, no como «papá». «Romina... ¿eres la hija de Aldo?»

«Lo era. De todos modos, en cierto sentido, sí. Como buen fascista quería un varón, pero tuve una hija: Romina. Estos cabellos blancos, antaño, eran rubios como los de mamá, Vittoria. En eso acerté. Ella sí que era una esposa a la altura del Fascismo.»

«¿Esposa?» Hablaba de sí misma como si fuera Aldo en persona. «Estás loca.»

«Cambiarás de idea. O mejor...» Se echó a reír. «Diantre, te cambiaré la mente.»

No cabía duda: quería usar con él aquella máquina. Enzo repasó sus encuentros hacia atrás, ¿cómo no había advertido nada? Algunos recuerdos afloraron como puñetazos en la cabeza: había sido ella, con su informe, quien reveló que Vito lo ayudaba en la investigación. Fingiendo sentirse culpable, había ocupado su lugar, así podía controlarlo paso a paso.

El proyector desaparecido: ella colaboraba con la policía científica. La explosión en la habitación del monasterio: era imposible que el

rubio pudiera alcanzar el proyector desde el jardín, por debajo del aparato. El explosivo lo había llevado ella y se había escudado tras el cuerpo del cuidador.

Cuando Enzo descubrió el nombre y el apellido de Angelucci, le envió el mensaje. Ella, pocos minutos después, lo llamó fingiendo el secuestro. Eso la había empujado a actuar, pero desde luego no era Aldo de verdad, solo debía de haberse vuelto loca.

Muchas pequeñas frases eran señales de aquella anomalía: «tenía una hija», le había dicho. Estaba realmente convencida de ser Aldo, y la hija en cuestión era ella misma: Romina.

En el monasterio de Creti, delante del recorte de periódico con los bombarderos, le había preguntado si había estudiado historia o medicina, cuando conocía perfectamente los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial. Y luego estaba la aceptación de los colegas de aquella época ante ciertas prácticas como el electrochoque.

Cuando Romina se desvanecía ante las grabaciones, no era por asco: claro, ella hacía autopsias, lo que no soportaba era la ansiedad por los avances de la investigación. O quizá ver aquellas cosas hacía entrar en crisis el cerebro trastornado que tenía.

Ella se echó a reír. «¿Estás pensando en cómo no te diste cuenta de nada?»

Enzo permaneció apático ante la provocación. No debía dejar traslucir nada hasta que hubiera decidido qué hacer. Tal vez lograría hacerla entrar en razón, tal vez estaba enferma y tendría momentos de lucidez.

Tenía que entender. La mejor manera de hacerla hablar era elogiar su trabajo. «Así que conseguiste hacer funcionar la máquina.» Le seguía la corriente, le hablaría en masculino.

Ella asintió, satisfecha. Se volvió hacia el rubio. «Pino, suéltate el pelo. Enséñale.»

El rubio dejó la caja alargada y se soltó la coleta. Sacudió la cabeza y el cabello largo se abrió en abanico. Agujeros, claros y viejas

cicatrices le salpicaban el cráneo, ocultos bajo el pelo recogido, peinado para disimularlos.

Romina continuó. «Después de la Segunda Guerra Mundial tuve que interrumpir los experimentos. Nació una niña, no el primogénito varón que yo deseaba. Paciencia, de todos modos habría podido estudiar y convertirse en científica, y de hecho Romina estudió medicina. En los años ochenta se me presentó una oportunidad de reanudar los experimentos, con Pino. No era más que un muchacho y tenía la edad adecuada. Pero debía proteger mi pasado. Vittoria había muerto, yo fingí la mía y, gracias a unos fondos casi ilimitados, volví a probar el experimento con Pino. Por desgracia, el resultado fue solo parcial.»

Enzo apartó la mirada de las cicatrices del rubio. Pronto las tendría él también. «¿Pero cuál es el objetivo del experimento? ¿Por qué seguiste incluso después de la caída del régimen?»

«¡Diantre, por la ciencia! El experimento empezó para inducir el pensamiento, para llevarlo hacia los ideales vigorosos y categóricos del fascismo. Pero resultó ser algo mucho más grande: el descubrimiento de la inmortalidad. Y eso, gracias a la inteligencia de Creti y a la estupidez de mi hija.»

«¿Romina?»

«Sí. Marcello me creía muerto y había retomado los viejos estudios que compartíamos sobre las ondas, añadiendo los descubrimientos del dualismo onda-partícula. Ese era el camino correcto. Mientras tanto, mi hija, a la que vigilaba en secreto, se había llenado la cabeza de basura comunista. Era necesario inculcarle los valores correctos.»

Romina se soltó la coleta alta, la misma que tanto había azuzado la malicia de Enzo, y meneó la cabeza: los mismos agujeros y las mismas cicatrices le punteaban el cuero cabelludo. «Con los nuevos descubrimientos de Creti estaba seguro de que el tratamiento con mi hija funcionaría. Pero debía ser el único en poseer aquella máquina. Destruí su trabajo con un incendio y me ocupé de experimentar en dos muchachos los límites de la máquina: aquellos dos de los años

noventa sobre los que investigabais. Comprendí hasta dónde podía llegar y utilicé el Ondocerebro con Romina. Bueno, funcionó incluso mejor de lo previsto.»

«¿Mejor?»

«Sí. Para inducir pensamientos hace falta una fuente de origen que entre en resonancia. Yo era la fuente de los principios fascistas.» Sus ojos brillaron con solo mencionar el régimen. «Solo que, en vez de inducir una mentalidad, dupliqué mi conciencia en un cuerpo nuevo. Creé la posibilidad de la inmortalidad.»

«No estoy seguro de haberlo entendido.»

«Y, sin embargo, es sencillo. Quería inducir mi mentalidad en mi hija pero, al final del tratamiento, mi hija tenía en la mente mucho más que mi mentalidad: tenía mi misma mente.»

Estaba loca. El experimento había dejado a Pino con retrasos mentales y en ella había desatado la locura.

Romina se encogió de hombros. «¿Sabes? He visto mi muerte. Cuando el cuerpo del octogenario Aldo Angelucci se apagó. Y, sin embargo, yo permanecí. Y cuando este cuerpo sea demasiado viejo, mis duplicados podrán vivir eternamente.» Sonrió y, con aquellos mechones ralos y los agujeros en el cuero cabelludo, el rostro se le contrajo en una máscara histérica.

Enzo tenía que averiguar si quedaba algún resquicio de lucidez. «Romina, razona, algo así no puede haber funcionado de verdad. Vuelve en ti. Tu padre no hizo más que manipularte, te volvió loca.»

«¿Eso dices? Y, sin embargo, lo viste con tus propios ojos, en el bar.»

«¿Qué tiene que ver el bar? ¿A qué te refieres?»

«El de abajo del monasterio de Creti, ¿recuerdas que fuimos allí?»

Enzo recordó el capuchino que aquellos dos noviecitos se habían tomado y que, en aquella ocasión, había fantaseado con malicia precisamente con la mujer que ahora hacía de verdugo. «Sí, lo recuerdo.»

«¿Y recuerdas que fui al baño nada más entrar? Yo ya había estado allí setenta años antes. Romina no. ¿Cómo es posible que supiera dónde estaba el baño sin que nadie me lo indicara? Porque recordaba aquel local. Recordaba al padre de ese incompetente que ahora atiende las mesas. Lo recordaba todo, pero Romina nunca había estado allí. Diantre, ¿cómo me lo explicas?»

Su voz alternaba tonos femeninos con otros guturales. Cada vez que pronunciaba «Diantre», el carraspeo de la garganta se volvía más marcado.

Romina volvió a recogerse el pelo en la misma coleta alta de siempre. «Ya sabré yo quién soy: tengo la mente de un científico. Una inteligencia por encima de la media.» Rió. «Y, además, echo de menos el escalofrío de mear.»

«¿El qué?»

«Diantre, Camarada Enzo, usted es un hombre. Debería haber notado ese escalofrío después de mear. ¿Sabe que eso es algo exclusivamente masculino? Desde que estoy en este cuerpo de mujer no es más que un recuerdo. Además, hasta la menopausia, la regla es un fastidio. En cambio, la masturbación... ni se la imagina!» Se giró hacia Pino. «Vamos, empecemos. Y recógete ese pelo, das asco.»

«Sí, disculpe, Aldo. C-claro.» El rubio obedeció y abrió la caja grande que había llevado al sótano. Sacó un trípode y una tela blanca enrollable. Una pantalla de proyector.

Aldo guiñó un ojo. «¿Está listo, Camarada Enzo, para convertirse en el nuevo Aldo Angelucci?»

~

Pino agitó el aerosol y se echó en la mano la espuma de afeitar. Se la extendió por la cabeza a Enzo, tomó una hoja de afeitar y empezó a raparlo al ras. Nunca el aroma a mentol le había resultado tan insoportable. Iban en serio.

Romina, o Aldo, o lo que fuese, pasaba un paño empapado de desinfectante sobre los instrumentos quirúrgicos. Inclinó un bisturí

ante sus ojos, buscando el reflejo de la luz en el filo. «Ánimo, Enzo, tienes suerte. El procedimiento ahora es mucho menos invasivo que antes. Los electrodos que usaré contigo son como alfileres.»

La cabeza le ardía por la hoja. Enzo jamás se había pasado una hoja de afeitar por el cráneo en su vida. «¿Se me quedará la cabeza a mechones?»

Aldo asintió. «Que el pelo no vuelva a crecer se debe a la quemadura de los capilares, no a la perforación causada por los electrodos.»

Se acercó al escritorio y encendió la computadora. «Además, para las películas ya no hace falta soporte analógico alguno. También he podido añadir un sistema de adoctrinamiento con audio digital. Antes tenía que eliminar las ondas imperceptibles para ahorrar espacio, pero que el oído no las oiga no significa que el cerebro no las perciba. Todo el tratamiento es una suma de ondas: de audio, de video, emocionales y cerebrales inducidas.»

Al menos hablaba. Enzo podía hacerle preguntas y, quizá, entender algo. «¿Por qué usabas solo a chicos como conejillos de indias?»

«La cuestión no es la edad, sino la emotividad. Dime, ¿por qué has retenido unos recuerdos más que otros? Todo está ligado a las emociones, a vibraciones con un pico más alto. En los jóvenes el miedo es mayor, son más emotivos. Lo mismo ocurrió con mi hija, tan amante de la ciencia como yo. También con ella mi idea inicial era transferir el conocimiento, no la conciencia. Así sucedió.»

Otra víctima inocente, tragada por aquella locura. «Si, como dices, el experimento funcionó de ese modo, ocupando el lugar de su conciencia, ¡la mataste! ¿Qué padre mataría a su propia hija? Tú, que tanto proclamas los valores del Fascismo, de la familia… Avergüénzate.»

Aldo apuntó el bisturí hacia él. «No es muy astuto enfurecer a quien tiene que usar estos hierros en tu cabeza. Tú, que mencionas el Fascismo sin saber de qué hablas, merecerías una doble dosis de celo

correctivo a la vieja usanza. Mi máquina es mucho más humana que los métodos de otros tiempos, y no me refiero al aceite de ricino.»

Pino le frotó la cabeza rapada con un paño caliente y le dejó el paño sobre los ojos, cegándolo. Enzo sacudió la cabeza para quitárselo de encima, el paño cayó y una correa de cuero le apretó la frente contra el respaldo. El rubio tensó la correa y volvió a ponerse frente a él. Tenía los ojos asustados, como si colaborar en el experimento fuera una violencia contra sí mismo.

Era él el eslabón débil.

La única esperanza de Enzo era ponerlo de su lado. Pero ¿cómo?

El rubio comprobó la firmeza de la sujeción que le inmovilizaba la cabeza y se apartó. «E-ehm, ya está hecho. Camarada Aldo.»

«Bien.» Él, o ella, se enfundó los guantes de látex y los hizo chasquear, luego se colocó a su espalda. Con un dedo tanteó el cráneo de Enzo en varios puntos, provocándole un cosquilleo insoportable.

H¡Hostia!, qué sensible estaba la piel recién rapada. Y ese loco estaba a punto de hacerle una incisión y perforarle el cráneo.

Aldo le apoyó la punta del bisturí en el cráneo y la piel le escoció. «Realizaré una craneotomía después de incidir piel y tejido subcutáneo con el bisturí. Una vez expuesto el hueso, practicaré los orificios con un taladro. Repite, ¿qué decías de mi hija?»

«Que eres un asesi…»

Aldo hundió la hoja en la carne y Enzo gritó de dolor. Podía sentir la hoja presionando contra el hueso del cráneo. Mientras abría la incisión, Enzo sintió que el cráneo oponía resistencia al metal. La sangre le corrió delante de los ojos y apretó los dientes, no iba a gritar, pero el dolor atroz le corría columna abajo.

Aldo trazó una cruz y levantó los colgajos de piel. Tamborileó con el índice sobre el hueso expuesto. «¡Taladro!»

Pino se acercó, temeroso, sosteniendo entre las manos un atornillador eléctrico de ferretería con una broca para metal. Tenía

los ojos tristes, pedían perdón. Había pasado por aquel tratamiento antes que él.

El taladro gimió. Aldo lo apoyó sobre el hueso y la cabeza de Enzo tembló, aunque la sujetaban las correas. Todo se volvió negro.

2.14

2015

Enzo volvió a abrir los ojos. La habitación giraba a su alrededor, tenía ganas de vomitar. El hedor acre de la orina le subía desde los pantalones, y entre las piernas estaba empapado. Joder, se había meado encima. Llevaba un gorrito de goma en la cabeza, con las correas que le bajaban hasta debajo de la barbilla. De la cabeza salían cables que descendían hasta el suelo y se unían a un tubo lleno de fibra de vidrio, conectado a la computadora.

¿Qué le habían hecho?

Frente a él, la pantalla blanca del proyector estaba bajada, iluminada por un haz de luz fría y temblorosa que venía de detrás de él.

En la habitación solo estaba el rubio, sentado en una silla en un rincón. Levantó la cabeza. «A-Aldo, ehm... Camarada. Se ha despertado. Uhm.»

Se acercó hasta quedar a un palmo de Enzo, miró alrededor para comprobar que estuvieran solos y lo miró a los ojos. «¿Co-cómo estás?», susurró.

¿Le había hablado? Es más, había susurrado para que no lo oyeran. Romina hacía de verdugo para los dos. «¿Por qué le sigues la corriente?»

Pino se estremeció de miedo. No se lo esperaba. Bajó la mirada, con los hombros temblándole. «Él es, ehm, Dios. Es mi Du-Duce.»

«¿Buscas su aprobación? Te ha hecho daño, y me lo hará a mí. No es tu Dios, es Romina. Una loca.»

«¡No!», gritó Pino. Frunció el ceño y lo miró con desafío, ofendido por la afirmación.

No era ese el camino. Pino estaba sometido a aquella figura. Pero si su lentitud lo hacía más parecido a un niño, Enzo debía apelar a ese registro emocional. «He visto que te duele, que te obliga a hacer estas cosas. Puedo ayudarte. Puedo conseguir que tengas una familia que te valore por lo que eres, y él no hace más que insultarte.»

El rubio volvió a mostrarse triste y abatido.

Por ahí tenía que insistir. «Esto también te lo ha hecho a ti, ¿cómo puedes pensar que te quiere? Te ha privado del pasado, de la despreocupación...»

«¿Qué es este hedor?» Aldo bajaba los escalones, sombrío. «¿Está despierto? Diantre, ¿por qué no me has avisado?»

Pino dio un brinco. «S-sí te avisé. Ehm. No lo o-oíste.»

«Vamos. Empecemos.» Aldo empujó un carrito hasta la silla metálica. Pinzas, vasitos, cuentagotas..., un surtido de instrumentos de quirófano.

La verdugo sonrió con sorna. «¿Ves esas pinzas, Enzo? Son separadores para los ojos. Si te niegas a mirar la grabación, te las incrustaremos en las órbitas. Son muy molestas, tú decides.» Se volvió hacia Pino. «¡Saca el tanque!»

Pino sacó a duras penas de debajo de la mesa de operaciones una especie de arcón con ruedas. Levantó la tapa: por dentro estaba forrado de espuma piramidal y había un casco conectado a unos cables eléctricos.

Aldo se sentó en el borde. «Esto es otra novedad. Es un tanque de privación sensorial. Yo, mi mente, transmito las ondas originarias de resonancia. Aquí dentro no tengo distracciones, no tengo interferencias. Tú serás mi obra maestra. Serás yo.»

Se puso el casco y se acostó dentro. «Cierra y procede.»

Pino se apresuró y cerró la tapa.

Si le hablaba al rubio, Aldo no lo oiría. Enzo forcejeó con las correas de las muñecas. «¡No lo hagas! Míralo, está indefenso. Basta

con que me liberes y seremos libres.»

Pino se aferró la bata contra el pecho, como si le hubiera hablado un demonio. Se acercó al escritorio, tomó un control remoto y apretó un botón. La pantalla de la computadora inició una cuenta regresiva de diez segundos.

Al llegar a cero, una descarga se le metió en la cabeza.

Enzo apretó los reposabrazos. El proyector empezó a lanzar imágenes: una calle que no había visto nunca, coches con matrícula extranjera. Una cámara en mano avanzaba... seguía a un hombre. Se volvió y lo reconoció: Oscar.

Su hijo.

A la sonrisa de Oscar se le superpuso un rostro machacado: no había labios que sonrieran, solo dientes expuestos y una mandíbula descarnada. Destellos de luz y un zumbido ensordecedor le penetraron en las sienes. Aunque no llevaba auriculares, una música al compás de una marcha fascista le retumbaba en la cabeza. Y otra vez su hijo: llevaba en brazos a un niño, su nieto. Enzo era abuelo. ¡Oscar había adoptado de verdad!

El corazón le estalló en el pecho. ¿Qué se había perdido? ¿Cómo había podido? El niño lo saludaba con la mano. Luego, de golpe, el corte limpio de una mano cercenada, destellos de luz y chirridos agudos como uñas sobre una pizarra. Después, hojas afiladas haciendo palanca entre dientes podridos, y otra vez imágenes cuya naturaleza ya no entendía, si agradables o mortíferas.

Los recuerdos se confundieron y Enzo dejó de saber quién era, qué era y qué debía considerarse correcto o incorrecto. Mientras tanto, el corazón le rebosaba de alegría y de culpa por su hijo.

Fotograma a fotograma.

~

Enzo aspiró aire como si acabara de emerger de una apnea. Sobre el carrito, a su lado, había dos vasos enormes que apestaban a

desinfectante. En uno, sumergidas en el líquido, había unas agujas conectadas a hilos de cobre, en el otro, los separadores de párpados.

Aquellas puntas dejaban hilillos de sangre en el líquido transparente, debían de ser los electrodos que le clavaban en la cabeza. ¿Y los separadores, cuándo los habían usado? La papelera del fondo de la habitación estaba llena de papeles, pero poco antes estaba vacía. Al lado, una decena de cajas de pizza.

Diantre, ¿cuánto tiempo llevaban haciéndole resonar el cerebro? Para escapar necesitaba un gesto desesperado. El Ondocerebro requería una docena de sesiones, si no se equivocaba. Pero ¿qué era el Ondocerebro? Diantre, no, Ostras, ¿qué estaba diciendo?

Su hijo, Oscar. Lo estaban utilizando para revolverle algo muy adentro. Enzo recordó cuando Romina había husmeado en la guantera del Panda. Debía de haber leído su nombre en el permiso de circulación. Después habían encontrado el BMW de Pino cerca del aeropuerto. Debía de haber ido a Holanda en busca de Oscar. Pero en los vídeos de las torturas no salía él, de eso estaba seguro, conocía a su hijo. Eran fotomontajes.

Enzo se mordió el labio en busca de un dolor que le devolviera la lucidez, la sangre en la boca le sabía a óxido. La cabeza le latía, estaba sentado y, aun así, sentía que caía. La alarma antiaérea le resonaba en la cabeza.

¿La alarma antiaérea? Diantre, ¿cuándo había oído él el sonido de una alarma antiaérea?

Pino era el eslabón débil, tenía que atraerlo a su lado. Obedecía a Aldo como a un padre, buscaba su aprobación.

Sobre la pantalla apagada del proyector, Enzo volvió a ver el rostro de Oscar en los vídeos que le proyectaban. Ya era el de un hombre. Ni siquiera su hijo había tenido nunca de verdad su aprobación, solo porque le gustaban los hombres. Enzo no era tan distinto de Aldo.

Enzo era como Aldo.

Enzo era Aldo.

¡Esos seres contra natura!

Enzo se estremeció. ¿Qué estaba diciendo? Ni siquiera cuando desaprobaba las decisiones de Oscar se había permitido jamás pensamientos así. Solo habría querido que su hijo tomara otras decisiones. Es más, había llegado a arrepentirse de haber sido un padre de mierda. ¿Era la máquina la que hablaba? ¿Los agujeros en la cabeza y las descargas eléctricas lo estaban volviendo loco?

Tenía poco tiempo.

Pino apareció por la escalera con una botellita en la mano. Caminaba con los brazos colgando y parecía un trapo. Se detuvo ante él y suspiró. Dio un sorbo de agua mineral y dejó la botella sobre el carrito.

Había venido a prepararlo para otro tratamiento. Enzo tragó saliva. «Te lo ruego, no lo hagas.» Cerró los ojos y unas lágrimas le cosquillearon los pómulos.

En el rostro de Pino se dibujó el asco. «Pe-perdona.» Sacó una aguja del vaso. Con el índice palpó un conector de goma que Enzo tenía en la cabeza y clavó la punta. La aguja le pinchó el cerebro, como si le estuviera perforando el alma.

Desde arriba llegó también Romina. No, llegó Aldo. Sonrió satisfecho y se recostó en la cuba, dispuesta a recibirlo. Fuera lo que fuese lo que le estaban haciendo, Enzo dejó de estar allí.

~

La mejilla de Enzo escocía, Romina estaba inclinada frente a él y le daba unas bofetaditas. «Hoy doble tratamiento. ¡Pino! Rápido, incompetente.» Se incorporó y fue hacia la cuba.

Cómo había envejecido su hija Romina. No, Romina no era su hija, ahí dentro estaba Aldo.

No, él, atado a aquella silla, era Aldo.

No.

Oscar. Enzo sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas: Oscar era su hijo. «He sido un padre de mierda», se le escapó.

Pino le lanzó una mirada. Cerró la cámara de privación sensorial y se acercó a él.

Pino. El eslabón débil.

Diantre, era el eslabón débil porque el hombre que le hacía de padre no lo aceptaba. Y Pino hacía cosas horribles en busca de su aprobación. La postura encorvada de aquel hombre mostraba hasta qué punto el sentimiento de culpa podía carcomer.

Frente a Enzo, inmóvil, Pino tomó el mando a distancia y pulsó el botón. Sus ojos apesadumbrados decían que, para él, era como infligirse el tratamiento a sí mismo.

La pantalla del ordenador se encendió con la cuenta atrás desde diez. Solo le quedaban unos segundos antes de volver a precipitarse en la inconsciencia.

Enzo miró a aquel hombre, tan prisionero como él, y dijo: «Perdona.» Hizo un gesto con los ojos hacia la cuba. «Perdóname también por lo que él te ha hecho.»

Seis.

Cinco.

«El chico del vídeo es mi hijo. Mi único pesar es no poder pedirle perdón también a él.»

Dos.

«Tu dolor me hace pensar en cuánto me he equivocado. En lo mucho que sufren.»

Pino gruñó.

Agarró con ambas manos los cables sobre la cabeza de Enzo y tiró de ellos como si arrancara malas hierbas. Con las puntas que sobresalían de sus puños, se clavó en sus propias sienes.

Cero.

La luz titiló y en la pantalla se reanudaron los vídeos. Pino gritó y la corriente se cortó. Todo se apagó, luego se encendió una luz de emergencia roja que convertía a Pino en una simple silueta. Dejó caer

los electrodos y se alejó tambaleándose hacia los escalones. Subió al piso de arriba.

Silencio.

La cuba de privación sensorial se abrió. Romina pasó de la posición tumbada a la sentada. «Diantre, ¿qué ha pasado?»

Miró a su alrededor, confusa.

Salió y se acercó a Enzo. «¿Quién te ha quitado los electrodos?»

¿Qué había resuelto Enzo? Nada.

Él seguía atado, Pino había huido arriba y Aldo era libre de hacer lo que quisiera.

A menos que el eslabón débil fuera, en realidad, el orgullo mismo de aquel loco. Enzo buscó en la garganta la voz gutural. «Diantre, ese incompetente no es capaz ni de desconectar el Ondocerebro. Enhorabuena, Aldo, nuestra máquina ha funcionado de manera impecable. Mi mente es por fin la tuya.»

Romina frunció el ceño. Dudó. «¿De verdad crees que me voy a tragar eso? Estamos solo a mitad del tratamiento.»

Enzo rió. «Diantre, haces bien en dudar, yo no me lo tragaría. ¡Y yo soy tú!» Tenía que darle una señal inequívoca. ¿Pero cuál?

Aldo cruzó los brazos. «¿Dónde está Pino?»

La luz volvió de golpe, justo a tiempo. «He mandado a ese retrasado a reactivar la corriente. Vamos, ¡libérame!»

La mirada de Romina se aguzó, y se acarició una barba inexistente. Tomó del carrito un vaso vacío y la botella de agua mineral que había dejado Pino. «Claro, ha funcionado. Estás agotado, Aldo, ¿quieres antes un vaso de agua?»

¿Por qué esa expresión? ¿Lo estaba poniendo a prueba?

Aquella era la botellita de Pino...

Enzo volvió a ver a Aldo y a Romina en el bar, el día de la parejita del capuchino. El día en que Romina se había quejado del pedido. «Perdona, camarada Aldo, sabes perfectamente que nosotros solo bebemos agua con gas. Además, me apetecería también un café. Macchiato, con leche entera y una pizca de canela.»

Romina abrió la boca de par en par e inspiró de golpe.

Era el momento del golpe de gracia. Enzo esbozó una mueca. «Tenía que funcionar, porque somos unos genios, y nuestro Ondocerebro merece el Nobel.»

Los ojos de Romina se iluminaron con renovado brío. «No el Nobel. Crearemos nuestro propio premio: ¡el Mussolini!» Desabrochó las correas de cuero una a una.

Enzo iba a quedar libre y, aunque fuera cierto que Aldo había transferido su conciencia a Romina, desde luego no le había transferido también la fuerza de un hombre.

La última correa le liberó también las piernas.

El engaño había funcionado, y por un motivo muy concreto. Enzo se puso en pie y dio gracias a la cualidad que, por encima de todas, alimentaba el ego de los fascistas: la soberbia.

2.15

EPÍLOGO

Dos semanas después - Aeropuerto de Fiumicino

El rugido de un avión al despegar le retumbó en los oídos. Enzo lo ignoró, abrazó a Vito y cerró los ojos. Nunca su relación había alcanzado una intensidad semejante.

Habían pasado por tantas cosas. Llevaban consigo nuevas cicatrices que los acompañarían hasta la muerte. De aquellos cortes había salido sangre y había entrado sabiduría.

Romina estaba recluida, Pino había quedado en manos de centros especializados y aquella máquina estaba siendo examinada por los investigadores. No sabían si funcionaba ni de qué era capaz, pero sostenían que, una vez examinada y utilizada correctamente, podría servir para tratar diversas patologías mentales. Los beneficios se destinarían a la Fundación Marcello Creti.

También en el caso de Romina, los especialistas dudaban de que albergara de verdad la conciencia de Aldo, y sostenían que simplemente había enloquecido tras las torturas sufridas. O tal vez no. ¿Quién podía decirlo con certeza?

Vito se apartó del largo abrazo, se frotó los ojos y le dio dos palmadas en la espalda. «Nunca habría imaginado verte tomar un avión, precisamente tú, que odias viajar.»

Enzo asintió, el sombrero, apoyado sobre las gasas que le vendaban la cabeza, estuvo a punto de deslizarse, y él lo sujetó con la mano. Él, que cuando pensaba se echaba el pelo hacia atrás,

tendría que llevarlo rapado para siempre si no quería acabar con la cabeza llena de claros. «Es hora. Me voy.»

«Espera.» Vito lo agarró del hombro. «Se me olvidaba... Hice una promesa, pero no sé cómo acabará esto.» Sacó el móvil e inició una videollamada.

Apareció la pantalla de conexión de vídeo: habían contestado.

Un techo se perfiló en el encuadre. Temblaba, como si estuvieran sacudiendo el teléfono. «Ahò, ¿pero qué es este trasto? ¿Cómo se enciende?» La voz de la Fabrizi salió del auricular.

«¡Te dije que no sabías manejarlo!» Una voz de hombre, también desde el teléfono. «¡¡Hostia!, pásamelo!»

La cara regordeta de la señora Fabrizi entró por fin en pantalla. «Calla, Lucio... Si quieres hacerte el duro, ¡vete a hacerlo al retrete!»

Caray, ¿qué hacían esos dos juntos? Enzo saludó con la mano hacia la cámara. «¿Señora Maria? ¿Me ve?»

Ella enseñó todos los dientes que tenía. «¡Inspector, lo veo! Quería darle las gracias. ¡Daje, los atrapó! Gracias, le aparté una decena de frascos de alcachofitas.»

Qué buenas, esas alcachofitas... «Señora, ¿y qué hace ahí con Lucio?»

«¿Y qué voy a hacer...? Estoy bajo arresto domiciliario. Me lo busqué. Así, con este cafre, nos hacemos compañía.»

La cara rugosa de Lucio se abrió paso en la pantalla y señaló la bragueta. «Ahò, ¡y le traje el rodillo que le faltaba en la cocina!»

La Fabrizi bufó. Puso los ojos en blanco y le arreó una bofetada en la nuca. «¡No te hagas el imbécil!»

Enzo y Vito estallaron en carcajadas. Qué tipos, los romanos. «Me despido, que si no pierdo el avión.»

«Gracias, inspector. Hasta la pró—» La llamada se cortó en seco, a mitad de frase.

Increíble. Esos dos juntos podían hacer estallar el mundo.

Vito se encogió de hombros. «Me lo pidió ella.»

«Hiciste bien.» Enzo le sonrió.

Su amigo había sido absuelto. Los padres de los chicos asesinados le habían hecho saber que no lo perdonarían.

Eran comprensibles las razones de todos.

Además, Enzo todavía tenía algo pendiente con él. «Sigo esperando una explicación tuya.»

«¿Sobre qué?»

«¿Te acuerdas del juicio? Le ocultaste a tu abogado que estabas por los suelos, que eras un hombre destrozado. Él estaba convencido de que lo tenías todo bajo control y, sin embargo, tu estado emocional podría haberte ayudado de cara a la sentencia. ¿Por qué no le mostraste lo que sentías de verdad?»

Vito tragó saliva y se mordió el labio, suspiró y apenas sonrió. «Porque el dolor, como un tesoro, solo se muestra a los amigos.» Le tendió la mano.

Enzo se quedó inmóvil.

El corazón le ardió de afecto al ver la mano tendida de quien era un amigo de verdad. Se la estrechó, sin añadir una palabra. No hacía falta.

Estaba a punto de perder el control, era mejor cambiar de tema. «Oye, cuando vuelva, pasemos un rato juntos. Si te apetece.»

Vito asintió. Retiró la mano y ocultó los ojos tras unas gafas oscuras. «Vamos, que se te hace tarde.»

Verlo contenerse era demasiado, Enzo estaba a punto de llorar. «Hasta pronto, entonces.»

Se giró hacia la entrada del aeropuerto y sacó del bolsillo los billetes para Holanda.

Oscar estaba vivo y se encontraba bien, por fortuna aquellos locos se habían limitado a grabarlo a escondidas para explotar esas imágenes, para aprovecharse de los errores que Enzo había cometido como padre.

Su hijo lo había salvado.

Enzo se tragó el sentimiento de culpa y apoyó el equipaje sobre la cinta automática. El fanatismo de Aldo le había enseñado que no

siempre un padre sabe qué es lo mejor para su hijo. Oscar no sabía lo que Enzo había comprendido.

Debía decírselo.

Decirle cuánto se había equivocado como padre, como ejemplo y como hombre. No era algo que se hiciera por teléfono, su nuevo comienzo implicaba afrontarlo en persona. Y ahora tenía una nueva oportunidad: no equivocarse como abuelo.

Tal vez también él se mudaría a Holanda. O quizá convencería a Oscar de volver a Italia, junto con su pareja.

Quizá no sucediera ninguna de esas dos cosas y Enzo tuviera que ir y venir con tal de verlo.

Con tal de estar con él, de compartir esos momentos.

Claro, estaba lejos, y Enzo odiaba viajar.

Y, sin embargo, no le pesaría. Después de todos aquellos años en los que había vivido la ausencia de sus seres queridos, y después de ver hasta qué punto los errores de los padres repercuten en los hijos, había entendido una cosa: el camino hacia la persona que amas nunca es tan largo como para no valer la pena.

Gracias por haber leído mi libro.

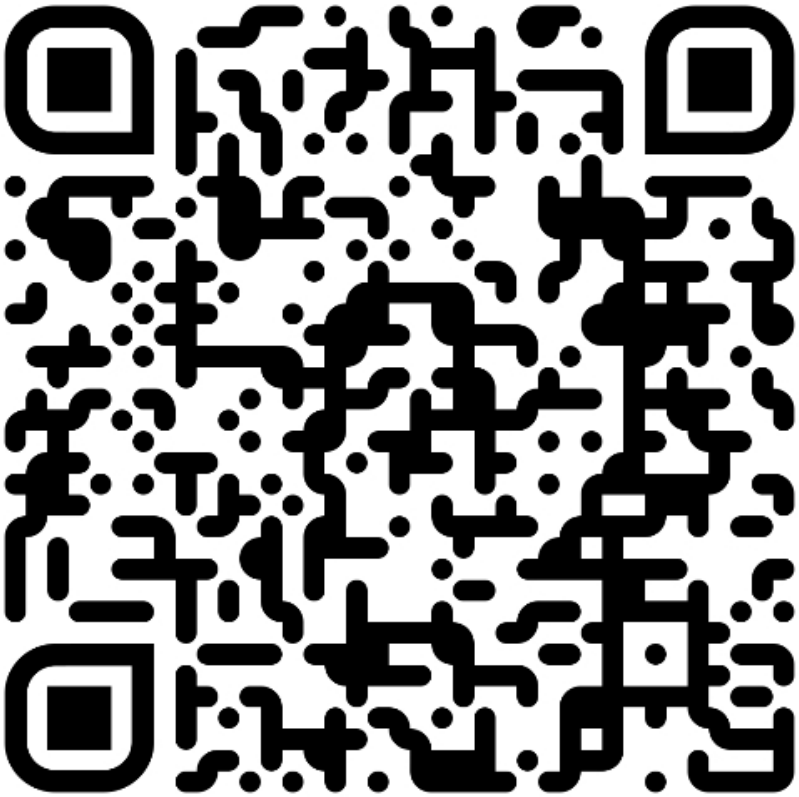


Cuando un relato te ha gustado,
recomiéndalo, habla de él,
deja una reseña, dalo a conocer.
Ayudemos a los autores
y a la narrativa que lo merece.

¿TE HA GUSTADO ESTE THRILLER?

DESCUBRE LAS OTRAS NOVELAS QUE HE ESCRITO.
SÍGUEME COMO AUTOR EN AMAZON Y TE ENTERARÁS DE TODOS MIS LANZAMIENTOS:

CADA HISTORIA ES SOLO EL COMIENZO



Los Maestros Malditos



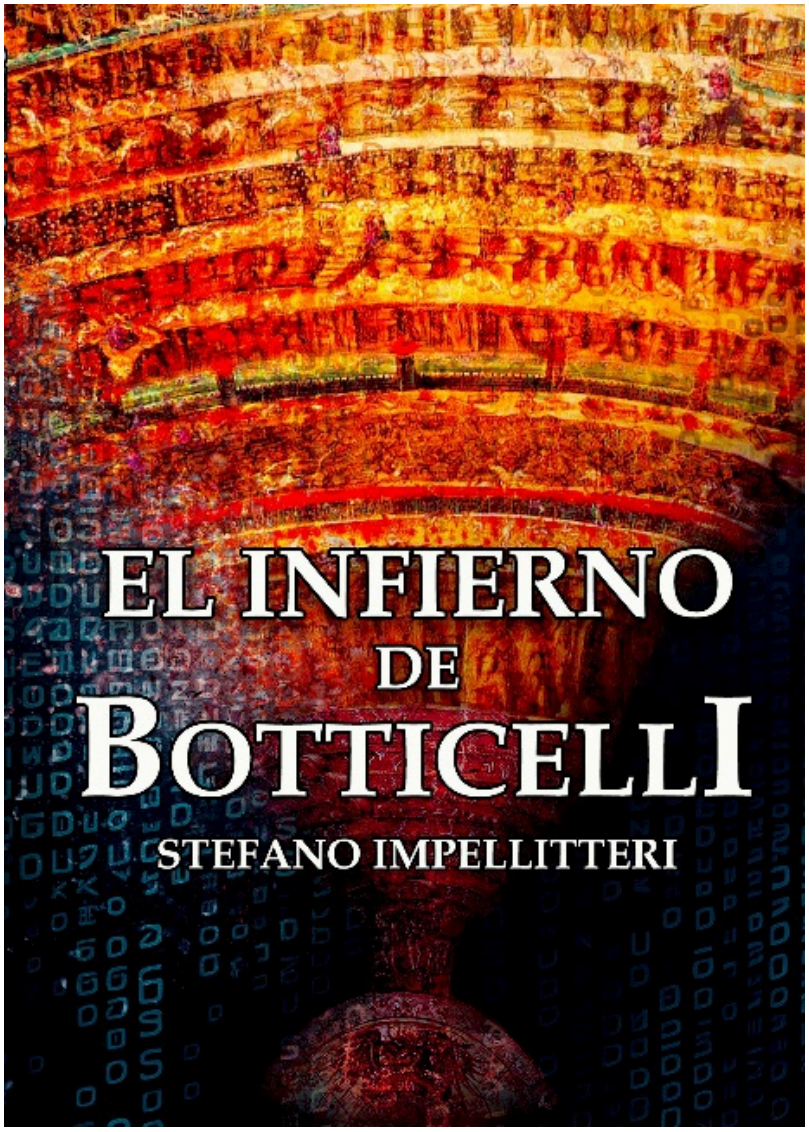
Una serie donde la Historia se encuentra con el Abismo.

Una investigación a través de los siglos que fusiona rigurosa documentación histórica, análisis artístico y thriller psicológico. Aquí el arte no es escenografía, sino arma, indicio, condena.

Lorenzo, pintor herido y moderno, escarba a través de los siglos para descifrar secretos ocultos en obras inmortales, dibujos desaparecidos, símbolos y órdenes que prosperan en la sombra. Cada investigación reabre un enigma real y lo empuja más allá del umbral, entre archivos, bibliotecas y lugares auténticos, hasta un punto en el que la historia, la fe

y lo oculto colisionan. Porque el arte es la única forma de dar sentido al infierno personal de quien mira demasiado tiempo dentro de la oscuridad.

Aquí es donde empezar



Es más que un thriller:
es undossier.

Es El Código Da Vinci encontrándose con La Novena Puerta en las tablas desaparecidas del Infierno de Botticelli.

Lorenzo es un artista de corazón atormentado que sufre la irrupción de las inteligencias artificiales. Se ve envuelto en el asesinato de un marchante de arte obsesionado con la búsqueda de las tablas perdidas del *Infierno* de Botticelli. Pero una orden misteriosa no quiere que sean encontradas. Entre antiguas bibliotecas, enigmas históricos y sectas ocultas, Lorenzo investigará los secretos del Renacimiento para reconstruir el misterio de

Botticelli. Se enfrentará a sus demonios para dar sentido a su propio infierno. ¿Qué verdad esconden esas tablas perdidas? ¿Por qué alguien está dispuesto a matar con tal de que sigan sepultadas?


STEFANO IMPELLITTERI
DEVORADORES DE
ESPERANZA
¿QUÉ HARÍAS SI UN
NIÑO TE PIDIERA AYUDA
... Y NADIE TE CREYERA?

Perder la esperanza es como perder una parte del propio calor;
y cuanto más frío está un cuerpo, más muerto está ese cuerpo.

Recién trasladada a las colinas del Molise, Debora está atrapada en un matrimonio vacío de pasión y desea volver a conectar con su marido. Devorada por la culpa, compra un vigilabebés para espiarlo y comprender su distanciamiento, pero el aparato capta la interferencia de un niño aterrorizado en una habitación oscura.

Las autoridades minimizan lo ocurrido, pero ella no puede ignorar lo que ha visto. Entre flashbacks, antiguos manicomios abandonados y la sospechosa omertà del vecindario, que parece preferir el silencio a la verdad, Debora tendrá que enfrentarse no solo al misterio que la rodea, sino también al peso de su pasado. Porque algunas verdades no pueden descubrirse sin enfrentarse a uno mismo.

CITAS Y NOTAS HISTÓRICAS

Cap. 1.7

Cito el artículo de Massimo Gennari del 11 de diciembre de 2021 en www.stamptoscana.it

, que me proporcionó bastantes ideas para dar sentido de lugar a la escena del discurso de Mussolini.

Gaetano Salvemini fue un historiador, político y antifascista italiano. Fue elegido diputado en 1919 y, con la llegada del Fascismo, se posicionó de inmediato contra Mussolini. Arrestado en Roma por la policía fascista el 8 de junio de 1925, posteriormente, tras haber sido procesado junto con Ernesto Rossi, pudo beneficiarse de una amnistía y en agosto se refugió clandestinamente en Francia. Durante la Segunda Guerra Mundial, Salvemini impartió en Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia conferencias y clases universitarias; luchó por una política contraria al Fascismo, al comunismo, al clericalismo y a la monarquía italiana. Regresó a Italia en 1949.

Cap. 1.3

Las aceitunas "griegas" ofrecidas por el camarero son una cita a Mario Brega, romano de pura cepa, de la película de Verdone "Borotalco".

Cap. 1.6

La cita "no puedes sanar en el mismo entorno donde enfermaste" la encontré en numerosos foros de psicología, pero no he conseguido encontrar su origen.

Cap. 2.1

Eugene Cernan fue un estadounidense de segunda generación, de ascendencia checa y eslovaca, el undécimo y último hombre en poner el pie en la Luna. Durante ese viaje escribió en el suelo lunar las iniciales de su hija antes de partir.

Cap. 2.7

Para la escena con el técnico de películas me inspiré en una novela: El observador, del maestro del thriller Franck Thilliez.

Cap. 2.15

"De las cicatrices sale sangre, pero entra sabiduría" es un proverbio africano.

AGRADECIMIENTOS

Los agradecimientos de mis libros suman nombres historia tras historia, ¡y eso es fantástico! Doy las gracias a Amalia y a Federico, que no se han perdido ni uno. Un enorme gracias a Andrea Vanacore y a su superpoder relacionado con la gramática; y a Laura Brunelli, que ha desmenuzado y puesto a dura prueba la trama. Por último, agradezco a Federica Baglivo, experta en el período nazi, cuya competencia fue muy útil y apreciada en su lectura beta. También deseo mencionar a quienes han trabajado indirectamente en este libro, orientándome hacia el estudio y hacia una escritura consciente: Livio Gambarini, ejemplo como escritor y por su mentalidad editorial, y su Rotte Narrative. Sobre todo, agradezco y abrazo a mi Sara y a mi familia, que me están sosteniendo en esta locura de páginas y páginas.

BIOGRAFÍA

Stefano Impellitteri, nacido en 1982, es autor, editor y escritor de thrillers y fantasía, especializado en narrativa inmersiva. Publica desde 2017 y ha obtenido un certificado como editor en la entidad formativa Rotte Narrative. Participa activamente en ferias y eventos; en su estilo, utiliza alegorías para contar la vida. Tras una juventud como baterista, se dedica a la narrativa fantástica, mostrando siempre a través de ella un notable espesor cultural. A ello suma después obras que van del thriller al misterio histórico, con una excelente acogida entre los aficionados a estos géneros. Fue finalista del Premio Nacional Amazon 2023.



Aquí están mis novelas publicadas en Italia, aunque no todas están disponibles todavía en tu idioma. Con el tiempo intentaré traducirlas, pero dependerá de la acogida que tengan y del presupuesto que pueda invertir. Si te apetece leer más, me ayudarías mucho dejando una reseña o recomendándolas a otras personas.
Gracias.

MIS THRILLERS

EL MAL MENOR (2023)

Thriller, misterio, paranormal. Una superviviente que investiga a un asesino en serie de mujeres, convirtiéndose en blanco cada 28 días.

EL CIENTÍFICO DEL RÉGIMEN (2023)

Thriller de investigación, novela policíaca histórica con doble ambientación entre presente y pasado, en busca de un doctor Frankenstein del fascismo.

EL INFIERNO DE BOTTICELLI (2024)

CARAVAGGIO: La Marca de Caín (2025)

Son más que *thrillers*: son un dossier.

Es *El Código Da Vinci* que se encuentra con *La novena puerta*.

Entre antiguas bibliotecas, enigmas históricos y sectas ocultas, Lorenzo investigará los secretos escondidos en los cuadros de los más grandes artistas del pasado.

MIS FANTASÍAS

SERIE "LAS CRÓNICAS ARMÓNICAS" — Dilogía épico-medieval

¿Por qué algunos son más sensibles que otros?

En un mundo donde la magia de la música no es solo una metáfora, sino vida real, incluso las armas se forjan para crear melodías de salvación o destrucción.

Los guerreros armónicos son elegidos según cuánto influya la música en ellos… ¿y en ti?

La primera melodía (2020) **— La canción interior** (2021)

SERIE "LAS CRÓNICAS ALCOHÓLICAS" — Dilogía sobre la era de la prohibición

En un escenario inspirado en la Ley Seca estadounidense, las levaduras generan la presión necesaria para mover automóviles, accionar mecanismos y disparar armas de fuego.

Gánsteres, policías, maestros cerveceros y prostitutas se mueven dentro de un mundo construido alrededor del alcohol, donde incluso los personajes encarnan distintas borracheras: la melancólica, la agresiva, la desinhibida, etc.

Los cerveceros de la fermentación (2023) **— Los sumilleres de la vida** (2024)

© Copyright 2025 Stefano Impellitteri
Responsable de la publicación: Stefano Impellitteri

Libro autopublicado por el autor